Tom Sharpe

Exhibición impúdica



La acción transcurre en la capital de Zululandia, aparentemente pacífica hasta que la hilarante pluma satírica del autor de Wilt se pone en acción y empieza el frenesí más estrepitoso y la confusión más descabellada.

El comandante van Heerden, acomplejado por su origen boer, sería capaz de cualquier villanía a cambio de poder pasar por inglés. El teniente Verkramp, cuyo odio contra todo lo inglés sólo es superado por su miedo a la sexualidad, organiza un experimento masivo de castidad con ayuda de la terrible Dra. von Blimestein con resultados desastrosos. Para completar el cuadro, el cabo Els, guiado por su catastrófico instinto homicida, remata la jugada, embarcándose en una de las más salvajes cacerías jamás narradas, en otra excelente muestra del despiadado humor de Tom Sharpe.



Tom Sharpe

Exhibición impúdica

Saga: Zululandia - 2

ePub r1.0

evilZnake 28.07.14

Título original: *Indecent Exposure*
Tom Sharpe, 1973
Traducción: Angela Pérez / José Manuel Álvarez Flórez
Ilustraciones: Peret
Retoque de cubierta: evilZnake

Editor digital: evilZnake
ePub base r1.1

1

Era el Día de los Héroes en Piemburgo, capital de Zululandia; se respiraba en la ciudad, cosa habitual, una alegría injustificada. Los Jacarandas florecían exorbitantes a lo largo de las calles, junto a jardines flameantes de azaleas, mientras que los emblemas de la guerra de los boers (que ninguno de los bandos olvidaría jamás), la Union Jack y la Vierkleur, ondeaban por toda la ciudad en cien mástiles, proclamando su mutua enemistad. Por toda la ciudad, y en ceremonias separadas, las dos comunidades blancas celebraban antiguas victorias. En la catedral anglicana, el obispo de Piemburgo recordaba a una congregación insólitamente numerosa que sus antepasados habían preservado la libertad frente a enemigos tan variados como Napoleón, el presidente Kruger, el Kaiser y Adolfo Hitler. En la iglesia reformada holandesa de la calle Verwoerd, el reverendo Schlachbals urgía a su grey a no olvidar jamás que habían sido los británicos los inventores de los campos de concentración, en los que habían sido asesinados veinticinco mil mujeres y niños boers. En resumen, el Día de los Héroes proporcionaba a cada cual la oportunidad de olvidar el presente y revivir antiguos odios. Sólo a los zulúes les estaba vedado celebrar la ocasión, en parte porque se consideraba que no tenían verdaderos héroes que honrar, pero, sobre todo, porque se creía que su participación no haría más que aumentar la tensión racial.

El *Kommandant* van Heerden, jefe de policía de Piemburgo, consideraba todo el asunto absolutamente deplorable. Como uno de los pocos afrikaners de Piemburgo ligeramente relacionado al menos con un héroe (su abuelo había caído a manos de los británicos por ignorar la orden de cese el fuego tras la batalla de Paardeberg), tenía que hablar del heroísmo en la asamblea popular nacionalista en el Estadio Voortrekker; y además, como uno de los principales funcionarios de la ciudad, estaba obligado a asistir a la ceremonia que se celebraría en Settlers Park, donde los Hijos de Inglaterra inaugurarían otro banco de madera en honor de los caídos en las guerras zulúes cientos de años atrás.

En el pasado, el Kommandant habría podido eludir todos estos compromisos alegando la imposibilidad de estar en dos sitios a la vez; pero la policía contaba desde hacía poco con un helicóptero, así que este año de nada le serviría tal excusa. Pudo verse su helicóptero a intervalos a lo largo de todo el día renqueando sobre la ciudad, mientras él, que detestaba la altura tanto como hablar en público, recorría sus notas esforzándose por encontrar algo que decir cuando aterrizara. Eran las mismas notas que había utilizado anualmente desde la crisis del Congo de años atrás, por lo que su ilegibilidad y falta de relevancia general provocaron cierta confusión. Su discurso en el Estadio Voortrekker versó sobre la necesidad de que los piemburgueses tuvieran la convicción de que la policía sudafricana no dejaría piedra sin remover para lograr que nada perturbara el pacífico curso de sus vidas; y su discurso en Settlers Park, una elocuente perorata sobre las monjas violadas en el Congo (y que siguió a la apasionada petición de armonía racial de un misionero metodista), no se consideró de muy buen gusto.

Por último, y para rematar el día, se celebraba un desfile de sus hombres en el cuartel de la Policía Montada; el alcalde había aceptado asistir a la ceremonia y hacer entrega en la misma del trofeo al valor y a la entrega al deber.

—Interesante lo que dijo sobre esas monjas —comentó el alcalde cuando el helicóptero despegó en Settlers Park—. Casi lo había olvidado. Debe hacer lo menos doce años que sucedió…

—Creo que no está de más que recordemos que podría ocurrir aquí —dijo el jefe de policía.

—Sí, claro… Curioso cómo les gustan las monjas a los cafres. Lo lógico sería que prefirieran algo un poco más alegre.

—Tal vez se deba a que son vírgenes —insinuó el Kommandant.

—Una idea muy inteligente —dijo el alcalde—. A mi mujer le tranquilizará saberlo.

Bajo ellos, los tejados brillaban al sol de la tarde. Construida en el apogeo del Imperio Británico, la pequeña metrópoli conservaba un aire de raída grandeza. El ayuntamiento, un edificio gótico nuevo, se alzaba sobre la plaza del mercado; frente a él, el Tribunal Supremo conservaba un aire clásico formal. Tras la estación ferroviaria se alzaba, exteriormente inmutable, Fort Rapier, sede en tiempos del Ejército Británico y hoy hospital mental. Los internos paseaban cansinos por el gran patio en el que antaño habían formado diez mil hombres antes de partir hacia el frente. El palacio del gobernador era ahora escuela de profesorado y en sus prados, otrora escenario de fiestas y recepciones al aire libre, tomaban el sol los estudiantes. Al Kommandant van Heerden todo le resultaba enigmático y triste y precisamente en el momento en que el helicóptero se estabilizaba sobre el cuartel empezaba a descender, él se preguntaba por qué

los británicos habrían abandonado tan fácilmente su imperio.

—Excelente formación —dijo el alcalde señalando las filas de policías formados abajo en el patio.

—Supongo que sí —dijo el Kommandant, regresando de los antiguos esplendores al opaco presente. Bajó la vista hacia los quinientos hombres en formación frente a un pódium. En realidad no tenían nada de espléndido; ni los hombres ni los seis carros blindados aparcados en hilera tras ellos. Cuando el helicóptero tocó tierra y el rotor dejó al fin de girar, el Kommandant ayudó a bajar al alcalde y le escoltó hasta el pódium. La banda de la policía había iniciado una alegre marcha; sesenta y nueve perros guardianes gruñían y babeaban en varias jaulas de hierro de las que, con motivo de la fiesta, habían desalojado a los prisioneros negros que las ocupaban habitualmente mientras esperaban juicio.

—Usted primero —dijo el jefe de policía al pie de los peldaños del pódium. Arriba les esperaba un teniente alto y delgado que sujetaba la correa de un dóberman pinscher que (según advirtió alarmado el alcalde) enseñaba los dientes en lo que parecía un gruñido inmutable.

—No, usted primero —dijo el alcalde.

—Insisto. Usted primero —dijo a su vez el Kommandant.

—Oiga —dijo el alcalde—, si cree que voy a disputarle la escalera a ese dóberman…

El Kommandant van Heerden sonrió.

—No se preocupe —dijo—. Está disecado. Es el trofeo.

Avanzó tambaleante hacia la plataforma y empujó hacia un lado al dóberman con la rodilla. El alcalde le siguió. El Kommandant le presentó al enjuto teniente.

—*Luitenant* Verkramp, jefe de la Brigada de Seguridad.

Verkramp sonrió con frialdad y el alcalde supo que acababan de presentarle a un miembro del DSE, Departamento de Seguridad del Estado, cuya reputación en la tortura de sospechosos no tenía parangón.

—Pronunciaré un breve discurso —dijo el Kommandant—, y a continuación usted podrá hacer la entrega del trofeo.

El alcalde asintió; el Kommandant se dirigió al micrófono.

—Señor alcalde, damas y caballeros, miembros de la policía sudafricana —gritó—. Nos hemos reunido aquí para rendir tributo a los héroes de la historia de Sudáfrica y en particular para honrar la memoria del difunto *Konstabel* Els, cuya reciente y trágica muerte privó a Piemburgo de uno de sus policías más distinguidos.

La voz del Kommandant, amplificada por el equipo de altavoces, retumbó en el gran patio, perdiendo en el proceso de amplificación todo vestigio de la vacilación que sentía al mencionar a Els. Había sido idea del Luitenant Verkramp

entregar el dóberman disecado como trofeo y el Kommandant había aceptado, encantado de verlo desaparecer de su despacho. Pero ahora, ante la perspectiva de tener que elogiar al difunto Els, ya no estaba tan seguro de que la idea hubiera sido tan buena. Els había matado en cumplimiento del deber a más negros que ningún otro policía de Sudáfrica y había sido en vida un constante transgresor de las leyes contra la inmoralidad. El Kommandant bajó la vista hacia sus notas y leyó:

—Leal camarada, buen ciudadano, cristiano devoto…

Contemplando los rostros de los policías que tenía delante, el alcalde pensaba que sin duda la muerte del agente Els había sido una gran pérdida para el cuerpo policial de Piemburgo, pues ninguno de todos aquellos rostros que tenía delante sugería las admirables cualidades que habían sido al parecer tan notorias en el Konstabel Els. Precisamente cuando llegaba a la conclusión de que la media del CI debía situarse en un 65, el Kommandant concluyó su discurso y anunció que el Trofeo en Memoria de Els se concedía al agente van Rooyen. El alcalde se puso en pie y tomó la correa del dóberman disecado de manos del Luitenant.

—Mi enhorabuena por el trofeo —dijo el alcalde al ganador—. Dígame, ¿qué hizo para merecer tal honor?

El agente van Rooyen se ruborizó y farfulló algo sobre matar a un cafre.

—Impidió la fuga de un preso —se apresuró a explicar el Kommandant.

—Oh, muy loable, sin duda —dijo el alcalde, entregando la correa del perro al policía.

Y el ganador del Trofeo en Memoria de Els bajó tambaleante de la plataforma con el dóberman disecado, entre los vítores de sus compañeros, el aplauso del público y los acordes de la banda.

—Espléndida idea conceder un trofeo como ése —comentó el alcalde más tarde, cuando tomaban té en el refrigerio que siguió al acto—. Aunque he de decir que nunca se me habría ocurrido pensar en un perro disecado. Originalísimo.

—Lo mató el difunto Els —dijo el Kommandant.

—Debió ser, sin duda, un hombre muy notable.

—Lo mató con sus propias manos, cuerpo a cuerpo —dijo el Kommandant.

—Válgame Dios —exclamó el alcalde.

Al poco rato, el Kommandant dejó al alcalde y al reverendo Schlachbals discutiendo sobre la conveniencia de permitir a los hombres de negocios japoneses de visita en la ciudad utilizar las piscinas «Sólo para Blancos», y se fue.

Vio en la entrada al Luitenant Verkramp en animada conversación con una enorme rubia ataviada con un vestido color turquesa asombrosamente ajustado. Bajo su pamela rosa, el Kommandant reconoció las facciones de la doctora von

Blimenstein, eminente psiquiatra del Hospital Mental Fort Rapier.

—¿Qué, recibiendo tratamiento gratis? —preguntó jocosamente al pasar a su lado.

—La doctora von Blimenstein me ha estado explicando cómo trata a los maniaco-depresivos —dijo el Luitenant.

La doctora von Blimenstein sonrió.

—El Luitenant Verkramp parece interesadísimo en el uso de la terapia electro-convulsiva.

—Ya lo sé —dijo el Kommandant; salió al aire libre, especulando ociosamente sobre la posibilidad de que Verkramp se sintiera atraído por la rubia psiquiatra. Parecía un tanto improbable, pero con Verkramp uno nunca podía saber a qué atenerse. Hacía ya mucho que el jefe de policía había dejado de intentar comprender a su segundo.

Encontró un asiento a la sombra y se sentó; contempló la ciudad. A ella pertenecía su corazón, pensó, rascándose dubitativo la gran cicatriz del pecho. Desde el día de su operación de trasplante, el Kommandant van Heerden se sentía como un hombre nuevo en más de un sentido. Su apetito había mejorado; apenas se cansaba; y, sobre todo, su errónea creencia de que al menos una parte de su anatomía podía remontar su pasado hasta la conquista normanda, contribuía muchísimo a aliviar la poca estima que sentía por el resto de su persona. Habiendo adquirido el corazón de un caballero inglés, ya sólo tendría que adquirir las características externas de la inglesidad, que tanto admiraba. A tal fin se había comprado un traje Harris Tweed, una chaqueta Norfolk y unos zapatos Oxford. Los fines de semana podía vérsele ataviado con su chaqueta Norfolk y sus zapatos Oxford paseando por el bosque de las afueras de la ciudad: una persona solitaria, muy pensativa; o, al menos, entregada a las divagaciones mentales que el Kommandant creía que eran pensamientos y que, en su caso, giraban en torno a la forma y los medios de convertirse en miembro aceptado de la comunidad inglesa de Piemburgo.

Había dado un paso en esta dirección solicitando la admisión en el Alexandria Club, el club más selecto de Zululandia; pero sin éxito. Fueron necesarios los esfuerzos conjuntos del presidente, el tesorero y el secretario para convencerle de que el que le denegasen su solicitud de ingreso nada tenía que ver con el color de sus órganos reproductores ni con los orígenes raciales de su abuela. Finalmente, había ingresado en el Club de Golf, cuyas normas de admisión eran menos rigurosas y donde podía sentarse y escuchar asombrado acentos cuya arrogancia era absolutamente inglesa, según creía él. Cuando volvía a casa tras sus visitas al Club de Golf, se pasaba la velada practicando «Excelente exhibición» y «Animo». Mientras dormitaba ahora en su silla

pensando en todo esto, se sentía bastante satisfecho con sus progresos.

Al Luitenant Verkramp, el cambio operado en el Kommandant desde su trasplante de corazón, le sugería algún conocimiento oculto y siniestro. El favor del que había disfrutado previamente Verkramp, en virtud de una mejor educación y de mayor ingenio, prácticamente se había esfumado. El Kommandant le trataba con una altiva tolerancia que enfurecía al Luitenant, y recibía sus comentarios sarcásticos con una sonrisa benigna. Y lo que era peor: se dedicaba a inmiscuirse siempre en sus intentos de erradicar el comunismo, el liberalismo y el humanismo (por no mencionar el anglicanismo y el catolicismo) y todos los demás enemigos del estilo de vida sudafricano de Piemburgo. Cuando los hombres de Verkramp allanaron la sede masónica, van Heerden esgrimió las más enérgicas objeciones; y cuando el Departamento de Seguridad detuvo a un arqueólogo de la universidad de Zululandia cuyas investigaciones sugerían la existencia de la forja de hierro en el Transvaal antes de la llegada de Van Riebeck en 1652, el Kommandant insistió en que se le pusiera en libertad. Verkramp había protestado enérgicamente.

—No había negros cabrones en Sudáfrica antes de que llegaran los blancos y el que lo diga es un traidor —le dijo.

—Ya lo sé —repuso el Kommandant—. Pero este hombre no ha dicho que los hubiera.

—Sí que lo ha dicho. Dijo que se forjaba hierro.

—Pero no que hubiera gente —apuntó el Kommandant; y el arqueólogo, que por entonces mostraba síntomas agudos de angustia, fue trasladado al Hospital Mental Fort Rapier. Precisamente fue allí donde Verkramp conoció a la doctora von Blimenstein. Mientras ella le sujetaba los brazos a la espalda al paciente y le hacía entrar a empujones en el hospital, el Luitenant pudo apreciar los anchos hombros y las hermosas nalgas de la doctora y comprendió que estaba enamorado. A partir de entonces, visitó casi a diario el hospital para interesarse por el arqueólogo; se sentaba en el despacho de la doctora y estudiaba los detalles de su figura y de su cara antes de volver a la comisaría como un viajero que regresase de algún El Dorado Sexual. Y permanecía horas componiendo el cuadro mental de la encantadora psiquiatra, a base de los diversos fragmentos captados en sus numerosas visitas. En cada viaje conseguía un nuevo tesoro de detalles íntimos que añadía al boceto que tan bien conocía. Un día era el brazo izquierdo; otro, el suave abultamiento que formaba en el vientre la presión de la faja, o el pecho grande y firme confinado en el sujetador. Y, lo mejor de todo, un día de verano atisbo bajo la falda estrecha la entrepierna blanca y con hoyuelos. Tobillos, rodillas, manos, una axila esporádica. Verkramp lo conocía todo con una minuciosidad de detalles que habrían sorprendido a la doctora.

Siguieron charlando, y el Luitenant Verkramp comentó el cambio que había

observado en el Kommandant.

—No lo entiendo —dijo, ofreciéndole a la doctora otro pastelillo de crema —. Ha empezado a usar prendas extravagantes.

La doctora von Blimenstein le miró fijamente.

—¿Qué clase de prendas extravagantes? —preguntó.

—Se pone una chaqueta de tweed con bolsillos de pliegues y una especie de cinturón en la espalda. Y ha empezado a usar también unos zapatos muy raros.

—Eso me parece muy normal —dijo la doctora von Blimenstein—. ¿Nada de perfume, o un interés especial por la ropa interior femenina?

El Luitenant negó con la cabeza, pesaroso.

—Pero también ha cambiado de lenguaje. Se empeña en hablar inglés y ha puesto una foto de la reina de Inglaterra en su escritorio.

—Eso sí parece extraño —dijo la doctora.

Verkramp se animó.

—Yo no creo que sea natural que un buen afrikaner ande por ahí diciendo «Absolutamente espléndido, ¿eh?», ¿no le parece?

—Yo también dudaría seriamente de la sensatez de cualquier buen inglés que se dedicara a decir esas cosas —dijo la psiquiatra—. ¿Cambios súbitos de humor?

—Sí —confesó Verkramp, emocionado.

—¿Delirios de grandeza?

—Exactamente —dijo Verkramp.

—Vaya —dijo la doctora Blimenstein—, parece que su jefe sufre algún tipo de trastorno psíquico. Yo no le perdería de vista.

Cuando concluyó el día de asueto de la policía y la doctora von Blimenstein se fue, el Luitenant Verkramp estaba contentísimo. La idea de que el Kommandant Van Heerden se hallara al borde del derrumbe abría ante él perspectivas de ascenso. El Luitenant Verkramp empezaba a creer que no tardaría mucho en ser jefe de policía de Piemburgo.

2

Dos días después, el Luitenant Verkramp estaba sentado en su oficina soñando con la doctora von Blimenstein, cuando recibió un oficio del Departamento de Seguridad del Estado. Llevaba el sello de «Confidencial», así que antes de que llegara a sus manos lo habían leído ya varios agentes. Verkramp lo leyó con avidez. Se refería a las infracciones de la Ley de Inmoralidad por parte de los policías sudafricanos; era un informe rutinario enviado a todas las comisarías del país.

«Se le ordena, por la presente, investigar los casos de posible *liaison* entre policías y mujeres bantúes». Verkramp buscó «liaison» en el diccionario y comprobó que significaba lo que había supuesto. Siguió leyendo y, a medida que lo hacía, nuevas perspectivas se iban abriendo ante él. «En vista del valor propagandístico que para los enemigos de Sudáfrica tienen los comunicados de prensa sobre los juicios de policías y mujeres bantúes, se considera de interés nacional hallar el medio y la forma de luchar contra la tendencia de los policías blancos a relacionarse con mujeres negras. También deben evitarse en pro de la armonía racial las relaciones sexuales interraciales. En caso de que haya pruebas de tal actividad sexual ilegal, no se iniciará proceso penal alguno sin previa notificación al DSE».

Cuando terminó de leer el documento, el Luitenant ya no sabía muy bien si tenía que procesar o no a los transgresores. Lo que sí sabía era que le ordenaban investigar los casos de «posible *liaison*» y que era «de interés nacional hallar el medio y la forma». Le atraía especialmente la idea de hacer algo de interés nacional. El Luitenant Verkramp descolgó el teléfono y marcó el número del Hospital Mental Ford Rapier. Tenía que consultarle algo a la doctora von Blimenstein.

Aquella misma mañana, al cabo de un rato, se encontraban ambos en lo que había sido en tiempos zona de instrucción de la guarnición británica, que servía ahora de patio de ejercicio a los internos.

—Es el lugar ideal para lo que tengo que decirle —dijo Verkramp a la doctora, mientras paseaban entre los pacientes—. Es muy poco probable que puedan oímos —esta afirmación despertó en la doctora gratas esperanzas sobre lo que estaba a punto de proponerle el Luitenant—. Lo que tengo que consultarle se refiere a… ejem… al sexo.

La doctora Blimenstein sonrió afectadamente y bajó la vista hacia sus zapatos de la talla cuarenta.

—Siga —murmuró mientras el Luitenant tragaba saliva—. Desde luego, normalmente no trataría este tema con una mujer —logró susurrar al fin. Las esperanzas de la doctora se hicieron pedazos—. Pero como es usted psiquiatra, pienso que a lo mejor puede ayudarme.

La doctora Blimenstein le miró con frialdad. No era lo que ella esperaba.

—Siga usted —le dijo, adoptando de nuevo el tono profesional—. Dígalo de una vez.

Verkramp se aventuró.

—Bien, se trata de lo siguiente: muchos policías tienen tendencias antisociales. Y hacen y siguen haciendo lo que no deben hacer —se interrumpió de golpe. Empezaba a lamentar haber iniciado aquella conversación.

—¿Y qué es lo que no debieran hacer los policías? —era absolutamente imposible ignorar el tono desaprobatorio.

—Mujeres negras —estalló Verkramp—. No deben ir con mujeres negras, ¿comprende usted?

No hacía falta aguardar la respuesta. La cara de la psiquiatra había adquirido un extraño color malva, habían empezado a marcársele las venas del cuello.

—¿No deben? —gritó furiosa. Varios pacientes echaron a correr hacia el edificio principal—. ¿No deben? ¿Quiere decir que me ha traído usted hasta aquí sólo para explicarme que anda tirándose a las negras?

El Luitenant comprendió que había cometido un gran error. La voz de la doctora podía oírse a dos kilómetros de distancia.

—Yo no —gritó desesperado Verkramp—. No estoy hablándole de mí mismo.

La doctora Blimenstein le miró dubitativa.

—¿De veras? —preguntó, tras una pausa.

—Palabra de honor —aseguró Verkramp—. Lo que quería decirle es que algunos policías lo hacen y yo había pensado que tal vez usted conociera algún modo de lograr que dejen de hacerlo.

—¿Por qué no les detienen y les procesan como a todo el mundo?

Verkramp movió la cabeza pesaroso.

—Verá, por un lado, se trata de policías, así que es bastante difícil detenerles y, en cualquier caso, es importante evitar el escándalo.

La doctora Blimenstein le miraba fijamente, con una expresión de disgusto.

—¿Quiere decir usted que este asunto es algo habitual?

Verkramp asintió.

—En ese caso, el castigo tendría que ser más severo —afirmó la doctora—. Siete años y diez golpes no es freno suficiente. Yo creo que al blanco que tiene relaciones sexuales con una negra habría que castrarle.

—¡Yo también! —Asintió entusiasmado Verkramp—. Les haría mucho bien.

La doctora Blimenstein le miró suspicaz; pero nada había en la expresión de Verkramp que indicase ironía. La miraba con franca admiración. Animada por la actitud del Luitenant la doctora siguió:

—¡Detesto tanto el mestizaje, que estaría dispuesta a llevar a cabo la operación personalmente! ¿Le ocurre algo?

El Luitenant Verkramp se había puesto muy pálido de pronto. La idea de que le castrase la hermosísima doctora encajaba tan perfectamente en sus fantasías masoquistas, que apenas si podía contenerse.

—No. Nada —balbució, intentando borrar de su mente la visión de la psiquiatra con bata y mascarilla avanzando, él tendido en la mesa de operaciones —. Hace calor aquí fuera…

La doctora Blimenstein le cogió del brazo.

—¿Por qué no continuamos esta conversación en mi alojamiento? Allí se está más fresco y podemos tomar el té.

El Luitenant Verkramp se dejó guiar; salieron del patio y recorrieron el caminito que llevaba a casa de la doctora. Al igual que los demás edificios del complejo hospitalario, databa de principios de siglo y había sido construido para vivienda de oficiales. La galería daba al Sur, sobre las colinas, hacia la costa; dentro el ambiente era fresco y oscuro. Mientras la doctora preparaba el té, el Luitenant Verkramp esperó en la sala de estar; se preguntaba si habría sido buena idea sacar a colación el tema sexual con una mujer tan vigorosa como la doctora von Blimenstein.

—¿Por qué no se quita la chaqueta y se pone cómodo? —le preguntó la doctora cuando llegó con la bandeja. Verkramp dijo que no con la cabeza, nervioso. No estaba acostumbrado a tomar el té con damas que le pidieran que se quitara la chaqueta y además no estaba nada seguro de que sus tirantes hicieran juego con la elegante decoración de la estancia.

—Oh, vamos —insistió la doctora—. Conmigo no tiene por qué andarse con formalismos. Yo no me como a nadie.

La idea de que se lo comiera la doctora, cuando aún no había podido olvidar

que era una defensora de la castración, fue ya demasiado para Verkramp. Se sentó a toda prisa.

—Estoy muy bien así —dijo; pero la doctora Blimenstein no se dio por satisfecha.

—¿Quiere que se la quite yo? —le preguntó, levantándose de la butaca con un movimiento que permitió a Verkramp ver más porción de pierna que nunca—. Tengo muchísima práctica —le dijo, sonriendo. Verkramp estaba dispuesto a creerlo, desde luego—. Por el hospital, comprende.

Verkramp la veía acercarse como hipnotizado en su butaca. Se sentía como una comadreja fascinada por un conejo gigante.

—Levántese —le dijo.

Se levantó. Se quedó inmóvil, mientras ella le desabotonaba la chaqueta. En un segundo le echó la chaqueta hacia atrás, de forma que apenas podía mover los brazos.

—Ya está —le dijo con suavidad; el rostro sonriente muy cerca del de Verkramp—. Así está mucho más cómodo, ¿a que sí?

Cómodo no era exactamente la palabra que habría elegido el Luitenant Verkramp para describir cómo se sentía. Cuando la doctora empezó a deshacerle el nudo de la corbata y sintió sus dedos frescos, Verkramp se sintió arrastrado del remoto y seguro mundo de la fantasía sexual a un ansia de desahogo que no veía modo de controlar. Con una andanada de gemidos menguantes y una descarga extática, el Luitenant se desplomó sobre la doctora; gracias a los fuertes brazos de ella no se cayó de bruces. En el rubio crepúsculo de su cabello, la oyó murmurar: «Vamos, vamos, querido».

El Luitenant Verkramp perdió el conocimiento.

Veinte minutos después se sentaba muy tieso, lleno de remordimiento y turbación, preguntándose qué haría si ella le ofrecía otra taza de té. Decir que no, sería invitarla a llevarse la taza; decir que sí, significaría privarse del único medio que tenía de ocultar su falta de control. La doctora le estaba explicando que la causa de los problemas sexuales era siempre un sentimiento de culpa. Verkramp pensaba que aquel argumento no tenía ningún peso, pero, preocupado por el asunto de si debía o no debía tomar más té, no era capaz de seguir la conversación con un mínimo de interés. Al final decidió que lo mejor era decir «Sí, por favor», y cruzar al mismo tiempo las piernas; nada más llegar a esta conclusión, la doctora Blimenstein se fijó en que tenía la taza vacía.

—¿Le apetece un poquito más de té? —le preguntó, tendiendo la mano para

que le entregara la taza.

El cuidadoso plan del Luitenant quedó desbaratado antes de que hubiese podido ponerlo en práctica. Había supuesto que ella se acercaría y cogería la taza para llenarla, no que esperase a que él se la entregara. Movido por los impulsos contradictorios del recato y los buenos modales cruzó las piernas y se levantó, derramándose por el regazo al hacerlo los restos de té que había dejado en la taza por si al final decidía decir que no quería más; el té se mezcló con la evidencia previa de su falta de *savoir faire*. Separó entonces las piernas y bajó la vista avergonzado y confuso. La doctora fue más práctica. Recogió la taza del suelo, tomó el platillo que Verkramp sostenía, salió a toda prisa de la habitación y regresó al momento con un paño húmedo.

—No podemos dejar que quede la mancha en el uniforme, ¿verdad? —dijo, en un tono de arrullo maternal que sumió a Verkramp en una deliciosa flacidez y le impidió advertir la complicidad implícita en el «no podemos»; y antes de que se diera cuenta de lo que pasaba, la hermosa doctora le estaba frotando la bragueta con el paño.

La reacción del Luitenant fue instantánea. Una vez ya era bastante perverso; pero dos era más de lo que podía soportar. Con una contracción que casi le hizo doblarse por la mitad, se apartó bruscamente de las manos tentadoras de la doctora.

—No —chilló—. Otra vez no —y saltó a cubrirse detrás de la butaca.

La reacción pilló a la doctora Blimenstein bastante por sorpresa.

—¿Otra vez no qué? —le preguntó, arrodillada aún en el suelo.

—¿No… qué? Nada —dijo Verkramp, pugnando desesperadamente por hallar algún asidero moral en el caos de su mente.

—¿No? ¿Qué? ¿Nada? —dijo la doctora, levantándose—. ¿Qué diablos quiere decir?

Verkramp se giró melodramáticamente y se puso a mirar por la ventana.

—No debería usted haberlo hecho —dijo.

—¿El qué?

—Ya sabe —dijo Verkramp.

—¿Pero qué es lo que he hecho? —insistió la doctora. El Luitenant movió la cabeza afligido mirando a las colinas sin decir nada—. ¡Qué bobo es usted! —continuó la doctora—. No hay de qué avergonzarse. Todos los días limpiamos emisiones involuntarias en el hospital.

Verkramp se volvió hacia ella furioso.

—Pero ellos son lunáticos —dijo, disgustado por aquella frialdad clínica—. A las personas normales no les pasa —se interrumpió de pronto, vagamente consciente de que se excluía él mismo de la normalidad.

—Claro que les pasa —dijo la doctora en tono conciliador—. Es algo natural… entre… hombres y mujeres apasionados.

El Luitenant se resistió al tono seductor.

—No es natural. Es una perversión.

La doctora Blimenstein soltó una risilla.

—No tiene por qué reírse de mí —gritó Verkramp.

—Y usted no tiene por qué gritarme —replicó la doctora.

Verkramp languideció ante el tono autoritario de la psiquiatra.

—Venga —dijo ella. Verkramp cruzó nervioso la habitación. La doctora le posó las manos en los hombros—. Míreme —le dijo. Verkramp obedeció—. ¿Le parezco atractiva? —Verkramp asintió en silencio—. Me encanta usted —dijo la doctora; y, sujetando la cabeza del asombrado Luitenant con ambas manos, le besó apasionadamente en la boca—. Ahora prepararé algo para almorzar —concluyó, separándose de él; y, antes de darle tiempo a añadir algo, estaba ya en la cocina, donde se desenvolvía sorprendentemente bien para una mujer de su tamaño. Allí detrás de ella, en el quicio de la puerta de la cocina, el Luitenant Verkramp luchaba con sus emociones. Furioso consigo mismo, con ella, y con la situación en que se hallaba, miraba en torno suyo buscando a quién culpar. La doctora Blimenstein percibió su dilema y acudió en su auxilio—. En cuanto al problema que mencionó —le dijo, agachándose seductoramente para sacar una fuente del aparador—, yo creo que sí, que podré ayudarle.

—¿Qué problema? —preguntó Verkramp con cierta brusquedad. Ya le había ayudado bastante en sus problemas.

—El de sus hombres y las muchachas cafres —dijo la doctora.

—Ah, se refiere a ellos —el Luitenant había olvidado del todo el motivo de su visita.

—He pensado en ello. Y creo que hay una forma de abordar el problema.

—¿Ah, sí? —dijo Verkramp. Él creía que había muchas más, pero no estaba de humor.

—En realidad es un problema de ingeniería psíquica —siguió diciendo la doctora—. Es el término que utilizo yo para los experimentos que he venido realizando aquí con una serie de pacientes.

El Luitenant Verkramp se animó. Los experimentos siempre le interesaban.

—Y he conseguido curar a muchos —dijo ella, partiendo una zanahoria con unos cuantos tajos rápidos—. Sirve para los alcohólicos, los travestis y los homosexuales. Y no veo razón para que no vaya a servir igual para los casos de perversión como el mestizaje —el interés de Verkramp era ya patente. Dejó de centrar su atención en el quicio de la puerta de la cocina.

—¿Y cómo lo enfocaría usted? —le preguntó, anhelante.

—Bien, en primer lugar habría que aislar los factores de la personalidad de los individuos que tengan tendencia a ese tipo de desviación sexual. No sería difícil. Yo haría una lista de atributos probables. En realidad, nos sería muy útil que sus hombres rellenaran un cuestionario.

—¿Qué? ¿Sobre su vida sexual? —preguntó Verkramp. Se imaginaba muy bien la acogida que un cuestionario así podía tener en la comisaría de Piemburgo.

—Sobre sexualidad y sobre otras cosas.

—¿Qué otras cosas? —preguntó Verkramp receloso.

—Bueno, lo normal. Las relaciones con la madre. Si su madre era una figura dominante en el hogar. Si les gustaba su niñera negra. Primera experiencia sexual. Lo normal.

Verkramp tragó saliva. Todo cuanto acababa de oír le parecía absolutamente anormal.

—Un estudio cuidadoso de las respuestas nos daría indicios del tipo de hombres a los que beneficiaría el tratamiento —explicó la doctora Blimenstein.

—¿Quiere decir que sólo por las respuestas que dé a un cuestionario puede saber usted si un hombre desea acostarse con una cafre? —preguntó Verkramp.

La doctora negó con la cabeza.

—No, no exactamente. Sería un punto de partida. Una vez aislados los posibles sospechosos, yo les entrevistaría, de forma absolutamente confidencial, claro, para poder determinar si algunos son aptos para el tratamiento.

Verkramp estaba indeciso.

—No me imagino a ninguno de ellos admitiendo que desea a una cafre —dijo.

La doctora sonrió.

—Le sorprenderían algunas de las cosas que me confiesa la gente —le dijo.

—¿Y qué haría usted después? —preguntó Verkramp.

—Lo primero es lo primero —dijo la doctora Blimenstein, que conocía muy bien el valor de tener a un hombre en suspenso—. Vayamos a almorzar a la galería —cogió la bandeja y Verkramp la siguió.

Cuando el Luitenant Verkramp salió aquella tarde de casa de la doctora Blimenstein, llevaba en el bolsillo un borrador del cuestionario que tendrían que rellenar los agentes de policía de la comisaría de Piemburgo; pero aún no tenía idea de cuál sería exactamente el tratamiento. Todo lo que le había dicho la doctora era que le garantizaba que después de una semana con ella ninguno volvería a mirar una mujer negra. El Luitenant Verkramp estaba muy dispuesto a creerlo.

Por otra parte, tenía una idea mucho más clara del tipo de individuo que tenía tendencias sexuales transraciales. Según la doctora Blimenstein, los

síntomas que había que buscar eran soledad, cambios súbitos de humor, marcados sentimientos de culpabilidad sexual, entorno familiar inestable y, por supuesto, una vida sexual insatisfactoria. Mientras Verkramp repasaba mentalmente a los policías y hombres de Piemburgo, una imagen se iba destacando de todas las demás. El Luitenant Verkramp empezaba a pensar que estaba a punto de descubrir cuál era el secreto del cambio operado en el Kommandant van Heerden.

Ya en su oficina, volvió a leer el informe del DSE para cerciorarse de que estaba autorizado a emprender las acciones que planeaba. Allí estaba, en blanco y negro: «Se le ordena, por la presente, investigar los casos de posible liaison entre policías y mujeres bantúes». Verkramp guardó bajo llave el informe y mandó llamar al sargento Breitenbach.

Al cabo de una hora, había dado todas las instrucciones necesarias.

—Quiero que se le vigile día y noche —dijo a los hombres de Seguridad reunidos en su despacho—. Quiero un informe de todo lo que haga, a dónde va, con quién se ve y de todo lo que pueda significar un cambio en su rutina diaria. Fotografíen a todo el que visite su casa. Quiero micrófonos en todas las habitaciones y grabaciones de todas las conversaciones. Intervengan su teléfono y registren todas las llamadas. ¿Está claro? Quiero el tratamiento completo.

Verkramp recorrió la habitación con la vista; todos asintieron. Sólo el sargento Breitenbach parecía algo indeciso.

—¿No es un poco irregular esto, señor? —le preguntó—. Después de todo, el Kommandant es nuestro jefe superior.

El Luitenant Verkramp enrojeció de furia. Le molestaba muchísimo que se discutieran sus órdenes.

—Tengo aquí —dijo, blandiendo el oficio del DSE—, un comunicado de Pretoria ordenándome llevar a cabo esta investigación. Lógicamente —suavizó su tono autoritario— espero, y estoy seguro de que todos lo esperamos, que cuando concluyamos la investigación habrá quedado demostrada la absoluta fidelidad e integridad del Kommandant; pero, entretanto, tenemos que cumplir las órdenes. He de recordarles encarecidamente que toda la operación debe mantenerse en el más absoluto secreto. Nada más, pueden irse.

Cuando se fueron, el Luitenant Verkramp dio las órdenes precisas para que se xerografiara el cuestionario y estuvieran en su mesa las copias para repartirlas al día siguiente por la mañana.

Al día siguiente, la señora Roussouw, cuyo trabajo consistía en controlar a los presos que iban todos los días de la cárcel de Piemburgo a casa del Kommandant a hacer las tareas domésticas, tuvo que interrumpir su trabajo para abrir la puerta principal. Eran empleados municipales que al parecer creían que había un escape de gas debajo de la cocina, un cortocircuito en el salón y una

gotera en el depósito de agua del desván.

Como en la casa no había instalación de gas y el fogón eléctrico de la cocina funcionaba perfectamente, y, además, no había rastro de humedad en el techo del dormitorio, la señora Roussouw hizo lo imposible por disuadir a los operarios que parecían decididos a llevar a cabo su cometido con un sentido de la responsabilidad y una falta de conocimientos especializados que a ella le parecían desconcertantes.

—¿No deberían desconectar primero la corriente? —preguntó al empleado de la compañía de la luz que estaba tendiendo cables en el dormitorio.

—Supongo que sí —dijo el individuo y se fue al piso de abajo.

Cuando a los diez minutos la señora Roussouw vio que la luz de la cocina seguía encendida, decidió hacerse cargo del asunto, abrió el armario que había debajo de las escaleras y desconectó la corriente. Se oyó entonces un grito destemplado procedente del desván, donde trabajaban los operarios de la compañía del agua alumbrándose con una lámpara de mano conectada a un enchufe del descansillo, intentando hallar aquella inexistente gotera del depósito.

—Tiene que ser la bombilla —dijo uno de ellos y bajó por la escalerilla para buscar otra en la mesita de noche del Kommandant. Antes de volver a la oscuridad del desván, le explicó a la señora Roussouw que no hacía falta quitar la corriente.

—Supongo que conoce usted bien su trabajo —dijo la señora Roussouw indecisa.

—Le aseguro que no hay ya ningún peligro —le dijo aquel individuo.

La señora Roussouw volvió bajo las escaleras y dio otra vez la corriente. Al grito que se oyó en el desván, donde el empleado de la compañía del agua tenía el portalámparas en la mano, siguió un asombroso ruido desgarrador en el dormitorio y el rumor de yeso cayendo. La señora Roussouw volvió a quitar la corriente y subió otra vez las escaleras.

—¿Qué va a decir el Kommandant cuando vea el follón que han organizado? —preguntó a la pierna que colgaba del techo del dormitorio. Por toda respuesta le llegó un gemido del desván—. ¿Se encuentra usted bien? —preguntó la señora Roussouw anhelante.

La pierna se agitó vigorosamente.

—Ya le avisé que cortara la luz —increpó la señora Roussouw al electricista. El comentario provocó una sarta de protestas y la pierna que colgaba del techo se movió convulsa. El hombre de la compañía de la luz salió al rellano —. ¿Qué ha dicho? —preguntó, alzando la vista hacia la escalerilla y atisbando en la oscuridad.

—Dice que no quiere que corten la corriente —dijo una voz arriba.

—Lo que usted diga —dijo la señora Roussouw y de nuevo bajó a dar la corriente—. ¿Está mejor así? —preguntó, bajando de nuevo el interruptor.

En el piso de arriba, en el dormitorio del Kommandant, la pierna que colgaba del techo dio varias violentas sacudidas; luego quedó inmóvil.

—Estate quieto que ya te empujo desde abajo —dijo el hombre de la compañía eléctrica y se encaramó en la cama.

La señora Roussouw salió del armario y volvió a subir las escaleras. Con tantas subidas y bajadas estaba empezando a fatigarse. En el momento en que llegaba al rellano, oyó otro grito terrible procedente del dormitorio. Entró corriendo y se encontró al electricista postrado en la cama entre yeso.

—¿Y ahora qué pasa? —preguntó.

El hombre se limpió la cara, mirando a aquella pierna con aire de reproche.

—Está viva —dijo al fin.

—Eso es lo que tú te crees —dijo una voz desde el desván.

—Desde luego yo ya no sé qué pensar —dijo la señora Roussouw.

—Yo sí —dijo el electricista, incorporándose en la cama—. Creo que tiene que volver a cortar la corriente. No pienso tocar esa pierna mientras no lo haga.

La señora Roussouw volvió cansinamente a las escaleras.

—Pues es la última vez —dijo—. No estoy dispuesta a seguir subiendo y bajando.

Al final, con la ayuda de los presos negros consiguieron bajar del desván al empleado de la compañía del agua y convencieron a la señora Roussouw de que tenía que hacerle el boca a boca en el sofá del salón para que volviera en sí.

—Antes tendrán que sacar de aquí a esos cafres —le dijo al electricista—. No lo haré si están ellos ahí mirando. Podría ocurrírseles cualquier cosa.

El electricista echó a patadas a los presos y el operario de la compañía del agua recobró en seguida el conocimiento lo suficiente para que pudieran volver con él a la comisaría.

—¡Chapuceros de mierda! —gruñó Verkramp cuando sus hombres le informaron de lo ocurrido—. Les dije que pusieran escuchas en la casa, no que la destrozaran.

Cuando el Kommandant van Heerden llegó a casa por la noche, se encontró con un desorden considerable y con casi todos los servicios cortados. Intentó prepararse un poco de té, pero no había agua. Tardó unos veinte minutos en encontrar la llave de paso y otros veinte en encontrar una llave de tuercas adecuada. Llenó la tetera y esperó media hora a que hirviera; pero, transcurrido

ese tiempo, se dio cuenta de que el agua estaba completamente fría.

«¿Pero qué diablos pasa hoy con todo?», se preguntaba mientras llenaba una cazuela y la ponía a calentar. Al cabo de veinte minutos andaba buscando debajo de las escaleras intentando dar con la caja de fusibles alumbrándose con cerillas. Quitó y volvió a colocar todos los fusibles hasta que se dio cuenta de que la llave general estaba cerrada. Suspiró aliviado y dio la corriente. Siguió una detonación en la caja de fusibles. La luz del vestíbulo permaneció un segundo encendida y volvió a apagarse. Le llevó otra media hora encontrar el cable del fusible y cuando al fin lo consiguió se le habían acabado las cerillas. Desesperado ya, se dio por vencido y se fue a cenar a un café griego, calle abajo.

Cuando volvió a casa, estaba de bastante mal humor. Consiguió subir las escaleras iluminándose con una linterna que había comprado en un garaje y se quedó estupefacto ante el desorden que reinaba en el dormitorio. Había un gran agujero en el techo y la cama estaba llena de yeso. Se sentó al borde de la cama y enfocó la linterna hacia el agujero del techo. Se volvió luego hacia el teléfono de la mesita de noche y marcó el número de la comisaría. Mientras estaba allí sentado mirando por la ventana y preguntándose por qué tardaría tanto el sargento de guardia en contestar, se fijó en que lo que parecía sólo una sombra debajo del Jacaranda de la acera de enfrente, estaba fumando un cigarrillo. Posó el teléfono y se acercó a la ventana para asegurarse. Atisbo en la oscuridad y se sorprendió aún más al distinguir otra sombra similar debajo de otro árbol. Se preguntaba por qué estarían aquellas dos sombras vigilando su casa cuando el teléfono empezó a chirriar furioso a su espalda. Lo cogió justo a tiempo de oír al sargento de guardia colgar. Soltó una maldición y empezó a marcar otra vez; pero cambió de idea y se dirigió al cuarto de baño que daba al jardín posterior; abrió la ventana. Una brisa suave arremolinó las cortinas. El Kommandant escudriñó el jardín y cuando estaba ya convencido de que en aquella parte no había ningún intruso, un arbusto de azaleas encendió un cigarrillo. Muy preocupado ya, volvió al dormitorio y marcó de nuevo el número de la comisaría.

—Me están vigilando —le dijo al sargento de guardia cuando contestó al fin al teléfono.

—¿Ah, sí? —dijo el sargento, acostumbrado a que le despertaran en plena noche chiflados con historias de que les espiaban—. ¿Y quién le está vigilando?

—No lo sé —susurró el Kommandant—. Hay dos hombres delante de la casa y otro en el jardín de atrás.

—¿Por qué habla tan bajo? —le preguntó el sargento.

—Porque me están vigilando, naturalmente. ¿Por qué otra cosa iba a ser? —gruñó el Kommandant *sotto voce*.

—No tengo la menor idea —dijo el sargento—. Tomaré nota. Dice usted que

hay dos hombres vigilándole en el jardín delantero y uno en el de atrás. ¿Es esto correcto?

—No —dijo el Kommandant, que ya estaba perdiendo la paciencia con aquel sargento de guardia.

—Pero usted dijo…

—Dije que había dos hombres delante de mi casa y uno en el jardín de atrás —dijo el Kommandant procurando contenerse.

—Dos… hombres… delante… de… mi… casa —dijo el sargento, escribiendo lentamente—. Tomando nota —le dijo al Kommandant cuando éste le preguntó si podía saberse qué diablos estaba haciendo.

—Bien, será mejor que se dé prisa —gritó el Kommandant, fuera de sí—. Hay un gran agujero en el techo justo encima de mi cama y la casa ha sido allanada —añadió; y para consuelo de sus pesares oyó que el sargento le decía a alguien que tenía a un chiflado al aparato.

—Veamos, corríjame si me equivoco —dijo el sargento antes de que el Kommandant pudiera reprenderle por insubordinación—. Dijo usted que había tres hombres vigilando su casa, que hay un enorme agujero en el techo y que han allanado su domicilio. ¿Es así? ¿No se le olvida nada?

El Kommandant estaba al borde de la apoplejía.

—Sólo un detalle —gritó—. Le habla su jefe, el Kommandant van Heerden. Y le ordeno que envíe de inmediato un grupo de coches patrulla a mi casa.

Siguió a esta furiosa aclaración un escéptico silencio.

—¿Me oye? —gritó el Kommandant.

Era evidente que no. El sargento había tapado con la mano el teléfono, pero, aun así, el Kommandant pudo oír cómo le explicaba al agente que hacía la guardia con él que el que llamaba había perdido el juicio. El Kommandant colgó ruidosamente el aparato y se preguntó qué podría hacer. Por fin consiguió levantarse y se acercó a la ventana. Allí seguían aún los siniestros vigilantes. Se acercó de puntillas a la cómoda y hurgó en el cajón de los calcetines buscando el revólver. Lo sacó, comprobó que estaba cargado, y estaba ya bajando por las escaleras (pues había decidido que el dormitorio no era seguro con aquel agujero en el techo) cuando empezó a sonar el teléfono. Primero pensó que era mejor no contestar, pero luego se dijo que tal vez fuera el sargento de guardia que llamaba para confirmar su llamada anterior y subió las escaleras corriendo. En el momento justo en que iba a descolgar, dejó de sonar.

El Kommandant van Heerden marcó el número de la comisaría.

—¿Acaba de llamarme usted? —preguntó al sargento de guardia.

—Depende de quién sea usted —replicó el sargento.

—Soy su comandante en jefe —gritó.

El sargento consideró el asunto.

—Muy bien —dijo al fin—. Cuelgue usted el teléfono y volveré a llamarle para confirmarlo.

El Kommandant contempló el teléfono con odio.

—Escuche —dijo—, mi número es el 5488. Confírmelo usted, que esperaré al aparato.

Al cabo de cinco minutos, coches patrulla de todo Piemburgo se concentraban delante de la casa del Kommandant van Heerden, mientras el sargento de guardia se preguntaba qué le diría a su jefe por la mañana.

3

Otro tanto se preguntaba el Luitenant Verkramp. Se había enterado del fiasco de la casa del Kommandant por el sargento Breitenbach, que estaba controlando el teléfono y había tenido la suficiente presencia de ánimo para ordenar a los agentes que realizaban las tareas de vigilancia que abandonaran la zona antes de que llegaran los coches patrulla. Desgraciadamente, los micrófonos instalados por toda la casa seguían allí y el Luitenant se hacía cargo de que su presencia no contribuiría a mejorar sus relaciones con el jefe de policía, en caso de que los descubriera.

—Ya le dije yo que todo esto era un error —decía el sargento Breitenbach mientras el Luitenant Verkramp se vestía.

Verkramp no era de la misma opinión.

—¿Por qué arma tanto lío si no tiene nada que ocultar? —preguntó.

—El agujero en el techo, por un lado —dijo el sargento. El Luitenant seguía sin entenderlo.

—Podía haberle pasado a cualquiera. Y además es igual, echará la culpa a los de la compañía del agua.

—Pero no creo que ellos acepten la responsabilidad —insinuó el sargento.

—Cuanto más se empeñen en negarlo, más se convencerá él de que fueron ellos —dijo Verkramp, que sabía un poco.

Despidió al sargento y se dirigió a la comisaría; se pasó medía noche preparando un informe para entregárselo al Kommandant por la mañana.

Pero no tuvo que utilizarlo. El Kommandant van Heerden llegó a la comisaría dispuesto a conseguir que alguien pagara aquellos daños a su propiedad. No sabía muy bien a qué servicios públicos debía culpar de todo el asunto; y las explicaciones de la señora Roussouw no se lo habían aclarado gran cosa.

—Oh, tiene usted una pinta horrible —le dijo cuando bajó a desayunar después de afeitarse con agua fría.

—También la tiene esta mierda de casa —dijo el Kommandant, toqueteándose la mejilla con un lápiz hemostático.

—Ese vocabulario —le reprendió la señora Roussouw. El Kommandant van Heerden la miró fríamente.

—Tal vez pueda usted explicarme qué ocurrió aquí. Anoche cuando llegué a casa me encontré con que no había agua, ni luz, y con un boquete enorme en el dormitorio.

—Fue el empleado de la compañía del agua —le explicó ella—. Tuve que hacerle el boca a boca para reanimarle.

El Kommandant van Heerden se estremeció ante semejante perspectiva.

—¿Y eso qué explica?

—El agujero del techo, claro —dijo la señora Roussouw.

El Kommandant intentó imaginar la secuencia de hechos que habían desembocado en que la señora Roussouw le hubiera practicado el boca a boca al individuo de la compañía del agua y en que éste se cayera atravesando el techo.

—¿En el desván? —le preguntó, escéptico.

—Claro que no, qué tontería —dijo la señora Roussouw—. Él estaba intentando localizar un escape en el depósito de agua y yo entonces di la luz…

El Kommandant estaba demasiado estupefacto para permitirle continuar.

—Señora Roussouw —le dijo, cansinamente—, quiere usted decir que… bien, déjelo, no importa. Llamaré a la compañía de aguas cuando llegue a la comisaría.

Mientras desayunaba, la señora Roussouw aumentó su confusión mental. El culpable de todo, en realidad, era el operario de la compañía de la luz por no haber desconectado la corriente.

—Y supongo que eso explica todo este lío —dijo el Kommandant, contemplando los escombros que había debajo del fregadero.

—Oh, no. Eso fue el del gas —dijo la señora Roussouw.

—¡Pero si no tenemos gas! —protestó él.

—Ya lo sé. Ya se lo dije, pero me contestó que había un escape en la tubería general.

El Kommandant acabó de desayunar y se fue andando a la comisaría, absolutamente desconcertado. Pese a que los coches patrulla no habían encontrado ni una sola prueba de que la casa hubiera estado sometida a vigilancia, el Kommandant estaba seguro de ello. Tenía incluso la inquietante sensación de que le estaban siguiendo en aquel momento, pero cuando se detuvo en la esquina y miró por encima del hombro, no vio a nadie.

Ya en su despacho, se pasó una hora acosando a los directores de las compañías del agua, del gas y de la luz, intentando llegar al fondo de aquel

asunto. Fueron necesarios los esfuerzos conjuntos de los tres directores para convencerle de que sus respectivos operarios no habían sido autorizados a entrar en su casa, que todo aquello no tenía absolutamente nada que ver con la electricidad ni con el abastecimiento de agua y que no había noticia de ningún escape de gas en un radio de dos kilómetros de su casa y, por último, que ellos no podían ser los responsables de los daños causados a su propiedad. El Kommandant se reservó la opinión respecto a este último punto y dijo que consultaría con su abogado. El director de la compañía de aguas le dijo que, de cualquier modo, no era competencia de la compañía lo de arreglar escapes en los depósitos de agua, y el Kommandant le dijo que no era competencia de nadie dedicarse a abrir boquetes en el techo de su dormitorio y que, desde luego, él no iba a pagar por el privilegio de que se los hicieran. En este intercambio de cortesías, su presión sanguínea llegó a alcanzar un nivel peligroso. Luego mandó buscar al sargento de guardia, al que hubieron de sacar de la cama, para que explicara su comportamiento al teléfono.

—Creí que se trataba de una broma —se excusó el sargento—. Como hablaba usted de aquella manera, tan bajo.

Pero ahora el Kommandant ya no hablaba bajo. Podían oírle con toda claridad en las celdas, dos plantas más abajo.

—¿Una broma? —gritó—. ¿Creyó usted que era una broma?

—Sí, señor, hay una media docena de llamadas así todas las noches.

—¿Qué tipo de llamadas?

—Pues gente que llama diciendo que les han robado, o violado, o cosas así. Sobre todo mujeres.

El Kommandant van Heerden recordó que en sus tiempos de sargento de guardia muchas de las llamadas nocturnas eran falsas alarmas. Le echó una reprimenda al sargento y le mandó marcharse.

—La próxima vez que le llame no quiero discusiones. ¿Entiende?

El sargento lo entendió perfectamente; cuando estaba ya a punto de salir del despacho, el Kommandant cambió de idea.

—¿Puede saberse adónde diablos va? —le dijo, gruñendo.

El sargento explicó que como había pasado la noche en vela, creía que podía volver a la cama. El Kommandant te nía otros planes para él.

—Quiero que se ocupe usted de investigar el asalto a mi casa. Quiero un informe completo sobre el responsable a primera hora de esta tarde.

—Sí, señor —dijo cansinamente el sargento y salió del despacho. Se encontró en la escalera con el Luitenant Verkramp, que parecía bastante agotado —. Quiere un informe completo a primera hora de la tarde sobre el allanamiento —le comunicó el sargento a Verkramp. El Luitenant suspiró, volvió arriba y llamó

a la puerta del despacho del Kommandant.

—Adelante —gritó el Kommandant. El Luitenant Verkramp entró—. ¿Qué le ocurre a usted, Verkramp? Tiene aspecto de haber pasado toda la noche de juerga.

—Oh, no, fue sólo un lóquilo, señor —farfulló Verkramp, desconcertado por la perspicacia del Kommandant.

—¿Un qué?

—Un cólico —se corrigió Verkramp, intentando controlar lo que decía—. Ha sido un traspiés… ejem… un lapsus…

—Por amor de Dios, Verkramp, contrólese de una vez —le dijo el Kommandant.

—Sí, señor.

—¿Para qué quería verme?

—Por lo del asunto ese de su casa, señor —dijo Verkramp—. Tengo cierta información que creo que podría interesarle.

El Kommandant van Heerden suspiró. Ya podía haber supuesto que Verkramp tenía metidos sus dedos mugrientos en aquel pastel.

—¿Y bien?

El Luitenant Verkramp tragó saliva nervioso.

—Verá, nosotros, en el departamento de seguridad —empezó, ampliando la responsabilidad al máximo— hemos recibido últimamente información de que iban a intentar poner escuchas en su casa —hizo una pausa para comprobar la reacción del Kommandant. El Kommandant reaccionó según lo previsto: se irguió en la silla y contempló fijamente a Verkramp horrorizado.

—¡Santo cielo! ¿Quiere decir…?

—Exactamente, señor. Seguro que se habrá fijado usted en que su casa estaba vigilada.

—Así es. Les vi anoche…

Verkramp asintió.

—Mis hombres, señor.

—En la acera de enfrente y en el jardín posterior —dijo el Kommandant.

—Exactamente, señor —aceptó Verkramp—. Pensamos que quizás volvieran.

El Kommandant estaba perdiendo el hilo de la conversación.

—¿Quiénes?

—Los saboteadores comunistas, señor.

—¿Saboteadores comunistas? ¿Y qué demonios iban a querer hacer los saboteadores comunistas en mi casa?

—Colocar escuchas, señor —dijo Verkramp—. Después del fracaso que tuvieron en su intento de ayer, pensé que quizás volvieran.

El Kommandant van Heerden se esforzaba en controlarse.

—¿Intenta decirme que todos esos operarios de las compañías del gas y del agua eran en realidad saboteadores comunistas…?

—Disfrazados, señor. Por suerte, gracias a los esfuerzos de mis agentes, el intento se frustró. Uno de los comunistas se cayó por el techo.

El Kommandant van Heerden se retrepó en la butaca, satisfecho. Había encontrado al responsable del agujero en el techo de su dormitorio.

—¿Así que fue culpa suya? —preguntó.

—Sí, señor —aceptó Verkramp—. Y nos ocuparemos de que todo quede arreglado inmediatamente.

Aquello le quitaba un gran peso de encima al Kommandant. Aunque, por otro lado, no acababa de entenderlo del todo.

—Aun así, yo no acabo de entender por qué los comunistas querrían poner escuchas en mi casa. ¿Quiénes son? —preguntó.

—Siento no poder revelar todavía ninguna identidad —dijo Verkramp, y volvió a echar mano del Departamento de Seguridad del Estado—: Órdenes del DSE.

—¿Pero qué sentido puede tener colocar escuchas en mi casa? —preguntó el Kommandant, que sabía lo suficiente como para no discutir las órdenes del DSE —. Yo nunca digo nada importante en casa.

Verkramp estaba de acuerdo en eso.

—Pero ellos no podían saberlo, señor —dijo—. En cualquier caso, según nuestra información, esperaban conseguir material que les permitiera chantajearle —miró atentamente al Kommandant para captar su reacción. Estaba asombrado.

—¡Dios Todopoderoso! —balbució, y se enjugó la frente con un pañuelo. Verkramp se apresuró a aprovechar la ventaja.

—Si pudieran conseguir algo contra usted, algo de tipo sexual, algo raro —vaciló. El Kommandant sudaba copiosamente—, entonces le tendrían completamente a su merced, ¿no es cierto?

El Kommandant tenía que admitir que sí, pero no estaba dispuesto a llegar a tanto delante de Verkramp. Repasó el catálogo de sus hábitos nocturnos y llegó a la conclusión de que prefería que algunos no salieran a la luz.

—¡Qué cerdos! —masculló, y miró a Verkramp con algo parecido a respeto. El Luitenant no era tan tonto, después de todo—. ¿Qué va a hacer usted al respecto? —le preguntó.

—Dos cosas —dijo Verkramp—. Lo primero es eliminar al máximo las sospechas de los comunistas, ignorando todo el asunto de su casa. Hacerles creer que ignoramos sus intenciones. Echar la culpa a las compañías del gas… ejem… del agua.

—Eso ya lo he hecho —dijo el Kommandant.

—Bien. Hemos de tener en cuenta que este incidente forma parte de una conspiración nacional para socavar la moral de la policía sudafricana. Y es importantísimo no tomar medidas precipitadas.

—Es increíble —dijo el Kommandant—. Así que una conspiración nacional. No sabía que aún hubiera tantos comunistas sueltos. Yo creía que habíamos agarrado a todos esos cerdos hace años.

—Brotan como los dientes de dragón —le aseguró el Luitenant Verkramp.

—Eso debe ser, sí —dijo el Kommandant, que nunca había enfocado así el asunto anteriormente.

El Luitenant Verkramp siguió:

—Tras el fracaso de la campaña de sabotajes pasaron a la clandestinidad.

—Tiene que ser eso —dijo el Kommandant, obsesionado aún con la idea de los dientes de dragón.

—Se han reorganizado y han iniciado una nueva campaña. Primero, socavar nuestra moral; y segundo, una vez conseguido lo primero, iniciar una nueva oleada de sabotajes —explicó Verkramp.

—¿Quiere decirme usted —dijo el Kommandant— que están intentando concretamente obtener información para extorsionar a policías de todo el país?

—Exactamente, señor —dijo Verkramp—. Y tengo motivos para creer que están especialmente interesados en las impropiedades sexuales cometidas por los policías.

El Kommandant procuró pensar en las impropiedades sexuales que él pudiera haber cometido últimamente y, lamentándolo bastante, no pudo dar con ninguna. Pero en cambio se le ocurrían miles de impropiedades cometidas por los hombres que estaban a su mando.

—Bien —dijo al fin—, menos mal que Els ya no está con nosotros. Por lo que parece, el muy bribón se murió justo a tiempo.

Verkramp sonrió.

—Ya lo había pensado —dijo. Las incursiones del Konstabel Els en el campo de las relaciones transraciales era ya una leyenda en la comisaría de Piemburgo.

—De todos modos, no entiendo qué va a hacer usted para conseguir detener esa campaña infernal —dijo el Kommandant—. Els aparte, creo que hay muchos agentes cuya vida sexual deja mucho que desear.

El Luitenant Verkramp estaba entusiasmado.

—Estoy totalmente de acuerdo —dijo y sacó del bolsillo el cuestionario de la doctora Blimenstein—. He estado trabajando en el asunto con un importante miembro de la profesión psiquiátrica —dijo— y creo que hemos conseguido algo

que podría servirnos para identificar a los oficiales y agentes más vulnerables a esta forma de infiltración comunista.

—¿De veras? —preguntó el Kommandant, que ya se imaginaba de qué miembro destacado de la profesión psiquiátrica debía tratarse.

Verkramp le dio el cuestionario.

—Señor, me gustaría contar con su aprobación para distribuir este cuestionario entre los hombres de la comisaría. Por sus respuestas podremos determinar las probables víctimas de extorsión.

El Kommandant van Heerden miró el cuestionario, cuyo inofensivo encabezamiento decía: «Investigación de la personalidad». Echó una ojeada a las primeras preguntas y no vio nada alarmante. Parecían referirse únicamente a la profesión del padre, edad, y número de hermanos y hermanas. No pudo seguir porque Verkramp se puso a contarle que había recibido órdenes de Pretoria de llevar a cabo la investigación.

—¿DSE? —preguntó el Kommandant.

—DSE —confirmó Verkramp.

—En tal caso, adelante —le alentó el Kommandant.

—Le dejaré ese ejemplar para que lo cumplimente —dijo Verkramp y salió del despacho, encantado del giro que tomaban los acontecimientos.

Ordenó al sargento Breitenbach distribuir los cuestionarios y telefoneó a la doctora Blimenstein para hacerle saber que todo iba, si no de acuerdo con los planes, pues no los tenían, sí al menos de acuerdo con las circunstancias. La doctora Blimenstein se mostró sumamente complacida; sin darse cuenta siquiera de lo que hacía, Verkramp se encontró con que la había invitado a cenar aquella noche. Colgó el teléfono asombrado de su buena suerte. En ningún momento se le había pasado por la cabeza que la sarta de mentiras sobre los saboteadores comunistas que le había contado al Kommandant fueran exclusivamente producto de su imaginación calenturienta. Su tarea profesional era erradicar a los enemigos del Estado, de lo que se deducía que había enemigos del Estado a los que erradicar. Él no daba la menor importancia a las actividades de tales enemigos. Tal como había explicado una vez en juicio, lo que importaba era el principio de la subversión, no los pormenores.

Aunque Verkramp estaba satisfecho con el desarrollo de los acontecimientos, no lo estaba tanto el Kommandant van Heerden, allí sentado en su despacho con el cuestionario delante. La historia de Verkramp era bastante convincente. No dudaba el Kommandant de la existencia de agitadores comunistas en Zululandia (qué otra cosa podía explicar la truculencia de los zulúes del municipio por el reciente aumento de las tarifas de los autobuses). Pero el hecho de que los saboteadores disfrazados de fontaneros se hubieran infiltrado en su propia casa

indicaba que se había iniciado una nueva fase especialmente alarmante de la campaña subversiva. El informe del sargento de guardia, según el cual el equipo de investigación había encontrado un micrófono bajo el fregadero, demostraba lo acertado del pronóstico del Luitenant. El Kommandant mandó al sargento que dejara la investigación a los de Seguridad y envió a Verkramp la siguiente nota: «Ref. a nuestra conversación de esta mañana. La presencia del micrófono en la cocina confirma su informe. Sugiero actúe de inmediato. Van Heerden».

Renovada su confianza en la capacidad de su segundo, el Kommandant van Heerden decidió cumplimentar el cuestionario que aquél le había entregado. Contestó a las primeras preguntas muy complacido, pero cuando volvió la página empezó a agobiarle la sensación de que iban metiéndole poco a poco en una ciénaga de confesiones sexuales en la que se hundía más y más a cada pregunta.

«¿Tuvo niñera negra?» parecía bastante inofensiva y el Kommandant contestó «Sí», encontrándose con que la siguiente pregunta era: «Tamaño de los pechos: Grandes, Medianos, Pequeños». Tras un momento de duda, y con cierta inquietud, marcó «Grandes» y pasó a considerar la «Longitud de los pezones: Largos, Medianos, Cortos». «Maldita sea, vaya una forma más rara de combatir el comunismo», se dijo, intentando recordar la longitud de los pezones de su niñera. Al final se decidió por «Largos» y pasó a considerar «¿Le hacía la niñera negra cosquillas en las partes íntimas? A menudo. Casi nunca». El Kommandant buscó afanosamente «Nunca»; no lo encontró. Se decidió por «Casi nunca» y pasó a la pregunta siguiente: «Edad de la primera eyaculación: ¿Tres años, cuatro años…?».

«No deja mucho margen», pensó, intentando, indignado, decidirse entre los seis años, que no se ajustaba gran cosa a la verdad, pero que seguramente socavaría menos su autoridad que los dieciséis, que era bastante más exacto. Acababa de poner ocho años, como una solución de compromiso basada en una emisión nocturna que había tenido a los diez años cuando advirtió que se había metido en una trampa. La siguiente pregunta era: «Edad del primer orgasmo durante el sueño». Y en esta ocasión la primera edad era diez años. Cuando terminó de borrar su respuesta a la pregunta anterior para hacerla compatible con los once años del «Primer orgasmo durante el sueño», estaba ya furioso. Descolgó el teléfono y pidió que le pusieran con el despacho de Verkramp. Le contestó el sargento Breitenbach.

—¿Dónde está Verkramp? —exigió el Kommandant. El sargento informó que había salido, que si podía ayudarle él. El Kommandant repuso que lo dudaba—. Se trata de este maldito cuestionario. ¿Quién va a leerlo?

—Creo que la doctora Blimenstein —dijo el sargento—. Ella lo redactó.

—¿Ah, sí? —gruñó el Kommandant—. Pues ya puede decirle usted a

Verkramp que no pienso contestar a la pregunta veinticinco.

—¿Cuál es?

—La que dice «¿Cuántas veces al día se masturba?» —dijo el Kommandant—. Puede decirle usted a Verkramp que las preguntas de este tipo las considero una violación de la intimidad.

—Sí, señor —dijo el sargento Breitenbach, estudiando las posibles respuestas que daba el cuestionario a la pregunta, y que puntuaban de cinco a veinticinco.

El Kommandant colgó violentamente el teléfono, guardó bajo llave el cuestionario en su mesa y se fue a almorzar de un humor de perros. «Esa zorra, vaya unas preguntas», se decía mientras bajaba las escaleras; seguía refunfuñando aún cuando acabó de almorzar en el bar de la comisaría.

—Si alguien pregunta por mí, estoy en el Club de Golf —informó al sargento de guardia.

Después de perder dos horas intentando atinar a la pelota en la pista de golf, volvió al salón del club con la sensación de que aquel no era precisamente su día.

Pidió al camarero un coñac doble y se sentó a una mesa de la terraza, desde donde podía ver actuar a jugadores más expertos que él. Y allí estaba, respirando la atmósfera inglesa e intentando librarse de la desagradable sensación de que, de alguna forma misteriosa, se estaba alterando el apacible curso de su existencia, cuando un crujir de grava en el campo delantero le hizo mirar por encima del hombro. Un anticuado Rolls Royce acababa de aparcar allí y sus ocupantes salían del coche en aquel momento. Por un instante, tuvo la extraordinaria impresión de verse trasladado a los años veinte. Los dos individuos que salieron de la parte delantera del vehículo vestían calzones y sombreros que ya habían pasado de moda hacía cincuenta años, mientras que las dos mujeres que les acompañaban iban ataviadas con lo que le parecieron trajes y sombreros de época; y llevaban sombrillas. Pero ni los atuendos ni el inmaculado Rolls de época le impresionaron tanto como las voces. Estridentes y lánguidamente arrogantes, parecían llegarle como un eco del pasado inglés, embargándole con ellas la certeza de que todo estaba bien en el mundo, a pesar de los pesares. Aquel servilismo básico que era la esencia de su yo íntimo (y que su propia autoridad jamás podría borrar) tembló extasiado en su interior cuando el grupo pasó a su lado sin dirigirle siquiera una mirada que indicara que reconocían su existencia. Era precisamente este ensimismamiento hasta el punto de trascender el yo y convertirse en algo inmutable y absoluto, en una autosuficiencia divina, lo que el Kommandant van Heerden había ansiado siempre hallar en los ingleses. Y allí estaba, delante de él, en el Club de Golf de Piemburgo, encarnado en dos hombres y dos mujeres de mediana edad cuya cháchara insustancial constituía la prueba

definitiva de que, pese a las guerras, los desastres y la revolución inminente, no había, en realidad, por qué preocuparse. Le admiró en especial la elegancia con que el jefe del grupo, un cincuentón coloradote, chasqueó los dedos para llamar al *caddie* negro antes de acercarse al primer *tee*.

—Es absolutamente inestimable —dijo una de las damas, sin referirse a nada en particular, mientras seguían su camino.

—Siempre he dicho que Boy es un hacha para el castigo —dijo el hombre colorado; y salieron del campo de audición del Kommandant, que se les quedó mirando un momento y corrió luego al bar a que el camarero le informara.

—Se hacen llamar Club Dornford Yates —le explicó el camarero—. No sé por qué, pero visten y hablan así tan cursi en memoria de una empresa que se llamaba Bury & Co.[1] y que se fue a pique hace ya años. El tipo colorado es el coronel Heathcote-Kilkoon. A él es al que le llaman Bury. La señora llenita es su mujer. El otro fulano es el mayor Bloxham. Le llaman Boy, imagínese, vaya un muchacho, debe tener cuarenta y ocho por lo menos. No sé quién es la mujer delgada.

—¿Viven cerca de aquí? —preguntó el Kommandant. No aprobaba en absoluto el tono campechano del camarero hacia sus superiores, pero se moría de ganas de saber más cosas de aquellas cuatro personas.

—El coronel tiene una casa cerca del Hotel Piltdown, pero creo que están casi siempre en una granja del distrito de Underville. Tiene un nombre muy raro, Mujer Blanca o algo así. Y he oído decir que también su comportamiento allí es bastante raro.

El Kommandant pidió otro coñac y se lo llevó a su mesa de la terraza para esperar que volviera el grupo. Pero en seguida se le acercó el camarero, que se quedó en el quicio de la puerta con aire aburrido.

—¿Hace mucho que pertenece al club el coronel? —preguntó el Kommandant.

—Un par de años —informó el camarero—. Desde que llegaron todos de Rhodesia o de Kenia o de algún sitio así. Al parecer también tienen mucho dinero que gastar.

Consciente de que el hombre le estaba mirando con bastante curiosidad, el Kommandant terminó su copa y se fue a inspeccionar el Rolls Royce de época.

—Silver Ghost de 1925 —dijo el camarero, que le había seguido—. Muy bien conservado.

El Kommandant refunfuñó entre dientes. Empezaba a estar harto de la compañía del camarero. Rodeó el coche hasta el otro lado, pero el camarero seguía pegado a él.

—¿Les busca usted por algo? —le preguntó en tono conspiratorio.

—¿Qué diablos le hace a usted pensar eso? —preguntó el Kommandant.

—Sólo es curiosidad —dijo el camarero. Y con un gesto de a buen entendedor con pocas palabras basta que el Kommandant no entendió, el tipo volvió a su puesto.

Solo al fin, el Kommandant concluyó su inspección del coche; y se disponía ya a marcharse cuando le llamó la atención algo que había en el asiento de atrás. Era un libro; desde la contracubierta le miraba impasible la foto de un hombre. Pómulos altos, párpados entrecerrados, nariz recta, bigote recortado; el rostro pareció transportar al Kommandant a un futuro seguro y radiante. Atisbando por la ventanilla miró fijamente la fotografía y, mientras lo hacía, supo con una certeza que escapaba a cualquier posible análisis que se hallaba al borde de una nueva fase de su búsqueda de la esencia del caballero inglés. Ante él, en el asiento de atrás del Rolls, estaba retratado, con una exactitud que jamás hubiera creído posible, el rostro del hombre que él quería ser. El libro se titulaba *As Other Men Are* y su autor era Dornford Yates. El Kommandant sacó la libreta de notas y apuntó el título.

Cuando el coronel Heathcote-Kilkoon y su grupo volvieron al edificio del club, el Kommandant se había marchado ya camino de la biblioteca pública convencido de que estaba a punto de descubrir, en las obras de Dornford Yates, el secreto de aquel enigma que hacía tanto tiempo que le intrigaba: cómo ser un caballero inglés.

Cuando salió aquella noche de la comisaría y fue a casa a cambiarse, el Luitenant Verkramp era un hombre extraordinariamente feliz. La facilidad con que había acallado las sospechas del Kommandant, los resultados que estaba obteniendo con los cuestionarios, la perspectiva de pasar la velada con la doctora von Blimenstein, todo ello contribuía a su sensación de bienestar. Y, por encima de todo, el hecho de que en la casa del Kommandant seguían aún los aparatos de escucha que le permitirían echarse en la cama y escuchar cualquier movimiento indiscreto que hiciera, añadía una emoción especial a la sensación de éxito de Verkramp. El Luitenant creía hallarse, igual que el Kommandant, al borde de un descubrimiento que cambiaría toda su vida y que le llevaría del puesto secundario que ocupaba a uno de autoridad, mucho más acorde con su talento. Mientras esperaba que la bañera se llenara, ajustó el receptor de su dormitorio y comprobó la grabadora conectada al mismo. No tardaría mucho en oír al Kommandant abriendo y cerrando armarios por la casa. Satisfecho tras verificar el buen funcionamiento del aparato, lo desconectó y fue a bañarse. Justo cuando salía de

la bañera, sonó el timbre de la puerta.

«Maldita sea», se dijo, cogiendo una toalla y preguntándose a quién diablos se le ocurriría visitarle en un momento tan inoportuno. Salió al vestíbulo dejando un rastro de gotas de agua, abrió furioso la puerta y se encontró con la doctora Blimenstein.

—No quiero… —dijo Verkramp, reaccionando maquinalmente a la llamada del timbre en momentos inoportunos, antes de darse cuenta de quién era su visitante.

—¿De veras, querido? —dijo sonoramente la doctora Blimenstein, que se abrió el abrigo, mostrándole un ceñidísimo vestido de un tejido extraordinariamente fino—. ¿Seguro de que no…?

—¡Por amor de Dios! —dijo Verkramp, mirando enloquecido a un lado y a otro.

Sabía muy bien que sus vecinos eran personas absolutamente respetables y que la doctora Blimenstein, pese a su formación y su posición profesional como psiquiatra, no se preocupaba demasiado, ni en el mejor de los casos, por guardar las formas. Y no era precisamente aquél el mejor de los casos, él con una toalla atada a la cintura y la doctora con lo que fuera aquello que llevaba a la cintura y arriba y abajo.

—Pase, de prisa —chilló.

Un poco decepcionada por el recibimiento que le dispensaba, la doctora von Blimenstein cerró el abrigo y entró. Verkramp se apresuró a cerrar la puerta y se escabulló hacia la seguridad del cuarto de baño.

—No la esperaba —gritó desde allí, pero con suavidad—. Pensaba ir a recogerla al hospital.

—No podía esperar para verle —gritó a su vez la doctora—. Y creí que le daría una pequeña sorpresa.

—Pues me la ha dado, desde luego —masculló Verkramp, buscando furioso un calcetín que se había escondido en algún rincón del cuarto de baño.

—¿Cómo? No le oigo bien. Hable más alto.

Verkramp encontró el calcetín debajo del lavabo.

—Decía que sí, que me había dado una sorpresa. —Se dio con la cabeza en el lavabo al levantarse y acabó la frase con una maldición.

—¿Está enfadado conmigo por haberme presentado así? —preguntó la doctora. Verkramp se sentó al borde de la bañera y se puso el calcetín. Estaba mojado.

—No, claro que no. Puede venir usted cuando quiera —dijo, con acritud.

—No está enfadado, ¿a qué no? Quiero decir que no me gustaría que me considerara una… entrometida —siguió diciendo la doctora, mientras Verkramp,

asegurándole que le encantaría que le visitara lo más a menudo posible, descubrió que, gracias a la precipitada llegada de la doctora, se le había mojado toda la ropa.

Cuando el Luitenant Verkramp salió al fin del cuarto de baño se sentía bastante frío y nada preparado para el espectáculo con que se encontró. La doctora Blimenstein se había quitado el abrigo de piel de rata almizclera y estaba echada en el sofá con un vestido rojo chillón que le marcaba las formas con tal minuciosidad que el asombrado Verkramp se preguntó cómo habría conseguido meterse en él.

—¿Le gusta? —preguntó la doctora, estirándose voluptuosa. Verkramp tragó saliva y dijo que sí, que muchísimo—. Es la última novedad en *nylon* elástico.

Verkramp se dio cuenta de que estaba mirando hipnóticamente aquellos pechos; horrorizado, comprendió que estaba condenado a pasar la velada en público con una mujer que vestía algo parecido a un bañador escarlata semitransparente. El Luitenant siempre se había enorgullecido de su reputación de persona seria y temerosa de Dios; y, como miembro devoto de la Iglesia reformada holandesa de la calle Verwoerd, se sentía ofendido por el atuendo de la doctora. Mientras iban en el coche al Hotel Piltdown, sólo le consolaba que aquel atroz vestido era tan estrecho que le impediría bailar. El Luitenant Verkramp no bailaba. Lo consideraba pecaminoso.

Cuando llegaron al hotel, el portero abrió la puerta del coche; sus modales acrecentaron la sensación de inferioridad que ya había sentido al aparcar el Volkswagen junto a un Cadillac.

—¿La brassière, por favor? —dijo Verkramp.

—¿La qué, señor? —inquirió el portero clavando la vista en el pecho de la doctora von Blimenstein.

—La brassière —dijo Verkramp.

—Aquí no encontrará eso, señor —dijo el portero. La doctora von Blimenstein acudió en su auxilio.

—La brasserie —dijo.

—Ah, se refieren ustedes a la parrilla —dijo el portero y sin saber aún muy bien si creer lo que le transmitían sus sentidos, les mostró el camino.

Verkramp se alegró de que la tenue iluminación les permitiera ocultarse de la vista del público sentándose en un rincón. La doctora Blimenstein acudió también en su ayuda pidiendo dos martinis secos al camarero de los vinos, que miraba con aire desdeñoso a Verkramp mientras éste intentaba dar con algo vagamente familiar en la lista de vinos.

Después de tres martinis se sentía ya muchísimo mejor.

La doctora Blimenstein le hablaba ahora de la terapia de aversión.

—Es bastante simple —decía—. Se ata al paciente a una cama mientras se proyectan en una pantalla diapositivas de su perversión concreta. Por ejemplo, en el caso de un homosexual, se le muestran diapositivas de hombres desnudos.

—¡Caramba! —dijo Verkramp—. ¡Qué interesante! ¿Y luego qué?

—Al mismo tiempo que se le muestra la diapositiva, se le administra una descarga eléctrica.

Verkramp estaba fascinado.

—¿Y se curan así? —preguntó.

—Al final, el paciente da muestras de ansiedad cada vez que ve la diapositiva.

—No me extraña —comentó Verkramp.

Sabía por experiencia propia que el tratamiento de electrochoque les producía muchísima angustia a sus presos.

—Para que sea realmente efectivo, el tratamiento debe durar seis días —continuó la doctora von Blimenstein—. Pero se sorprendería usted del número de curaciones que hemos conseguido con este método.

Verkramp dijo que no le sorprendía lo más mínimo. Mientras comían, la doctora von Blimenstein le explicó que era precisamente una forma modificada de la terapia de aversión la que pensaba aplicar a los policías de Piemburgo implicados en casos de mestizaje. Verkramp tenía la mente un poco embotada por la ginebra y el vino y no acababa de entender.

—No entiendo la… —empezó a decir.

—Mujeres negras desnudas —dijo la doctora, sonriendo a su carne a la brasa—. Proyectar diapositivas de mujeres negras desnudas y administrar una descarga eléctrica al mismo tiempo.

Verkramp la miró con franca admiración.

—Ingenioso —dijo—. Maravilloso. Es usted un genio —la doctora von Blimenstein sonrió bobaliconamente.

—La idea no es mía —confesó con modestia—. Aunque supongo que podríamos decir que la he adaptado a las necesidades de Sudáfrica.

—Es un descubrimiento —dijo Verkramp—. El descubrimiento, podríamos decir.

—Resulta agradable creerlo —murmuró la doctora.

—Un brindis —propuso Verkramp, alzando el vaso—. ¡Por su éxito!

La doctora von Blimenstein alzó también el vaso.

—Por nuestro éxito, querido, por nuestro éxito.

Bebieron; mientras lo hacían, Verkramp pensaba que era la primera vez en su vida que se sentía realmente feliz. Estaba cenando en un hotel elegante, con una mujer encantadora, con cuya ayuda estaba a punto de hacer historia. El peligro de

que Sudáfrica se convirtiera en un país de gentes de color ya no asediaría a sus dirigentes blancos. Con la doctora von Blimenstein a su lado, Verkramp instalaría por todo el territorio clínicas en las que los blancos pervertidos se curaran de sus deseos de mujeres negras mediante la terapia de la aversión. Se inclinó hacia la mesa, hacia los encantadores senos de la doctora y le cogió una mano.

—La amo a usted —dijo sencillamente.

—Yo también le amo a usted —susurró la doctora, devolviéndole la mirada con una intensidad casi depredadora.

Verkramp miró alrededor nervioso, pero se calmó al ver que nadie les miraba.

—En el buen sentido, claro —dijo, tras una pausa.

La doctora von Blimenstein sonrió.

—El amor no es bueno, querido —dijo ella—. Es turbio y violento y apasionado y cruel.

—Sí… bueno… —dijo Verkramp, que nunca había enfocado así el amor—. Lo que quería decir es que el amor es puro. Es decir, mi amor.

En los ojos de la doctora pareció tintinear y apagarse una llama.

—El amor es deseo —continuó.

Verkramp contempló inquieto sus pechos abultados sobre la mesa, como una amenaza maternal inminente. Estiró las piernas e intentó hallar algo que decir.

—Le deseo —murmuró la doctora; y subrayó las palabras hundiéndole las uñas carmesíes en la palma de la mano—. Le deseo con todas mis fuerzas. —El Luitenant se estremeció involuntariamente. La doctora von Blimenstein le atenazó una pierna por debajo de la mesa con unas rodillas inmensas—. Le deseo —repitió.

Verkramp empezó a pensar que estaba cenando con un volcán en erupción. Dijo sin querer: «¿No es ya hora de irnos?». Sin comprender cuál iba a ser la interpretación lógica que la doctora haría de aquel deseo súbito de abandonar la seguridad relativa del restaurante.

Cuando se dirigían al coche, la doctora von Blimenstein le cogió del brazo y le apretó contra ella. Él le abrió la puerta del coche para que entrara; la doctora se deslizó en el asiento con un siseo de *nylon*. Verkramp, con su sensación anterior de inferioridad social sustituida por una sensación de inferioridad sexual ante las insinuaciones directas de la doctora, se sentó vacilante a su lado.

—No me entiende —le dijo, prendiendo el motor—. No quiero hacer nada que pueda estropear la belleza de esta noche.

La doctora von Blimenstein acababa de cogerle una pierna en la oscuridad.

—No tiene que sentirse culpable —susurró la doctora. Verkramp dio marcha atrás con una sacudida.

—La respeto demasiado —contestó Verkramp.

El abrigo de piel de rata almizclera se alzó suavemente cuando la doctora apoyó la cabeza en el hombro del Luitenant… Un perfume intenso flotó hacia la cara de Verkramp.

—Qué tímido es usted —le dijo.

Verkramp salió del aparcamiento del hotel a la carretera de Piemburgo. Abajo, lejos, las luces de la ciudad chispearon y se apagaron luego. Era medianoche.

Verkramp conducía despacio, cuesta abajo; en parte, porque temía que le acusaran de conducir borracho, pero, sobre todo, porque le aterraba la perspectiva que le aguardaba cuando llegaran a su casa. La doctora von Blimenstein insistió por dos veces en que parara el coche y Verkramp se vio envuelto en sus brazos en ambas ocasiones mientras los labios de ella buscaban y encontraban los suyos.

—Tranquilo, querido —le decía, mientras Verkramp se retorcía en una mezcla febril de rechazo y aceptación que satisfacía a la vez a su propia conciencia y la creencia de la doctora de que reaccionaba—. El sexo es algo que ha de aprenderse.

Verkramp no necesitaba que se lo dijeran.

Arrancó de nuevo y siguió conduciendo mientras ella le explicaba que era bastante normal que un hombre tuviera miedo a la sexualidad. Cuando llegaron al piso de Verkramp, apenas quedaban restos ya de aquella euforia que había sentido mientras la doctora le explicaba cómo se proponía curar a los policías propensos al mestizaje. La extraña mezcla de pasión animal y objetividad clínica con que la psiquiatra hablaba del sexo había despertado en el teniente una aversión hacia el tema que no podrían reforzar ni siquiera las descargas eléctricas.

—Bien, fue una noche encantadora —dijo, aparcando esperanzado junto al coche de la doctora; pero ella no tenía ninguna intención de marcharse tan pronto.

—¿No me va a invitar a tomar la última copa? —le preguntó. Al verle vacilar, añadió—: Creo que me dejé el bolso en su casa, así que tendré que subir un momento.

Verkramp subió las escaleras en silencio.

—No quiero molestar a los vecinos —explicó en un susurro. Y en un tono de voz que parecía calculado para despertar a los muertos, la doctora von Blimenstein dijo que sería más silenciosa que un ratón y, para confirmarlo, intentó besarle mientras él buscaba la llave. Una vez dentro de la casa, se quitó el abrigo y se sentó en el sofá con un despliegue de piernas que, de algún modo, reanimó aquel deseo que la conversación había apagado. La doctora estiró los brazos hacia él mientras su cabellera se desparramaba sobre los cojines. Verkramp

anunció que iba a preparar café y desapareció en la cocina. Cuando volvió a la sala, la doctora von Blimenstein había apagado la luz principal, había encendido una lamparita de lectura del rincón y estaba manipulando la radio.

—A ver si encuentro algo de música —dijo.

Gruñó el altavoz encima del sofá. El Luitenant Verkramp posó las tazas de café y se volvió para prestar atención a la radio; pero a la doctora Blimenstein ya no le interesaba la música. Allí estaba ante él con la misma sonrisa amable que Verkramp había visto en su rostro cuando la conoció en el hospital. Y, sin darle tiempo a escapar, la atractiva doctora le inmovilizó en el sofá con aquella pericia que Verkramp tanto admirara una vez. Cuando los labios de la psiquiatra silenciaron su débil protesta, el Luitenant perdió por completo la sensación de culpa. Se hallaba desvalido en sus brazos, no podía hacer nada.

4

El Kommandant van Heerden salió de la biblioteca pública de Piemburgo con su ejemplar de *As Other Men Are* bien asido y con una emoción que no sentía desde que de pequeño cambiaba tebeos a la puerta del cine los sábados por la mañana. Caminaba de prisa, mirando de vez en cuando la cubierta que tenía un adorno en la portada y un retrato del gran autor en la contraportada. Cada vez que miraba aquel rostro con aquellos ojos un poco entrecerrados y aquel bigote fino le inundaba la sensación de jerarquía social que tanto anhelaba su alma. Todas las dudas sobre la existencia del bien y del mal que habían grabado en él sus veinticinco años de oficial de la policía sudafricana, se desvanecían ante la seguridad que irradiaba aquel rostro. No es que el Kommandant van Heerden hubiera tenido ni por un momento motivos para dudar de la existencia del mal. Era la inexistencia de su contrario lo que le resultaba tan debilitante espiritualmente; y, puesto que no era dado a nada que se pareciese al pensamiento conceptual, la bondad que buscaba era algo que había que ver para creer. Más aún, debía estar personificada en una forma socialmente aceptable; y allí la tenía al fin, respirando una arrogancia que no admitía duda: el rostro que miraba a lo lejos desde la contracubierta de *As Other Men Are* era la prueba definitiva de que todos aquellos valores (como la hidalguía, el coraje) a los que el Kommandant van Heerden rendía tributo personal, existían aún en este mundo.

En cuanto llegó a casa, se acomodó en un sillón con una tetera llena y una taza al lado; abrió el libro y empezó a leer:

«Eve Malory Carew ladeó su linda y encantadora barbilla…».

Mientras leía, el mundo sórdido del delito, del fraude y el asesinato, de los asaltos y los robos, del engaño y de la cobardía con el que su profesión le mantenía en contacto permanente, desapareció, siendo sustituido por un mundo nuevo en el que damas encantadoras y hombres majestuosos avanzaban con desenvoltura y elegancia y seguridad hacia finales inevitablemente felices. Mientras seguía las aventuras de Jeremy Broke y del capitán Toby Rage, por no

mencionar a Oliver Pauncefote y a Simón Beaullieu, el Kommandant se daba cuenta de que había vuelto a casa. A medida que transcurrían las horas y el Kommandant (el té ya completamente frío al lado) seguía leyendo, el Luitenant Verkramp, el sargento Breitenbach y los seiscientos hombres a su mando, iban quedando felizmente olvidados. De vez en cuando, leía en voz alta algún pasaje especialmente conmovedor para saborearlo más plenamente. A la una en punto de la madrugada miró el reloj y se quedó asombrado al ver que se le había pasado el tiempo sin darse cuenta. Pero no tenía que madrugar al día siguiente y había llegado a otro episodio conmovedor.

«Las perlas que me regaló George yacen a mi lado pálidas e indignas», leyó en voz alta, en lo que imaginaba en vano imitación de una voz femenina. «Me las he quitado. No quiero sobre mí sus perlas; quiero tus brazos».

Mientras el Kommandant van Heerden sentía aquel maravilloso alivio de poder huir del mundo real de la sórdida experiencia a un mundo de pura fantasía, al Luitenant Verkramp le pasaba exactamente lo contrario. Ahora que las fantasías sexuales sobre la doctora von Blimenstein a que se había entregado durante muchas noches insomnes parecían estarse haciendo realidad, Verkramp consideraba tal perspectiva insoportable. De un lado, los encantos de una doctora von Blimenstein ausente e imaginada, prácticamente habían desaparecido al ser reemplazados por la conciencia de que era una mujer de constitución fuerte y pesada, de inmensos pechos y piernas musculosas, cuyos apetitos sexuales no estaba en absoluto dispuesto a satisfacer. Y de otro, las paredes de su apartamento permitían que los sonidos de un piso se oyeran claramente en el otro. Y, para colmo de males, la doctora estaba borracha.

En una tentativa absurda de provocar en la doctora el equivalente femenino de la languidez beoda, Verkramp la acosó con un escocés de una botella que guardaba para las ocasiones especiales; pero hubo de admitir, horrorizado, no sólo la gran capacidad de la doctora para aguantar el licor fuerte, sino también que el maldito escocés parecía actuar en su caso como afrodisíaco. Decidido entonces a invertir el proceso, fue a preparar más café a la cocina. Acababa de encender el fogón cuando una erupción sonora procedente de la sala le obligó a volver allí a toda prisa. La doctora von Blimenstein había puesto el magnetófono.

—«Quiero una casa de las de antes, con una cerca de las de antes y un millonario de los de antes» —gritaba Eartha Kitt.

Los deseos de la doctora von Blimenstein eran más modestos:

—Yo quiero que me quieras tú, y tú y nadie más que tú —canturreaba,

acompañando a Eartha Kitt, con una voz que sobrepasaba en varios decibelios el límite legal.

—Por lo que más quiera —dijo Verkramp, intentando llegar hasta el magnetófono pasando a su lado—, va a despertar a todo el vecindario.

El chirriar de los muelles de la cama del piso de arriba indicaba que los vecinos de Verkramp habían reaccionado a los estímulos de la doctora, aunque Verkramp no lo hubiera hecho.

—Yo quiero que me quieras tú, y tú y nadie más que tú, buu, dupy, dup —canturreaba la doctora von Blimenstein apretando a Verkramp en sus brazos. Se oía como ruido de fondo la voz de la señorita Kitt que venía a aumentar el desconcierto de Verkramp comunicando al mundo su deseo personal de pozos de petróleo y la predilección de Verkramp por los cantantes de color.

—¿Qué tiene de malo el amor, cariño? —preguntó la doctora, logrando combinar la extravagancia con el sexo de un modo que a Verkramp le resultaba especialmente irritante.

—Si —dijo, en tono conciliador, procurando librarse de su abrazo—, si usted…

—Fuera la única chica del mundo y yo el único chico —vociferó la doctora.

—Por amor de Dios —chilló Verkramp, consternado ante semejante perspectiva.

—Pero no lo eres —dijo una voz procedente del piso de arriba—. A ver si me tienes en cuenta a mí.

Estimulado por aquel apoyo, Verkramp logró librarse de los brazos de la doctora y se replegó en el diván.

—Dame, dámelo, dame lo que tanto ansío —canturreó la doctora, cambiando de soniquete.

—A ver si nos dejan dormir de una vez, carajo —gritó el tipo del piso de arriba, harto ya sin duda del excéntrico repertorio de la doctora.

Luego se oyeron golpes en la pared que daba al piso de al lado, donde vivían un profesor de religión y su esposa.

Gateando por el diván, Verkramp se lanzó hacia el magnetófono.

—Déjame apagar a esa negra —gritó Verkramp.

La señorita Kitt iba ya por los diamantes.

—Deja en paz a las negras, anda. Me has puesto a punto —gritó la doctora von Blimenstein; y agarró a Verkramp por las piernas y lo tiró al suelo con gran estrépito. Luego se le puso encima en cuclillas y se apretó contra él con una pasión tal que le metió el broche del liguero por la boca, mientras intentaba desabotonarle los pantalones. Verkramp escupió aquel chisme con una revulsión debida a su desconocimiento de la anatomía femenina, pues se halló luego ante

una perspectiva aún más desagradable. Se debatió entonces desesperadamente buscando aire, cercado por un obsceno horizonte de muslos, liguero y todas aquellas partes de la doctora que habían figurado en sus fantasías pero que vistas así de cerca habían perdido en gran parte su encanto.

Y fue precisamente en este trance, cuando decidió intervenir el Kommandant van Heerden. Su voz en falsete, extraordinariamente amplificada por el equipo electrónico de Verkramp, aumentó el encanto peculiar del contralto de la señorita Kitt y las insistentes súplicas de la doctora von Blimenstein a Verkramp para que se estuviera quieto.

—«Simón —chilló el Kommandant, ignorando el efecto que su parlamento producía a un kilómetro de distancia—, nuestra última noche aquí enterramos vivo nuestro amor, enterramos viva nuestra bendita y gloriosa pasión».

—¿Cómo? —preguntó la doctora von Blimenstein, que en su frenesí beodo había ignorado hasta entonces todas las súplicas de Verkramp.

—Suélteme —gritó Verkramp, que consideraba de especial importancia aquella alusión del Kommandant de enterrar vivos.

—Están asesinando a alguien —gritó la esposa del profesor de religión de la puerta de al lado.

—«Debí volverme loca. Supongo que creí que moriría» —continuó el Kommandant.

—¡¿Cómo?! —volvió a gritar la doctora Blimenstein, esforzándose beodamente por diferenciar los frenéticos gritos de Verkramp de la apasionada confesión del Kommandant, proceso de descodificación complicado aún más por Eartha Kitt imitando a un turco.

En el rellano, el hombre del piso de arriba amenazaba con echar la puerta abajo.

Y en medio de aquel torbellino de ruidos y aquel ajetreo, el Luitenant Verkramp contemplaba lívido los bermejos faralás de las complicadas medias de la doctora Blimenstein; luego, sobrecogido por el temor histérico de que estaban a punto de castrarle, se lanzó a morder.

Con un grito que pudo oírse a un kilómetro de distancia y que produjo el efecto de que el Kommandant dejara de leer en voz alta, la doctora corrió por la habitación arrastrando al enloquecido Verkramp enredado en el liguero.

Los minutos que siguieron fueron un preludio del infierno para el Luitenant. A su espalda, el hombre del piso de arriba, convencido ya de que allí se estaba cometiendo algún crimen, se lanzó con todas sus fuerzas contra la puerta de Verkramp. Frente a él, la doctora Blimenstein, convencida también de que había logrado despertar el apetito sexual de su amante y ansiando que se expresara de una forma más ortodoxa, se echó de espalda. Cuando la puerta se abrió de golpe,

Verkramp atisbo entre los ajados faralás bermejos con todo el Weltschmerz de una gallina decapitada.

Desde la puerta, el vecino contemplaba atónito el espectáculo.

—Venga, querido, venga —gritaba ya la doctora von Blimenstein, retorciéndose extasiada. Verkramp gateó furioso hacia el intruso.

—¿Cómo se atreve a irrumpir aquí de este modo? —le gritó, intentando por todos los medios convertir su perplejidad en ira justificada.

Desde el suelo, la doctora Blimenstein fue más eficaz en su intervención.

—Coitus interruptus —gritó—. ¡Coitus interruptus!

Verkramp decidió aprovechar aquella frase, que le sonaba vagamente a término médico.

—Es una epiléptica —explicó, mientras la doctora seguía retorciéndose en el suelo—. De Fort Rapier.

—¡Santo cielo! —exclamó el vecino, ahora también desconcertado.

La esposa del profesor de religión consiguió abrirse paso y entrar en la habitación.

—Calma, calma —le dijo a la doctora—. No pasa nada, tranquila…

Verkramp aprovechó este momento de confusión para escabullirse. Se encerró en el cuarto de baño. Y allí estuvo sentado, pálido por la humillación y la furia hasta que llegó la ambulancia y se llevaron a la doctora von Blimenstein al hospital. Hasta entonces, la doctora von Blimenstein siguió en la sala hablando beodamente a gritos de zonas erógenas y de los peligros emocionales del coito interrupto.

Cuando al fin se fueron todos, el Luitenant Verkramp salió del cuarto de baño y examinó mohíno el caos de la sala de estar. El único consuelo que podía hallar entre todo el horror de aquella velada era el que se hubieran afirmado sus sospechas sobre el Kommandant. Intentó recordar lo que había dicho aquella voz espectral en *falsetto*. Era algo de enterrar vivo a alguien. Aunque pareciese muy poco plausible, toda la velada parecía calculada de algún modo para infundir en el Luitenant Verkramp la sospecha de que las personas más respetables son capaces de los actos más extravagantes. De algo estaba absolutamente seguro: No quería volver a ver jamás a la doctora von Blimenstein.

Cuando el Kommandant van Heerden llegó a su despacho a la mañana siguiente, decidido a comportarse como un caballero, se sentía exactamente como tal. El cuestionario de la doctora von Blimenstein había desatado una tormenta de protestas en la jefatura de policía de Piemburgo.

—Es parte de una campaña para impedir la expansión del comunismo —le explicó al sargento Kok, que había sido designado para comunicar el descontento de los policías.

—¿Qué tiene que ver el tamaño de las tetas de las cafres con la expansión del comunismo? —inquirió el sargento.

El Kommandant tuvo que admitir que la relación resultaba un tanto oscura.

—Será mejor que le pregunte a Verkramp —dijo—. Él se encarga de este asunto, no yo. Por lo que a mí respecta, nadie tiene por qué contestar ese abominable cuestionario. Desde luego yo no pienso hacerlo.

—Sí, señor. Gracias, señor —dijo el sargento y se fue a cancelar las órdenes de Verkramp.

A primera hora de la tarde, el Kommandant volvió al Club de Golf con la esperanza de volver a ver a aquellos cuatro que se hacían llamar el Club Dornford Yates. Lanzó algunas pelotas entre los árboles y no tardó mucho en volver al edificio del club. Cuando se acercaba a la terraza, vio complacido que el Rolls de época entraba silenciosamente de la carretera al caminito del club y aparcaba mirando a la pista. Conducía la señora Heathcote-Kilkoon. Vestía suéter y falda azul y guantes a juego. Siguió un momento sentada en el coche y luego salió y rodeó el vehículo hasta el capó con una ansiedad que conmovió al Kommandant hasta la médula.

—Perdón —le dijo dirigiéndose a él, mientras se inclinaba elegantemente sobre el radiador con un ademán que él sólo había visto en las revistas femeninas más caras—, ¿podría ayudarme?

Al Kommandant van Heerden se le aceleró de golpe el pulso. Dijo que sería para él un honor poder hacerlo.

—Soy tan tonta —siguió diciendo la señora Heathcote-Kilkoon—… es que no sé absolutamente nada de coches. Tal vez pueda usted echarle una ojeada y decirme si algo va mal.

Con una galantería que contradecía su absoluta ignorancia de los vehículos de motor en general y de los Rolls Royce de época en particular, el Kommandant manipuló torpemente el cierre del capó y al cabo de un instante estaba consagrado a la búsqueda de algo que pudiera indicarle por qué se había parado el coche tan fortuitamente al final del camino del Club de Golf. La señora Heathcote-Kilkoon le animaba en su tarea con una sonrisa benévola y la indolente cháchara de una mujer fascinante.

—Cuando se trata del motor, me siento completamente desvalida —susurraba, mientras el Kommandant, que compartía aquel desvalimiento, metía esperanzado un dedo en el carburador. No llegó muy lejos, lo que le pareció buena señal. No tardó mucho (el tiempo que le llevó inspeccionar la correa del

ventilador y la varilla del aceite, con lo que prácticamente agotó sus conocimientos del motor de un coche) en renunciar a una tarea tan fuera de su alcance.

—Lo siento —dijo—. Pero no veo cuál pueda ser la causa de que el coche no funcione.

—A lo mejor me he quedado sin gasolina —dijo sonriendo la señora Heathcote-Kilkoon.

El Kommandant van Heerden miró el indicador de gasolina y comprobó que señalaba VACÍO.

—Eso es —dijo.

La señora Heathcote-Kilkoon expresó su agradecimiento.

—Vaya, cuántas molestias le he causado —susurró ella, pero el Kommandant van Heerden se sentía demasiado feliz para considerar así las cosas.

—Fue un placer —le dijo, enrojeciendo. Cuando estaba ya a punto de ir a lavarse las manos, la señora Heathcote-Kilkoon le detuvo:

—Ha sido usted tan amable —le dijo—. Permítame invitarle a tomar algo.

El Kommandant intentó explicarle que no era preciso, pero ella no hizo caso.

—Telefonearé al garaje pidiendo gasolina —le dijo—, y me reuniré con usted en la galería.

Al poco rato, el Kommandant sorbía un refresco mientras la señora Heathcote-Kilkoon, que tomaba el suyo con paja, le preguntaba cosas de su trabajo.

—Ser detective debe ser algo absolutamente fascinante —decía—. Mi marido está retirado, sabe usted.

—No lo sabía —dijo él.

—Claro que aún se ocupa de títulos y acciones —continuó ella—, pero no es lo mismo, ¿verdad?

El Kommandant dijo que creía que no, aunque no estaba muy seguro. Mientras la señora Heathcote-Kilkoon seguía parloteando, él contemplaba abstraído los detalles de su atuendo, los zapatos de piel de cocodrilo, el bolso de mano a juego, aquellas perlas tan discretas, maravillado de aquel gusto tan excelente. Hasta en su forma de cruzar las piernas había un decoro que le resultaba irresistible.

—¿Es usted de esta parte del mundo? —preguntó de repente la señora Heathcote-Kilkoon.

—Mi padre tenía una granja en el Karoo —informó el Kommandant—. Criaba cabras. Sabía muy bien que resultaba una ocupación humilde; pero, por lo que sabía, los ingleses tenían en gran estima a los campesinos.

La señora Heathcote-Kilkoon suspiró.

—Ay, adoro el campo —dijo—. Es uno de los motivos de que viniésemos a Zululandia. Después de la guerra, mi esposo se retiró a Umtali, sabe usted, y nos gustaba mucho. Pero el clima le perjudicaba y tuvimos que venirnos aquí. Elegimos Piemburgo porque a los dos nos encanta el ambiente. Tan maravillosamente *fin de siècle*, ¿no le parece a usted?

El Kommandant, que ignoraba el significado de *fin de siècle*, confesó que a él le gustaba Piemburgo porque le recordaba los buenos tiempos.

—Tiene usted razón —dijo la señora Heathcote-Kilkoon—, mi esposo y yo somos adictos incondicionales a la nostalgia. Ojalá pudiéramos retrasar el reloj de la historia. La elegancia, el encanto, la galantería de aquellos amados tiempos perdidos en el olvido… —suspiró, y el Kommandant suspiró también, convencido de que por primera vez en su vida había encontrado un alma gemela.

Cuando el camarero les comunicó que los del garaje ya habían echado gasolina al Rolls, el Kommandant se levantó.

—No quiero entretenerla —dijo cortésmente.

—Ha sido usted muy amable, gracias por ayudarme —le dijo la señora Heathcote-Kilkoon, tendiéndole una mano enguantada.

Con un súbito impulso procedente de la página cuarenta y nueve de *As Other Men Are*, el Kommandant la tomó y se la acercó a los labios.

—A sus pies —murmuró.

Antes de que la señora Heathcote-Kilkoon pudiera decir algo, había desaparecido; poco después iba en su coche camino de Piemburgo; sentía un extraño entusiasmo. Aquella tarde sacó de la biblioteca *Berry & Co.* y se fue a casa a extraer nueva inspiración de sus páginas.

—¿Dónde has estado? —preguntó el coronel Heathcote-Kilkoon a su esposa, cuando ésta llegó a casa.

—No lo creerás, pero he estado conversando con un auténtico babuino. No uno de tus embaucadores sino el artículo genuino. Cien por cien del Arca. No lo creerás, pero hasta me besó la mano cuando nos despedimos.

—¡Qué desagradable! —dijo el coronel y se fue al jardín a contemplar sus azaleas. Si había algo que detestara más que las hormigas blancas y los cafres descarados, era a los afrikaners.

El mayor Bloxham estaba en el salón, leyendo Country Ufe.

—Supongo que no son sucios todos —dijo cortésmente cuando la señora Heathcote-Kilkoon le habló del Kommandant—. Pero, a decir verdad, no puedo recordar haber conocido a ninguno que no lo fuera. Una vez en Kenia conocí a un

sujeto que se llamaba Botha. No se lavaba nunca. ¿Tu amigo se lava?

La señora Heathcote-Kilkoon hizo un gesto despectivo y subió al piso de arriba a descansar un poco antes de la cena. Se echó; en la quietud del atardecer, oyendo el suave susurro de la regadera, sintió un vago pesar por la vida que había llevado en otros tiempos: nacida en Croydon, había salido de Selsdon Road camino de Nairobi, como miembro del cuerpo auxiliar femenino de las fuerzas aéreas; sus antecedentes suburbanos le habían servido para conseguir un destino y un marido rico. Desde aquellos tiempos despreocupados, habían ido descendiendo gradualmente por el continente negro, barridos hacia el sur con la marea menguante del Imperio y adquiriendo con cada nueva latitud aquella exquisita presunción que tanto admiraba el Kommandant van Heerden. Y ya estaba cansada. Aquella afectación, que era tan necesaria en Nairobi para cualquier tipo de vida social, carecía por completo de sentido en Piemburgo, cuyo ambiente era, en comparación, clase media baja en su totalidad. Cuando se vistió para la cena, aún se sentía deprimida.

—¿Qué sentido tiene seguir pretendiendo ser lo que no somos cuando a nadie le importa lo más mínimo que no lo seamos? —preguntó, quejosa.

El coronel Heathcote-Kilkoon la miró con acritud.

—Hay que mantener las formas —vociferó el coronel.

—Entereza y firmeza, muchacha —dijo el mayor Bloxham; su madre había tenido una parada de caracoles de mar en Brighton—. Hay que defender el equipo.

Pero la señora Heathcote-Kilkoon ya no sabía en qué equipo estaba. El mundo en el que había nacido había desaparecido y, con él, las aspiraciones sociales que hacían la vida soportable. Y el mundo que se había forjado a base de afectación estaba desapareciendo. Después de reñir al camarero zulú por equivocarse de lado al servir la sopa, la señora Heathcote-Kilkoon se levantó de la mesa y se llevó el café al jardín. Paseó en silencio por el pradillo, bajo el claro cielo nocturno, y pensó en el Kommandant.

«Hay en él algo tan auténtico», murmuró para sí.

El coronel Heathcote-Kilkoon y el mayor analizaban la batalla de Normandía mientras tomaban oporto. No había nada auténtico en ellos. Hasta el oporto que estaban tomando era australiano.

5

El Kommandant van Heerden proseguía con creciente fervor su peregrinaje literario, ajeno al interés de que era objeto por parte del Luitenant Verkramp y de la señora Heathcote-Kilkoon. Todas las mañanas, seguido de cerca por los hombres de Seguridad a quienes Verkramp había encargado su vigilancia, acudía a la biblioteca de Piemburgo a buscar un nuevo libro de Dornford Yates; y todas las noches regresaba a su hogar, lleno de micrófonos, para consagrarse al estudio de aquel nuevo libro. Cuando se metía por fin en la cama, se quedaba repitiendo en la oscuridad su adaptación de la famosa fórmula de Coué: «Todos los días y en todos los sentidos soy más Berry», forma de autosugestión que apenas producía efectos apreciables en él, pero que era la desesperación del acechante Verkramp.

—¿Pero qué diantres querrá decir? —le preguntó al sargento Breitenbach mientras ambos escuchaban la grabación de los ejercicios de autosuperación nocturnos del Kommandant.

—Un berry[2] es una especie de fruto —dijo el sargento, no muy seguro.

—Puede ser también algo que se hace para desembarazarse de los cadáveres —dijo Verkramp, cuyas preferencias personales eran más fúnebres—. Pero ¿por qué diablos lo repetirá una y otra vez?

—Parece una especie de oración —dijo el sargento Breitenbach—. A una tía mía le entró manía religiosa y no paraba de repetir y repetir sus oraciones…

Pero al Luitenant no le interesaba lo más mínimo la tía del sargento.

—Quiero que no le pierdan de vista ni un momento —dijo—. Y en cuanto haga algo sospechoso, como comprarse una pala, me lo comunican inmediatamente.

—¿Por qué no le pregunta a esa doctora amiga suya…? —empezó el sargento, pero le cortó la vehemente respuesta del Luitenant. Salió del despacho con la absoluta certeza de que si había algo que el Luitenant no deseaba, quería, ni necesitaba, era precisamente a la doctora von Blimenstein.

Cuando se quedó solo, Verkramp se concentró en el problema del

Kommandant van Heerden, repasando los informes de los movimientos de éste.

«Fue a la Biblioteca. Fue a la jefatura de policía. Fue al Club de Golf. Fue a casa». La regularidad de tan inocentes actividades resultaba desalentadora; sin embargo, en aquella rutina se ocultaba el secreto de la tremenda seguridad y de la horrible sonrisa del Kommandant. Ni siquiera la noticia de que los comunistas habían colocado escuchas en su casa había conseguido más que perturbarle momentáneamente y, por lo que Verkramp podía apreciar, ya había olvidado del todo el asunto. Claro que había proscrito el cuestionario de la doctora von Blimenstein, pero ahora que Verkramp conocía por propia experiencia la conducta sexual de la doctora, tenía que admitir que había sido una sabia decisión. Considerando ahora todo aquel asunto, el Luitenant se daba cuenta de que había estado a punto de descubrir los hábitos sexuales de los policías de Piemburgo a una mujer con intereses creados sobre el tema. Se estremeció al pensar en el uso que habría podido hacer de semejante información y se concentró en el asunto de los policías propensos al mestizaje. Estaba claro que tendría que abordar el problema sin ayuda exterior y, después de intentar recordar lo que le había dicho la doctora von Blimenstein sobre el tratamiento, se fue a la Biblioteca Pública. Por un lado, quería averiguar si había en la biblioteca algún libro sobre la terapia de aversión; por otro, la biblioteca figuraba con mucha frecuencia en el itinerario del Kommandant Van Heerden. Al cabo de una hora, regresó a la comisaría con un ejemplar de *Fact & Fiction in Psychology*, de H. J. Eysenck, satisfecho por haber conseguido la obra definitiva sobre la terapia de aversión, pero sin haber adelantado aún ni un paso en la comprensión del cambio operado en su jefe. Sus pesquisas sobre los hábitos de lectura del Kommandant, no muy convincentemente precedidos por el comentario de que pensaba regalarle un libro por Navidad, sólo le habían servido para averiguar que era aficionado a las novelas románticas, lo que no era gran cosa.

Por otro lado, estaba el doctor Eysenck. Utilizando hábilmente el índice, el Luitenant Verkramp consiguió eludir la lectura de aquellas secciones del libro que ponían a prueba su vigor intelectual y concentrarse en las descripciones y en los métodos terapéuticos basados en la apomorfina y el electrochoque. Le interesaron en especial «el caso del camionero travestido» y «el caso del ingeniero del corsé»; ambos habían llegado a comprender lo erróneo de su comportamiento gracias, en el primer caso, a inyecciones de apomorfina y, en el segundo, al electrochoque. El tratamiento parecía bastante sencillo y Verkramp estaba absolutamente seguro de poder administrarlo si tenía ocasión de hacerlo. En cuanto a las máquinas de electrochoque, no había dificultad alguna. La comisaría de policía de Piemburgo disponía de algunas y Verkramp estaba seguro de que el cirujano de la policía podría proporcionar sin problema la apomorfina. El

obstáculo principal era la presencia del Kommandant van Heerden, cuya oposición a toda innovación había constituido siempre un problema para el Luitenant.

«Si ese viejo imbécil se tomara unas vacaciones», se dijo Verkramp, cuando iniciaba la lectura de «el caso del contable impotente», para descubrir, con disgusto, que el tipo aquel se había curado sin haber tenido que recurrir ni a la apomorfina ni al electrochoque. Le interesó mucho más «el caso de los cochecitos y los bolsos».

Mientras el Luitenant Verkramp procuraba olvidarse de la doctora von Blimenstein concentrándose en el estudio de la psicología anormal, la propia doctora, por su parte, ajena al efecto funesto que su sexualidad había producido en la opinión de Verkramp sobre ella, se desesperaba intentando recordar todos los detalles de la noche que habían pasado juntos. Recordaba su llegada a la Sección de Urgencias del Hospital de Piemburgo, clasificada, según el conductor de la ambulancia, como epiléptica. Una vez aclarado el equívoco, se le diagnosticó borrachera aguda; recordaba vagamente que la habían sometido a un lavado de estómago, antes de meterla en un taxi y enviarla a Fort Rapier, donde su aspecto había dado motivo a una desagradable entrevista con el director del Hospital al día siguiente. Había telefoneado a Verkramp varias veces y, al parecer, su línea siempre estaba ocupada. Así que acabó renunciando a comunicar con él y decidió que no era propio de una dama perseguirle. «Ya acudirá a mí, a su debido tiempo —se decía muy ufana—. No podrá evitarlo». Todas las noches después del baño contemplaba en el espejo con admiración las marcas de los dientes de Verkramp y dormía con las medias bermejas destrozadas debajo de la almohada como prueba de la devoción que le profesaba el Luitenant. «Fuertes necesidades orales», pensaba complacida, y se le henchían los pechos de expectación.

La señora Heathcote-Kilkoon era demasiado señora para plantearse dudas siquiera sobre si era propio o impropio provocar sus encuentros con el Kommandant van Heerden. Todas las tardes el Rolls de época se deslizaba furtivamente por el caminito de la pista de golf y la señora Heathcote-Kilkoon jugaba una ronda de excelente golf hasta que el Kommandant llegaba. Entonces, le ahorraba la vergüenza de tener que demostrar su ineptitud con el palo de golf,

dándole conversación.

—Debe pensar usted que soy absolutamente terrible —susurró ella una tarde que estaban sentados en la galería.

El Kommandant dijo que en absoluto.

—Supongo que se debe a mi escasísima experiencia del mundo real —continuó ella— el que considere tan fascinante conocer a un hombre con tanto *je ne sais quoi*.

—Oh, yo de eso no sé nada —dijo con modestia el Kommandant.

La señora Heathcote-Kilkoon agitó un dedo enguantado hacia él.

—Y también ingenioso —dijo, aunque el Kommandant no tenía idea de a qué se refería—. El caso es que una no espera que un hombre con un cargo de responsabilidad tenga sentido del humor, y ser jefe de policía de una ciudad de la importancia de Piemburgo ha de ser una responsabilidad imponente. Seguro que las preocupaciones le impiden dormir muchas noches.

El Kommandant pensó en las muchas noches que no había podido dormir; pero no estaba dispuesto a admitirlo.

—Cuando me acuesto —dijo—, me duermo. No me preocupo por nada.

La señora Heathcote-Kilkoon le contempló con admiración.

—Cómo le envidio. Yo tengo insomnio y lo paso muy mal. Me quedo despierta pensando cómo han cambiado las cosas durante mi vida y recordando aquellos buenos tiempos de Kenia, antes de que apareciera el horrible Mau-Mau y lo estropeara todo. Mire ahora en qué desastre han convertido los negros el país. Hasta han suspendido las carreras de Thompson's Falls —suspiró y el Kommandant se compadeció de ella.

—Pruebe a leer en la cama —le sugirió—. A algunas personas les es de gran ayuda.

—¿Y qué voy a leer? —preguntó la señora Heathcote-Kilkoon, en un tono de voz que indicaba que ya había leído todo lo que había que leer.

—Dornford Yates —se apresuró a indicar el Kommandant y se sintió complacidísimo al ver que la señora Heathcote-Kilkoon le miraba asombrada. Era precisamente la reacción que esperaba.

—¿También usted? —jadeó ella—. ¿Es admirador suyo?

El Kommandant asintió.

—¡Pero qué maravilla! —continuó la señora Heathcote-Kilkoon sin aliento —. ¿Verdad que es absolutamente increíble? Mi esposo y yo somos incondicionales suyos. Absolutamente fieles a él. Es una de las razones de que nos fuésemos a vivir a Umtali. Para estar cerca de él. Para respirar el mismo aire que respiraba él y saber que vivíamos en el mismo lugar que un gran hombre. Fue una experiencia maravillosa. Realmente maravillosa.

Hizo una pausa en la enumeración de las condiciones literarias de Umtali, que aprovechó el Kommandant para comentar que le sorprendía que Dornford Yates hubiera vivido en Rhodesia.

—Siempre me lo he imaginado en Inglaterra —dijo, olvidando oportunamente que, en este caso, *siempre* significaba una semana.

—Se fue durante la guerra —dijo la señora Heathcote-Kilkoon— y luego regresó a la casa de Eaux Bonnes, en los Pirineos, «La casa que construyó Berry», ya sabe, pero los franceses eran tan desagradables y todo había cambiado tan espantosamente, que no pudo soportarlo y se instaló en Umtali, donde vivió hasta su muerte.

El Kommandant dijo que lamentaba que hubiera muerto, y que le hubiera gustado conocerle.

—Fue un gran privilegio —aceptó tristemente la señora Heathcote-Kilkoon —. Un gran privilegio conocer a un hombre que ha enriquecido la lengua inglesa —hizo una pausa respetuosa antes de proseguir—: Pero es extraordinario que usted también le considere tan maravilloso… quiero decir… en fin… yo siempre había pensado que sólo les interesaba a los ingleses y encontrar a un auténtico afrikaner al que le gusta…

Se detuvo, claramente temerosa de ofenderle. El Kommandant le aseguró que Dornford Yates era el tipo de inglés que más admiraban los afrikaners.

—De verdad que me asombra usted —dijo la señora Heathcote-Kilkoon—. A él le hubiera encantado oírselo decir. Él también sentía gran aversión por los extranjeros.

—Lo comprendo muy bien —dijo el Kommandant—. Son tan desagradables.

Antes de separarse, la señora Heathcote-Kilkoon le dijo que tenía que conocer a su esposo, a lo que el Kommandant contestó que sería para él un honor.

—Tiene que venir usted a pasar unos días a Damas Blancas —dijo la señora Heathcote-Kilkoon, cuando el Kommandant le abría la puerta del Rolls.

—¿Qué damas blancas? —preguntó él. La señora Heathcote-Kilkoon estiró una mano enguantada y le dio un tirón en la oreja.

—Qué pícaro es usted —dijo, encantada—, qué pícaro y qué ocurrente.

Y se alejó, mientras el Kommandant se preguntaba qué habría dicho para merecer tan encantadora reprimenda.

—¿Qué hiciste qué? —preguntó el coronel apopléjicamente, cuando ella le contó que había invitado al jefe de policía a pasar unos días—. ¿En Damas Blancas? ¿Un maldito boer? No quiero ni oír hablar del asunto. Válgame Dios. Cualquier

día invitas a un indio o a un negro. No quiero saber nada. Ese puerco no pondrá los pies en mi casa.

La señora Heathcote-Kilkoon se volvió al mayor Bloxham.

—Explícaselo tú, Boy. A ti te hará caso —y se fue a su habitación con jaqueca.

El mayor Bloxham encontró al coronel entre sus azaleas. Su cara enrojecida le desanimó.

—Debes tomártelo con calma, amigo mío. Hay que pensar en la presión sanguínea.

—¿Pero qué esperas que haga si esta maldita mujer me dice que ha invitado a un despreciable babuino a visitarnos y a quedarse en Damas Blancas? —vociferó el coronel, gesticulando espantosamente con las tijeras de podar.

—Es un poco excesivo, sí —convino conciliador el mayor.

—¿Un poco? Yo diría más bien que es demasiado. No es ya que venga cualquiera por aquí. Puerco gorrón —y desapareció entre los arbustos, dejando un poco mohíno al mayor, por la ambigüedad del comentario.

—Parece que es admirador del Maestro —dijo el mayor, dirigiéndose a un gran capullo.

—Mmmmm —gruñó el coronel, que dedicaba ahora sus cuidados a un rododendro—. Ya me sé ese cuento. Lo dice para que le abramos la puerta y luego, antes de que nos demos cuenta, tendremos todo el maldito club lleno.

El mayor dijo que, desde luego, en términos generales, tenía razón, pero que el Kommandant parecía sincero. El coronel no parecía dispuesto a transigir.

—Sacaban bandera blanca y luego disparaban contra nuestros oficiales —gritó—. Sólo puedes confiar en un boer mientras le tienes delante.

—Pero —dijo el mayor, intentando seguir el rastro de la ubicación física del coronel al tiempo que su línea de pensamiento.

—Nada de peros —gritó el coronel desde una begonia—. Ese tipo es un sinvergüenza. Tiene sangre negra también. Todos los afrikaners la tienen. Es un hecho sabido. No alojaré a un negro en mi casa.

Su voz se alzaba lejana, entre los arbustos, por encima del insistente clic de las tijeras de podar; el mayor Bloxham regresó a la casa. La señora Heathcote-Kilkoon, curada ya de su jaqueca, tomaba su trago del crepúsculo en la galería.

—Intransigente, querida —dijo el mayor, pasando con cautela junto al chihuahua que estaba echado a los pies de ella—. Absolutamente intransigente.

Orgulloso del empleo de un comunicado tan diplomáticamente polisilábico, el mayor se sirvió un whisky doble. Iba a ser una velada larga y difícil.

—Temporada de caza ya —dijo el coronel ante los aguacates en la cena—. Hay que prepararse.

—¿Fox está en buena forma? —preguntó el mayor.

—Harbinger le ha mantenido en forma, sí —dijo el coronel—, le ha hecho dar un paseíto de quince kilómetros todos los días. Buen tipo, ese Harbinger, conoce su trabajo.

—Excelente batidor ese Harbinger —confirmó el mayor.

Al otro extremo de la pulida mesa de caoba, la señora Heathcote-Kilkoon exprimía su aguacate bastante mohína.

—Harbinger es un presidiario —dijo de pronto—. Le sacaste de la cárcel de Weezen.

—Un cazador furtivo convertido en guardabosque —corrigió el coronel, irritado por aquella nueva costumbre de su esposa de introducir un sentido de realidad en su mundo de plácido artificio—. Son los mejores, sabes. Es bueno también con los perros.

—Sabuesos —dijo la señora Heathcote-Kilkoon en tono reprobatorio—. Sabuesos, querido, nada de perros.

Su esposo enrojeció aún más.

—Después de todo —continuó la señora Heathcote-Kilkoon, sin dar tiempo al coronel a pensar en la réplica adecuada—, si hemos de seguir fingiendo que somos nobles y que hemos cazado con jaurías desde tiempo inmemorial, tendremos que hacerlo con propiedad.

El coronel Heathcote-Kilkoon dedicó a su esposa una mirada envenenada.

—Creo que te extralimitas, querida mía —le dijo, al fin.

—Qué razón tienes —contestó la señora Heathcote-Kilkoon—. Me he extralimitado, sí. Creo que todos lo hemos hecho. Se levantó de la mesa y salió del comedor.

—Extraordinario comportamiento —dijo el coronel—. No entiendo qué le pasa. Siempre ha sido perfectamente normal.

—Tal vez sea la calentura —sugirió el mayor.

—¿Calentura? —preguntó el coronel.

—El calor, el clima —se apresuró a decir el mayor—. El clima caluroso vuelve irritable a la gente, ¿no lo sabías?

—Nairobi es tórrido como el infierno. Jamás la afectó el calor allí. No entiendo por qué iba a afectarla aquí.

Acabaron de cenar en silencio. El coronel se llevó su café al despacho, donde escuchó el comentario sobre la bolsa en la radio. Se enteró con satisfacción de que habían subido las acciones del oro. Llamaría a su agente por la mañana y le diría que vendiera West Driefontein. Luego apagó la radio, se acercó a la estantería, tomó un ejemplar de *Berry & Co.* y se sentó a leerlo por octogésima tercera vez. Al poco rato, incapaz de concentrarse en la lectura, dejó

el libro a un lado y salió a la galería; el mayor Bloxham estaba sentado en la oscuridad con un vaso de whisky, contemplando las luces de la ciudad, que brillaban a lo lejos.

—¿Qué haces, Boy? —preguntó el coronel, con algo parecido a afecto en el tono de voz.

—Intentando recordar el sabor de los caracoles de mar —dijo el mayor—. Hace tanto tiempo que no los tomo…

—Personalmente prefiero las ostras.

Permanecieron un rato sentados en silencio. Unos zulúes cantaban a lo lejos.

—Mal asunto —dijo el coronel, rompiendo el silencio—. No puedo soportar a Daphne enfadada. Tampoco puedo soportar a ese condenado boer. No sé qué hacer.

—Es complicado —admitió el mayor—. Lástima que no haya forma de desembarazarse de él.

—¿Desembarazarse de él?

—Decirle que tenemos la glosopeda o algo por el estilo —dijo el mayor, cuya carrera estaba salpicada de excusas dudosas.

El coronel Heathcote-Kilkoon consideró la idea y la rechazó.

—No, no se lo tragaría; además, no es muy limpio —dijo al fin.

—Ninguno lo es. Los boers —dijo el mayor.

—Lo de la glosopeda —dijo el coronel.

—Ah.

Hubo una larga pausa. Ambos contemplaban la noche.

—Mal asunto —concluyó al fin el coronel. Y se fue a la cama. El mayor Bloxham se quedó allí sentado, pensando en mariscos.

La señora Heathcote-Kilkoon permanecía echada en su habitación, cubierta con una sábana, sin poder dormir, escuchando el canto de los zulúes y el murmullo de las voces en la galería, con una amargura creciente. «Si viene, le humillarán», pensaba, recordando las desdichas de su juventud, cuando se equivocaba siempre en los términos y normas de etiqueta. Lo que la hizo decidirse al final fue la idea de la humillación que sentiría por el Kommandant cuando éste cogiera torpemente el tenedor del pescado para la carne. Encendió la luz, se sentó ante el escritorio y escribió al Kommandant una nota en papel malva de borde plumillado.

—¿Vas a ir a la ciudad, Boy? —le preguntó a la mañana siguiente al mayor —. Deja esto de paso en la comisaría, ¿quieres? —y empujó el sobre hacia él sobre la mesa.

—Muy bien —dijo el mayor Bloxham. No tenía intención de ir a Piemburgo, pero su situación en la casa exigía precisamente aquel tipo de sacrificios—. ¿Te libras de él?

—Nada de eso —dijo la señora Heathcote-Kilkoon mirando a su esposo con frialdad—. Un compromiso. Es el arte inglés, o, al menos, eso se me ha hecho creer. Le digo que no hay sitio y…

—Excelente treta, querida —dijo el coronel.

—Y le pregunto si no le importaría quedarse en el hotel. Podrá comer y cenar con nosotros; y espero que si acepta, tendréis la decencia de tratarle correctamente.

—Me parece un arreglo justo —dijo el coronel.

—Perfecto —convino el mayor.

—Es lo menos que puedo hacer —dijo la señora Heathcote-Kilkoon—, dada la situación. Le digo que tú correrás con los gastos.

Y se levantó y se fue a la cocina a desahogar su irritación con los sirvientes negros.

En la jefatura de policía de Piemburgo, el Kommandant van Heerden hacía los preparativos para sus vacaciones. Se había comprado un mapa del distrito de Weezen, una caña de pescar y moscas, unas botas fuertes para caminar, un sombrero de caza, una escopeta del calibre doce, unas botas de pesca impermeables, un libro de bolsillo titulado *Normas de etiqueta para todos*. Confiaba en que, equipado de este modo, su estancia con los Heathcote-Kilkoon le proporcionaría una importantísima experiencia en el arte de comportarse como un caballero inglés. Hasta se había tomado la molestia de comprarse dos pares de pijamas y algunos calcetines, porque los viejos estaban zurcidos. Una vez adquiridos los signos externos de inglesidad, el Kommandant había practicado «aterradoramente» y «absolutamente» hasta conseguir lo que esperaba que fuera el acento auténtico. Al oscurecer, salió al jardín y practicó echando moscas con la caña de pescar en un cubo de agua en el césped; no consiguió que aterrizara en el cubo ni una sola mosca, pero decapitó en el intento varias docenas de dalias.

—¿Practicando qué? —preguntó incrédulo el Luitenant Verkramp cuando sus hombres le informaron de aquella nueva actividad del jefe de policía.

—Pescando en un cubo —dijeron los hombres de Seguridad.

—¡No está en sus cabales! —sentenció Verkramp.

—Y sigue hablando solo. No hace más que repetir «Fascinante» y «Encantado de conocerle, caballero».

—Ya lo sé, ya —dijo Verkramp, que había oído los monólogos del Kommandant por su receptor.

—Aquí tiene una lista de todo lo que ha comprado —informó otro de los

hombres de Seguridad.

Verkramp ojeó la lista, las botas de paseo y de pesca, el sombrero de caza; estaba perplejo.

—¿Y qué es eso de que se ve con una mujer en el Club de Golf? —preguntó. Seguía creyendo que su jefe estaba enredado en una relación amorosa ilícita.

—Conversan todos los días —dijeron los hombres de Seguridad—. Es regordeta, pelo teñido, y tendrá unos cincuenta y cinco años. Va en un Rolls antiguo.

Verkramp ordenó a sus hombres que averiguaran cuanto pudieran sobre la señora Heathcote-Kilkoon y se concentró otra vez en el estudio de *Fact and Fiction in Psychology*. Apenas había empezado cuando sonó el teléfono: el Kommandant quería verle. Verkramp dejó el libro y acudió al despacho del Kommandant.

—Oiga, Verkramp —le dijo—, voy a tomarme quince días libres, a partir del viernes, y quedará usted al mando.

El Luitenant Verkramp se puso muy contento.

—¡Cuánto lo lamento, señor! —dijo, diplomáticamente—. Le echaremos de menos.

El Kommandant le miró hosco. No creía en absoluto que Verkramp lamentara su ausencia, y menos aún quedando él al mando.

—¿Cómo va la investigación sobre los comunistas? —le preguntó.

—¿Comunistas? —dijo el Luitenant, desconcertado por un momento—. Ah, sí, es un asunto largo, señor. Nos llevará tiempo conseguir resultados.

—Sí, claro —dijo el Kommandant, seguro de haber resquebrajado la irritante suficiencia de Verkramp—. Bien, quiero que mientras estoy fuera se concentre en la delincuencia normal y en el mantenimiento de la ley y el orden. Que no me entere de que las violaciones, los robos y los asesinatos aumentan durante mi ausencia. ¿Entendido?

—Sí, señor —dijo Verkramp.

El Kommandant le mandó retirarse. Verkramp regresó a su despacho muy contento. Al fin se presentaba la oportunidad que había estado esperando. Se sentó ante su escritorio y consideró la serie de posibilidades que le ofrecía su nueva autoridad.

«Quince días —se dijo—. Quince días para demostrar lo que realmente puedo hacer». No era mucho tiempo, pero el Luitenant Verkramp no tenía la menor intención de perderlo. Había pensado concretamente en dos cosas: dado que el Kommandant iba a dejarle vía libre, podría poner en práctica el Plan Complot Rojo. Se acercó a su caja de seguridad y sacó la carpeta en la que guardaba todos los detalles de la operación. Hacía meses que había esbozado un plan secreto.

Había llegado el momento de ponerlo en práctica. El Luitenant estaba seguro de que cuando regresara de sus vacaciones el Kommandant van Heerden, ya habría descubierto la red de saboteadores que sin lugar a dudas operaba en Piemburgo.

Dedicó la mañana a hacer una serie de llamadas telefónicas; en diversas empresas de toda la ciudad, empleados que normalmente no recibían ninguna llamada telefónica en horas de trabajo, tuvieron que acudir al teléfono. El procedimiento fue idéntico en todos los casos.

—La mamba está atacando —decía Verkramp.

—La cobra ha atacado —contestaba el agente secreto. Aquel método infalible ideado para comunicar a sus agentes que se reunieran con él en el lugar previamente acordado, no dejaba de tener sus inconvenientes.

—¿Pero qué pasa? —preguntó la chica de la oficina del agente 745396 cuando éste colgó el teléfono tras lo que difícilmente podría calificarse de una conversación prolongada.

—Nada —contestó con presteza el agente 745396.

—Dijiste «La cobra ha atacado» —dijo la chica—. Te oí perfectamente. ¿Qué cobra ha atacado? Quiero saberlo.

El sistema cifrado de Verkramp despertó interés y especulaciones diversas en todas las oficinas de Piemburgo en las que trabajaban agentes suyos.

A primera hora de la tarde, disfrazado de mecánico y conduciendo una camioneta de reparaciones, el Luitenant Verkramp salió de la ciudad para la primera de sus citas; al cabo de media hora y a quince kilómetros de distancia por la carretera de Vlockfontein, se inclinaba sobre el coche del agente 745396, simulando arreglar el distribuidor averiado para dar verosimilitud a su disfraz, mientras transmitía las instrucciones al agente.

—Consiga el despido —ordenó Verkramp al agente.

—Eso está hecho —dijo 745396, que se había tomado la tarde libre sin permiso.

—Bien —dijo Verkramp, preguntándose cómo demonios iba a montar otra vez el distribuidor—. A partir de este momento quiero que trabaje en esto la jornada completa.

—¿Qué tengo que hacer?

—Infiltrarse en el movimiento revolucionario de Zululandia.

—¿Por dónde empiezo? —preguntó 745396.

—Déjese caer por el café de Florian y el Colonial Bar. Siempre están llenos de estudiantes y de comunistas. La cantina de la universidad es otro lugar de

reunión de los elementos subversivos —explicó Verkramp.

—Ya lo sé —dijo 745396—. La última vez que estuve me echaron a patadas.

—La última vez que estuvo allí no había hecho nada —dijo Verkramp—. Ahora no se limitará a decir que es un saboteador sino que podrá demostrarlo.

—¿Cómo?

Verkramp se acercó a la cabina de la camioneta y entregó un paquete al agente.

—Gelignita y mechas —le explicó—. El sábado por la noche volará el transformador de la carretera de Durban. Colocará la carga a las once y volverá a la ciudad antes de que haga explosión. La mecha es de quince minutos.

745396 le miró asombrado.

—¡Válgame Dios! ¿Quiere de veras que haga eso?

—Pues claro —dijo Verkramp, irritado—. He meditado todo este plan y es la única forma de infiltrarse en el movimiento terrorista. Nadie dudará de la fidelidad al partido comunista de un hombre que ha volado un transformador.

—Supongo que no —dijo 745396—. ¿Y si me detienen, qué?

—No le detendrán —aseguró Verkramp.

—Eso me dijo la última vez que pasé aquellos mensajes en los servicios de caballeros de Market Square —dijo 745396—, y me engancharon por prostitución.

—Aquello fue diferente. Le detuvo un agente de uniforme.

—También puede engancharme ahora un agente de uniforme. Nunca se sabe.

—A partir de este momento estoy al mando de todos los departamentos de la policía. A partir del viernes soy jefe de policía —explicó Verkramp—. Y, de todos modos, ¿quién pagó aquella vez la fianza?

—Usted, claro —dijo 745396—. Pero la publicidad me la llevé yo. Pruebe a trabajar en una oficina donde todo el mundo cree que se dedica uno a ligar con viejos en los urinarios públicos. El asunto tardó varios meses en olvidarse y tuve que cambiar de domicilio cinco veces.

—Todos hemos de hacer sacrificios por una Sudáfrica blanca —dijo Verkramp—. Y ahora que lo pienso, quiero que se cambie de alojamiento cada poco. Es lo que hacen los verdaderos terroristas y esta vez ha de ser absolutamente convincente.

—Muy bien. Vuelo el transformador. ¿Y luego qué?

—Luego tendrá que mezclarse con estudiantes e izquierdistas y convencerles de que es un saboteador. Ya verá como no tardan mucho en explicarle todos sus planes.

745396 vacilaba.

—¿Y cómo les demostraré que volé el transformador? —preguntó.

Verkramp consideró el asunto.

—Eso es importante, sí —aceptó—. Supongo que bastaría con que pudiera enseñarles un poco de gelignita.

—Perfecto —dijo 745396 sarcásticamente—. ¿Y de dónde la saco? No suelo tener ese material a mano, sabe.

—El arsenal de la policía —dijo Verkramp—. Haré un duplicado de la llave y si lo necesita podrá coger un poco.

—¿Y qué hago cuando descubra a los verdaderos terroristas? —preguntó 745396.

—Conseguir que vuelen algo, informándome a mí previamente para que podamos detener a esos cabrones —dijo Verkramp; y, después de quedar con él en dejar una copia de la llave del arsenal de la policía en un lugar determinado, le entregó 500 rands de los fondos del Departamento de Seguridad para sus gastos y dejó a 745396 arreglando el distribuidor escacharrado.

—No se le olvide que tiene que hacerles volar algo antes de que les detengamos —dijo Verkramp a su agente—. Es importantísimo que dispongamos de pruebas de un sabotaje para poder colgar a esos puercos. Esta vez no quiero juicios por conspiración. Quiero pruebas de terrorismo.

A continuación acudió a la cita siguiente. En los días que siguieron, doce agentes secretos dejaron el trabajo y recibieron de Verkramp instrucciones y objetivos concretos a destruir por todo Piemburgo. Se hicieron doce copias de la llave del arsenal de la policía y Verkramp estaba absolutamente convencido de que estaba a punto de dar un golpe decisivo en pro de la libertad y de la Civilización Occidental en Piemburgo, que significaría un avance importantísimo en su carrera.

De nuevo en su despacho, el Luitenant Verkramp repasó el plan trazado y memorizó cuidadosamente todos los detalles, antes de quemar la carpeta de Operación Sabotaje Rojo, como precaución suplementaria contra una posible filtración de Seguridad. Estaba particularmente orgulloso de su sistema de agentes secretos, a los que había reclutado personalmente y por separado a lo largo de los años y a quienes pagaba con los fondos que el DSE asignaba a informadores. Cada agente utilizaba un *nom de guerre* y sólo Verkramp lo conocía por su número, de forma que nada lo relacionaba con el DSE. El sistema mediante el cual los agentes le comunicaban sus informes era igualmente tortuoso y consistía en mensajes cifrados colocados en «buzones», de donde los hombres de Seguridad de Verkramp los recogían. Cada día de la semana había una clave diferente y un «buzón» diferente, para que los hombres de Verkramp no se encontraran nunca con sus agentes, de cuya existencia sólo tenían una vaga noción. El hecho de que el sistema fuera complejo y de que hubiera siete claves y siete buzones para cada

agente y de que hubiera doce agentes habría implicado muchísimo trabajo que realizar, de no ser por la falta de comunistas y de actividad subversiva en Piemburgo. Hasta entonces, Verkramp podía considerarse afortunado si recibía a la semana más de un mensaje cifrado, siempre sin valor alguno. Pero ahora sería diferente; esperaba una gran afluencia de información.

Con la Operación Sabotaje Rojo ya en marcha, el Luitenant Verkramp se concentró en su segunda campaña, la campaña contra los policías con tendencias al mestizaje, a la que en clave había dado el nombre de Lavado Blanco. Ateniéndose a las directrices del doctor Eysenck, había decidido probar con apomorfina y electrochoque y envió para ello al sargento Breitenbach a un farmacéutico mayorista con un pedido de cien jeringuillas y nueve litros de apomorfina.

—¿Nueve litros? —preguntó incrédulo el farmacéutico—. ¿Seguro que no se ha equivocado?

—Seguro —dijo Breitenbach.

—¿Y cien jeringuillas? —preguntó el farmacéutico, que no podía dar crédito a sus oídos.

—Eso dije —insistió el sargento.

—Sé que lo dijo, pero es que me parece imposible. Dígame, en nombre de Dios, lo que se proponen hacer con nueve litros de apomorfina.

El sargento Breitenbach tenía ya instrucciones de Verkramp.

—Es para curar a los alcohólicos.

—¡Válgame Dios! —dijo el farmacéutico—. No sabía que hubiera tal cantidad de alcohólicos en el país.

—Se ponen malos con esto —le explicó el sargento.

—Ya lo creo —murmuró el farmacéutico—. Y con nueve litros seguro que hasta se mueren. Y seguro que queda bloqueado todo el sistema de alcantarillado de la ciudad, además. De todas formas, no puedo proporcionárselo.

—¿Por qué?

—Por un lado, porque no dispongo de tal cantidad ni tengo idea de dónde conseguirla. Y, por otro, porque necesita usted una receta médica y dudo mucho que encuentre un médico en su sano juicio que le recete nueve litros de apomorfina, desde luego.

El sargento Breitenbach informó de todo esto al Luitenant Verkramp.

—Hace falta receta médica —le dijo.

—El médico de la policía le extenderá una —dijo Verkramp y el sargento se

fue al depósito de cadáveres de la policía, donde el médico estaba practicando la autopsia a un africano fallecido por unos golpes que le habían dado en el transcurso de un interrogatorio.

«Causas naturales», hizo constar el médico en el certificado de defunción, antes de atender a Breitenbach.

—No estoy dispuesto a sobrepasar ciertos límites —dijo el médico, con un súbito arranque de ética profesional—. He de pensar en mi juramento hipocrático y no voy a extender ninguna receta por nueve litros. Mil centímetros cúbicos es el máximo que prescribiré, y si Verkramp quiere sacarles algo más que les haga cosquillas en la garganta con una pluma.

—¿Y con eso habrá suficiente?

—En dosis de 3 cc. serían 330 vómitos —dijo el médico—. No paséis de los 3 cc. Tal como están las cosas, ya tengo bastante trabajo firmando certificados de defunción.

—Ese viejo cabrón de mierda —dijo Verkramp cuando el sargento Breitenbach volvió de la farmacia con veinte jeringuillas y 1000 cc. de apomorfina—. Ahora lo que necesitamos son diapositivas de muchachas cafres en pelota. Encargúese de que las haga el fotógrafo de la policía en cuanto se vaya el Kommandant el viernes.

Mientras su suplente hacía todos estos preparativos para las vacaciones del Kommandant van Heerden, éste disponía todo lo necesario para el cambio de planes a que le obligaba la carta de la señora Heathcote-Kilkoon. Acababa de llegar a la comisaría cuando apareció el mayor Bloxham.

—Una carta para el Kommandant van Heerden —dijo el mayor.

El Kommandant van Heerden se volvió.

—Soy yo —dijo—. Encantado de conocerle —y estrechó con firmeza la mano del mayor.

—Bloxham, Mayor —dijo el mayor, nervioso. Las comisarías siempre le producían el mismo efecto.

El Kommandant abrió el sobre malva y echó un vistazo a la carta.

—Temporada de caza. Siempre igual —dijo el mayor, a modo de explicación, y alarmado por el súbito aflujo de sangre al rostro del Kommandant. Muy desagradable. Lo siento.

El Kommandant van Heerden se guardó precipitadamente la carta en el bolsillo.

—Sí. Bien. Mmmmm —dijo torpemente.

—¿Algún mensaje?

—No. Sí. Me quedaré en el hotel —dijo al fin; y se dispuso estrechar otra vez la mano del mayor. Pero el mayor Bloxham había salido ya de la comisaría y estaba en la calle recuperando el aliento. El Kommandant subió a su despacho y leyó otra vez la carta, bastante afectado. No era precisamente la carta que hubiese deseado recibir de la señora Heathcote-Kilkoon.

«Querido Van —leyó—. Lamento muchísimo tener que comunicarle esto, pero estoy segura de que comprenderá. ¿Verdad que los maridos son un latazo espantoso? Resulta que Henry se ha puesto en un plan desagradable y, aunque me encantaría tenerle a usted en casa, creo que por el bien de todos será mejor que se quede en el hotel. La causa es ese abominable Club suyo y que es muy obstinado y de todas formas creo que estará más cómodo en el hotel y podrá venir a comer con nosotros. Por favor, dígame que acepta usted y no se enfade. Afectuosamente, Daphne».

La carta estaba muy perfumada.

Como no estaba acostumbrado a recibir cartas perfumadas en papel malva de borde plumillado de esposas de otros hombres, al Kommandant le pareció bastante sorprendente el contenido de la misma. Lo que la señora Heathcote-Kilkoon quería decir con lo de «Querido Van» y con lo de calificar a su esposo de un latazo espantoso, sólo podía suponerlo, pero no le sorprendía gran cosa que Henry se pusiera en plan desagradable. Bastaría que el coronel sospechase que su mujer escribía cartas como aquélla, para que tuviese ya todo el derecho a ser desagradable; el Kommandant se estremeció al recordar aquel enigmático comentario del mayor de que la temporada de caza era siempre igual.

Por otra parte, la idea de que él pudiese agradarle a la señora Heathcote-Kilkoon (y si había que atenerse a lo que decía la carta no cabía duda al respecto), halagaba sus instintos caballerescos. Claro que no se enfadaría. Se mostraría circunspecto, pero enfadado no. Tras consultar *Normas de etiqueta para todos* para ver qué decía sobre contestaciones a cartas amorosas de mujeres casadas y averiguar que no le era de gran utilidad, el Kommandant se puso a hacer un borrador de su contestación. Tardó diez minutos en decidirse entre «Queridísima», «Mi querida» o simplemente «Querida», así que tardó bastante en escribir la carta, cuya redacción definitiva fue así: «Queridísima Daphne: el Kommandant van Heerden se complace en aceptar la amable invitación al hotel del coronel Heathcote-Kilkoon y señora. Le complace igualmente aceptar su invitación a comer. Afectuosamente suyo, Van». El Kommandant consideraba que era una mezcla correcta de misiva formal e informal que no podía ofender a nadie. La envió por un mensajero de la policía a casa de los Heathcote-Kilkoon, a Piltdown. Concentró luego su atención en el mapa y estudio la ruta que debía

seguir para llegar a Weezen. El pueblecito, situado al pie de las montañas de Aardvart, tenía cierta fama como centro de salud (en realidad había habido allí en tiempos un balneario), pero en los últimos años había quedado relegado y olvidado (como Piemburgo) y había sido sustituido como centro de vacaciones por los rascacielos y moteles de la costa.

6

El viernes, el Kommandant se levantó temprano y a primera hora ya iba camino de Weezen. Había guardado la caña de pescar y todo el equipo de vacaciones la noche anterior en el maletero del coche; se había puesto la chaqueta Norfolk y los zapatos Oxford. Mientras subía la larga cuesta alejándose de Piemburgo, contemplaba sin pesar los rojos tejados de estaño. Hacía mucho tiempo que no se permitía unos días de asueto y estaba deseoso de ver personalmente cómo vivía la aristocracia inglesa en sus fincas campestres. Salía el sol cuando el Kommandant dejó la carretera nacional en río Leopard y pronto estaba dando tumbos sobre las ondulaciones del camino hacia las montañas. El campo variaba a su alrededor según las razas que lo habitaban: pradería suavemente ondulada en las zonas blancas y monte bajo pobrísimo abajo, por el río Voetsak, que pertenecía a Pondoland y, por tanto, era zona negra; allá las cabras trepaban a las ramas bajas de los árboles para mordisquear las hojas. El Kommandant practicó inglesidad sonriendo a los africanos que veía al pasar; pero dejó de hacerlo al comprobar que prácticamente le ignoraban. En Sjambok paró a tomar el café matinal; lo pidió en inglés, en vez de hacerlo en el afrikaans que habitualmente utilizaba, y le sorprendió agradablemente que el camarero indio le preguntara si era un visitante de ultramar.

Partió de allí muy animado y al cabo de una hora atravesaba el puerto de montaña de Rooi Nek. Se detuvo en la cima y salió del coche para contemplar aquel paisaje que tantas veces había intentado imaginarse en los últimos días. La realidad superaba con creces la imaginación. Weezen se extendía en una altiplanicie ondulada de suaves colinas y prados, atravesada por arroyos que corrían serpeantes hacia un plácido río que brillaba a lo lejos. Aquí un bosque oscurecía una loma o bordeaba un arroyo dando al paraje un tono de verdor más oscuro, allá una arboleda resguardaba una granja. Las montañas se alzaban a lo lejos en un gran semicírculo sobre la planicie ondulada y, sobre ellas, el límpido cielo azul se oscurecía hacia el cénit. Al salir de la polvorienta sequedad del

puerto de Rooi Nek, al Kommandant van Heerden el paisaje le hablaba de la campiña inglesa. «Es igual que el paisaje de una caja de pastas, sólo que más real», se dijo, arrobado, antes de volver al asiento caliente del coche a iniciar el descenso hacia Weezen.

Y vio cumplidas de nuevo sus esperanzas con creces. El pueblecito, poco más que una aldea, estaba intacto. Una iglesia de piedra con pórtico, un señorial ayuntamiento colonial con herrumbrosas gárgolas metálicas y una calle de tiendas con arcos que daba a una plaza, en cuyo centro se aposentaba pesadamente la reina Victoria, contemplando con clara indiferencia a un cafre que dormía en un banco del jardín a sus pies. Desde el sexagésimo aniversario de la soberana habían cambiado muchas cosas, sin duda, en Sudáfrica, pero desde luego Weezen no había cambiado; complació esto al Kommandant, para quien el Imperio Británico aún conservaba su magia. «Aquí no hay melenudos fumando mariguana pegados al tocadiscos», pensó, satisfecho, parando el coche; entró en un comercio que olía a sacos y a pulimento. Preguntó a un hombre alto y enjuto dónde quedaba el hotel.

—¿Bar o cama? —le preguntó a su vez el hombre, con un aire taciturno que al Kommandant le pareció absolutamente genuino.

—Cama —dijo el Kommandant.

—Será Agua Sauce —dijo el hombre—. A un kilómetro. Ya verá el letrero.

El Kommandant volvió al coche y siguió su camino. «Granja Hotel Agua Sauce», decía un letrero, y el Kommandant entró en un sendero bordeado de gomíferos, que recorrió hasta un edificio bajo de estuco. Más que un hotel parecía una estación de bombeo abandonada de una planta de agua agotada.

Detuvo el coche indeciso en la herbosa entrada y contempló el edificio sin entusiasmo. Fuera lo que fuera, no era desde luego lo que esperaba. Sobre el vano de la puerta pudo descifrar la desvaída inscripción Balneario de Weezen y Sociedad Filosófica, puntillista por efecto de los retoños de una enredadera hacía mucho marchita. Salió del coche y subió los peldaños hasta la pequeña galería; atisbo el interior por la puerta giratoria, vagamente consciente del insistente zumbido de unas moscas atrapadas en la puerta. Ni las moscas ni lo que podía ver del vestíbulo indicaban que el lugar fuera muy frecuentado. Empujó la puerta giratoria liberando del otro lado a las moscas y se detuvo contemplando el vestíbulo de azulejos blancos. La luz de una claraboya iluminaba lo que parecía ser un mostrador de información situado al fondo, en un rincón; se acercó y tocó la campanilla que había sobre el mostrador de mármol. «Me he equivocado», se dijo, mirando inquieto la placa colocada sobre el quicio de una puerta, que decía Ducha Termal N.° 1; y estaba ya a punto de irse y volver al pueblo, cuando oyó a lo lejos el ruido de una puerta, seguido del rumor de unas zapatillas arrastrándose

por el pasillo. Apareció un viejo.

—¿Es éste el Hotel Weezen? —preguntó el Kommandant.

—No servimos bebidas —contestó el viejo.

—No quiero beber —dijo el Kommandant—. No sé si es éste el Hotel Weezen. Si no lo es, me he equivocado de sitio. La señora Heathcote-Kilkoon ha reservado una habitación a mi nombre…

El anciano rodeó el mostrador arrastrando los pies y hurgó bajo él buscando el libro de registro.

—Firme aquí —dijo, colocando el libro delante del Kommandant—. Nombre, dirección, edad, ocupación, y enfermedad.

El Kommandant van Heerden contempló el libro, cada vez más inquieto.

—Creo que me he equivocado —dijo.

—Éste es el único hotel de Weezen en el que puede alojarse —le dijo el anciano—. Si quiere una copa tendrá que ir al pueblo. Nosotros no tenemos licencia.

El Kommandant suspiró y empezó a cumplimentar la inscripción.

—No me pasa nada —dijo, al llegar a Enfermedad.

—Pues ponga Obesidad —dijo el viejo—. Algo ha de tener. ¿Parientes más próximos?

—Tengo un primo segundo en Wakkerstrom —dijo el Kommandant de mala gana.

—Servirá —dijo el viejo—. Puede quedarse en Irrigación Colónica N.° 6.

—¡Válgame Dios! —dijo el Kommandant—. No necesito ninguna irrigación colónica. Eso no tiene absolutamente nada que ver conmigo.

—También está libre Nariz y Garganta N.° 4, pero la vista no es la misma —dijo el viejo, arrastrando los pies corredor adelante. El Kommandant le siguió de mala gana. Las habitaciones junto a las que pasaron iban desde Terapia Galvánica N.° 8 a Inhalación N.° 12. El anciano se detuvo al fondo del corredor junto a Irrigación Colónica N.° 6 y abrió la puerta.

—El agua del grifo de agua fría sale un poco caliente —le dijo.

El Kommandant entró tras él en la habitación y miró a su alrededor. En un rincón había una cama pintada de blanco como las que había visto en el hospital y un armario ropero con el espejo sucio y moteado. Más a propósito y confirmando plenamente la placa de la puerta había una serie de piletas, tinas y calderos apilados al fondo de la habitación junto a un montón de grifos y tubos cuya función prefería no investigar. Las paredes de azulejos blancos subrayaban la frialdad clínica de la habitación.

—Da el sol por la mañana —dijo el viejo—. Y la vista es preciosa.

—No lo dudo —dijo el Kommandant, mirando las ventanas de vidrio mate

—. ¿A qué huele?

—Al azufre del agua —dijo el viejo—. ¿Quiere ver Nariz y Garganta?

—Será mejor, sí —dijo el Kommandant. Salieron al corredor y entraron por un pasillo lateral.

—Irrigación Colónica es mucho mejor —dijo el viejo, haciendo pasar al Kommandant a una habitación pequeña; el equipo era mucho menos siniestro pero el olor a azufre mucho más intenso. El Kommandant movió la cabeza.

—Creo que me quedaré en la otra —dijo, incapaz de utilizar palabras que pudieran crear equívocos—. Sólo hospedaje —explicó mientras volvían—. Estoy visitando la zona.

—Bien. Si le puedo ayudar en algo hágamelo saber. El almuerzo se servirá dentro de media hora en la Sala de la Fuente —dijo el viejo y se fue, arrastrando las zapatillas.

El Kommandant se quedó un momento sentado al borde de la cama, examinando el cuarto muy decepcionado. Luego se levantó y fue a ver si alguien le llevaba a la habitación sus cosas. Al final tuvo que hacerlo él mismo. Colocó las bolsas y el equipo de pesca lo mejor que pudo para disimular aquellos grifos y aquellos tubos que tanto le desagradaban. Luego abrió la ventana y subiéndose en uno de los calderos miró afuera. Tal como dijera el viejo, la vista era preciosa. Bajo la ventana, los senderos herbosos cruzaban lo que había sido en tiempos un prado, hasta el río, bordeado no por sauces, como parecía sugerir el nombre del lugar, sino por unos árboles que el Kommandant no conocía. Pero no le llamaron la atención los contornos inmediatos, ni siquiera la gran tubería parcialmente disimulada como rocalla que corría (portando sin duda un repugnante fluido) hacia el río, sino las montañas. Vistas desde la cima de Rooi Nek le habían parecido impresionantes. Desde Irrigación Colónica N.° 6 eran majestuosas. Se alzaban majestuosas a través de praderas en las que las cabras ronzaban precariamente entre los peñascos (sus estribaciones cubiertas de espinos, zarzales y gomíferos) por laderas pedregosas hasta los picachos y el cielo vacío.

«Debe haber babuinos allí», pensó poéticamente el Kommandant, y bajándose de su pedestal que, según pudo comprobar, había sido fabricado por los fabricantes de sanitarios de loza vidriada Fison & Sons, de Hartlepool, fue en busca del comedor y el almuerzo.

Lo halló en la Sala de la Fuente, una amplia estancia con una minúscula fuente de mármol que gorgoteaba incesante en el centro y de la que emanaba el mismo olor de la habitación que tanto le había extrañado al Kommandant. Pero aquí, mezclado con el olor a repollo hervido de la cocina, resultaba más vegetal que mineral; el Kommandant se sentó junto a una ventana que daba a la terraza.

Había otras tres mesas ocupadas, aunque el comedor había sido pensado sin duda para dar cabida a cien. Dos damas mayores, de cabello sospechosamente corto, conversaban en susurros en un rincón mientras que un hombre al que el Kommandant tomó por vendedor ocupaba la mesa próxima a la fuente.

Nadie le dijo nada; pidió el almuerzo a la camarera de color e intentó entablar conversación con el vendedor.

—¿Viene usted aquí a menudo? —preguntó, por encima del gorgoteo de la fuente.

—Flatulencia. Ellas tienen piedras —dijo el joven, señalando a las dos damas del rincón.

—Vaya —dijo el Kommandant.

—¿Es la primera vez que viene? —le preguntó.

El Kommandant asintió.

—Ya se acostumbrará —le dijo. No le apetecía seguir escuchando, así que terminó de almorzar en silencio y salió al vestíbulo en busca del teléfono.

—Tendrá que ir a telefonear al pueblo —dijo el viejo.

—¿Dónde viven los Heathcote-Kilkoon?

—¡Ah, ésos! —dijo el hombre, con un gesto desdeñoso—. No puede telefonearles. Son demasiado estirados para eso. Se ofreció una línea común y la rechazaron. No quieren compartir la línea con nadie, no, señor. Quieren intimidad, sí, señor. Claro que, si es verdad lo que cuentan, la necesitan —y, diciendo esto, desapareció en una habitación en cuya puerta se leía Manipulación. No tendría más remedio que ir en coche al pueblo y preguntar allí cómo se iba a la casa de los Heathcote-Kilkoon.

La ausencia del Kommandant van Heerden ya había producido cambios en Piemburgo. El Luitenant Verkramp llegó pronto al trabajo y se instaló en el despacho del Kommandant.

—Quiero ver de inmediato a estos hombres —comunicó al sargento Breitenbach, y le entregó la lista que había preparado con los diez policías cuya delincuencia moral en materia de mestizaje era notoria—. Y que estén preparadas las celdas de arriba. Una cama en cada celda y la pared encalada.

Cuando los hombres se presentaron, Verkramp les entrevistó de uno en uno.

—Konstabel van Heynegen —dijo al primer hombre—. Ha estado usted acostándose con mujeres negras. No lo niegue.

El policía Heynegen parecía perplejo.

—Verá, señor —empezó a decir, pero Verkramp le interrumpió.

—Bien —dijo, irritado—. Me satisface que lo haya confesado todo. Vamos a someterle a un tratamiento que le curará de esa enfermedad.

El policía van Heynegen nunca había considerado una enfermedad el violar mujeres negras. Lo había considerado siempre un incentivo más de un trabajo mal pagado.

—¿Admite usted que este tratamiento le beneficiará? —preguntó Verkramp con una firmeza que no admitía negativas—. Pues bien. Firme aquí —y ofreció al asombrado agente un escrito a máquina y le puso un bolígrafo en la mano. El Konstabel van Heynegen firmó.

—Gracias. El siguiente —dijo Verkramp.

Al cabo de una hora, el Luitenant había sometido al mismo rápido proceso a los diez policías elegidos y los diez habían firmado las declaraciones, según lo cual aceptaban ser sometidos a terapia de aversión para curarse de su enfermedad de mestizaje.

—Esto marcha muy bien —dijo Verkramp al sargento Breitenbach—. Podríamos hacérselo firmar a todos los hombres de la comisaría.

El sargento dio su opinión de experto:

—Creo que debiéramos excluir a los suboficiales, ¿no le parece, señor?

Verkramp consideró el asunto.

—Está bien —aceptó de mala gana—. Necesitaremos algunos para que administren las drogas y el electrochoque.

Mientras el sargento daba las órdenes pertinentes para que todos los Konstabels firmaran el consentimiento al llegar, Verkramp subió a inspeccionar las celdas dispuestas para el tratamiento.

Había en cada una de ellas una cama situada frente a una pared encalada, y junto a la cama, en una mesita, un proyector. Sólo faltaban las diapositivas. Verkramp volvió a su despacho y llamó al sargento Breitenbach.

—Vayan a Adamville con un par de furgones y tráiganse a unas cien negras —ordenó—. Procure que sean atractivas. Las trae aquí y que el fotógrafo les saque fotos en pelota…

Así que el sargento Breitenbach se fue a Adamville, el barrio negro de Piemburgo, para cumplir lo que a primera vista parecía una orden muy simple, pero que, en la práctica, resultó bastante complicado.

Cuando sus hombres consiguieron arrancar a unas doce chicas de sus hogares y meterlas en el furgón, se había congregado una multitud furiosa y toda la barriada estaba alborotada.

—Devuélvannos a nuestras mujeres —gritaban.

—Déjennos salir —gritaban las chicas del furgón. El sargento Breitenbach intentó explicarse.

—Sólo queremos retratarlas desnudas —les dijo—. Es para evitar que los policías se acuesten con mujeres bantúes.

Como explicación resultaba poco convincente. Como es lógico, la multitud creía que retratar a mujeres negras desnudas produciría precisamente el efecto contrario.

—Dejen ya de violar a nuestras mujeres —gritaban los africanos.

—Eso es lo que intentamos hacer —dijo el sargento por un altavoz; pero sus palabras no convencieron a nadie. La noticia de que la policía se proponía violar a las chicas corrió como reguero de pólvora por el lugar. Cuando empezaron a apedrear los furgones policiales, el sargento Breitenbach mandó a sus hombres amartillar las armas y dio orden de retirada.

—Típico —comentó Verkramp cuando el sargento le informó del incidente —. Intenta uno ayudarles y mire lo que hacen. Maldita sea. Se lo digo. Los cafres son idiotas. Son tontos del todo.

—¿Quiere que vaya a por más? —preguntó el sargento.

—Claro. Con ésas no hay bastante —dijo Verkramp—. Que las fotografíen y las devuelvan. Ya se calmarán cuando vean que no las han violado.

—Sí, señor —dijo el sargento, no muy convencido.

Bajó al sótano, donde el fotógrafo de la policía tenía ciertas dificultades para conseguir que las chicas se estuvieran quietas. Al final, el sargento tuvo que sacar el revólver y amenazarlas con disparar si no cooperaban.

La segunda visita a Adamville fue mucho peor que la primera. El tomar la sabia precaución de hacerse escoltar por cuatro carros blindados y algunas camionetas cargadas de agentes armados no sirvió de mucho. El sargento ordenó que dejaran salir a las chicas y dijo a la multitud enfurecida:

—Como podéis ver, no les ha pasado nada.

Las chicas salieron atropelladamente de los furgones, desnudas y magulladas.

—Amenazó con dispararnos —gritó una de ellas.

Siguió a estas palabras un tumulto y en el intento de coger a otras noventa chicas para someterlas al mismo tratamiento, la policía mató a cuatro africanos e hirió a doce. El sargento Breitenbach abandonó el escenario de la matanza con otras veinticinco mujeres y un corte encima del ojo izquierdo causado por una pedrada.

—Malditos cabrones —dijo, mientras se alejaban; comentario éste que tendría funestas consecuencias para las veinticinco mujeres del segundo grupo, a quienes fotografiaron y violaron debidamente en la comisaría, antes de dejarlas en libertad para que volvieran por su cuenta a casa. Aquella noche, el jefe de policía en funciones, Verkramp, comunicó a la prensa que habían resultado

muertos cuatro africanos en una pelea tribal en Adamville.

En cuanto estuvieron listas las diapositivas en color, Verkramp y el sargento Breitenbach subieron a la planta superior donde aguardaban, un tanto agitados, los diez Konstabels que iban a ser sometidos al tratamiento. No puede decirse que la llegada de las jeringuillas y las máquinas de electrochoque les levantara gran cosa la moral.

—Muchachos —les dijo Verkramp—. Van a participar en un experimento que puede alterar el curso de la historia. Como saben ustedes, nosotros, los blancos de Sudáfrica, estamos amenazados por millones de negros; y si hemos de sobrevivir y conservar la pureza de nuestra raza como Dios manda, no sólo hemos de aprender a luchar con armas y con balas, sino que hemos de librar también una batalla moral. Hemos de limpiar nuestra mente y nuestro corazón de pensamientos impuros. Y ésa es precisamente la finalidad de este tratamiento. Todos sentimos una aversión natural hacia los cafres. El sentirla es parte de nuestra naturaleza. Y la finalidad del tratamiento al que voluntariamente se someten ustedes es precisamente reforzar esa aversión. Precisamente por eso se llama terapia de aversión. Cuando el tratamiento termine, no podrán soportar ver una mujer negra sin ponerse enfermos y estarán condicionados para evitar todo contacto con ellas. No querrán ustedes acostarse con ellas. No querrán tocarlas. No las querrán en casa como sirvientes. No querrán que ellas les laven la ropa. No las querrán en las calles. No las querrán en ningún lugar de Sudáfrica…

Como el Luitenant iba subiendo la voz a medida que enumeraba el catálogo de las cosas que no querrían los policías tras el tratamiento, el sargento Breitenbach tosió nervioso. Ya había tenido un día bastante agitado; el corte de la frente le latía dolorosamente y sabía muy bien que si había algo que no quería era a un Kommandant en funciones enloquecido e histérico.

—¿No es hora de empezar ya, señor? —dijo, dándole un suave codazo. El Luitenant se interrumpió.

—Sí. Iniciemos el experimento.

Los voluntarios pasaron a las celdas; les hicieron desnudarse y ponerse las camisas de fuerza colocadas sobre las camas a modo de pijamas. Hubo a este respecto cierta dificultad y fue precisa la ayuda de algunos suboficiales para que uno o dos de los voluntarios más corpulentos se las pusieran. Pero al final los diez hombres quedaron atados y Verkramp llenó la primera jeringuilla de apomorfina.

El sargento Breitenbach le contemplaba preocupado.

—El médico dijo que mucho cuidado con la dosis —susurró—. Dijo que si sobrepasábamos los 3 cc. podría morir alguno.

—¿No irá usted a acobardarse ahora, eh, sargento? —le preguntó Verkramp.

El voluntario miraba la aguja, desde la cama, con ojos desorbitados.

—He cambiado de idea —gritó desesperado.

—Vamos, no diga bobadas —dijo Verkramp—. Lo hacemos por su bien.

—¿Por qué no probamos primero con un cafre? —preguntó el sargento Breitenbach—. Quiero decir que no estaría bien visto que muriera alguno de estos hombres, ¿no le parece?

Verkramp lo pensó un momento.

—Creo que tiene razón —dijo al fin.

Bajaron a las celdas de la planta baja e inyectaron a algunos africanos detenidos por sospechosos cantidades diversas de apomorfina. Los resultados confirmaron plenamente los temores del sargento Breitenbach. Cuando el tercer negro entró en coma, Verkramp empezó a preocuparse.

—Es un material fuerte —admitió.

—¿No sería mejor limitarnos a las descargas eléctricas? —preguntó entonces el sargento.

—Creo que sí —dijo Verkramp con tristeza. Esperaba lleno de ilusión el momento de poder inyectar a los voluntarios. Mandó al sargento a buscar al médico de la policía para que firmara los certificados de defunción y volvió a la planta superior. Comunicó a los cinco voluntarios que habían sido elegidos para el tratamiento de apomorfina que no se preocuparan.

—En vez de inyectarles, les someteremos a electrochoque —les dijo, y conectó el proyector. En la pared del fondo de la habitación, apareció una mujer negra desnuda. Todos los voluntarios tuvieron una erección. Verkramp movió la cabeza.

—Repugnante —musitó, uniendo el terminal de la máquina de electrochoques al glande del paciente con un trozo de esparadrapo—. Mire —explicó al sargento que se sentaba junto a la cama—, cada vez que cambie la diapositiva, le dará una descarga eléctrica así —y movió enérgicamente el mando del generador y el policía de la cama se retorció convulsivamente y chilló. Verkramp examinó entonces el pene del individuo y se quedó impresionado—. Ya ve usted cómo funciona —dijo, y cambió la diapositiva.

El teniente Verkramp explicó la técnica en todas las celdas y supervisó el experimento. A medida que las erecciones sucedían a las diapositivas y las contracciones sucedían a las descargas eléctricas y a éstas más diapositivas, más erecciones, más descargas eléctricas y más contracciones, el entusiasmo del Luitenant aumentaba.

No volvió tan animado, en cambio, el sargento Breitenbach del depósito de cadáveres.

—Se oyen los gritos desde la calle —gritó a Verkramp al oído mientras el

eco de los alaridos de los voluntarios resonaba en el corredor.

—¿Y qué? —dijo Verkramp—. Estamos haciendo historia.

—Y armando un alboroto impresionante —dijo el sargento.

A Verkramp los alaridos le parecían música. Era como si estuviera dirigiendo una gran sinfonía en la que las estaciones (primavera, verano, otoño, invierno) se celebraban con un tumulto de gritos y descargas eléctricas y diapositivas, erecciones y contracciones, todo lo cual podía graduarlo él a voluntad.

Por fin mandó que le trajeran un catre y se acostó en el pasillo a descansar un poco.

«Estoy exorcizando el mal», pensó; e, imaginando un mundo sin lujuria, se quedó dormido.

Al despertar, le sorprendió el silencio reinante. Se levantó y se encontró a los voluntarios dormidos y a los sargentos fumando en los lavabos.

—¿Pero qué cono hacen ustedes interrumpiendo el tratamiento? —vociferó—. Para que sea eficaz ha de ser continuado. Se llama refuerzo.

—Refuerzos necesitará usted si quiere seguir —le dijo un sargento en tono desafiante.

—¿Qué le pasa a usted? —preguntó Verkramp, furioso.

El sargento parecía abochornado.

—Es un asunto delicado —dijo al fin el sargento Kok.

—¿De qué se trata?

—Llevamos toda la noche ahí metidos viendo diapositivas de señoras desnudas…

—Chicas negras, no señoras —gruñó Verkramp.

—Y… —el sargento titubeaba.

—¿Y qué?

—Pues, que nos hemos puesto calientes —dijo bruscamente el sargento.

El teniente Verkramp les contempló pasmado.

—¿Calientes? —gritó—. ¿Así que se ponen calientes viendo negras desnudas? Van a decirme que…

El asco le impedía seguir.

—Es una cosa natural —dijo el sargento.

—¿Natural? —gritó Verkramp—. ¡No tiene nada de natural! ¿Qué será de este país si los hombres que ocupan puestos de autoridad, como ustedes, no pueden controlar sus instintos sexuales? Escúchenme bien. Como jefe de esta comisaría, les ordeno que sigan el tratamiento. Y el que se niegue a cumplir con su deber engrosará la lista de la siguiente tanda de voluntarios.

Los sargentos se alisaron los uniformes y volvieron a las celdas; pronto se

oyeron los gritos que confirmaban su entrega al deber. Por la mañana cambió el turno y fueron sustituidos por otros suboficiales. El Luitenant supervisó el experimento todo el día.

Acababa de visitar una celda y se disponía ya a marcharse, cuando advirtió algo raro en la diapositiva que se proyectaba en aquel momento. Se fijó y comprobó que se trataba de una vista del Parque Nacional de Kruger.

—¿Le gusta? —le preguntó el sargento. El Luitenant Verkramp miraba la diapositiva atónito—. Pues la siguiente es todavía mejor.

El sargento pulsó el botón del proyector y apareció en la pared el primer plano de una jirafa. El voluntario de la cama se retorció convulsivamente al recibir la descarga eléctrica. El Luitenant no podía creer lo que veía.

—¿De dónde cono ha sacado usted esas diapositivas? —exigió.

El sargento alzó la vista resplandeciente.

—Las hice el verano pasado durante mis vacaciones. Fuimos a la reserva de animales —cambió la diapositiva. En la pared apareció un rebaño de cebras. El paciente tuvo convulsiones también con las cebras.

—Tenían que estar pasando diapositivas de negras desnudas —gritó Verkramp—, no de esos malditos animales de la reserva.

El sargento no se amilanó.

—Bueno, me pareció que no estaría mal variar un poco —explicó—. Y además, es la primera vez que tengo ocasión de pasarlas. En casa no tenemos proyector.

El paciente gritaba desde la cama que no podía soportarlo más.

—Por favor, no, más hipopótamos no —gimoteaba—. Dios mío, más hipopótamos no. Juro que no tocaré un hipopótamo en mi vida.

—Mire lo que ha conseguido —dijo Verkramp, furioso, al sargento—. ¿Se da cuenta de lo que ha hecho? Le ha condicionado para que odie a los animales. No podrá volver a ir con sus chicos al zoo sin que le dé un ataque de nervios.

—¡Santo cielo! —dijo el sargento—. ¡Cuánto lo siento! Entonces tendrá que renunciar también a la pesca.

Verkramp confiscó todas las diapositivas de la reserva de animales y del Aquarium de Durban y ordenó al sargento pasar sólo diapositivas de mujeres negras desnudas. Comprobó a continuación las diapositivas que estaban pasando en las otras celdas y descubrió otra irregularidad: el sargento Bischoff había colocado la diapositiva de una mujer blanca sin atractivo alguno, en traje de baño, entre las diapositivas de las negras desnudas.

—¿Quién diablos es este fardo? —preguntó el teniente Verkramp cuando la descubrió.

—No debería haber dicho usted eso —dijo el sargento Bischoff dolido.

—¿Por qué no? —vociferó Verkramp.

—Es mi mujer —dijo el sargento. Verkramp se dio cuenta de que había cometido un error.

—Pero, hombre —le dijo—, no está bien que la ponga usted entre un montón de cafres.

—Ya lo sé —dijo el sargento—, pero creí que ayudaría…

—¿Qué ayudaría?

—Sí, a salvar mi matrimonio —explicó el sargento—. Es que… es un poco… bueno, un poco coqueta, y creí que así me aseguraría de que no volviera a mirarla nadie.

Verkramp contempló la diapositiva.

—Yo creo que no tiene usted que preocuparse por eso —dijo. Y ordenó que no volviera a aparecer la señora Bischoff en medio de las negras.

Se cercioró bien de que discurriera todo de acuerdo con el plan previsto y volvió al despacho del Kommandant. Una vez allí intentó determinar qué más podría hacer para que su actuación como jefe de policía fuera realmente memorable. El paso siguiente se daría aquella noche, cuando sus agentes empezaran a actuar, tal como tenía previsto.

7

Cuando llegó a Weezen después del almuerzo y descubrió que las tiendas estaban cerradas, ya había empezado a pensar que nunca encontraría la casa de los Heathcote-Kilkoon. La primera impresión que le había producido el pueblecito quedó ya plenamente confirmada: primera hora de la tarde y ni un alma en las calles. Anduvo buscando la oficina de correos y cuando al fin la encontró estaba cerrada; probó en el comercio en el que había estado por la mañana, con el mismo resultado, y al fin se sentó a la sombra de la reina Victoria y contempló las polvorientas canáceas del jardín ornamental. Un perrillo color canela que, sentado en el pórtico de la tienda, se rascaba letárgicamente, devolvió al Kommandant a su nuevo papel. «Los perros rabiosos y los ingleses salen al sol del mediodía», pensó, para animarse, y se preguntó qué haría un auténtico inglés que se encontrara en un pueblecito desconocido a aquella hora del día.

«Ir de pesca», imaginó, y, con la inquietante sensación de que le observaban críticamente, inducida subliminalmente por la reina Victoria que estaba sobre él, se levantó y regresó al hotel.

También en el hotel era más intensa ahora la sensación de quietud de que estaba impregnado el viejo edificio. Las dos moscas seguían atrapadas en la puerta giratoria, pero ya no zumbaban. El Kommandant van Heerden recorrió el pasillo hasta su habitación y recogió allí su equipo de pesca. Tras ciertas dificultades a la salida, pues la puerta giratoria le impedía pasar con caña y cesto a un tiempo, lo consiguió al fin y se encaminó por los herbosos senderos hacia el río. Se detuvo vacilante al pie de la enorme cañería; se fijó en la dirección del río y avanzó en sentido contrario a la corriente, pues no deseaba pescar peces que hubieran engordado en las aguas del vertido de la cañería. No le fue fácil encontrar un lugar despejado de ramas, pero cuando lo encontró se dispuso en seguida a echar al agua la mosca de aspecto más prometedor, un bicho grande de alas rojas. Nada se movía bajo la superficie del río, pero el Kommandant estaba satisfecho. Estaba haciendo lo que haría un caballero inglés una tarde de verano y,

sabiendo lo inútiles que eran los ingleses en otros aspectos, dudaba que cuando se dedicaban a la pesca consiguieran pescar realmente algo. El tiempo transcurría despacio y la somnolencia producida por el calor arrastró al Kommandant a tranquilas divagaciones. Con algo remotamente emparentado con la clarividencia, se veía a sí mismo como un hombre de mediana edad, rechoncho, de atuendo poco habitual, a la orilla de un río desconocido, pescando, pero nada en concreto. Resultaba una actividad extraña, aunque era plácida y en cierto modo curioso, placentera. Piemburgo y la comisaría le parecían lejanísimas e insignificantes. Ya no le importaba lo que ocurriera allí. Estaba lejos, en las montañas, siendo si no él mismo, sí algo equivalente; cuando se preguntaba ya qué significaría aquella admiración suya por lo inglés, una voz interrumpió sus pensamientos.

—Ay, nunca la mosca oculta el anzuelo —dijo la voz; el Kommandant se volvió y vio al vendedor aquejado de flatulencia allí de pie mirándole.

—En realidad sí —dijo el Kommandant, a quien el comentario del vendedor le parecía una bobada.

—Una cita, una cita —dijo el individuo—. Me temo que soy bastante dado a las citas. No es una costumbre muy sociable, pero lo da mi profesión.

—Vaya —dijo el Kommandant, sin comprometerse, pues no estaba seguro de lo que era una cita. Enrolló el sedal, y le sorprendió descubrir que la mosca había desaparecido.

—Veo que después de todo yo tenía razón —dijo el individuo—. Escamoso, omnipotente y bueno.

—Disculpe —dijo el Kommandant.

—Otra cita —dijo aquel individuo—. Creo que debería presentarme. Mulpurgo. Enseño inglés en la Universidad de Zululandia.

—Van Heerden. Kommandant de la policía sudafricana, Piemburgo —dijo el Kommandant y se quedó sorprendido al ver el efecto que le causaban sus palabras al señor Mulpurgo. Se había puesto pálido y parecía claramente asustado.

—¿Pasa algo? —le preguntó.

—No —dijo el señor Mulpurgo, trémulo—. Nada, en absoluto. Es que… en fin… no tenía idea de que fuera usted… en fin, el Kommandant van Heerden.

—¿Es que ha oído hablar de mí? —le preguntó.

El señor Mulpurgo asintió. Estaba bien claro que había oído hablar de él. El Kommandant desmontó la caña.

—Creo que ya no picarán. Es demasiado tarde —dijo.

—La última hora de la tarde es la mejor —dijo el señor Mulpurgo, mirándole con curiosidad.

—¿De veras? ¡Qué interesante! —dijo el Kommandant, mientras regresaban por la orilla—. Es la primera vez que pruebo a pescar. ¿Es usted aficionado a la

pesca? Parece muy enterado.

—Mis asociaciones son puramente literarias —confesó el señor Mulpurgo—. Estoy haciendo una tesis sobre «Cielo».

El Kommandant van Heerden se quedó asombrado.

—¿No es un tema muy difícil? —preguntó.

El señor Mulpurgo sonrió.

—Es un poema de Rupert Brooke sobre los peces.

—Ah, se trata de eso —dijo el Kommandant, que siempre se interesaba por la literatura inglesa, aunque no sabía nada de Rupert Brooke—. ¿Y ese Brooke es un poeta inglés?

El señor Mulpurgo dijo que sí.

—Murió en la Primera Guerra Mundial —le explicó, y el Kommandant dijo que lo lamentaba—. La cuestión es —dijo el profesor de inglés— que creo que aunque sea posible interpretar el poema bastante llanamente como una alegoría de la condición humana, la *condition humaine*, supongo que me entiende, también tiene un sentido más profundo desde el punto de vista del proceso psicoalquímico de transformación que descubrió Jung.

El Kommandant asintió. No entendía ni una palabra de cuanto le decía el señor Mulpurgo, pero, de todos modos, consideraba un privilegio oírlo. Animado por el asentimiento del Kommandant, el profesor empezó a emocionarse.

—Por ejemplo, los versos «No hay que dudar que, de algún modo, el bien ha de venir de agua y de cieno», indican, sin lugar a dudas, que el poeta pretendía introducir el concepto de la piedra filosofal y su origen en la materia prima, sin desviar en absoluto la atención del lector del tono superficialmente humorístico del poema.

Llegaron a la gran tubería y el señor Mulpurgo ayudó al Kommandant con su cesto. La alarma evidente que le había producido la presentación del Kommandant había dejado ahora paso a una locuacidad nerviosa, debida al interés afable aunque ignorante de éste.

—Se trata sin duda del *motif* de individuación —siguió explicando mientras seguían el sendero hacia el hotel—. «Gusanos paradisíacos», «polillas inmarcesibles» y «el gusano que nunca muere», todo lo indica claramente.

—Supongo que sí —dijo el Kommandant cuando se separaron en el vestíbulo.

Recorrió el pasillo hasta Irrigación Colónica N.° 6 sintiendo un leve alborozo. Había pasado la tarde al auténtico estilo inglés, dedicado a la pesca y a la charla intelectual. Era un comienzo prometedor para sus vacaciones, que compensaba de algún modo la desilusión que había sentido al llegar al hotel. Para celebrarlo, decidió darse un baño antes de la cena y pasó un buen rato buscando

un cuarto de baño; regresó a su habitación sin conseguirlo y se lavó entero en el recipiente que consideró más adecuado a tal fin y menos probable que hubiera usado otro. Tal como le había advertido el viejo, el agua fría salía caliente. Probó con el grifo de agua caliente; salía igual de caliente, y al final se roció con agua tibia de un tubo claramente demasiado largo para haber sido utilizado para administrar enemas, aunque, pese a todo, le dejó un olor un poco raro. Se sentó luego en la cama para leer un capítulo de Berry & Co. antes de la cena. Le resultaba difícil concentrarse, porque se sentara como se sentara seguía viendo su manchado reflejo en el espejo del ropero, lo cual le producía la sensación de que había alguien con él en el cuarto. Para evitar la introspección compulsiva provocada por esto, se echó boca arriba en la cama e intentó imaginar de qué le habría hablado el señor Mulpurgo. No había entendido absolutamente nada, y ahora todavía menos; pero la frase «y el gusano que nunca muere» persistía inexorable en su mente. Parecía un tanto inverosímil, pero al recordar que las lombrices podían partirse por la mitad y seguir viviendo existencias independientes, pensó que era posible que cuando un extremo estuviera enfermo de muerte, el otro extremo se disociara de la parte muerta y siguiera vivo. Tal vez fuera eso lo que significaba terminal. Era ésta una palabra que nunca había entendido. Se lo preguntaría al señor Mulpurgo, que era sin duda un hombre muy instruido.

Pero cuando fue a cenar a la Sala de la Fuente, el señor Mulpurgo no estaba. Su única compañía eran las dos damas del fondo de la sala, que hablaban en susurros inaudibles por el gorgoteo de la fuente; así que el Kommandant cenó prácticamente en silencio y contempló el cielo oscuro que se alzaba tras el Aarvarkberg. Al día siguiente encontraría la dirección de los Heathcote-Kilkoon y les comunicaría su llegada.

A cien kilómetros de distancia, en Piemburgo, la hasta entonces plácida noche se animó de pronto hacia la medianoche. Las doce violentas explosiones que estremecieron la ciudad en un período de escasos minutos a las once y media, estaban tan estratégicamente situadas que confirmaron plenamente la opinión de Verkramp de que existía un plan bien organizado de sabotaje y subversión. Cuando la última bomba iluminó el horizonte, Piemburgo se sumió aún más profundamente en su famosa oscuridad. Privada de electricidad, teléfonos, antena de radio, y con las comunicaciones por carretera y ferrocarril con el mundo exterior cortadas por el celo explosivo de los agentes secretos de Verkramp, quedó roto el débil lazo que unía la pequeña metrópoli con el siglo veinte.

A Verkramp, que estaba en la azotea de la comisaría tomando el fresco, la transformación le pareció francamente espectacular. Piemburgo era una delicada red de luces de las calles y letreros luminosos, y en sólo un instante quedó fundida imperceptiblemente con las onduladas colinas de Zululandia. Cuando el lejano retumbar del Empire View anunció que la antena de radio había dejado de ser el gran borrón que era en el paisaje, Verkramp abandonó la azotea y bajó a las celdas en las que las únicas personas de toda la ciudad que habrían colaborado gustosas en el corte del fluido eléctrico seguían recibiendo en la oscuridad sus descargas de generadores manuales. El único consuelo de los voluntarios fue la desaparición de las mujeres negras desnudas al apagarse el proyector.

El Luitenant parecía extrañamente tranquilo en medio de aquella confusión.

—No se preocupen —gritaba—. No hay por qué alarmarse. Prosigan con el experimento como si nada, utilizando fotografías normales.

Fue de celda en celda repartiendo linternas que tenía preparadas para una posible eventualidad como aquélla. Como siempre, el sargento Breitenbach no compartía su serenidad.

—¿No le parece que es más importante investigar las causas del apagón? —preguntó—. Creo haber oído un montón de explosiones.

—Doce —dijo el teniente categóricamente—. Las conté.

—Doce explosiones enormes en plena noche y usted tan tranquilo —dijo el sargento asombrado. Pero el Luitenant Verkramp seguía impávido.

—Hace tiempo que lo esperaba —dijo, con gran sinceridad.

—¿El qué?

—Que el movimiento terrorista volviera a actuar —dijo el Luitenant camino de su despacho. Aunque literal y metafóricamente a oscuras, el sargento Breitenbach procuró seguirle. Cuando llegó al fin al despacho del Kommandant, encontró a Verkramp revisando una lista de nombres a la luz de una lámpara de emergencia. El sargento pensó por un instante que el Luitenant estaba notablemente bien preparado para una crisis que parecía haber cogido por sorpresa a toda la ciudad menos a él.

—Quiero que detengan inmediatamente a todas estas personas.

—¿No va a averiguar usted primero qué pasa? —preguntó el sargento Breitenbach—. Quiero decir que ni siquiera está usted seguro de que las explosiones hayan sido provocadas.

El Luitenant le miró con dureza.

—Tengo experiencia suficiente en sabotaje para reconocer una bomba cuando la oigo —dijo.

El sargento Breitenbach decidió no discutir. Así que miró la lista de nombres que le había entregado Verkramp y se quedó espantado. Aunque Verkramp

estuviera en lo cierto y la ciudad hubiera sido desgarrada por una serie de explosiones provocadas, las consecuencias para la vida pública de Piemburgo no serían nada comparado con el caos que se produciría si detenían a los hombres que figuraban en la lista. Clérigos, concejales, directores de banco, abogados, hasta el propio alcalde, eran objeto de las sospechas de Verkramp. El sargento dejó la lista sobre la mesa. No quería tener nada que ver con aquel asunto.

—¿No cree que es un poco precipitado? —preguntó, nervioso.

Estaba claro que no lo creía.

—Si estoy en lo cierto, y lo estoy, la ciudad ha sido objeto de una campaña premeditada de sabotaje. Todos esos hombres son conocidos…

—Desde luego —murmuró el sargento.

—… adversarios del gobierno —siguió diciendo el Kommandant en funciones—. Muchos de ellos eran horticultores.

—¿Horticultores? —preguntó el sargento, que no veía nada malo en ser horticultor. Él mismo lo era, a pequeña escala.

—Los horticultores —explicó Verkramp— eran una organización clandestina de hombres de negocios y campesinos ricos que pretendían separar Zululandia de la Unión cuando el referéndum de la República. Estaban dispuestos a utilizar la fuerza. Algunos eran oficiales de los Fusileros Montados de Piemburgo e iban a utilizar armas del arsenal militar…

—Pero eso pasó hace diez años…

—Los tipos de esa clase no cambian de ideas —dijo Verkramp sentenciosamente—. ¿Perdonará usted a los británicos lo que les hicieron a nuestras mujeres e hijos en los campos de concentración?

—No —dijo el sargento, que no había tenido mujeres ni hijos en los campos de concentración, pero que sabía cuál era la respuesta correcta.

—Exacto —dijo Verkramp—. Pues bien, esos puercos no son diferentes y jamás nos perdonarán el que hayamos separado Zululandia del Imperio Británico. Nos odian. ¿Es que no se da cuenta de lo que nos odian los británicos?

—Sí —se apresuró a decir el sargento. Comprendía que el Luitenant estaba a punto de perder el control y prefería no verle en tal estado—. Probablemente tenga usted razón.

—¿Probablemente? —vociferó Verkramp—. Tengo razón. Siempre la tengo.

—Sí —se apresuró más aún a decir el sargento.

—¿Y qué es lo que hacen esos horticultores? Pasan a la clandestinidad durante un tiempo y se alían luego con los comunistas y los liberales para destruir la gloriosa República nuestra, de los afrikaans. Y estas explosiones son la primera prueba de que han iniciado su campaña. Bien, pues no voy a quedarme sentado aquí y a dejar que se salgan con la suya. Los meteré en la cárcel y les

haré confesar la verdad antes de que puedan hacer verdadero daño.

El sargento Breitenbach esperó a que el acceso del Luitenant siguiera su curso y se debilitara antes de volver a exponer sus objeciones.

—¿No le parece que sería más seguro avisar antes al Kommandant van Heerden? Así, si hay un lío, tendrá que cargar él con toda la responsabilidad.

El Luitenant no quería saber nada.

—La mitad de los problemas de esta ciudad se deben precisamente a cómo trata a los ingleses ese viejo imbécil —rugió—. Es increíblemente blando con ellos. A veces pienso que les prefiere a su propia gente.

El sargento Breitenbach dijo que no sabía si era así. Pero lo que sí sabía era que, tras la batalla de Paardeberg, los británicos habían matado al abuelo del Kommandant, que era más de lo que podía decirse de Verkramp, cuyo abuelo había vendido caballos al ejército británico y había sido prácticamente un boer colaboracionista; pero el sargento era demasiado discreto para mencionar siquiera el asunto. En vez de hacerlo, cogió otra vez la lista.

—¿Y dónde vamos a meterlos a todos? —preguntó—. Las celdas de la planta superior están ocupadas con su experimento anticafre y las del sótano están todas repletas.

—Llévenles a la cárcel —ordenó Verkramp—. Y asegúrese de que todos permanezcan incomunicados. No quiero que empiecen a tramar complots.

Al cabo de media hora, la policía había irrumpido en los hogares de treinta y seis de los ciudadanos más notables de Piemburgo y los habían metido a empellones en los furgones policiales. Uno o dos ofrecieron una resistencia desesperada, pues creyeron erróneamente que los zulúes se habían levantado e iban a matarles aprovechando la oscuridad, un equívoco debido al apagón general provocado por el celo explosivo de los agentes de Verkramp. En estas escaramuzas resultaron heridos cuatro policías y, antes de que la situación se aclarara, un comerciante de carbón le pegó un tiro a su mujer para que no la violaran las hordas negras.

Al amanecer, se habían practicado ya todas las detenciones, aunque hubo que rectificar dos o tres errores. El individuo arrancado de los brazos de la señora alcaldesa resultó no ser la primera autoridad municipal, sino un vecino al que aquél había pedido ayuda en las elecciones. Cuando al fin consiguieron detener al alcalde, éste creyó que le detenían por corrupción en las altas esferas.

—Es ignominioso —gritaba, mientras le empujaban al furgón—. No tienen ningún derecho a inmiscuirse en mi vida privada. Soy su representante electo. —Protesta ésta que en nada contribuiría a su liberación, aunque explicaba en cierto modo la presencia del vecino en el lecho de la alcaldesa.

Por la mañana, tras unas horas de sueño, el Luitenant Verkramp y el sargento

Breitenbach recorrieron las instalaciones destruidas por los terroristas. El control que de la situación parecía tener el Kommandant en funciones seguía asombrando al sargento Breitenbach. Verkramp parecía saber exactamente a dónde ir sin que nadie se lo dijera. Cuando inspeccionaban los restos del transformador de Durban Road, el sargento le preguntó qué haría a continuación.

—Nada —le contestó Verkramp, dejándole asombrado—. En pocos días estaremos en situación de detener a todos los miembros de la organización comunista de Zululandia.

—¿Pero qué va a hacer con la gente que detuvo anoche?

—Serán sometidos a interrogatorio y con las pruebas que nos proporcionen conseguiremos descubrir a todos los conspiradores y a sus colaboradores —explicó Verkramp.

El sargento Breitenbach movió la cabeza absolutamente perplejo y se limitó a decir:

—Sólo espero que sepa usted de verdad lo que hace.

A la vuelta, pasaron por la cárcel, donde Verkramp dio instrucciones a los equipos que iban a realizar los interrogatorios día y noche.

—La rutina de siempre —les dijo—. Tienen que mantenerles en pie. Sin dormir. Les atizan un poco para empezar. Les explican que serán juzgados como terroristas y que tendrán que demostrar su inocencia. No tienen derecho a abogado. Pueden quedar en detención indefinida e incomunicados. ¿Tienen que hacer preguntas?

—¿Cualquier pregunta, señor? —preguntó uno de los policías.

—Ya me han oído —vociferó Verkramp—. Está claro.

Los hombres se le quedaron mirando bobaliconamente y Verkramp les mandó retirarse. Salieron de uno en uno a cumplir con su arduo deber. El Luitenant fue a ver al alcaide de la prisión para disculparse por las molestias temporales que estaban causándole. Cuando regresaba al ala en que se llevaban a cabo los interrogatorios, comprobó que sus órdenes se cumplían al pie de la letra.

—¿Quién ganó la liga en 1948? —gritaba el sargento Scheepers al director del Banco Barclays.

—No lo sé —gritaba el director, que acababa de recibir dos patadas en el escroto por no estar al tanto de los partidos de cricket.

Verkramp pidió al sargento que saliera un momento.

—¿Para qué quiere usted saber eso? —le preguntó.

—Creo que es una pregunta bastante fácil —dijo el sargento.

—Sí, desde luego —dijo Verkramp. En la celda siguiente descubrió que el deán de Piemburgo había eludido un destino similar gracias a que sabía cuál era la distancia por carretera entre Johanesburgo y Ciudad del Cabo, la edad del

primer ministro y el significado de las iniciales USA.

—Usted sólo les dijo «Tienen que hacer preguntas» —explicó el hombre de Seguridad cuando Verkramp exigió saber la razón de aquel juego estúpido.

—Zoquetes de mierda —vociferó Verkramp—. Les dije «¿Tienen que hacer preguntas?», no les dije «Tienen que hacer preguntas». ¿Pero cómo diablos he de explicarles las cosas? ¿Deletreándoselo todo?

—Sí, señor —dijo el de Seguridad. Verkramp convocó a los equipos de interrogadores y les dio instrucciones más explícitas.

—Lo que necesitamos son pruebas de que estos hombres han estado conspirando para derrocar al gobierno por la fuerza —les explicó, e hizo que los hombres de Seguridad tomaran nota—. Y, en segundo lugar, pruebas de que han estado incitando activamente a los negros a la rebelión. —Los agentes tomaron también nota de esto—. En tercer lugar, pruebas de que han recibido dinero de ultramar. Y, en cuarto lugar, que son todos comunistas o simpatizantes. ¿Está bien claro?

El sargento Scheepers preguntó si podía decirle al alcalde que uno de los concejales les había dicho que era un cornudo.

—Claro —dijo Verkramp—. Y dígale que el concejal en cuestión está dispuesto a demostrarlo. Si consiguen que empiecen a declarar unos contra otros, no tardaremos en llegar a la raíz del asunto.

Los hombres regresaron a las celdas con la lista de preguntas y pronto reiniciaron los interrogatorios. Satisfecho ya porque sus hombres se atenían a sus instrucciones, el Luitenant Verkramp regresó a la comisaría a ver si había llegado algún mensaje de sus agentes secretos. Le decepcionó bastante que no los hubiese, pero se consoló pensando que era demasiado pronto para esperar resultados concretos.

Entonces decidió subir a comprobar la eficacia de la terapia de aversión con los voluntarios, que seguían gritando rítmicamente. Mandó llamar al sargento Breitenbach y le ordenó ir a buscar una chica de color a las celdas.

El sargento regresó al cabo de un rato con lo que sin duda creía que era el sujeto idóneo: una mujer que ya no cumpliría los cincuenta y ocho y que ni siquiera treinta años antes debía haber sido agraciada. El Luitenant Verkramp se quedó horrorizado.

—Le dije una chica, no ese fardo —vociferó—. Llévesela y tráigame una chica como es debido.

El sargento Breitenbach volvió abajo con la anciana, preguntándose por qué se podía llamar chico a un negro de setenta u ochenta años y en cambio no podías llamar chica a una mujer de la misma edad. Era completamente absurdo. Al final encontró a una chica negra muy grande y le pidió que le acompañara al piso de

arriba. Diez minutos y ocho policías después (uno de los cuales resultó con la nariz rota y otro se quejaba de que no podía encontrarse los testículos), consiguieron llevar a la chica arriba para descubrir que tampoco ésta complacía a Verkramp.

—¿Cree usted realmente que algún hombre en su sano juicio encontraría atractivo eso? —preguntó Verkramp señalando el cuerpo inconsciente y apaleado que los policías intentaban poner sobre sus propios pies y apartado de los suyos —. Lo que necesito es una cafre guapa, que resulte atractiva a cualquier hombre.

—Bien, pues vaya usted a buscarla —le dijo el sargento Breitenbach—. Baje usted a las celdas y dígale a una chica negra atractiva que los policías de la planta superior quieren verla y verá lo que pasa.

—Lo que le pasa a usted, sargento —le dijo Verkramp cuando bajaban por tercera vez— es que no sabe lo que es la psicología. Si quiere que la gente haga algo por usted, no puede asustarles. Y especialmente en el caso de los negros. Hay que utilizar la persuasión —se pararon a la puerta de la celda. El sargento abrió y echaron dentro a la chica negra grande. Verkramp pasó entonces sobre su cuerpo y miró a las otras mujeres que estaban encogidas contra la pared.

—Vamos, vamos, no tenéis por qué asustaros —les dijo—. ¿Cuál de vosotras quiere acompañarme arriba a ver unas fotos? Son muy bonitas. —No se produjo ninguna avalancha de voluntarias. Verkramp probó otra vez—. Nadie os va a hacer daño. No tenéis nada que temer.

Como única respuesta se oyó el gemido de la chica del suelo. La lánguida sonrisa de Verkramp desapareció.

—Agarren a esa zorra —gritó a los policías, y pronto éstos hicieron subir las escaleras a empellones a una chica negra menudita.

—¿Se da usted cuenta de lo que quiero decir con lo de que hay que tener psicología? —preguntó el Luitenant al sargento Breitenbach mientras subían detrás de la chica. El sargento aún tenía sus reservas.

—Veo que no eligió a una grande —dijo.

En la planta superior, varios ansiosos policías a los que Verkramp apuntó en su lista para el tratamiento, desnudaron a la chica y la colocaron luego desnuda ante los voluntarios sometidos a terapia de aversión. El teniente Verkramp quedó complacidísimo ante la falta de reacción positiva de éstos.

—No se ha empalmado ni uno —dijo—. Lo cual constituye la prueba científica definitiva de que el tratamiento funciona.

Como siempre, el sargento se mostró más escéptico.

—Hace dos días que no duermen —dijo—. Creo que no reaccionarían aunque les pusiera delante a Marilyn Monroe en cueros.

Verkramp le miró con desaprobación.

—Es usted un lascivo —le dijo.

—No entiendo por qué se pone usted así —dijo el sargento—. Sólo quiero decir que si pretende de veras ser científico, tendría que hacer la prueba con una chica blanca.

El Luitenant se puso hecho una furia.

—Vaya una ocurrencia. Ni siquiera se me pasaría por la cabeza someter a una chica blanca a una experiencia tan repugnante —dijo.

Ordenó proseguir con el tratamiento durante otros dos días como mínimo.

—Otros dos días aquí y me moriré —gimió uno de los voluntarios.

—Más vale estar muerto que en la cama con una negra —sentenció Verkramp, y volvió a su despacho a disponer los planes precisos para el tratamiento masivo de los restantes quinientos noventa hombres que se hallaban provisionalmente bajo su mando.

En el Café Florian, los agentes secretos de Verkramp estaban haciendo notables progresos en la búsqueda de miembros del movimiento terrorista. Tras años de frustración durante los cuales se habían infiltrado en círculos liberales sin conseguir contactar con nadie remotamente ligado al Partido comunista, ni dispuesto siquiera a admitir la violencia, habían contactado de pronto con bastantes posibles terroristas. 745396 había descubierto a 628461, que parecía saber algo de la explosión de la central telefónica, y 628461 tenía la clara impresión de que 745396 no estaba completamente al margen de la destrucción del transformador de la carretera de Durban. Igualmente, 885974 se había tropezado con 378550 en la cantina de la universidad y le estaba sonsacando sobre su posible intervención en la voladura de la antena de radio, al tiempo que le insinuaba que él mismo podría dar detalles sobre la bomba que había destruido el puente ferroviario. Por todo Piemburgo, los agentes de Verkramp tenían algo que comunicar sobre sus avances y se dedicaban a elaborar mensajes cifrados y a cambiar de domicilio según las instrucciones recibidas.

Al día siguiente, la convicción de todos los agentes de que se hallaban en la pista de algo importante, se reforzó cuando 745396 y 628461, que habían convenido encontrarse en la cantina de la universidad, hallaron un público atento y bien dispuesto en 885974 y 378550, que el día anterior habían tenido tanto éxito allí, que habían decidido repetir. Mientras la coalición de conspiradores proseguía, Verkramp se consagraba a descifrar los mensajes recibidos. Este proceso, complejo de por sí, se complicó aún más debido a que no tenía ni idea del día que le habían enviado el mensaje. El mensaje de 378550 había sido

depositado al pie de un árbol del parque que era el buzón correcto para el domingo, pero después de trabajar en él durante dos horas utilizando el código de aquel día, Verkramp obtuvo «hdfpkymwrqazxtivbnkon», difícil de comprender traducido a «coche perro gusanal hundimiento infrecuente banal fuera salto canasta». Probó la clave del sábado, con el resultado de «dalia crisantemo fertilizante digital decorativa otoño enano flor umbrío». Maldiciéndose por el reducido vocabulario de la página 33 del catálogo de bulbos de Piemburgo que había sido elegido como libro de claves del sábado por su fácil disponibilidad, Verkramp pasó cansinamente a la clave del viernes y consiguió al fin descifrar el mensaje, que le informaba de que el agente 378550 había cumplido las instrucciones y se iba a cambiar de domicilio. Verkramp creía que después de seis horas de arduo trabajo su esfuerzo merecía mayores frutos. Probó a descifrar el mensaje de 885974 y le complació muchísimo comprobar que lo lograba a la primera, y que le informaba de que había establecido contacto con varios supuestos terroristas, y que le había resultado difícil llegar hasta el buzón porque le seguían.

La experiencia del 885974 no era única. En sus tentativas por descubrir el domicilio de los otros saboteadores, los agentes secretos de Verkramp se pasaban el día siguiéndose los unos a los otros por toda la ciudad. Así que recorrían enormes distancias durante todo el día y cuando al fin llegaban a casa estaban demasiado agotados para ponerse a redactar el mensaje que Verkramp esperaba. Además, tenían que cambiarse de domicilio todos los días, tal como se les había ordenado, lo cual les exigía encontrar otro nuevo; así que, en conjunto, la desorientación producida ya por las múltiples identidades que su trabajo les exigía, se agudizaba a medida que los días pasaban. El lunes, 628461 no estaba seguro de quién era, ni de dónde vivía, ni siquiera de en qué día de la semana estaba. Todavía estaba menos seguro de dónde vivía 745396. Había conseguido seguirle durante unos quince kilómetros por las calles secundarias de Piemburgo y no le sorprendió en absoluto que 745396 renunciara al intento de zafarse de él y volviera a una pensión de Bishoff Avenue para descubrir que había estado allí hacía dos días. Al final, durmió en un banco del parque y cuando 628461, que tenía varias ampollas de todas estas caminatas, regresaba a su alojamiento se dio cuenta de que le seguían. Aceleró su renqueante caminar, y los pasos que resonaban tras él hicieron otro tanto. 628461 se dio por vencido. Ya no le importaba que le siguieran hasta casa. «De todos modos, me mudo mañana», decidió, y subió las escaleras hasta su habitación de la pensión Landsdowne. Entonces 378550 regresó a su alojamiento y se pasó la noche cifrando el mensaje para el teniente Verkramp, dándole la dirección del posible terrorista. Como lo empezó a las diez y media del lunes y lo terminó a las dos de la madrugada del

martes, Verkramp tuvo más dificultades de las normales para descifrarlo. Según el libro de claves del lunes, el mensaje decía: «Sugiero registro infección madera pero contaminan en él», mientras que, según el del martes, decía: «Chariot Pharoah además a Frederick Smith pensión Landsdowne». Cuando llegó a la conclusión de que «Chariot Pharoah además infección madera pero contaminan en él» no tenía sentido, tampoco lo tenía registrar la pensión Landsdowne; Frederick Smith se había inscrito en la YMCA[3] como Pieter Retief.

Si el teniente Verkramp tenía dificultades en el campo de las comunicaciones, otro tanto podría decirse de la señora Heathcote-Kilkoon y del Kommandant van Heerden.

—¿Estás seguro de que no está? —preguntó la señora Heathcote-Kilkoon al mayor Bloxham, al que había enviado, en su paseo diario a Weezen, a comunicar al Kommandant que le esperaban para comer.

—Completamente —dijo el mayor—. Me pasé casi una hora sentado en el bar y ni rastro del tipo. Le pregunté al camarero si le había visto y no le había visto.

—Es rarísimo —dijo la señora Heathcote-Kilkoon—. Su nota dice claramente que se hospedará en el hotel.

—Una nota bastante rara, la verdad —dijo el coronel—. «Queridísima Daphne: El Kommandant van Heerden se complace…».

—A mí me parece una nota muy simpática —interrumpió la señora Heathcote-Kilkoon—. Demuestra su sentido del humor.

—Personalmente pienso que no hay mal que por bien no venga —dijo el coronel—. Parece que después de todo ese puerco no vendrá.

Salió al patio trasero de la casa, donde Harbinger estaba aseando a un gran caballo negro.

—¿Todo listo para mañana, Harbinger? ¿Está listo Fox?

—Le llevé a dar una vuelta esta mañana —dijo Harbinger, un hombre pequeño de ojos muy juntos y pelo corto—. Fue bastante rápido.

—Bien, bien —dijo el coronel—. Saldremos temprano.

La señora Heathcote-Kilkoon seguía en la casa muy extrañada.

—¿No te habrás equivocado de hotel? —le preguntó al mayor.

—Fui a la tienda y pregunté por el hotel —insistió el mayor—. El tipo trató de venderme una cama. Al parecer pensó que era lo que yo quería.

—Es rarísimo —insistió la señora Heathcote-Kilkoon.

—Le dije que no quería una cama —dijo el mayor—. Me mandó cruzar la

carretera hasta el hotel que hay al final.

—¿Y allí no sabían nada de él?

—No sabían nada de ningún Kommandant van Heerden.

—Tal vez aparezca mañana —dijo la señora Heathcote-Kilkoon melancólicamente.

8

Pese a ignorar los portentosos sucesos que se estaban produciendo en Piemburgo, el Kommandant van Heerden pasó bastante mal su primera noche en el balneario de Weezen. Por un lado, el intenso olor a azufre le irritaba el nervio olfativo; por otro, uno de los grifos principales de la habitación insistía en gotear irregularmente. Intentó eliminar el olor echando en la habitación el desodorante que había comprado para no molestar con olores corporales a la señora Heathcote-Kilkoon. La mezcla resultante era bastante peor que el simple olor a azufre y además le hacía llorar los ojos. Se levantó y abrió la ventana para que se ventilara la habitación, consiguiendo únicamente que entrara un mosquito. Cerró la ventana, dio la luz y mató al mosquito con la zapatilla. Volvió a acostarse; el grifo seguía goteando. Volvió a levantarse, apretó bien todos los grifos y volvió a acostarse. Estaba ya a punto de quedarse dormido cuando el sordo retumbar de las cañerías le hizo pensar en una burbuja de aire. Nada podía hacer respecto a la cañería general, así que permaneció echado escuchando los ruidos y contemplando la luna que se asomaba nebulosamente por el cristal mate de la ventana. Al fin consiguió dormirse a primera hora de la madrugada; a las siete y media le despertó la camarera de color que le traía una taza de té. Se sentó en la cama y tomó un poco. Tragó un poquito antes de apreciar su espantoso sabor. Por su mente cruzó la idea de que era víctima de un intento de envenenamiento, hasta que comprendió que el sabor se debía al azufre. Se levantó y se puso a lavarse los dientes con un agua de sabor abominable. Harto ya, se lavó y se vistió y fue a la sala de la fuente a desayunar.

—Zumo de fruta —dijo a la camarera cuando le preguntó qué quería tomar. Cuando le llevó el primero, pidió otro segundo vaso y enjuagándose bien la boca con el zumo de uvas consiguió eliminar el sabor sulfuroso.

—¿Huevos fritos o hervidos? —preguntó la camarera. El Kommandant los pidió fritos suponiendo que así habría menor posibilidad de que se contaminaran. Apareció el viejo y preguntó si todo estaba bien, y el Kommandant aprovechó la

ocasión para preguntarle si era posible que le sirvieran un poco de agua fresca.

—¿Fresca? —preguntó el individuo—. Aquí el agua es todo lo fresca que puede hacerla la madre naturaleza. Hay manantiales debajo. Nos llega directamente de las mismísimas entrañas de la tierra.

—No lo dudo —dijo el Kommandant.

No tardó en llegar el señor Mulpurgo, que se sentó junto a la fuente.

—Buenos días —dijo amablemente el Kommandant y se sintió un poco dolido por el tono distante del «Buenas» que recibió como respuesta. Probó otra vez.

—¿Qué tal la flatulencia esta mañana? —preguntó afablemente.

El señor Mulpurgo pidió copos de maíz, huevos y tocino ahumado, tostadas y mermelada, antes de contestarle:

—¿Flatulencia?

—Ayer me dijo que estaba aquí por la flatulencia —repuso el Kommandant.

—Ah —dijo el señor Mulpurgo, en el tono de quien no desea que le recuerden lo que ha dicho el día anterior—. Mucho mejor, gracias.

El Kommandant rechazó el café que le ofreció la camarera y pidió un tercer vaso de zumo de fruta.

—Estuve pensando en el gusano del que me habló usted ayer; el que nunca muere —dijo, mientras el señor Mulpurgo intentaba quitarle la piel a una jugosa loncha de tocino—. ¿Es cierto que los gusanos no mueren?

El señor Mulpurgo le miró receloso.

—Mi impresión personal es que los gusanos no son inmunes a las consecuencias de la mortalidad —dijo al fin—. Y que se libran de este mundanal ruido en un período que equivaldría a setenta años nuestros.

Se concentró en los huevos y el tocino, mientras el Kommandant pensaba si los gusanos podrían librarse realmente de algo. Se preguntó qué sería el mundanal ruido. Le sonaba a pieza de aparato de radio.

—Pero usted habló de uno que no lo hacía —dijo al fin, tras pensárselo un rato.

—¿Qué no hacía qué?

—Morirse.

—Hablaba metafóricamente —dijo el señor Mulpurgo—. Me refería al renacimiento.

Como un Viejo Marinero reacio impulsado a actuar por la insistente curiosidad del Kommandant, se vio enzarzado en una larga disquisición, que no había figurado en sus planes para aquella mañana. Pensaba haberse quedado en su habitación trabajando tranquilamente en su tesis. Pero, al cabo de una hora, paseaba a la orilla del río, exponiendo su opinión de que el estudio de la

literatura añadía una dimensión nueva a la vida del lector. A su lado iba el Kommandant, que de vez en cuando reconocía alguna que otra frase que no le resultaba totalmente extraña, aunque en general se limitaba a admirar la excelencia intelectual de su compañero. No tenía la menor idea de lo que eran la «conciencia estática» o la «percepción ampliada», aunque lo de «anemia emocional» le sugería falta de hierro; pero todos éstos eran problemas secundarios comparados con lo auténticamente importante: el que, entre todas sus divagaciones, el señor Mulpurgo parecía estar diciendo que un hombre podía volver a nacer mediante el estudio de la literatura. Eso era al menos lo que el Kommandant interpretaba, mensaje que, procedente de fuente tan bien informada, aportaba nuevas esperanzas en que algún día conseguiría la transformación que tanto anhelaba.

—Así pues, ¿no cree usted que sean buenos los trasplantes de corazón? —preguntó cuando el señor Mulpurgo hizo una pausa para tomar aliento. El devoto de Rupert Brooke le miró receloso. No era la primera vez que el señor Mulpurgo tenía la impresión de que le estaban tomando el pelo. Pero la grotesca inocencia que iluminaba la cara del Kommandant van Heerden parecía indicar que no era éste el caso.

El señor Mulpurgo decidió creer que, a su modo extraño y peculiar, el Kommandant reafirmaba los argumentos en favor de la ciencia defendidos por C. P. Snow en su famoso debate con F. R. Leavis. De no ser así, no era capaz de imaginar a qué demonios pudiera referirse.

—La ciencia se cuida únicamente de los aspectos externos —dijo—. Lo que necesitamos es cambiar la naturaleza del hombre desde dentro.

—Yo creía que los trasplantes de corazón lo hacían a la perfección —dijo el Kommandant.

—Los trasplantes de corazón no alteran la naturaleza del hombre en absoluto —dijo el señor Mulpurgo, que estaba empezando a considerar el proceso mental de su interlocutor no mucho más comprensible de lo que el Kommandant encontraba el suyo. Ni siquiera podía imaginar qué relación podían tener los trasplantes de órganos con la percepción ampliada. Decidió pasar a otro tema de conversación antes de que aquel cayera en el completo absurdo.

—¿Conoce usted bien aquellas montañas? —preguntó el señor Mulpurgo al Kommandant.

El Kommandant contestó que no las conocía personalmente pero que su bisabuelo las había cruzado en el Gran Éxodo[4].

—¿Se estableció en Zululandia? —preguntó el señor Mulpurgo.

—Le mataron allí —dijo el Kommandant.

El señor Mulpurgo dijo que lo sentía.

—Dingán[5] —continuó el Kommandant—. Mi bisabuela fue una de las pocas mujeres que sobrevivieron a la matanza del río Blaauwkrans. Los infieles zulúes atacaron de improviso y les pasaron a cuchillo.

—Terrible —murmuró el señor Mulpurgo. La historia de su familia era menos rastreable. No podía recordar a su bisabuela pero estaba seguro de que no la habían asesinado.

—Ése es uno de los motivos de que no confiemos en los cafres —añadió el Kommandant.

—No es probable que vuelva a ocurrir.

—Con los cafres uno nunca sabe —dijo el Kommandant—. Las manchas del leopardo no se borran nunca.

Las tendencias liberales del señor Mulpurgo le impulsaron a protestar.

—Vamos, vamos, no irá a decirme usted que cree que los africanos de hoy son salvajes —dijo, suavemente—. Yo conozco a algunos extraordinariamente cultos.

—Los negros son salvajes —afirmó el Kommandant con firmeza—. Y cuanto más educados, más peligrosos.

El señor Mulpurgo suspiró.

—Un país tan hermoso —dijo—. Resulta vergonzoso que personas de razas distintas no puedan vivir juntas en armonía.

El Kommandant van Heerden le miró con curiosidad.

—Forma parte de mi trabajo velar porque las personas de razas diferentes no vivan juntos en armonía aquí —dijo, a modo de advertencia—. Acepte mi consejo y quítese esa idea de la cabeza. No me gustaría ver a un buen muchacho como usted en la cárcel.

El señor Mulpurgo se detuvo y empezó a hipar.

—Yo no quería decir que… —empezó a explicar, pero el Kommandant le interrumpió.

—Yo tampoco quería decir que lo hiciera —dijo amablemente—. Todos pensamos así alguna que otra vez, pero esas ideas es mejor olvidarlas. Si le apetece una negra, váyase a Lourenco Marques. Los portugueses se lo permiten legalmente. Algunas son chicas encantadoras, puedo asegurárselo.

El señor Mulpurgo dejó de hipar, pero seguía mirando al Kommandant muy nervioso. La vida en la universidad de Zululandia no le había preparado para un encuentro como aquél.

—Mire —continuó el Kommandant cuando reanudaron el paseo—, sabemos muy bien lo que son ustedes los intelectuales y conocemos sus peroratas sobre la educación y la igualdad de los cafres. No les perdemos de vista, no tienen por qué preocuparse.

El señor Mulpurgo no estaba tan seguro. Sabía perfectamente que la policía tenía vigilada la universidad. Había habido demasiadas incursiones para creer lo contrario. Se preguntaba si el Kommandant le habría elegido para interrogarle. La sola idea le produjo otro ataque de hipo.

—Aquí no hay más que hacerse una pregunta —prosiguió el Kommandant, bastante ajeno al efecto que estaba causando en su compañero— y es quién trabaja para quién. ¿Trabajo yo para un cafre o trabaja él para mí? ¿Qué me dice a eso?

El señor Mulpurgo intentó decir que era una lástima que la gente no pudiera trabajar unida cooperativamente, pero hipaba demasiado para ser coherente.

—Bien, yo no trabajo en ninguna mina de oro para enriquecer a ningún negro cabrón —dijo el Kommandant, ignorando lo que tomaba por un ataque de flatulencia— y ningún cafre va a pedirme que le lave el coche. Es una situación de lobos contra lobos y yo soy el lobo más grande.

Tras esta exposición tan simple de su filosofía, el Kommandant decidió que era hora de volver.

—He de averiguar dónde viven mis amigos —dijo.

Volvieron, caminando en silencio un rato; el señor Mulpurgo reflexionaba sobre la idea spenceriana de sociedad del Kommandant, mientras éste, olvidando lo que acababa de decir sobre los leopardos y sus manchas, se preguntaba si podría llegar realmente a ser inglés leyendo libros.

—¿Cómo le va con el estudio de su poema? —le preguntó de pronto.

El señor Mulpurgo volvió al tema de su tesis con cierto alivio.

—Lo más importante es tomar notas. Tomo notas y referencias de notas y las archivo. Por ejemplo, Brooke utiliza con frecuencia la imagen del olor. Aparece en seis poemas «Lust», «Second Best» y «Dawn».

—Está siempre presente —dijo el Kommandant—. Es el agua. El azufre del agua.

—¿El azufre? —dijo el señor Mulpurgo, abstraído—. Ah, sí, aparece en el poema «The Last Beatitude»: «Y echar azufre al pecado encarnado».

—No lo sé —dijo el Kommandant, nervioso—. Pero desde luego a mí me echaron algo en el agua esta mañana.

Cuando llegaron al hotel, el señor Mulpurgo había decidido que, pese a todo, el Kommandant no se interesaba por él profesionalmente. Le había recitado dos veces «Cielo» y le había explicado el significado de «peces ahítos de cebo» y estaba empezando a considerarle un tipo bastante amable, pese a sus anteriores declaraciones.

—He de decirle que tiene usted aficiones extrañas para un policía —le dijo en tono condescendiente cuando subían las escaleras del hotel—. Me había hecho

una idea muy distinta, por los periódicos.

El Kommandant van Heerden sonrió misteriosamente.

—Cuentan un montón de mentiras de mí en los periódicos —dijo—. No hay que creer todo lo que se dice.

—No es tan negro como lo pintan, ¿eh? —dijo el señor Mulpurgo.

El Kommandant se paró en seco. Estaba lívido.

—¿Quién ha dicho que soy negro? —quiso saber.

—Nadie, nadie —dijo el señor Mulpurgo, asombrado por su *faux pas*—. Sólo era una figura retórica.

Pero el Kommandant van Heerden no atendía.

—Soy tan blanco como el que más —aulló—. Y si me entero de que algún puerco anda diciendo lo contrario, le arranco los huevos, ¿me ha oído? Le castraré por cabrón. Que no me entere yo de que repite usted semejante embuste. —Y, dicho esto, se lanzó furioso hacia la puerta giratoria, liberando involuntariamente a las dos moscas. El señor Mulpurgo se apoyó en la baranda e intentó controlar el hipo. Cuando al fin dejó de girar la puerta, consiguió dominarse y se encaminó tambaleante a su habitación.

El Kommandant van Heerden cogió las llaves del coche en su habitación y volvió a salir. Seguía furioso por aquella ofensa a sus antepasados.

«Soy tan blanco como el que más», murmuraba y empujó al pasar al jardinero zulú que estaba escardando un parterre de flores. Subió al coche y enfiló furioso hacia Weezen. Seguía de un humor pésimo cuando aparcó en la plaza polvorienta; subió las escaleras del comercio en que había estado el día anterior. Había varios campesinos esperando que les despacharan. Los ignoró y se dirigió al hombre delgado que estaba detrás del mostrador.

—¿Sabe dónde viven los Heathcote-Kilkoon? —le preguntó.

El hombre delgado ignoró su pregunta y siguió atendiendo a su clientela.

—He dicho que si sabe dónde viven los Heathcote-Kilkoon —repitió el Kommandant.

—Ya le oí la primera vez —le dijo el hombre por toda explicación.

—¿Bien?

—Estoy despachando —dijo el hombre delgado. Empezaron a oírse murmullos entre los parroquianos, pero el Kommandant estaba demasiado furioso para prestarles atención.

—Le he hecho una pregunta educada —insistió.

—De forma poco educada —le dijo el hombre—. Si quiere una respuesta, espere su turno y pregunte como es debido.

—¿Sabe usted quién soy? —preguntó furioso el Kommandant.

—No —dijo el hombre—, ni lo sé ni me importa. Pero sí sé dónde está

usted. En mi establecimiento. Y por mí puede irse al diablo.

El Kommandant miró a su alrededor fuera de sí. Todos los individuos de la tienda le miraban mal. Dio la vuelta y salió pesadamente. Oyó algunas risas a su espalda y le pareció captar las palabras «maldito babuino». Hacía mucho tiempo que nadie se lo llamaba. Primero le llamaban negro y ahora babuino. Se esforzó por controlarse antes de volver a entrar en la tienda.

Se quedó parado en el quicio de la puerta; la luz del sol recortaba su silueta rechoncha. Los clientes le miraban fijamente.

—Me llamo van Heerden —dijo en un tono bajo y terrible—. Soy jefe de la policía de Piemburgo. Se acordarán de mí.

Tal declaración habría causado espanto en cualquier otro sitio de Zululandia. Pero allí fracasó rotundamente.

—Estamos en Pequeña Inglaterra —dijo el hombre delgado—. Voetsak.

El Kommandant se dio la vuelta y se fue. Le habían dicho que se largara como a un perro. Nunca olvidaría aquella ofensa. Bajó furioso los peldaños hasta la calle y se quedó mirando malévolamente con los dientes apretados a la Gran Reina, cuya pretenciosa arrogancia no le atraía ya en absoluto. Él, el Kommandant van Heerden, cuyos antepasados habían arrastrado sus carromatos por los montes Aardvark, que habían combatido a los zulúes en río Blood y a los británicos en Spion Kop, había tenido que soportar que le echaran como a un perro cafre, y que lo hicieran hombres cuyos parientes habían escapado de la India, y de Egipto y de Kenia a la primera señal de peligro.

—Vieja zorra estúpida —le dijo a la estatua, y se fue en busca de la oficina de correos.

Poco a poco, su furia fue dando paso a un confuso asombro por la arrogancia de los ingleses. «Pequeña Inglaterra», le había dicho el tipo de la tienda, como si se sintiera orgulloso de su pequeñez. Para el Kommandant esto carecía de sentido. Caminaba pesadamente por la acera, cavilando sobre la jugarreta del azar que le había proporcionado el poder del mando sin el aplomo propio del mismo. De algún modo extraño, reconocía el derecho del tendero a tratarle como a un perro sin importarle las asombrosas credenciales que él exhibiera. «No soy más que un boer», pensó, compadeciéndose de pronto de sí mismo, y sintiéndose solo en un mundo extraño, sin lazos con ninguna comunidad auténtica, perdido entre tribus extrañas y hostiles. Los ingleses tenían su Hogar, aquella isla norteña fría pero hospitalaria a la que siempre podían regresar. Los negros tenían África, el vasto continente del que ninguna ley ni gobierno podría echarles jamás. Pero él, un afrikaner, no tenía más que voluntad y poder y astucia entre su existencia y el olvido. Ningún hogar más que el aquí. Ningún tiempo más que el ahora. Sintiendo un temor nuevo ante su propia incoherencia, el Kommandant enfiló por una calle

lateral camino de la oficina de correos.

En Damas Blancas, la señora Heathcote-Kilkoon, que pasaba lánguidamente las páginas de un Illustrated London News del mes anterior, en una vana tentativa de mitigar su aburrimiento, pidió al mayor Bloxham que le preparara un martini seco.

—Lo normal y lo lógico sería que nos comunicara que no iba a venir —dijo, petulantemente—. Quiero decir que es una simple cuestión de educación elemental el enviar una tarjeta.

—¿Qué puedes esperar de un cerdo más que un gruñido? —dijo el mayor—. No se pueden hacer bolsos de seda con orejas de puerco.

—Supongo que tienes razón —murmuró la señora Heathcote-Kilkoon—. Mira, han elegido deportista del año a la princesa Ana.

—Raro que haya aceptado —dijo el mayor—. Parece una cosa tan vulgar.

—No sé —dijo la señora Heathcote-Kilkoon—. En estos tiempos nombran caballeros hasta a los jockeys.

Después de comer, la señora Heathcote-Kilkoon insistió en dar una vuelta en coche y el coronel, que estaba esperando un telegrama de su agente de Bolsa, les llevó hasta Weezen y luego a tomar el té al Hotel Puerto Sani.

El Kommandant había encontrado al fin su dirección en la oficina de correos y cuando fue a verles después de comer se encontró con la casa vacía. Había recobrado el ánimo, aunque no la confianza, así que no le sorprendió la fría acogida que le dispensaron la casa vacía y el viejo mayordomo zulú que respondió a su llamada.

—El amo no está —dijo el mayordomo; el Kommandant volvió al coche con la sensación de que aquél no era su día de suerte. Se quedó contemplando los alrededores de la casa y el jardín e intentó asimilar parte del amor propio que impregnaba el lugar.

Césped bien recortado, bordes herbáceos disciplinados, rosales cuidadosamente etiquetados, un arbusto recortado en forma de pollo, todo estaba gratamente ordenado. Hasta los frutales del huerto parecían rapados por un barbero militar. Una parra crecía simétrica pegada a la pared, mientras que la casa, con sus muros de piedra y sus ventanas cerradas, combinación de fortín georgiano y *art nouveau*, sugería una agradable opulencia. La Union Jack colgaba fláccidamente de un mástil en el cálido aire estival y el Kommandant, olvidada su furia de la mañana, se sintió complacido al verla. Supuso que era porque los Heathcote-Kilkoon eran ingleses, no descendientes de colonos, por lo que el lugar estaba tan cuidado y emanaba seguridad disciplinada. Subió al coche y volvió al

hotel. Pasó el resto de la tarde pescando en el río, sin mejor suerte que el día anterior, pero se repuso de los contratiempos emotivos de la mañana. Otra vez se apoderó de él aquella extraña sensación de autoconciencia, de verse a sí mismo desde lejos, acompañada de una tranquila aceptación de sí mismo no como era sino como podría ser remotamente en otras circunstancias más favorables. Cuando el sol se ocultó tras los Aardvarks recogió los bártulos y volvió caminando al hotel en el brusco crepúsculo. Oyó hipar a alguien cerca, pero ignoró la insinuación. Ya había tenido bastante señor Mulpurgo para un día. Cenó y se acostó pronto, con una novela nueva de Dornford Yates. Se titulaba Perishable Goods.

En Piemburgo, la operación Lavado Blanco estaba a punto de pasar a la fase siguiente. El Luitenant Verkramp había vuelto a verificar los resultados con sus diez voluntarios y estaba satisfecho de que la experiencia hubiera sido un éxito completo. Todos los voluntarios habían demostrado una aversión plenamente convincente a las mujeres negras y Verkramp estaba listo para iniciar la fase dos. Como siempre, su entusiasmo y el del sargento Breitenbach no iban parejos.

—¿Doscientos hombres a la vez? —preguntaba incrédulo éste—. ¿Doscientos policías atados a sillas conectadas a cables?

—Un sargento manejará el proyector y administrará las descargas eléctricas —dijo Verkramp—. No habrá problemas, ya verá.

—En primer lugar, habrá un montón de problemas para hacer entrar y sentarse a doscientos hombres en su sano juicio —dijo el sargento—. Pero de todos modos es imposible. Con esos generadores no podremos aplicar electrochoque a doscientos hombres.

—Utilizaremos el conductor principal —dijo Verkramp. El sargento Breitenbach le miró con los ojos desorbitados.

—¿Qué utilizará qué?

—El conductor principal —dijo Verkramp—. Con un transformador, claro.

—Claro —dijo el sargento riéndose como un loco—. Un transformador conectado al conductor principal. ¿Y qué pasará si algo va mal?

—No irá mal nada —dijo Verkramp, pero el sargento no le escuchaba. Estaba imaginándose la sala llena de cadáveres de policías electrocutados mientras les pasaban diapositivas de mujeres negras desnudas. Al margen de la protesta pública, era casi seguro que las viudas le lincharían.

—No quiero participar en esto —dijo enfáticamente—. Arrégleselas solo.

Se dio la vuelta para salir del despacho, pero el Luitenant Verkramp le hizo

volver sobre sus pasos.

—Sargento Breitenbach, lo que vamos a hacer lo hacemos por la salvación definitiva de la raza blanca en Sudáfrica —dijo Verkramp en tono solemne—. ¿Está usted dispuesto a sacrificar el futuro de su país simplemente porque teme correr riesgos?

—Sí, señor —dijo el sargento Breitenbach, que no podía entender qué beneficios sacaría Sudáfrica de electrocutar a doscientos policías.

El Luitenant adoptó entonces una vía de razonamiento más práctica.

—De todos modos, habrá interruptores fusibles para evitar posibles sobrecargas —dijo.

—15 amperios, supongo —dijo cáusticamente el sargento.

—Algo así —dijo Verkramp frívolamente—. Daré todos los detalles al electricista de la policía.

—Mejor directamente a pompas fúnebres —dijo el sargento, cuyos conocimientos en materia de electricidad eran algo menos limitados—. De cualquier modo, nunca conseguirá que los hombres acepten someterse a semejante prueba. Y yo no voy a obligar a nadie a que se arriesgue a que le electrocuten.

El Luitenant le miraba sonriendo.

—No habrá que obligar a nadie —dijo—. Todos han firmado la autorización necesaria.

—Una cosa es firmar un papel y otra muy distinta dejar que te den descargas eléctricas. ¿Y qué me dice de la electricidad? ¿De dónde va a salir, dígame? No hay, desde las explosiones.

El Luitenant llamó al director de la compañía eléctrica. Mientras esperaba, enseñó al sargento las hojas que habían firmado los policías.

—Lea la letra pequeña del final —le dijo.

—Sin gafas no puedo —le contestó el sargento. Verkramp cogió un papel y leyó él mismo en voz alta.

—Confieso libremente y por mi propia voluntad que he tenido relaciones sexuales con mujeres bantúes y que necesito tratamiento —dijo, antes de que le interrumpiera un grito horrorizado al teléfono.

El director de la compañía eléctrica estaba al aparato.

—¿Qué fue lo que hizo? —gritó el director, asombrado por la confesión que acababa de oír.

—Yo no —empezó a explicar Verkramp.

—Le he oído perfectamente —gritó a su vez el director—. Dijo usted: «Confieso libremente y por mi propia voluntad que he tenido relaciones sexuales con mujeres bantúes». Niéguelo si se atreve.

—De acuerdo, lo dije —empezó a decir Verkramp, pero el director estaba

demasiado furioso para permitirle continuar.

—¿Qué le dije yo? No puede negarlo. Esto es un ultraje. Me llama usted para contarme que se acuesta con cafres. Será mejor que llame ahora mismo a la policía.

—Yo soy la policía —dijo Verkramp.

—¡Cielos! ¡El mundo se ha vuelto loco! —gritó el director.

—Estaba leyendo en voz alta una autorización de un preso —explicó entonces Verkramp.

—¿Al teléfono? —preguntó el director—. ¿Y por qué a mí precisamente? Ya tengo bastantes problemas encima para que me carguen también esa mierda.

El sargento Breitenbach dejó al Luitenant aclarando las cosas con el director de la Compañía de Electricidad. Desde que Verkramp se había hecho cargo de la jefatura de policía, el ritmo de los acontecimientos era tan rápido que el sargento ya no sabía muy bien a qué atenerse.

Otro tanto podría decirse del estado mental de los agentes secretos de Verkramp. La falta de sueño, el cambio continuo de alojamiento, aquel incesante seguirse y ser seguidos, que era todo parte de su trabajo, les había agotado al máximo y había debilitado bastante su contacto con la realidad, ya de por sí bastante débil. Lo único que podían asegurar a ciencia cierta era que les habían ordenado conseguir que los auténticos terroristas cometieran algún atentado. A esto se consagraban precisamente, sentados en torno a una mesa del Café Florian. 745396 sugirió como objetivo más adecuado los depósitos de gasolina de la estación de mercancías. 628461 era más partidario de la fábrica de gas. 885974, para no quedarse corto, aconsejaba la planta depuradora de aguas residuales, basándose en que la epidemia resultante beneficiaría a la causa del comunismo mundial; y todos los demás tenían sus preferencias en cuanto a objetivos.

Después de analizar todos los pros y los contras de cada una de las diversas propuestas, ninguno sabía muy bien cuál era el objetivo elegido y la atmósfera de recelo mutuo se había exacerbado al acusar 88 5974 a 745396 de ser espía de la policía, por creer que añadiría así credibilidad a su propia pretensión de ser un auténtico terrorista. Intercambiaron acusaciones y contraacusaciones, y cuando al fin el grupo dejó el Café Florian para seguir sus propios caminos, no muy apartados, todos y cada uno de ellos estaban decididos a dejar bien clara su postura haciendo una demostración de celo terrorista. Aquella noche Piemburgo padeció una segunda oleada de explosiones.

A las diez, explotaron los depósitos de gasolina iluminando los trenes de

mercancías. A las diez y media explotó el gasómetro con un estruendo tal que saltaron por el aire los cristales de las ventanas de los edificios de varias calles a la redonda. Cuando la brigada de incendios acudía a un sitio y a otro, explotó la estación depuradora de aguas residuales. Por toda la ciudad, antes a oscuras, proliferaban los incendios. Intentando evitar que en el estacionamiento de trenes mercancías se propagaran las llamas, se sacó por la vía el mercancías incendiado, maniobra que provocó el incendio de cuatro cobertizos de herramientas, un campo de pasto y otro de caña de azúcar. Por la mañana, las brigadas de bomberos de Piemburgo no podían ya más y una gran mancha de humo colgaba lúgubremente sobre la ciudad.

El sargento Breitenbach llegó a la comisaría con la cara cubierta de esparadrapo. Cuando explotó el gasómetro estaba asomado a la ventana de su dormitorio. Encontró a Verkramp empeñado en descifrar algunos de los mensajes de sus agentes, con la esperanza de obtener alguna pista que explicara la nueva oleada de violencia. Todo lo que había conseguido descifrar hasta el momento era que un individuo que se hacía llamar Jack Jones y que vivía en el Hotel Outspan se proponía volar los depósitos de gasolina. Pero cuando Verkramp recibió al fin el mensaje y lo descifró, los depósitos de gasolina y Jack Jones habían desaparecido. El director del Hotel Outspan dijo que se había despedido hacía dos días.

—¿Qué hace usted? —le preguntó el sargento al entrar en el despacho. El jefe de policía en funciones se apresuró a guardar el mensaje en el cajón de la mesa.

—Nada —dijo, nervioso—. Nada en absoluto.

El sargento Breitenbach vio un manual sobre cría de animales (que era el libro de claves de aquel día) y se preguntó si Verkramp estaría pensando en montar una granja. En vista de las catástrofes que asolaban la ciudad bajo su mando, le pareció bastante inteligente de su parte pensar en retirarse.

—¿Bien? —dijo Verkramp, molesto por la interrupción—. ¿Qué pasa?

—¿No le parece que ya es hora de hacer algo contra esos terroristas? Las cosas se están descontrolando —dijo el sargento.

Verkramp se agitó inquieto en la silla. Tenía la impresión de que estaban poniendo en tela de juicio su autoridad.

—Veo que se ha levantado usted esta mañana con el pie izquierdo.

—Más que levantarme yo diría que me han sacado de la cama.

Verkramp sonrió.

—Creí que se había cortado afeitándose —dijo.

—Fue el gasómetro —dijo el sargento—. Estaba mirando fuera de la ventana cuando se produjo la explosión.

—Por. No fuera de —dijo el teniente con pedantería.

—¿Cómo?

—Por la ventana. Si hubiera estado usted mirando fuera de la ventana los cristales no le habrían cortado. Es muy importante para un oficial de policía establecer los hechos con claridad.

El sargento Breitenbach comentó que era una suerte que siguiera vivo.

—La cuestión es estarlo, aunque se haya librado por los pelos.

—Por media milla —dijo el sargento.

—¿Por media milla?

—Mi casa queda a media milla del gasómetro, ya que quiere usted las cosas claras y los hechos concretos —dijo el sargento—. Quién sabe lo que les habrá pasado a los que vivían al lado.

El Luitenant Verkramp se levantó y cruzó a zancadas el despacho hasta la ventana. Había algo en él mientras miraba a la calle que recordó al sargento una película que había visto sobre un general la víspera de una batalla. Verkramp tenía una mano a la espalda y la otra sobre el pecho.

—Estoy a punto de llegar a la raíz de todo este endiablado asunto —dijo teatralmente, antes de volverse y clavar una mirada intensa en el sargento—. ¿Se ha encontrado usted alguna vez con el mal cara a cara?

El sargento Breitenbach recordó el gasómetro y dijo que sí.

—Entonces sabrá usted a qué me refiero —dijo Verkramp enigmáticamente, y se sentó.

—¿Dónde cree que debemos empezar a investigar? —preguntó el sargento.

—En el corazón del hombre —dijo Verkramp.

—¿Dónde?

—En el corazón del hombre. En su alma. En lo más profundo de su naturaleza.

—¿Para encontrar a los terroristas?

—Para encontrar el mal —dijo Verkramp. Y, dicho esto, entregó al sargento una larga lista de nombres. Y añadió—: Quiero que todos estos hombres se presenten en la sala de instrucción de inmediato. Está todo dispuesto. Las sillas están listas ya y el proyector instalado y también la pantalla. Aquí está la lista de los sargentos que se encargarán de administrar el tratamiento.

El sargento Breitenbach contempló incrédulo a su oficial en jefe.

—Se ha vuelto usted loco —dijo al fin—. Está usted completamente chiflado. Nos enfrentamos a la mayor oleada de explosiones que haya vivido el país, depósitos de gasolina y gasómetros por los aires, antenas de radio por tierra, y en lo único que piensa es en conseguir que la gente deje de acostarse con negras. Su obsesión le ha vuelto loco. ¡Qué manía con joder! —el sargento se

interrumpió, asombrado por la audacia de sus palabras. Antes de poder sacar de él conclusiones adicionales, el Luitenant se había levantado.

—Sargento Breitenbach —gritó con una furia tal que el sargento se acobardó—, ¿acaso se niega usted a obedecer una orden? —Había una esperanza demoníaca en el tono del Luitenant que sumió al sargento en el terror.

—No, señor. Una orden, no —dijo. La palabra sacrosanta le devolvió la sensatez incondicional—. La ley y el orden hay que mantenerlos siempre.

El Luitenant Verkramp se ablandó.

—Precisamente —dijo—. Bien, pues, yo soy la ley en esta ciudad. Y yo doy las órdenes. Y mis órdenes son que empiece usted de inmediato el tratamiento de terapia de aversión. Cuanto antes dispongamos de una fuerza policial cristiana e incorruptible, antes podremos erradicar el mal, del que todas estas explosiones no son más que un síntoma. No tiene sentido atacar las simples manifestaciones del mal, sargento, si no limpiamos primero el cuerpo político. Y eso, Dios mediante, es lo que me propongo. Que lo que ha sucedido en Piemburgo nos sirva de lección a todos. El humo que cubre la ciudad es un indicio de la cólera de Dios. Hemos de procurar no volver a incurrir en lo mismo.

—Sí, señor. Así lo espero sinceramente, señor —dijo el sargento—. ¿Desea tomar alguna precaución especial por si lo hacemos, señor? ¿Colocar guardias en las restantes instalaciones públicas?

—No es necesario, sargento —dijo orgullosamente Verkramp—. Tengo el asunto en mis manos.

—Muy bien, señor —dijo el sargento Breitenbach y salió del despacho para cumplir las órdenes recibidas.

Veinte minutos después se enfrentaba a una especie de motín; doscientos policías, ya bastante asustados por la desastrosa situación de la ciudad, se negaron a dejarse atar a las sillas conectadas al gran transformador. Algunos habían manifestado ya que preferían que les juzgaran por acostarse con cafres y correr el riesgo de que les dieran diez bastonazos y cumplir siete años de trabajos forzados, antes de correr el riesgo de morir electrocutados. Al final, llamó a Verkramp y le explicó la situación. Verkramp dijo que estaría allí en diez minutos.

Cuando llegó, se encontró a los hombres arremolinados en la sala en actitud levantisca.

—Salgan al patio —ordenó enérgicamente y se volvió al sargento Breitenbach—. Que todos los hombres formen por compañías al mando de sus sargentos.

Los doscientos hombres formaron obedientes en el patio. El teniente Verkramp se dirigió a ellos:

—Hombres —dijo—. Hombres de la policía de Sudáfrica. Se os ha traído

aquí para que demostréis vuestra firme lealtad a vuestro país y a vuestra raza. Los enemigos de nuestra patria han estado utilizando a las mujeres negras para conseguir apartaros de la senda del deber. Ahora se os presenta la ocasión de demostrar que sois merecedores de la gran confianza que las mujeres blancas de Sudáfrica han depositado en vosotros. Vuestras esposas y vuestras madres, vuestras hermanas y vuestras hijas os contemplan en este gran momento en el que tendréis que mostraros como padres y maridos leales. La prueba que vais a pasar demostrará vuestra lealtad. Iréis pasando a la sala de uno en uno; os mostrarán unas fotos. Todos los que no reaccionen positivamente, volverán de inmediato a la comisaría. Los otros volverán aquí y esperarán instrucciones. Entretanto, haréis ejercicio a las órdenes del sargento Breitenbach. Adelante, sargento.

Mientras los policías marchaban arriba y abajo por el patio, veían a sus compañeros desaparecer de uno en uno en la sala a medida que les iban nombrando. Era evidente que todos pasaban la prueba porque no regresaba ninguno. Cuando el último hombre cruzó la puerta, el sargento Breitenbach le siguió, deseoso de enterarse de lo que había sucedido. Al entrar vio a cuatro sargentos agarrar al último policía según entraba, silenciarle de inmediato tapándole la boca con esparadrapo y atarle bien a la única silla que aún quedaba vacía. Doscientos policías contemplaban furiosos en forzado silencio a su Kommandant en funciones. Las luces se apagaron y se encendió el proyector. En la inmensa pantalla del fondo, tal como su madre la trajo al mundo y cuarenta veces mayor, apareció la imagen brillantemente coloreada de una gigantesca mujer negra. El Luitenant Verkramp saltó al escenario y se colocó ante la pantalla, cubriendo parcialmente los órganos sexuales de la mujer y con un aura de vello púbico en torno a la cabeza, Verkramp abrió la boca con un realismo nauseabundo, el rostro lívido, los labios proyectados.

—Todo esto es por vuestro bien —dijo—. Cuando salgáis de aquí, vuestras tendencias sexuales transraciales habrán quedado eliminadas para siempre. Estaréis limpios de lujuria. ¡Empiecen el tratamiento!

Cuando volvían a la jefatura de policía, el sargento Breitenbach felicitó al teniente por su habilidad.

—Todo es cuestión de psicología —dijo Verkramp muy ufano—. Divide y mandarás.

9

En el Hospital Mental de Fort Rapier, la doctora von Blimenstein ignoraba las consecuencias que su consejo sobre la terapia de aversión estaba teniendo en la vida de los policías de Piemburgo. Seguía pensando en Verkramp y preguntándose por qué no se habría puesto en contacto con ella; pero al iniciarse los atentados terroristas halló una explicación que, en cierta forma, satisfacía su vanidad. «Pobrecito, está demasiado ocupado», se dijo y procuró desahogar su desengaño atendiendo a los muchos pacientes que acudían al hospital aquejados de ansiedad aguda a raíz de las explosiones. Muchos padecían fobia de matanza y estaban obsesionados por la idea de que cualquier mañana el sirviente de la casa de al lado les haría picadillo. La propia doctora von Blimenstein no era inmune a esta infección, endémica entre los blancos de Sudáfrica, pero hacía todo lo posible para aplacar los temores de sus nuevos pacientes.

—¿Por qué el sirviente de la casa de al lado? —le preguntó a una mujer perturbada hasta tal punto de que no permitía que la enfermera de color entrara en la habitación a vaciar el orinal y prefería hacerlo ella misma, tarea ésta tan sumamente servil para una mujer blanca que constituía un síntoma clarísimo de desequilibrio mental.

—Porque me lo dijo mi pinche de cocina —dijo la mujer entre lágrimas.

—¿Su pinche de cocina le dijo que el sirviente de la casa de al lado la mataría? —preguntó en tono sosegado la doctora von Blimenstein.

La paciente luchaba por controlarse.

—Yo le dije: «Joseph, ¿matarías tú a tu señora, lo harías?» y él me dijo: «No, señora, el chico de la casa de al lado la mataría a usted y yo mataría a su señora por él». Como ve, lo tienen todo pensado. Nos asesinarán en la cama cuando nos traigan el té a las siete de la mañana.

—¿Y no le parece que sería aconsejable renunciar al té de la mañana? —le preguntó la doctora; pero la paciente no quería ni oír hablar de tal cosa.

—Creo que no podría pasar el día sin el té de la mañana —dijo.

La doctora von Blimenstein se abstuvo de indicar la incongruencia lógica entre tal afirmación y sus declaraciones anteriores. Se limitó a redactar la prescripción habitual para tales casos y la envió a ver al Instructor de Tiro.

—Terapia ocupacional —explicó a la mujer, que al poco rato se consagraba a disparar con un revólver del 38 a blancos pintados que parecían sirvientes negros con una bandeja de té en una mano y un cuchillo en la otra.

La enferma siguiente padecía «fiebre del pijo negro», dolencia ésta aún más frecuente que la anterior.

—Los tienen tan increíblemente grandes —farfulló, cuando la doctora le preguntó qué le pasaba.

—¿El qué? —preguntó la doctora, aunque había reconocido los síntomas de inmediato.

—Ya sabe, los chismes —murmuró confusamente la mujer.

—¿Chismes?

—Aparatos.

—¿Aparatos? —preguntó la doctora, que consideraba parte de la cura obligar a la paciente a expresar abiertamente sus temores. La paciente enrojeció.

—Sus varales —dijo intentando desesperadamente hacerse entender.

—Me temo que tendrá que ser más clara, querida —dijo la doctora—. No tengo ni idea de lo que intenta decirme.

La mujer hizo acopio de valor y consiguió decir:

—Tienen largas espadas de puerco.

La doctora von Blimenstein tomó nota repitiendo palabra por palabra.

—Tienen… largas… espadas… de… puerco —alzó la vista—. ¿Y qué es una espada de puerco? —preguntó, vivamente. La paciente la miraba perpleja.

—¿Quiere decir que no lo sabe? —preguntó.

La doctora negó con la cabeza y añadió mendaz:

—No tengo ni idea.

—¿No está casada? —preguntó la mujer. La doctora volvió a negar con la cabeza—. Bien, entonces no se lo diré. Ya lo descubrirá la noche de bodas —concluyó la paciente, y se sumió en un terco silencio.

—¿Empezamos de nuevo? —preguntó la doctora von Blimenstein—. Una espada de puerco es un varal, es un aparato, es un chisme… ¿correcto?

—¡Por amor de Dios! —gritó la mujer, consternada ante el catálogo de eufemismos sexuales—. Me refiero a sus bultos.

—Es un bulto —dijo la doctora tomando nota. La mujer se retorcía frente a ella, avergonzada.

—¿Qué quiere que haga? ¿Qué se lo deletree? —gritó.

—Hágalo, por favor —dijo la doctora—. Creo que deberíamos aclarar este

asunto.

La paciente se estremeció.

—Pe, I, Jota, O, pijo —gritó. Al parecer lo consideraba el término definitivo.

—Quiere usted decir pene, ¿no es así, querida? —preguntó la doctora von Blimenstein.

—Sí —gritó la paciente, histérica—. Quiero decir pene, pijo, espada de puerco, bulto, todo. ¿Qué más da cómo lo llame? Todos los tienen enormes.

—¿Quiénes los tienen enormes?

—Los cafres los tienen enormes. De tres pulgadas de grosor y dieciocho de largo. Y unos prepucios que son como paraguas y…

—Vamos, tómeselo con calma —dijo Blimenstein al advertir que la histeria de la paciente aumentaba. Dado su estado emocional, el comentario fue demasiado para la mujer.

—¿Tomármelo? —gritó—. ¿Tomármelo? ¿No puedo soportar mirarlo y quiere que lo tome?

La doctora von Blimenstein se inclinó sobre la mesa hacia su paciente.

—No me refiero a eso —dijo—. Está usted desmesurando todo el asunto.

—¿Desmesurando? —dijo la mujer—. Ya le he dicho que es desmesurado. Mucho mayor de lo que yo puedo aguantar. Es histerectomía instantánea. Es…

—Tiene que intentar verlo…

—No quiero verlo. De eso se trata, me aterra verlo.

—En proporción… —gritó la doctora en tono autoritario.

—¿En proporción a qué? —gritó la mujer—. A mi delicado pasaje, supongo. Ya le he dicho que no puedo aguantarlo.

—Nadie le está pidiendo que lo haga —dijo la doctora—. En primer lugar…

—¿En primer lugar? ¿En primer lugar? No me diga que lo intentarán por segunda vez.

La paciente se había puesto de pie.

La doctora Blimenstein dejó su silla y empujó a la paciente para que volviera a sentarse.

—No podemos permitir que nuestra imaginación se desboque —dijo suavemente—. Aquí está a salvo. Vamos —prosiguió, cuando la paciente le parecía más calmada—, si quiere que la ayude, ha de entender usted que los penes no son más que síntomas. Hemos de buscar lo que se oculta tras ellos.

La mujer miró afanosamente por la habitación.

—No es difícil —dijo—. Están por todas partes.

La doctora von Blimenstein se apresuró a explicar:

—Me refiero al origen interno… Vamos, ¿qué pasa?

La mujer se había desplomado. Cuando volvió en sí, la doctora probó otro enfoque:

—No diré nada —dijo—, lo único que quiero es que me diga lo que piensa.

La mujer se tranquilizó y reflexionó.

—Se cuelgan pesos en la punta para hacerlos más largos —dijo al fin.

—¿De veras? —preguntó la doctora—. Qué interesante.

—No tiene nada de interesante. Es asqueroso.

La doctora von Blimenstein aceptó que también era asqueroso.

—Andan con ladrillos atados a la punta con trozos de cuerda —continuó la paciente—. Por debajo de los pantalones, claro.

—Claro, claro —dijo la doctora von Blimenstein.

—También se los untan con mantequilla para que les crezcan. Creen que la mantequilla sirve para eso.

—Yo creo que la mantequilla impediría que se aguantara el ladrillo —dijo la doctora von Blimenstein con más sentido práctico—. Haría resbalar la cuerda, ¿no le parece?

La paciente consideró el asunto.

—Primero se atan bien la cuerda —dijo al fin.

—Parece muy lógico —dijo la psiquiatra—. ¿Hay algo más que quiera decirme? ¿Su vida matrimonial es satisfactoria?

—Bueno —dijo la mujer vacilante—, podría ser peor, ya me entiende.

La doctora von Blimenstein asintió comprensiva.

—Creo que podemos curar su fobia —dijo tomando notas—. La terapia que le voy a prescribir puede resultar extraña a primera vista, pero pronto lo entenderá. Lo primero que haremos será lograr que se habitúe a la idea de agarrar un pene pequeño, uno blanco y pequeño y…

—¿Qué me habitúe a hacer qué? —preguntó asombrada la mujer; su expresión indicaba que creía que la doctora estaba loca.

—Agarrar penes blancos pequeños.

—Está usted loca —gritó la mujer—. Nunca hubiera imaginado algo semejante. Soy una mujer casada respetable, y si se cree usted que voy a… —se puso a llorar completamente histérica.

La doctora von Blimenstein se inclinó hacia ella sobre la mesa en actitud tranquilizadora.

—Está bien —dijo—. Para empezar eliminaremos los penes.

—Dios Todopoderoso —gritó la mujer—, y yo creía que necesitaba tratamiento.

La doctora von Blimenstein la tranquilizó.

—Quiero decir que los dejaremos a un lado —dijo—. Empezaremos con

lápices. ¿Tiene alguna objeción arraigada respecto a agarrar un lápiz?

—Claro que no —dijo la mujer—. ¿Por qué demonios me iba a molestar coger un lapicero?

—¿Y un bolígrafo? —la doctora von Blimenstein observó fijamente a la mujer para detectar cualquier signo de vacilación.

—Los bolígrafos me parecen muy bien. Y también las estilográficas —dijo la paciente.

—¿Y qué me dice de un plátano?

—¿Quiere que lo coja o que me lo coma? —preguntó la mujer.

—Sólo que lo sujete.

—No hay problema.

—¿Un plátano y dos ciruelas?

La paciente observó a la psiquiatra con expresión de censura.

—Cogeré hasta una macedonia de frutas si cree usted que me beneficiará, aunque la verdad es que sus intenciones se me escapan por completo.

Finalmente, la doctora von Blimenstein inició el tratamiento habituando a la paciente a sujetar un calabacín hasta que los síntomas de ansiedad cesaron por completo.

Mientras la doctora von Blimenstein luchaba con los problemas psicológicos de sus pacientes y el teniente Verkramp servía a su Dios exorcizando demonios, el Kommandant van Heerden pasaba tranquilamente sus días en Weezen pescando en el río, leyendo novelas de Dornford Yates y preguntándose por qué no se habrían puesto en contacto con él los Heathcote-Kilkoon tras su infructuosa visita a la mansión. Al cuarto día, se tragó el orgullo y abordó al señor Mulpurgo que, siendo una autoridad en todo lo demás, parecía la persona más adecuada para explicar los misterios de la etiqueta inglesa.

Lo halló hipando suavemente para sí en una vieja rosaleda del jardín. El Kommandant se sentó en el banco junto al profesor de lengua inglesa, e inició la conversación diciendo:

—Me preguntaba si podría ayudarme usted.

El señor Mulpurgo hipó sonoramente.

—¿De qué se trata? —preguntó, nervioso—. Estoy ocupado.

—Si le invitaran a pasar unos días en el campo —dijo el Kommandant— y llegara usted al hotel y no aparecieran las personas que le habían invitado, ¿qué pensaría?

El señor Mulpurgo intentó descifrar la situación que se le planteaba.

—Si me invitaron a pasar unos días en el campo —dijo al fin—, no entiendo qué cuernos pintaría yo en un hotel, a no ser que las personas que me habían invitado fueran los dueños del mismo.

—No —dijo el Kommandant—. No lo son.

—¿Entonces qué pintaría yo en el hotel?

—Dijeron que la casa estaba llena.

—¿Y es cierto? —preguntó el señor Mulpurgo.

—No —dijo el Kommandant—. No están allá —hizo una pausa—. Bueno, quiero decir que no estaban cuando fui el otro día.

El señor Mulpurgo dijo que todo aquello le parecía muy raro.

—¿No se habrá equivocado de fechas? —preguntó.

—Oh, no. Lo comprobé —dijo el Kommandant.

—Siempre podría usted llamarles por teléfono.

—No tienen teléfono.

El señor Mulpurgo volvió a coger su libro.

—Parece que se encuentra usted en un aprieto —dijo—. Creo que yo en su caso volvería a hacerles otra visita, y si no están me iría a casa.

El Kommandant asintió, dubitativo.

—Creo que lo haré —dijo. El señor Mulpurgo volvió a hipar—. ¿Sigue con la flatulencia? —le preguntó afablemente el Kommandant—. Debería probar a contener la respiración. A veces resulta.

El señor Mulpurgo dijo que lo había probado muchas veces sin resultados.

—Pues yo una vez curé a un individuo que tenía hipo dándole un susto —dijo evocadoramente el Kommandant—. Era un ladrón de coches.

—¿De veras? ¿Y cómo lo hizo? —preguntó el señor Mulpurgo.

—Le dije que iban a azotarle.

El señor Mulpurgo se estremeció.

—Horrible, ¿no? —dijo.

—También lo era él —dijo el Kommandant—. Le dieron quince golpes. Pero se le quitó el hipo —sonrió al recordarlo. A su lado, el profesor de inglés consideraba las terribles implicaciones de aquella sonrisa y pensó, no por primera vez, que se hallaba en presencia de alguna fuerza elemental para quien, o para la que, no existían dudas sobre el bien y el mal, ni sentimientos morales, ni consideraciones éticas, sino sólo el poder descarriado. Había algo monstruoso en la simplicidad del Kommandant. Su «Lobo contra lobo» no tenía el menor matiz metafórico. Era simple y llanamente un hecho de su existencia. Ante la realidad de este mundo de fuerza bruta, las aspiraciones literarias del señor Mulpurgo carecían totalmente de importancia.

—¿Aprueba usted la flagelación? —preguntó, aunque sabía ya cuál iba a ser

la respuesta.

—Es lo único realmente eficaz —dijo el Kommandant—. La prisión no es buena. Demasiado cómoda. Cuando se azota a un hombre, no lo olvida. Y tampoco olvida la ejecución en la horca.

—Eso suponiendo que haya una vida después de la muerte —dijo el señor Mulpurgo—. De otro modo yo diría que el ahorcamiento es una forma definitiva de olvido, ¿no?

—Con vida futura o sin ella, el hombre que muere colgado no vuelve a cometer ningún delito, eso es seguro —dijo el Kommandant.

—¿Y es eso todo lo que a usted le importa? —preguntó el señor Mulpurgo —. ¿Qué no cometa más delitos?

El Kommandant van Heerden asintió y dijo:

—Es mi trabajo, me pagan por eso.

El señor Mulpurgo insistió:

—¿Y la vida no significa nada para usted? ¿La sacralidad e la vida, su belleza y su alegría y su inocencia?

—Cuando como una tajada de cordero, no pienso en la oveja —dijo el Kommandant. El señor Mulpurgo hipó ante aquella comparación.

—¡Qué visión tan terrible de la vida la suya! —dijo—. Al parecer, no hay esperanza en absoluto.

El Kommandant sonrió.

—Siempre hay esperanza, amigo mío —dijo, dándole una palmada en el hombro al señor Mulpurgo al mismo tiempo que se ponía de pie—. Siempre hay esperanza.

Y se alejó caminando pesadamente. El señor Mulpurgo se levantó también y se dirigió a Weezen.

—¡Cuántos borrachos hay hoy día! —comentó a la mañana siguiente el mayor Bloxham en el desayuno—. Encontré anoche a un tipo en el bar. Enseña inglés en la universidad. No debía tener más de treinta años. Estaba como una cuba y no paraba de gritar sobre su intención de liquidarlo todo. Tuve que llevarle al hotel. Una especie de balneario.

—Quién sabe adónde llegarán los jóvenes —dijo el coronel—. Si no es la bebida son las drogas. El país se está echando a perder.

Se levantó y se fue a las perreras para ver cómo le iba a Harbinger.

—¿Balneario? —preguntó la señora Heathcote-Kilkoon cuando se fue el coronel—. ¿Dijiste balneario, Boy?

—Un lugar semirruinoso que acepta huéspedes —dijo el mayor.

—Seguro que es ahí donde está el Kommandant —dijo la señora Heathcote-Kilkoon.

Terminó de desayunar y mandó que prepararan el coche. Al poco rato dejó al coronel y al mayor discutiendo sobre la distribución de los asientos en la cena del Club de aquella noche y se fue a Weezen. Las cenas del Club eran aburridísimas. Aburridísimas e irreales. En Zululandia, la gente carecía del chic que hacía la vida tan tolerable en Nairobi. «Demasiado *raffiné*», pensó, recurriendo al limitado repertorio de palabras francesas con las que estaba *au fait* y que entre sus amigos de Kenia eran de *rigueur*. Ahí radicaba precisamente la diferencia con el Kommandant. Nadie podría acusarle fácilmente de ser *raffiné*.

«Hay en él algo tan vulgar», murmuró para sí mientras aparcaba a la entrada del balneario. Entró en el establecimiento.

Había algo extraordinariamente vulgar en la habitación del Kommandant cuando al fin dio con ella y llamó a la puerta. Le abrió el Kommandant en paños menores, pues en aquel momento estaba cambiándose para ir a pescar; volvió a cerrar de inmediato. Cuando volvió a abrirla, correctamente vestido, la señora Heathcote-Kilkoon, que durante el intermedio había estado estudiando la placa esmaltada de la puerta, había sacado sus propias conclusiones sobre el origen del olor.

—Pase —dijo el Kommandant, mostrando una vez más la falta de refinamiento que tan atractiva le resultaba a la señora Heathcote-Kilkoon. Entró y contempló indecisa la habitación.

—Lamentaría haberle interrumpido —dijo, mirando significativamente los grifos y tubos.

—No, no, en absoluto. Estaba a punto de…

—Bien —se apresuró a decir ella—. Tampoco hace falta entrar en detalles. Supongo que todos tenemos nuestras pequeñas dolencias.

—¿Dolencias? —preguntó el Kommandant.

La señora Heathcote-Kilkoon arrugó la nariz y abrió la puerta.

—Aunque, a juzgar por el olor, las suyas son más graves que las de la mayoría.

Salió al pasillo y el Kommandant la siguió.

—Es el azufre —explicó él.

—Tonterías —dijo la señora Heathcote-Kilkoon—. Es la falta de ejercicio. Bien, pronto le pondremos remedio. Lo que necesita es una buena galopada antes del desayuno. ¿Cómo monta?

—Que yo sepa, sin problema —dijo el Kommandant van Heerden un tanto enojado.

—Bien, eso ya es algo —dijo la señora Heathcote-Kilkoon.

Pasaron la puerta giratoria. Fuera, el aire era más fresco. La actitud de la señora Heathcote-Kilkoon se suavizó un poco.

—Lamento que haya tenido que estar usted aquí abandonado de este modo —dijo—. Todo ha sido culpa nuestra. Preguntamos por usted en el hotel del pueblo, pero yo no tenía idea de que existiera este lugar.

Se apoyó en la balaustrada con elegancia y contempló el edificio, con su pórtico moteado y su inscripción desvaída. Él le explicó que había intentado telefonearles y no había podido encontrar el número.

—Claro, querido —dijo la señora Heathcote-Kilkoon, tomándole del brazo y guiándole hacia el jardín—. Es que no tenemos teléfono. Henry es muy reservado, sabe. Juega a la bolsa y no puede soportar la idea de que vaya a oírle cualquiera por teléfono decirle a su agente que compre Free State Gedulds y organice una matanza de cafres.

—Es comprensible —dijo el Kommandant, absolutamente *in albis*.

Pasearon por el sendero hacia el río y la señora Heathcote-Kilkoon se explayó sobre la vida en Kenia y sobre lo mucho que añoraba los buenos tiempos de Thompson Falls.

—Vivíamos en un sitio precioso… Se llamaba Littlewood Lodge por… bueno, no importa. Digamos que le pusimos así por el primer gran *coup* de Henry. Y, claro, había acres y acres de azaleas. Creo que fue especialmente por eso por lo que Henry eligió Kenia. Le chiflan las flores, ¿sabe? Y las azaleas no se dan muy bien en South London.

El Kommandant dijo que sin duda al coronel tenían que encantarle las flores para haber recorrido por ellas todo el largo camino hasta África.

—Bueno, claro, estaba también el asunto de los impuestos —dijo la señora Heathcote-Kilkoon—. Quiero decir que Henry había ganado en la Bolsa… quiero decir que cuando Henry se hizo rico, sencillamente le resultaba imposible seguir viviendo en Inglaterra con ese horrible gobierno laborista llevándose hasta el último penique en impuestos.

Cuando caminaban por la orilla del río, la señora Heathcote-Kilkoon dijo súbitamente que tenía que regresar.

—No olvide lo de esta noche —le dijo cuando él la ayudaba a subir al Rolls—. La cena es a las ocho. El aperitivo a las siete. Le estaré esperando. *Au'voir*.

Y, dicho esto, se fue saludándole con el guante malva.

—¿Qué has hecho qué? —farfulló el coronel Heathcote-Kilkoon cuando su esposa

le dijo que el Kommandant iría a cenar—. ¿Pero es que no entiendes que es la Noche de Berry? No podemos tener a un extraño en la cena del Club.

—Le he invitado y vendrá —dijo con firmeza la señora Heathcote-Kilkoon—. Lleva toda la semana en ese balneario espantoso poniéndose enemas, muerto de aburrimiento, sólo porque el imbécil de Boy entró a beber en el bar que no era.

—Oh, vamos —objetó el mayor Bloxham—. Eso no es justo.

—No, no lo es —dijo la señora Heathcote-Kilkoon—. No lo es. Así que esta noche vendrá a cenar, con club o sin club. Y espero que los dos os portéis como es debido.

Se fue a su habitación y pasó la tarde soñando con hombres taciturnos y robustos y con el olor almizcleño del Kommandant. Oía abajo, en el jardín, el clic de las podaderas del coronel, que desahogaba su irritación con los arbustos ornamentales. Cuando bajó a tomar el té, el arbusto que antes tenía forma de pollo había adquirido el tamaño de un loro. Y en lo mismo parecía haberse convertido el coronel.

—Sí, querida. No, querida —repetía mientras la señora Heathcote-Kilkoon explicaba que el Kommandant encajaría perfectamente con los socios del club.

—Además, no es como si fuera analfabeto —dijo—. Ha leído los libros Berry y me dijo que era un admirador del Maestro.

Dejó solos a los dos hombres y fue a la cocina a ver qué hacía el cocinero zulú que, entre otras cosas, estaba intentando descifrar cómo se preparaba *Filet de boeuf en chemise strasbourgeoise*.

Al quedarse solos, los dos hombres se sonrieron significativamente.

—Nada como tener un bufón en la cena —dijo el coronel—. Puede ser divertidísimo.

—El bufón de la corte —dijo el mayor—. Le ponemos como una cuba y tendremos juerga. Hasta podríamos quitarle los pantalones.

—Es una buena idea —dijo el coronel—. Le enseñaremos modales al muy puerco, ¿eh?

El Kommandant van Heerden estudiaba entretanto en el hotel su libro *Etiqueta para todos* e intentaba recordar qué tenedor debía usar para el pescado. A las seis se dio otro sucedáneo de baño y se echó abundante desodorante para neutralizar el olor a azufre. Se puso luego el traje que le habían hecho en Scurfield & Todd, los sastres ingleses de Piemburgo, y que la doncella de color le había planchado meticulosamente, y a las siete partió hacia Damas Blancas. El patio delantero estaba lleno de coches. El Kommandant aparcó y subió los

peldaños hasta la puerta principal; le abrió el mayordomo zulú. La señora Heathcote-Kilkoon acudió a recibirle.

—¡Oh, Dios mío! —dijo, a modo de recibimiento, consternada por el atuendo del Kommandant (todos los asistentes vestían smoking), y luego, con un gran despliegue de *savoir faire*, añadió—: Bien, no importa. No tiene remedio —y escoltó al Kommandant hasta una habitación llena de humo, conversación y gente—. No puedo ver a Henry en este momento —dijo juiciosamente, conduciendo al Kommandant hasta una mesa en la que el mayor Bloxham repartía bebidas—. Pero Boy le preparará un cóctel.

—¿Cuál es su veneno, amigo? —preguntó el mayor Bloxham.

El Kommandant dijo que agradecería una cerveza.

El mayor le miró con recelo y dijo:

—Eso no puede ser, querido amigo. Sólo combinados, sabe. Los maravillosos veinte y todo eso. Le prepararé un Especial Oom Paul.

Y antes de que el Kommandant pudiera preguntar qué era un Especial Oom Paul, el mayor estaba dándole a la coctelera.

—Riquísimo —dijo el Kommandant tomando aquella bebida, compuesta de brandy de manzana, Dubonnet y un chorrito de vodka como toque especial.

—Me alegra que le guste —dijo el mayor—. Acábelo y podrá probar un Martillo Macho.

Pero antes de que el Kommandant pudiera comprobar los efectos de un combinado de brandy, ron y brandy de manzana sobre el Especial que acababa de tomar, la señora Heathcote-Kilkoon se lo llevó con toda la discreción que la concurrencia permitía, a saludar a Henry. El coronel observó con interés su atuendo.

—Encantado de que haya podido venir, Kommandant —dijo, con una amabilidad que su esposa consideró preocupante—. Dígame usted, ¿usan siempre los boers trajes de Tweed Harris en las fiestas nocturnas?

—Vamos, Henry —intervino la señora Heathcote-Kilkoon sin dar tiempo al Kommandant a contestar—. El Kommandant no venía preparado para tantas formalidades estando en el campo. Es que mi esposo —continuó, dirigiéndose al Kommandant— es tan escrupuloso en lo… —el resto de la frase quedó apagado por el sonido del gigantesco gong. Cuando cesaron sus reverberaciones, el mayordomo zulú anunció que la cena estaba servida. Eran las siete y media. La señora Heathcote-Kilkoon se lanzó a cruzar la habitación y, tras un breve y áspero intercambio de opiniones en el que por dos veces llamó negro zoquete al mayordomo, la anfitriona volvió a la reunión con una sonrisa crispada.

—Sólo un malentendido sobre el horario —dijo y, haciendo algún otro comentario sobre la dificultad de encontrar buenos sirvientes, se mezcló con los

invitados. El Kommandant, sintiéndose abandonado, terminó su combinado especial y fue al bar a pedir un Martillo Macho. Encontró luego un rincón tranquilo junto a una carpa dorada que hacía juego con su traje e inspeccionó a los otros invitados. Aparte del coronel, cuya mirada biliosa le hacía destacar como hombre distinguido, los otros individuos no eran ni con mucho lo que él había esperado. Parecían despedir un aire de confiada incertidumbre y su conversación carecía de la ironía cortés que él había hallado en las páginas de Berry & Co. En un grupo reducido, junto a él, un hombrecillo gordo explicaba cómo podía conseguir un descuento del cincuenta por ciento en frigoríficos, mientras otro argumentaba que la única forma de comprar carne era hacerlo al por mayor. El Kommandant recorrió la estancia captando aquí y allá un comentario sobre las rosas y el Handicap de Julio y el divorcio de alguien. En el improvisado bar, el mayor Bloxham le preparó un Tercer Grado.

—Apropiado, ¿eh, amigo? —le dijo, pero antes de que el Kommandant pudiera beberlo, sonó de nuevo el gong y, para no desperdiciarlo, el Kommandant lo echó en la pecera antes de pasar al comedor.

—Se sentará usted entre La Marquise y yo —le dijo la señora Heathcote-Kilkoon mientras rodeaban torpemente la gran mesa del comedor—. Así estará seguro.

Y así se encontró el Kommandant sentado al lado de lo que tomó por un marica, con smoking, que no paraba de llamar querido a todo el mundo. Acercó su silla un poco más a la de la señora Heathcote-Kilkoon, advirtiendo con desagrado que el individuo le observaba especulativamente. Jugueteó con los cubiertos de plata mientras se preguntaba por qué le miraría el coronel. En un momento de silencio, el tipo sentado a su derecha le preguntó qué hacía.

—¿Hacer? —dijo él, receloso. La palabra tenía muchos significados para una respuesta fácil.

La Marquise advirtió su confusión.

—Para vivir, querido, para ganarte la vida. No a mí, válgame Dios. Eso puedo asegurarlo.

Todos los comensales se rieron y el Kommandant provocó más risas al contestar que era policía. Estaba a punto de decir que había conocido a muchos maricones pero… cuando la señora Heathcote-Kilkoon le susurró al oído: «Es una mujer». El Kommandant enrojeció primero y palideció después, al comprender que había estado a punto de meter la pata; tomó un trago de borgoña australiano, que al parecer el coronel consideraba equivalente a un Chambertin del 59.

Cuando ya se había servido el café y circulaba el oporto, el Kommandant había recuperado la confianza en sí mismo. Había tanteado, bastante

oportunamente, a La Marquise, una vez preguntándole si estaba presente su esposo y otra inclinándose sobre ella para coger la sal y rozando lo que tuviera de bien disimulado pecho. A su izquierda, acalorada por el vino y la penetrante virilidad del Kommandant, la señora Heathcote-Kilkoon apretaba discretamente su pierna contra la de él, sonriendo con viveza y jugueteando con sus perlas. Cuando el coronel se levantó y propuso un brindis por el Maestro, la señora Heathcote-Kilkoon le dio un suave codazo y señaló el retrato que había sobre la repisa de la chimenea.

—Es el Mayor Mercer —le dijo, en un susurro—. Dornford Yates.

El Kommandant asintió y estudió aquel rostro que le observaba disgustado desde el retrato. Dos ojos crueles, uno un poco más grande que el otro; y un bigote erizado. El autor romántico parecía un furioso sargento mayor. «Supongo que la palabra autoridad debe derivarse precisamente de autor», pensó el Kommandant, al tiempo que pasaba el oporto en dirección contraria. En deferencia a La Marquise, las damas no se habían retirado y el camarero zulú pasó en seguida ofreciendo los puros.

—No son sus Henry Clays. Sólo Macanudos rhodesianos —dijo el coronel con modestia. El Kommandant tomó uno y lo encendió.

—¿Ha probado alguna vez a liárselos usted mismo? —preguntó al coronel y le sorprendió el color que afluyó a su rostro.

—Claro que no —dijo el coronel Heathcote-Kilkoon, ya bastante irritado por el recorrido irregular del oporto—. ¿Quién sabe de alguien que se líe sus propios puros?

—Yo —dijo el Kommandant, imperturbable—. Mi abuelita tenía una granja en el Magaliesburg y cultivaba tabaco. Hay que liarlo sobre la parte interior del muslo.

—Qué extraordinariamente abuelístico —dijo en tono chillón La Marquise. Cuando las risas cesaron, el Kommandant continuó:

—Mi abuelita tomaba rapé. Solíamos molerlo para ella.

Todo el círculo de rostros enrojecidos examinó al hombre del traje de tweed cuya abuela tomaba rapé.

—¡Hay que ver qué familia tan colorista la suya! —dijo el hombrecillo gordo que conseguía descuentos en los frigoríficos y se sorprendió al ver al Kommandant inclinarse hacia él sobre la mesa con expresión de inconfundible furia.

—Si no estuviera en una casa ajena —gruñó el Kommandant— le pesaría lo que acaba de decir.

El hombre gordo palideció y la señora Heathcote-Kilkoon apoyó la mano en el brazo del Kommandant para calmarle.

—¿He dicho algo malo? —preguntó el gordo.

—Creo que el señor Evans quería decir que su familia es muy interesante —explicó en un susurro la señora Heathcote-Kilkoon al Kommandant.

—No me lo pareció —dijo el Kommandant.

A la cabecera de la mesa, el coronel Heathcote-Kilkoon, que se consideraba obligado a afirmar de alguna forma su autoridad, ordenó a los camareros sacar los licores. No fue una medida juiciosa. El mayor Bloxham, aún intrigado porque sus dos combinados no habían conseguido dejar al Kommandant van Hoorden listo para quitarle los pantalones le ofreció Chartreuse. El Kommandant se quedó mirando con curiosidad su vaso de oporto lleno de Chartreuse.

—Nunca había visto vino verde —dijo al fin.

—Se hace con uvas verdes, amigo —dijo el mayor, complacidísimo por las risas que provocó—. Bébaselo de un trago.

La señora Heathcote-Kilkoon no le veía la gracia.

—¿Hasta dónde puedes llegar a caer, Boy? —le preguntó, disgustada, mientras el Kommandant se bebía el vaso de Chartreuse.

—¿Hasta dónde puedes llegar a subir? —preguntó a su vez el mayor jocosamente.

La Marquise aportó su propio comentario:

—¿Subir? Tan alto que me mareo. Queridos —chilló—, tendríais que sentaros aquí para averiguarlo. Gorgonzola puro, os lo aseguro.

Sus últimas palabras confundieron al camarero, que sacó la tabla de los quesos. Mientras sucedía todo esto, el Kommandant van Heerden sonreía complacido por la cordialidad reinante. Decidió pedir disculpas al individuo gordo y a punto estaba de hacerlo cuando el mayor le ofreció otra copa de Chartreuse. Lo aceptó afablemente, pese a la patada que le dio la señora Heathcote-Kilkoon.

—Creo que debemos acompañar todos al Kommandant —dijo ella de pronto —. No vamos a dejarle beber solo. Boy, llena los vasos de oporto.

El mayor la miró inquisitivamente y preguntó:

—¿Todos?

—Ya me has oído —contestó la señora Heathcote-Kilkoon, mirando vengativa primero al mayor y luego a su esposo—. Todos. Creo que todos debemos brindar por la policía sudafricana en honor de nuestro invitado.

—Maldita sea, yo no voy a beber un vaso de Chartreuse por nadie —dijo el coronel.

—¿Les he contado alguna vez cómo pasó Henry la guerra? —preguntó la señora Heathcote-Kilkoon. El coronel Heathcote-Kilkoon palideció y alzó el vaso.

—Por la policía sudafricana —brindó.

—Por la policía sudafricana —dijo la señora Heathcote-Kilkoon con más entusiasmo, observando atentamente al mayor y al coronel hasta que vaciaron los vasos.

Felizmente ajeno a la tensión reinante, el Kommandant seguía sentado y sonreía.

Así pasaban los ingleses sus veladas, pensaba, y se sentía comodísimo.

En el silencio que siguió al brindis y a la consideración de los posibles efectos de un vaso grande de Chartreuse en el hígado, el Kommandant van Heerden se puso de pie.

—Me gustaría decir lo honrado que me siento por hallarme esta noche aquí en tan distinguida compañía —dijo, haciendo una pausa y contemplando aquellos rostros que a su vez le contemplaban borrosamente—. Lo que voy a decir, tal vez les sorprenda…

El coronel Heathcote-Kilkoon, que estaba a la cabecera de la mesa, cerró los ojos y se estremeció. Si el discurso que el Kommandant les auguraba se parecía en algo a su gusto en cuanto a ropa y a vinos, no tenía idea de lo que les aguardaba. Así que se vio agradablemente sorprendido.

—Como ustedes saben —prosiguió el Kommandant— soy afrikaner. O, como dicen ustedes los británicos, boer. Pero quiero que sepan que admiro muchísimo a los británicos y me gustaría proponer un brindis por el Imperio Británico.

El coronel tardó un rato en comprender lo que acababa de decir el Kommandant. Abrió los ojos asombrado y su asombro se desbordó al ver al jefe de policía coger una botella de Benedictine y empezar a llenar los vasos uno tras otro.

—Vamos, Henry —dijo la señora Heathcote-Kilkoon al ver la mirada suplicante del coronel—, por el honor del Imperio Británico.

—¡Santo cielo! —gimió el coronel.

El Kommandant terminó de llenar los vasos y alzó el suyo.

—Por el Imperio Británico —dijo, y vació el vaso; se quedó mirando luego con súbita hostilidad al coronel que había tomado un sorbo y se preguntaba qué hacer con el resto.

—Vamos, Henry —dijo la señora Heathcote-Kilkoon. El coronel vació el vaso y se desplomó en el asiento.

El Kommandant se sentó. Estaba encantado. El sentimiento de decepción que le había estropeado la primera parte de la velada había desaparecido por completo. Y también había desaparecido La Marquise. Con un valeroso intento de un último «querido», elegante hasta el final, se deslizó bajo la mesa. Cuando

empezaron a hacerse sentir plenamente los efectos de la devoción del Kommandant van Heerden al Imperio Británico, el camarero zulú, que estaba deseando acostarse, aceleró el proceso sacando al mismo tiempo la tabla de los quesos y los puros.

El coronel Heathcote-Kilkoon intentó corregirle.

—El queso y los cigarros no van junt… —consiguió decir, antes de salir tambaleante de la estancia. En cuanto él se fue, la fiesta se deshizo. El hombre gordo se quedó dormido. El mayor Bloxham se puso malo. Y la señora Heathcote-Kilkoon apretaba mucho más que su pierna contra el Kommandant.

—Tómeme… —le dijo, antes de desplomarse sobre su regazo.

El Kommandant contempló afectuosamente sus azules rizos teñidos, le apartó la cabeza de su bragueta con inusitada galantería y se levantó.

—Es hora de dormir —dijo, y alzó con suavidad de su asiento a la señora Heathcote-Kilkoon y la llevó a su habitación seguido de cerca por el mayordomo zulú, que no se fiaba de sus intenciones.

Cuando la echó en la cama, la señora Heathcote-Kilkoon sonrió en sueños y murmuró:

—Ahora no, querido. Ahora no. Mañana.

El Kommandant salió de puntillas y fue a dar las gracias por la agradable velada a su anfitrión. En el comedor, donde el Club Dornford Yates yacía inerte sobre o bajo la mesa, no había rastro del coronel. Únicamente el mayor Bloxham daba leves muestras de actividad y eran tales que impedían toda posible conversación.

—*Totsiens* —dijo el Kommandant. El mayor contestó a su despedida en afrikaans con un eructo. Mientras recorría la habitación con la vista, observó movimiento bajo la mesa. Era evidente que alguien intentaba reanimar a La Marquise, aunque él no podía imaginar por qué esto exigía que le quitaran los pantalones. Alzó el mantel y miró. Desde debajo de la mesa le miró fijamente un rostro. El Kommandant sintió un súbito mareo. «He bebido demasiado», pensó, recordando lo que había oído sobre *delirium tremens* dejó caer el mantel y salió corriendo del comedor.

En la oscuridad del jardín, al canto de las cigarras se unía el sonido irregular de las podaderas del coronel, pero el Kommandant van Heerden no oía nada. Su mente se concentraba en los dos ojos que le habían mirado fijamente desde debajo de la mesa. Dos ojos como cuentas y una cara horrenda; y aquella cara era la cara de Els. Pero el Konstabel Els estaba muerto. «La próxima vez veré elefantes color rosa», pensó horrorizado mientras subía al coche y volvía peligrosamente al balneario, donde pronto se dedicaría a purgar su organismo bebiendo el agua pestilente de su habitación.

10

El Kommandant van Heerden no era el único que padecía la ilusión de tener alucinaciones. En Piemburgo, los esfuerzos del Luitenant Verkramp por extirpar elementos subversivos del cuerpo político estaban produciendo lo que parecía una nueva oleada de terrorismo, ahora en las calles de la ciudad. Y de nuevo la violencia tenía sus orígenes en la tortuosa red de comunicación del jefe de Seguridad con sus agentes.

El «buzón» de 628461 para el jueves estaba en el Aviario. Para ser precisos, en el cubo de basura que había junto al recinto de los avestruces, un lugar adecuado desde cualquier punto de vista, ya que era perfectamente lógico echar cosas dentro y también era lógico que sacara de él cosas un agente de Seguridad disfrazado de vagabundo. Todos los jueves por la mañana, 628461 deambulaba por el Aviario, compraba un helado, envolvía su mensaje en el pringoso papel plateado del helado y lo depositaba en el cubo mientras observaba ostensiblemente los hábitos de los avestruces. Todos los jueves por la tarde, el agente de Seguridad van Royen, ataviado con andrajos auténticos y con una botella de jerez vacía en la mano, llegaba al lugar y atisbaba esperanzado en el cubo; siempre lo encontraba vacío. A nadie se le ocurrió nunca la posibilidad de que el mensaje hubiera sido depositado realmente allí y un tercero lo hubiera cogido. 628461 ignoraba que el agente van Royen no había cogido su mensaje; y el agente van Royen ignoraba hasta la existencia del agente secreto 628461. Todo lo que sabía era que el Luitenant Verkramp le había mandado recoger envoltorios pringosos de helados y que en el cubo no había nada.

El jueves siguiente a la marcha del Kommandant, 628461 cifró un mensaje importante en el que informaba a Verkramp de que había convencido a los otros terroristas para actuar conjuntamente, con la idea de facilitar su detención mientras lo hacían y poder así colgarles a todos. Había sugerido la destrucción del embalse de Hluwe, que abastecía de agua a todo Piemburgo y a media Zululandia; y, como nadie podía volar solo un embalse, había planteado la

necesidad de actuar todos juntos. Para su propia sorpresa, los once hombres secundaron su propuesta y se fueron a casa a redactar mensajes cifrados aconsejando a Verkramp que tuviera a sus hombres en el embalse el viernes por la noche. Cuando el jueves por la mañana 628461 acudió al Aviario a depositar su mensaje, sentía un gran alivio pensando que al fin iba a poder dormir. Observó con auténtica alarma que le seguía 378550 y mientras compraba su helado advirtió, con verdadera consternación, que 88 5974 le observaba desde los arbustos de enfrente. 628461 se tomó el helado junto a la jaula de las abubillas para no llamar la atención hacia el cubo de basura que había junto al recinto de los avestruces. Al cabo de una hora, tomó otro helado mientras observaba cansinamente los pavos reales. Y otra hora más tarde, se compró un tercer helado y se dirigió hacia los avestruces. 378550 y 885974 seguían sus movimientos con gran curiosidad. También los avestruces. 628461 acabó el tercer helado y echó el papel plateado al cubo de basura; y cuando ya se iba, se dio cuenta de que todos sus esfuerzos subrepticios habían sido en vano. Con una avidez motivada por la larga espera de una hora, los avestruces corrieron hacia la valla, metieron la cabeza en el cubo y la más afortunada se tragó el envoltorio. 628461 perdió el control.

—¡Maldita sea! —dijo—. ¡Se lo ha comido! ¡Esos malditos bichos se lo tragan todo!

—¿Qué se ha comido? —preguntó 378550, que creyó que hablaba con él y estaba contentísimo de dejar su papel de espía.

628461 se dominó y miró receloso a 378550.

—Dijiste «se lo ha comido» —repitió 378550.

628461 intentó salir airoso de la situación.

—Dije «Lo he conseguido» —explicó—. «Lo he conseguido. Se lo tragan todo».

378550 seguía confuso.

—Sigo sin entender —dijo.

—Mira —dijo 628461, intentando desesperadamente explicar la relación entre la voracidad de los avestruces y su entrega a la causa del comunismo mundial—. He pensado darles de comer gelignita, soltarlos y que exploten por toda la ciudad.

378550 le miró con evidente admiración.

—¡Qué ingenioso! —dijo—. ¡Ingeniosísimo!

—Claro que —le dijo 628461— primero habría que meter el explosivo en algún envoltorio impermeable. Conseguir que se lo tragaran. Disponer una mecha y, ¡bingo!, habríamos conseguido el arma de sabotaje perfecta.

885974, que no quería que le dejaran al margen, salió de su escondite entre

los arbustos y se les unió.

—Condones —sugirió, cuando le explicaron el asunto—. Metemos el explosivo en condones, los atamos bien y ya está absolutamente impermeable.

Al cabo de una hora, estaban en el Café Florian discutiendo el plan con los otros terroristas. 745396 se opuso al mismo arguyendo que aunque los avestruces se comieran cualquier cosa, dudaba que fueran tan idiotas como para tragarse un preservativo lleno de gelignita.

—Lo comprobaremos esta tarde —dijo 628461, que creía que 745396 estaba poniendo en entredicho su lealtad al marxismo leninismo; se votó la moción. Quedó aprobada, con el único voto en contra de 745396.

Mientras todos los demás pasaban la hora del almuerzo redactando mensajes cifrados para Verkramp, avisándole de que el proyecto del embalse de Hluwe se había cancelado y que esperara un ataque de avestruces explosivos, 885974, que era a quien se le había ocurrido lo de los condones, fue designado para comprar doce docenas de los mejores.

—Compra Crepé de Chine —dijo 378550, que había tenido una desdichada experiencia con otra marca—. Están garantizados.

885974 entró en una farmacia muy grande de Market Street y pidió al joven dependiente doce docenas de Crepé de Chine.

—¿Crepé de Chine? —preguntó el dependiente, que, al parecer era nuevo en el trabajo—. Aquí no vendemos Crepé de Chine. Eso lo encontrará en una mercería. Esto es una farmacia.

Ya bastante apurado por la cantidad que tenía que comprar, 885974 se puso coloradísimo.

—Oiga —susurró—, ya sabe a qué me refiero. En paquetes de tres.

El dependiente movió la cabeza.

—Se vende por metros —dijo—, pero preguntaré si tenemos —y antes de que 885974 pudiera impedírselo, preguntó a voces a una dependienta que atendía a otros clientes—: Sally, este caballero quiere doce docenas de Crepé de Chine. ¿Verdad que aquí no vendemos eso? —preguntó, y 885974 se convirtió en centro de interés de doce señoras de mediana edad que sabían muy bien lo que quería, aunque el dependiente no lo supiera, y que estaban asombradas por la virilidad que la cantidad requerida indicaba.

—Oh, por Dios, es igual, déjelo —murmuró 885974, y salió corriendo de la tienda.

Consiguió al fin lo que deseaba comprando seis cepillos de dientes y dos tubos de crema para el cabello en otras farmacias y pidiendo también Durex Fetherlites.

—Parecen más adecuados —explicó a los otros agentes cuando se reunió

con ellos junto al recinto de los avestruces por la tarde.

Con una unanimidad de intenciones de la que habían carecido siempre sus reuniones, los agentes se consagraron a la tarea de conseguir que un avestruz ingiriera un preservativo lleno de explosivo.

—Probaremos primero con tierra —sugirió 628461, y se dedicó a rellenar un condón, lo cual molestó bastante a una dama que alimentaba a los patos del estanque de al lado. El agente esperó que se marchara antes de ofrecer el condón al avestruz. El ave lo cogió, pero lo escupió en seguida. 628461 consiguió recuperarlo con un palo. Un segundo intento resultó igualmente infructuoso. Y cuando el tercer intento de introducir el condón lleno de tierra en el aparato digestivo del ave falló, 628461 sugirió untarlo de helado.

—Por la mañana parecía que le gustaba —dijo.

Estaba harto de recuperar a través de la valla condones evidentemente bien rellenos. Al fin, 387550 compró dos helados y una chocolatina y embadurnaron bien el preservativo con helado y chocolate primero y con una mezcla de ambos después; y entonces tuvieron que interrumpir las operaciones porque apareció un guarda del parque avisado por la dama que alimentaba a los patos. 628461, que acababa de rescatar el condón del recinto de los avestruces por octava vez, se lo guardó apresuradamente en el bolsillo.

—¿Son estos hombres los que intentaban alimentar a los avestruces con material extranjero? —preguntó el guarda.

—Sí. Son ellos —dijo enfática la dama.

El guarda se volvió a 628461.

—¿Ha intentado usted hacer ingerir al ave una cantidad de algo contenida en lo que dice esta dama? —le preguntó.

—Claro que no —dijo 628461 en tono indignado.

—Claro que sí —dijo la dama—. Yo le vi.

—Tendré que pedirle que se marche —ordenó el guarda.

Cuando el reducido grupo se alejaba, 745396 comentó que él tenía razón.

—Ya os avisé de que los avestruces no eran tan idiotas —dijo, fastidiando aún más a 628461, que acababa de descubrir que el condón que se había guardado en el bolsillo había reventado.

—Creía que ibas a comprar Crepé de Chine —gruñó a 885974 e intentó vaciar el bolsillo de tierra, chocolate, helado y excrementos de avestruz.

—¿Qué voy a hacer yo con doce docenas de preservativos? —preguntó 885974.

Correspondió dar con la solución a 378550, que dijo de pronto:

—Miel y palomitas de maíz.

—¿Qué pasa con miel y palomitas de maíz? —preguntó 628461.

—Los cubriremos con miel y palomitas y os garantizo que se los tragarán.

En la primera tienda que vieron, 378 5 50 compró un paquete de palomitas de maíz y un tarro de miel, pidió a 885974 un condón y volvió al Aviario para probar su receta.

—Funciona a la perfección —informó al cabo de diez minutos—. Se lo zampó a la primera.

—¿Y qué haremos cuando los hayamos llenado todos y hayamos dispuesto la mecha? —preguntó 745396 dubitativo.

—Dejar un rastro de palomitas de maíz hasta el centro de la ciudad, naturalmente —le dijo 628461.

El grupo se dispersó entonces para ir a buscar sus reservas de gelignita; aquella noche a las nueve, se reunieron en el Aviario. La sensación de recelo mutuo que había impregnado todas sus anteriores reuniones había dejado paso a una auténtica camaradería. Los agentes de Verkramp estaban empezando a divertirse.

—Si esto funciona —dijo 628461—, no hay razón para que no intentemos lo del zoo.

—Estás listo si crees que voy a dedicarme a alimentar a los leones con preservativos —dijo 745396.

—No hará falta alimentarles con nada —dijo 885974, a quien no le apetecía precisamente tener que comprar más condones—. Los leones ya son bastante explosivos de por sí.

Aunque los agentes de Verkramp estaban animados, no podía decirse lo mismo de su jefe. La idea de que sus planes para acabar con la subversión comunista iban mal, había ganado peso al saber por el armero que estaban desapareciendo del arsenal de la policía grandes cantidades de explosivos y mechas.

El armero comunicó lo de sus materiales, o mejor dicho lo de la falta de los mismos, al teniente Verkramp. Esto vino a sumarse al informe del equipo policial de desactivación de explosivos, según el cual los detonantes utilizados en todas las explosiones eran de un tipo que sólo utilizaba anteriormente la policía sudafricana, por lo que la noticia del armero reforzó la leve sospecha de Verkramp de que, de alguna forma extraña, había cogido un bocado mayor del que podía tragar. Compartía esta impresión con cinco avestruces del Aviario. Lo que en principio le había parecido una ocasión maravillosa para lograr sus ambiciones, se había convertido en algo irreversible. Los avestruces debieron pensar lo mismo cuando los agentes secretos descubrieron con alarma que habían

liberado del recinto a las aves cargadas. Gregarios hasta el fin, y seguramente bajo la impresión de que algo más les aguardaba en la ruta de los preservativos rebozados de palomitas de maíz, los cinco avestruces trotaron tras los agentes de Verkramp que se encaminaban hacia la ciudad. Cuando el rebaño de avestruces y el grupo de hombres llegaron al final de Market Street, éstos estaban ya realmente aterrados.

—Será mejor que nos separemos —dijo 628461, muy nervioso.

—¿Separarnos? ¿Separarnos, eh? Lo que haremos será desintegrarnos si estos malditos bichos no se largan de una puta vez —dijo 745396, que desde el principio se había opuesto al proyecto y que parecía haberse ganado la amistad de un avestruz que debía pesar lo menos ciento treinta kilos sin carga y que tenía una mecha de quince minutos. Al minuto siguiente, todos los agentes ponían pies en polvorosa por distintas calles laterales, intentando así eludir las probables consecuencias de su experimento. Impávidos e implacables, los avestruces les siguieron. En la esquina de las calles Market y Stanger, 745396 saltó a la plataforma de un autobús en marcha; por la ventanilla trasera, vio asombrado la silueta de su avestruz que galopaba tranquilamente a pocos metros. En Chapet Street comprobó, a las luces del tráfico, que aún les seguía. 745396 saltó del autobús y entró corriendo en el Majestic Cinema, donde se proyectaba *Where the Eagles Dare*.

—La función ha terminado —dijo el portero en el vestíbulo.

—Eso es lo que se cree usted —dijo 745396, mirando de reojo al avestruz que atisbaba inquisitivamente tras las puertas de cristal—. Sólo quiero ir al servicio.

—Bajando la escalera a la izquierda —le dijo el portero, y salió a intentar echar de la acera al avestruz.

745396 bajó a los servicios, se encerró en un cubículo y aguardó la explosión. Allí seguía cuando al cabo de cinco minutos bajó el portero y llamó a la puerta.

—¿Tiene usted algo que ver con ese avestruz de ahí fuera? —preguntó el portero; y 74 5 3 96 arrancó papel del rollo para demostrar que estaba utilizando el lugar exactamente para lo que debía usarse.

—No —dijo 745396, sin convicción.

—Verá, no puede usted dejarlo ahí —le dijo el portero—. Va a interrumpir el tráfico.

—Y que lo diga —dijo 745396.

—¿Qué diga el qué? —preguntó el portero.

—Nada, nada —gritó 745396, desesperado. No podía más, había llegado al límite. Al parecer, otro tanto le pasaba al avestruz.

—Una última pregunta. ¿Suele usted… —dijo el portero; pero no terminó la frase. Llegó hasta él una impresionante sensación de silencio, seguida de una oleada de fuego y una explosión gigantesca. Cuando la fachada del Majestic Cinema se derrumbó sobre la calle y se apagaron las luces, el agente 745396 se derrumbó lentamente en la taza resquebrajada del water y se apoyó contra la pared. Allí lo encontró al día siguiente la patrulla de rescate, cubierto de yeso y muerto.

El rumor de que la ciudad había sido invadida por bandadas de avestruces autodetonantes corrió durante la noche por todo Piemburgo como un reguero de pólvora. Igual corrían los avestruces. Se produjo un incidente especialmente trágico en las oficinas de la Asociación para la Conservación de la Vida Salvaje de Zululandia: un amante de las aves llevó allí a un avestruz que explotó mientras el veterinario de la asociación lo examinaba.

—Creo que padece algún tipo de trastorno gástrico —había explicado el hombre. El veterinario colocó el estetoscopio en el buche del ave y escuchó antes de diagnosticar.

—Ardor e inflamación —dijo, en un tono concluyente que quedó plenamente confirmado por la detonación que siguió a sus palabras.

Cuando el cielo nocturno se llenó de ladrillos, argamasa y restos diversos del amante de las aves y del veterinario, las dependencias de la Asociación para la Conservación de la Vida Salvaje, de importancia histórica y protegidas además por un edicto de conservación del Ayuntamiento de Piemburgo, desaparecieron para siempre. Sólo quedaron flotando letárgicamente frente a la luna, emblemáticos como un príncipe de Gales disipado, un penacho de humo y algunas plumas grandes.

En su despacho, el Kommandant en funciones Verkramp oía las apagadas explosiones con desesperación creciente. Fuera lo que fuera lo que acababa de convertirse también en ruinas, y por el sonido parecía ser un gran sector del centro comercial de la ciudad, su propia carrera iría pronto a hacerle compañía. En un intento frenético de calmar sus alarmantes sospechas, acababa de buscar mensajes de sus agentes secretos, y de descubrir precisamente que aunque los esfuerzos de ellos no habían fallado, el plan de él sí. El agente 378550 decía que el grupo de sabotaje estaba compuesto por once hombres. Exactamente lo mismo que decía el agente 885974. E igualmente el agente 628461. La coincidencia de los informes resultaba aterradora. Sus agentes mencionaban, en todos los casos, a once terroristas. Verkramp no tuvo más que sumar uno a once y ya eran doce. Él tenía doce hombres actuando. La conclusión era ineludible; como las consecuencias. Buscando desesperadamente alguna salida al lío en que se había metido, el Luitenant Verkramp se levantó de la mesa y se acercó a la ventana.

Justo a tiempo de ver a un gran avestruz trotando calle abajo. Abrió la ventana susurrando una maldición e intentó seguir al ave con la mirada. «Esto es el fin», gruñó, y comprobó con asombro que al menos una de sus órdenes se cumplía. Con un violento destello y una onda de choque que arrancó la ventana, el avestruz se desintegró y Verkramp se encontró sentado en el suelo del despacho con la certeza absoluta de que no estaba en su sano juicio.

«Imposible. No podía ser un avestruz», murmuraba; se acercó de nuevo tambaleante a la ventana. La calle estaba regada de cristales rotos y un sendero negro vacío en el centro de la calzada permitía ver dos patas: todo lo que quedaba de lo que hubiera sido aquello que había explotado. Verkramp comprendió que había sido un avestruz porque las patas sólo tenían dos dedos.

En los veinte minutos siguientes, el Luitenant Verkramp actuó con una rapidez frenética. Quemó todas las carpetas que pudieran relacionarle con sus agentes, destruyó sus mensajes; ordenó al armero de la policía que cambiara la cerradura del arsenal y salió de la comisaría en el Ford negro del Kommandant. Al cabo de una hora, y tras haber visitado todos los bares de la ciudad, encontró a dos de sus agentes bebiendo por el éxito de su último experimento de sabotaje en el Criterion Hotel de Verwoerd Street.

—La bofia —dijo 628461 cuando vio a Verkramp entrar en el bar—. Es mejor que nos separemos.

885974 acabó su bebida y se fue. 628461 le vio salir y le sorprendió que Verkramp le siguiera a la calle.

«Irá a detenerle», pensó, y pidió otra cerveza. Al momento alzó la vista y se encontró con la mirada colérica de Verkramp.

—Sal —dijo Verkramp bruscamente.

628461 bajó del taburete y salió a la calle; le sorprendió ver a su compañero de sabotaje sentado en el coche policial sin vigilancia.

—Veo que ha enganchado a uno de ellos —dijo 628461 a Verkramp, y subió al coche y se sentó junto a 885974.

—¿Ellos? ¿Ellos? —explotó Verkramp, histérico—. Él no es ellos. Es nosotros.

—¿Nosotros? —dijo desconcertado 628461.

—Yo soy 885974. ¿Y tú?

—¡Santo cielo! —dijo 628461.

Verkramp saltó al asiento delantero y se volvió y les miró malévolamente.

—¿Dónde están los otros? —siseó.

—¿Los otros?

—Los otros agentes, imbéciles —gritó Verkramp.

Pasaron las dos horas siguientes recorriendo bares y cafés mientras

Verkramp despotricaba sobre los males de sabotear servicios públicos y hacer estallar avestruces en una zona habitada.

—Os mando infiltraros en el movimiento comunista, ¿y qué es lo que hacéis? —gritaba—. Destruir media ciudad, eso es lo que hacéis. ¿Y sabéis adónde os va a conducir esto? Al extremo de la soga del verdugo de la Prisión Central de Pretoria.

—Podría habernos avisado —dijo 628461, en tono reprobatorio—. Tenía que habernos dicho que había otros agentes actuando.

Verkramp estaba fuera de sí.

—¿Avisaros? —gritó—. Suponía que utilizaríais el sentido común, no que os dedicaríais a perseguiros unos a otros.

—¿Pero cómo diablos íbamos a saber que éramos todos agentes de la policía? —preguntó 885974.

—Creí que hasta unos imbéciles como sois vosotros distinguiríais a un buen afrikaner de un judío comunista.

885974 consideró este comentario.

—Si es tan fácil —dijo al fin, agarrándose precariamente a una cierta lógica —, no veo qué nos reprocha. En tal caso, los judíos comunistas deben saber que somos buenos afrikaners nada más vernos. Así que no tenía sentido enviar a unos buenos afrikaners como nosotros a buscar judíos comunistas, si los judíos comunistas pueden…

—¡Cállate de una vez! —gritó Verkramp, que estaba empezando a lamentar haber sacado el tema a colación.

Hacia la medianoche, había encontrado a otros siete agentes en diversos lugares de la ciudad y el coche de la policía iba ya atestado.

—¿Qué quiere que hagamos ahora? —preguntó 378550, cuando recorrían por quinta vez el parque en busca de los tres agentes que faltaban. Verkramp paró el coche.

—Tendría que deteneros —gruñó Verkramp—. Tendría que haceros juzgar por terrorismo, pero…

—No lo hará —dijo 885974, que había estado pensando bastante en el asunto.

—¿Por qué no? —gritó Verkramp.

—Porque todos aportaremos pruebas de que usted mismo nos ordenó volar el transformador y el gasómetro y el…

—Yo no hice nada de eso. Sólo os mandé buscar saboteadores comunistas —gritó Verkramp.

—¿Y quién nos dio las llaves del arsenal de la policía? —preguntó 628461.

Verkramp contemplaba a través del parabrisas un futuro breve y siniestro, a

cuyo final se erguía el verdugo de la Prisión Central de Pretoria.

—Muy bien —dijo—. ¿Qué queréis que haga?

—Que nos deje pasar los controles. Que nos lleve hasta Durban y nos dé 500 rands a cada uno —dijo 885497—. Y que se olvide de que nos ha conocido.

—¿Y los tres que faltan? —preguntó Verkramp.

—Eso es cuestión suya —dijo 885974—. Puede encontrarlos mañana.

Volvieron a la comisaría y Verkramp consiguió el dinero; al cabo de dos horas, llegaban al aeropuerto de Durban nueve agentes. El Luitenant Verkramp les vio desaparecer en la terminal y regresó a Piemburgo. En el control de la carretera de Durban, el sargento de guardia le saludó por segunda vez y tomó nota del hecho de que el Kommandant en funciones parecía ojeroso y enfermo. Hacia las cuatro de la madrugada, Verkramp estaba en la cama, en su piso, escrutando la oscuridad y preguntándose cómo encontraría a los tres agentes que faltaban. A las siete, volvió a levantarse y se fue al Café Florian. 885974 le había aconsejado que los buscara allí. A las once, el coche del Kommandant volvía a cruzar el control de la carretera de Durban y esta vez el Kommandant en funciones iba acompañado de dos hombres. Cuando regresó a la ciudad, once de sus agentes habían dejado Piemburgo para siempre. 745396 estaba en el depósito de cadáveres municipal esperando que le identificaran.

En el balneario de Weezen, el Kommandant van Heerden durmió más profundamente de lo que esperaba debido a sus alucinaciones. A la mañana siguiente despertó con un poco de resaca, pero después de un desayuno abundante en la Sala de la Fuente se sintió mejor. En el rincón del fondo, las dos ancianas damas de cabello corto proseguían su interminable charla en susurros.

El Kommandant se dirigió luego a pie a Weezen, con la esperanza de toparse con la señora Heathcote-Kilkoon, que le había susurrado algo de «mañana», cuando la llevó a la cama. Acababa de llegar a la carretera principal y caminaba por ella pesadamente cuando un fuerte bocinazo detrás le hizo saltar fuera de la carretera. Se volvió furioso y vio al mayor Bloxham al volante del Rolls de los años veinte.

—Suba —gritó el mayor—. Precisamente le andaba buscando.

Subió al asiento delantero y percibió satisfecho que el mayor no tenía muy buen aspecto.

—A decir verdad —dijo el mayor cuando el Kommandant le preguntó si se había repuesto de la diversión del día anterior—, no estoy en plena forma esta mañana. He de reconocer que ustedes los boers aguantan como nadie el licor. No

entiendo cómo pudo llegar al balneario anoche.

El Kommandant van Heerden sonrió ante el cumplido.

—Hacen falta más de un par de copas para que yo caiga debajo de la mesa —murmuró, con modestia—. Por cierto —dijo mientras seguían hacia Weezen—, hablando de mesas, ¿está bien la mujer del smoking?

—¿Quién? ¿Se refiere a La Marquise? —preguntó el mayor—. Curioso que la mencione. En realidad esta mañana no parecía muy centrada, o centrado, resulta difícil saberlo, ya sabe. Comentó que se sentía como desazonada.

El Kommandant van Heerden palideció. Si la palabra «desazonada» tenía algún sentido en el contexto, y creía que sí, estaba absolutamente seguro de que La Marquise hablaba con sinceridad. No dudaba ya que había visto a Els debajo de la mesa. Quitarle los pantalones a una lesbiana borracha era el tipo de acto poco caballeresco propio de Els. Pero el agente Els estaba muerto. El Kommandant se debatió con el problema del Els resurrecto hasta que llegaron al bar de Weezen.

—Una copa para la resaca —dijo el mayor, y entró en el bar.

El Kommandant le siguió.

—Ginebra y pippermint para mí —dijo el mayor Blox-ham—. ¿Qué tomará usted, amigo?

El Kommandant dijo que lo mismo, pero estaba pensando en otra cosa.

—¿Explicó lo que había pasado? —preguntó.

El mayor Bloxham le miró con curiosidad.

—Me parece que le obsesiona bastante —dijo al fin—. ¿Curioso, eh? —El Kommandant le miró con fijeza, y el mayor prosiguió—: Veamos, recuerdo que dijo algo bastante extraño en el desayuno. Ah, ya sé. Dijo: «Me siento absolutamente sodomizada». Eso es. Resulta algo grosero en labios de una mujer.

El Kommandant van Heerden no podía estar de acuerdo. Si había visto realmente a Els bajo la mesa, no había la menor duda de que la dama sólo decía la pura y simple verdad. Le estaba bien empleado a aquella zorra estúpida por vestirse de hombre, pensó.

—Ah, por cierto, Daphne le envía un recado —dijo el mayor—. Quiere saber si irá con el grupo de cazadores mañana.

El Kommandant procuró dejar de lado el asunto de Els y la lesbiana travestida, e intentó pensar en la cacería.

—Me gustaría —dijo—. Pero tendría que pedir una escopeta.

—Naturalmente sólo es una cacería de rastreo —siguió diciendo el mayor, antes de deducir por lo de la escopeta que el Kommandant sin duda mataba zorros a tiros. Un malentendido similar existía por parte del Kommandant[6].

—¿Cacería de rastreo? —dijo, mirando con disgusto al mayor.

—¿Escopeta? —dijo el mayor Bloxham con similar revulsión. Miró inquieto

en torno suyo para asegurarse de que nadie les oía; luego se inclinó hacia el Kommandant y añadió, en tono conspiratorio—: Mire, amigo. A buen entendedor, ya sabe. Pero, si acepta mi consejo, yo no andaría por ahí proclamando, bueno, ya sabe lo que quiero decir.

—¿Acaso se refiere a que el coronel Heathcote-Kilkoon…? —tartamudeó el Kommandant, intentando imaginarse al coronel vestido de mujer.

—Exacto, amigo —dijo el mayor—. Es sumamente susceptible respecto a ese tipo de cosas.

—No me sorprende, después de todo —dijo el Kommandant.

—Mejor no comentarlo —dijo el mayor—. ¿Qué tal otra copa? Creo que ahora es su turno.

El Kommandant pidió otras dos copas de ginebra y pippermint y cuando se las sirvieron había empezado a entender cuál era realmente el papel del mayor Bloxham en la familia Heathcote-Kilkoon. El brindis que hizo el mayor a continuación se lo confirmó:

—¡Culos arriba! ¡Salud! —dijo, alzando el vaso.

El Kommandant posó el vaso en la barra y le contempló muy serio.

—Es ilegal —dijo—. Supongo que lo comprende.

—¿Qué pasa, amigo? —preguntó el mayor.

Ahora le tocaba al Kommandant mirar en torno suyo inquieto.

—Ese tipo de cacerías —dijo al fin.

—¿De veras? ¡Pues hay que ver! No tenía idea —dijo el mayor—. Quiero decir que no se hiere a nadie ni nada…

El Kommandant se movió inquieto en el taburete.

—Supongo que depende del fin que se persiga —susurró.

—Un poco agotador para el pobre imbécil que va delante. Quiero decir, lo de correr todo el camino; pero es sólo dos veces por semana —dijo el mayor.

El Kommandant van Heerden se estremeció.

—Usted dígale al coronel lo que le he dicho —le dijo al mayor—. Dígale que es absolutamente ilegal.

—Lo haré, amigo —dijo el mayor—. Aunque no me explico por qué. Pero usted lo sabrá, puesto que es policía y eso.

Siguieron sentados allí hasta que acabaron de beber en silencio, cada cual concentrado en sus propios pensamientos.

—¿Está absolutamente seguro de que es ilegal, amigo? —preguntó al fin el mayor Bloxham—. Quiero decir, no es cruento ni nada de eso. De hecho, no hay una matanza real.

—Maldita sea, espero que no —dijo exasperado el Kommandant.

—Verá, nos limitamos a soltar a un cafre después del desayuno con una

bolsa de semillas de anís atada a la cintura. Y al cabo de una hora salimos tras él.

—¿Semillas de anís? —preguntó el Kommandant—. ¿Para qué son las semillas de anís?

—Le dan un poco de aroma —explicó el mayor.

El Kommandant van Heerden se estremeció. Hombres de cincuenta y tantos años vestidos de mujer cazando a cafres olorosos era realmente demasiado para su estómago.

—¿Y qué piensa de todo eso la señora Heathcote-Kilkoon? —preguntó ansiosamente. No le cabía en la cabeza que una dama tan distinguida aprobara todo aquello.

—¿Qué? ¿Daphne? Oh, le encanta. Creo que es a la que más le gusta —dijo el mayor—. Monta maravillosamente, ¿sabe?

—Ah, vaya —dijo el Kommandant, que consideraba el comentario sobre la señora Heathcote-Kilkoon bastante impertinente—. ¿Y cómo se viste?

El mayor Bloxham se echó a reír.

—Es de la vieja escuela. Muy dura. Lleva sombrero de copa, ni más ni menos…

—¿Sombrero de copa? ¿Quiere realmente decir que va con chistera? —preguntó el Kommandant.

—Eso mismo, amigo; y le aseguro que no escatima el látigo. Que Dios salve al hombre que se pare ante un obstáculo. Esa mujer le dará un buen escarmiento.

—Encantador —dijo el Kommandant, intentando imaginar cómo sería lo de recibir escarmiento de la señora Heathcote-Kilkoon ataviada ni más ni menos que con sombrero de copa.

—Podemos proporcionarle una buena cabalgadura —dijo el mayor.

El Kommandant se asió con firmeza al taburete.

—Apuesto a que sí —dijo, muy serio—. Pero yo no le aconsejaría que lo intentara.

El mayor Bloxham se levantó.

—¿Le falta valor, eh? —preguntó aviesamente.

—No es precisamente mi valor lo que me preocupa —dijo el Kommandant.

—Bien, será mejor que regrese a Damas Blancas —dijo el mayor, y se dirigió a la puerta. El Kommandant van Heerden terminó la bebida y le siguió. Encontró al mayor subiendo al Rolls.

—Por cierto, sólo por curiosidad —le dijo—. ¿Cómo se visten ustedes para estas, digamos, ocasiones?

El mayor Bloxham sonrió obscenamente.

—De rosa, amigo, de rosa[7]. ¿De qué otro modo podría vestir un caballero?

Y soltó el embrague y el Rolls se alejó, dejando al Kommandant una vez más

con aquella sensación de desencanto que parecía surgir siempre que comparaba las figuras ideales de su imaginación con las de la realidad.

Se quedó un momento quieto y luego se encaminó hacia la plaza; allí se quedó mirando el rostro de la Gran Reina. Por primera vez entendía la expresión de velado disgusto que veía en aquel rostro. «Es natural —se dijo—. No debe ser muy agradable ser la reina de una nación de maricones».

Considerando el simbolismo de que una paloma hubiera defecado en la broncínea frente de la reina, dio la vuelta y regresó despacio al balneario para el almuerzo.

—¿Ilegal? —gritó el coronel Heathcote-Kilkoon cuando el mayor le informó de lo que había dicho el Kommandant—. ¿Qué es ilegal cazar? En mi vida he oído una tontería semejante. Ese tipo es un embustero. No me extrañaría que tuviese miedo a los caballos. ¿Qué más dijo?

—Admitió que tira a los zorros —dijo el mayor.

El coronel Heathcote-Kilkoon explotó.

—Maldita sea, siempre dije que ese tipo era un sinvergüenza —gritó—. Y pensar que me he destrozado el hígado brindando con ese puerco.

—No grites, Henry, querido —dijo la señora Heathcote-Kilkoon que llegaba de la habitación de al lado—. Creo que mi cabeza no lo soportaría. Además, Willy ha muerto.

—¿Qué ha muerto Willy? —preguntó el coronel—. Pero si ayer estaba perfectamente.

—Id a verlo con vuestros propios ojos —dijo la señora Heathcote-Kilkoon con tristeza. Los dos hombres fueron a la habitación de al lado.

—Santo cielo —exclamó el coronel, mientras miraban la pecera de la carpa —. ¿Pero cómo puede haber ocurrido?

—Seguro que se pescó una cogorza de muerte ayer —dijo jocosamente el mayor Bloxham. El coronel Heathcote-Kilkoon le miró muy serio.

—No tiene ninguna gracia —dijo, y salió muy estirado de la casa.

El mayor Bloxham se fue desconsolado a la galería, donde encontró a La Marquise, que estaba contemplando el paisaje.

—Y únicamente el hombre es vil, ¿eh? —dijo en tono amistoso. La Marquise le miró colérica.

—Querido, tienes el don maravilloso de decir siempre la palabra justa a destiempo —dijo, con irritación, y cruzó laboriosamente el pradillo, dejando al mayor solo y preguntándose qué le pasaría, qué veneno se le habría metido en el

cuerpo a aquella mujer.

11

La sensación de desencanto, que había sido la primera reacción del Kommandant van Heerden ante las declaraciones del mayor Bloxham, dio paso, cuando regresaba al balneario, a nuevas sospechas. Reconsiderando sus experiencias recientes, la invitación a Damas Blancas y su posterior relegación al balneario de Weezen, el flagrante olvido de varios días después de su llegada y la sensación general de que, de algún modo, no era bien acogido, el Kommandant empezó a creer que tenía motivos de queja. Y eso no era todo. La disparidad existente entre la conducta de los Heathcote-Kilkoon y la de los héroes de las novelas de Dornford Yates era notoria. Berry & Co. no acababa borracho como una cuba debajo de la mesa, a menos que algún francés fullero le echara una droga en el *champagne*. Berry & Co. no invitaba a cenar a lesbianas alcohólicas. Berry & Co. no se dedicaba a cabalgar por el campo ataviado con… en fin, ahora que lo recordaba, en *Jonah & Co*. había una historia en la que Berry se disfrazaba de mujer. Pero, desde luego, Berry & Co. no se relacionaba con el Konstabel Els, estuviese muerto o no. Eso era seguro.

El Kommandant permaneció echado en su cama de Irrigación N.° 6, alimentando sus sospechas hasta que lo que en principio era desencanto se convirtió en irritación.

«Nadie puede tratarme así», pensaba, recordando las diversas ofensas que había tenido que soportar, especialmente del hombre gordo, en la cena «Familia colorista y demás —pensó—. Ya te colorearé yo a ti». Se levantó y se contempló en el espejo moteado.

«Soy el Kommandant van Heerden», se dijo, e hinchó el pecho, en una afirmación de autoridad, sorprendiéndose ante la oleada de orgullo que siguió a esta declaración de identidad. Por un momento, el vacío entre lo que era y lo que le habría gustado ser desapareció y contempló el mundo con toda la obstinación del hombre que se ha hecho a sí mismo. Precisamente estaba considerando las implicaciones de esta nueva autocomplacencia, cuando llamaron a la puerta.

—Adelante —gritó, y vio sorprendido a la señora Heathcote-Kilkoon en el quicio—. ¿Y bien? —preguntó perentoriamente, incapaz en tan poco tiempo de pasar del tono brusco y autoritario al de normal cortesía que sin duda exigía la nueva situación. La señora Heathcote-Kilkoon le miraba con aire sumiso.

—Oh, querido —murmuró—. Oh, querido mío. —Se detuvo mansamente ante él y bajó la vista hacia sus inmaculados guantes color malva—. Estoy tan avergonzada. Tan terriblemente avergonzada. Pensar que le hemos tratado de un modo tan horrible.

—Sí. Bueno —dijo él dubitativo, pero aún en el tono de estar interrogando a un sospechoso.

La señora Heathcote-Kilkoon se acercó a la cama y se sentó en ella, mirándose los zapatos.

—Es culpa mía. No debería haberle pedido que viniera. —Contempló el horroroso cuarto al que su invitación había condenado al Kommandant y suspiró—. No tenía motivos para suponer que Henry iba a portarse decentemente. Tiene esa obsesión con los extranjeros, comprenda.

El Kommandant comprendía. Por un lado, explicaba la presencia de La Marquise. Una lesbiana francesa atraería normalmente a un coronel travestido.

—Y luego está ese detestable Club suyo —prosiguió la señora Heathcote-Kilkoon—. En realidad es más una sociedad secreta que un club. Oh, ya sé que usted cree que es todo absolutamente inocente e inofensivo, pero no es tan fácil soportarlo. No sabe lo horrible que es todo. La simulación, la pretensión, la vergüenza.

—¿Quiere decir que no es real? —preguntó el Kommandant intentando captar todo el sentido de las palabras de la señora Heathcote-Kilkoon.

La señora Heathcote-Kilkoon alzó la vista hacia él, asombrada.

—¿No me diga que también a usted le han engañado? —dijo—. ¡Claro que no es real! ¿Es que no lo entiende? Ninguno de nosotros somos lo que aparentamos ser. Henry no es coronel. Boy no es mayor. Ni siquiera es un chico, si vamos a eso, y yo no soy una dama. Todos representamos papeles, somos farsantes —mientras hablaba, sentada al borde de la cama, se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Entonces qué es usted? —demandó el Kommandant.

—Oh, Dios mío —gimió la señora Heathcote-Kilkoon—, ¿tiene que preguntarlo?

Siguió sentada llorando, mientras el Kommandant llenaba un vaso de agua de uno de los muchos lavabos.

—Vamos, tome un poco de agua —dijo, ofreciéndole el vaso—. Le sentará bien.

La señora Heathcote-Kilkoon tomó un sorbo y miró al Kommandant furiosa.

—No me extraña que esté estreñido —dijo al fin, posando el vaso en la mesita de noche—. ¿Qué va a pensar de nosotros? Dejarle en este espantoso lugar.

El Kommandant, cuyo día parecía haberse convertido en una larga confesión, consideró más oportuno no decir lo que pensaba, pero tenía que admitir que el balneario de Weezen no era un lugar muy agradable.

—Dígame —dijo—, si el coronel no es coronel, ¿qué es?

—No puedo decírselo —dijo la señora Heathcote-Kilkoon—. He prometido no decirle nunca a nadie lo que hizo en la guerra. Si sospechara que se lo había dicho, me mataría. —Alzó suplicante la vista hacia él—. Por favor, olvide lo que acabo de decir. Ya he hecho bastante daño.

—Entiendo —dijo el Kommandant, sacando sus propias conclusiones de la amenaza del coronel de matarla si revelaba su secreto. Cualquier cosa que hubiera hecho Henry en la guerra, debía ser sin duda algo muy secreto.

Considerando que sus lágrimas y la declaración que acababa de hacer reparaba con creces la incomodidad del alojamiento del Kommandant, la señora Heathcote-Kilkoon se secó los ojos y se levantó.

—Es usted muy comprensivo —murmuró.

—No lo crea —dijo verazmente el Kommandant.

La señora Heathcote-Kilkoon se acercó al espejo y empezó a reparar los calculados estragos de su maquillaje.

—Y ahora —dijo, con una animación que sorprendió al Kommandant— le llevaré a Puerto Sani a tomar el té. A los dos nos sentará bien salir y a usted no le vendrá mal un cambio de aguas.

Aquélla fue una tarde que el Kommandant no olvidaría nunca. Mientras el gran coche se deslizaba en silencio por las estribaciones de las montañas dejando un gran penacho de polvo a su paso remolineando sobre los campos y las chozas de los cafres, el Kommandant recobró parte del ánimo que había perdido. Iba en el coche que había pertenecido en otros tiempos al gobernador general y en el que había viajado dos veces el Príncipe de Gales durante su gira triunfal por África del Sur en 1925; y junto a él se sentaba, si no una dama, una mujer que poseía todos los atributos externos de una dama. Su forma de conducir admiró al Kommandant, a quien impresionó en especial el perfecto dominio que demostró siguiendo sin que se diera cuenta a una negra que llevaba un cesto a la cabeza, antes de tocar la bocina y hacer a la mujer saltar a la cuneta.

—Estuve en el Ejército durante la guerra y allí aprendí a conducir —dijo cuando el Kommandant alabó su pericia—. Conducía un camión grande. —Se rió al recordarlo—. Sabe, todo el mundo dice que la guerra es horrible, pero yo lo

pasé fabulosamente. Nunca me he divertido tanto.

No era la primera vez que el Kommandant van Heerden consideraba el extraño hábito de los ingleses de disfrutar en los lugares más extraños.

—¿Y el, ejem, coronel? ¿También él lo pasó bien en la guerra? —le preguntó, pues le intrigaba muchísimo la ocupación del coronel durante la guerra.

—¿Qué? ¿En el Metro? Yo diría que no —dijo la señora Heathcote-Kilkoon antes de darse cuenta de lo que hacía. Echó el coche a un lado del camino y paró. Se volvió al Kommandant—. Eso ha sido una jugarreta —dijo—, hacerme hablar de ese modo y luego preguntarme qué hacía Henry durante la guerra. Supongo que es una treta profesional de policía. Bien, ya está dicho —siguió hablando, pese a las protestas del Kommandant—. Henry era guardia del Metro, en Inner Circle. Pero, por amor de Dios, prométame no decirlo nunca.

—Claro que no lo diré —dijo el Kommandant, cuya admiración por el coronel había aumentado considerablemente al enterarse de que había pertenecido al *círculo interno del movimiento clandestino*[8]*—. ¿Y el mayor? ¿Trabajaba con el coronel?*

La señora Heathcote-Kilkoon se echó a reír.

—No, por Dios —dijo—. Era barman del Savoy. ¿Dónde cree que aprendió a hacer esos combinados mortíferos que prepara?

El Kommandant asintió comprensivo. Nunca había considerado al mayor Bloxham un tipo legal, aunque suponía que era posible que lo fuera.

Siguieron la ruta y tomaron el té en el Hotel Puerto Sani antes de regresar a Weezen. Cuando se acercaban al pueblo, el Kommandant hizo al fin la pregunta que había estado rondándole en la cabeza todo el día.

—¿Conoce usted a alguien llamado Els? —preguntó. La señora Heathcote-Kilkoon negó moviendo la cabeza.

—No —dijo.

—¿Está segura?

—Claro que estoy segura —dijo—. Es bastante difícil olvidar a alguien con semejante nombre.

—Sí, claro —dijo el Kommandant, pensando que cualquiera que conociera a Els bajo el nombre que fuera, no olvidaría fácilmente a semejante bestia—. Es un hombre delgado, de ojos pequeños y tiene la parte posterior de la cabeza aplastada como si alguien le hubiera golpeado con un objeto contundente varias veces.

La señora Heathcote-Kilkoon sonrió.

—Ésa es la descripción exacta de Harbinger —dijo—. Es curioso que lo haya mencionado. Es la segunda persona que me pregunta por él hoy. La Marquise dijo algo extraño de él en el desayuno cuando salió a colación su

nombre. Dijo: «Yo podría explicar una historia». Un comentario curioso refiriéndose a Harbinger. Quiero decir que no es precisamente una persona culta, ¿verdad?

—No, no lo es —dijo con firmeza el Kommandant y comprendió con un estremecimiento el comentario de La Marquise.

—Henry le trajo de la cárcel de Weezen, ya sabe. Contratan presos por unos centavos al día. Y desde entonces ha estado con nosotros. Es nuestro hombre para todo.

—Sí, vaya, seguro que lo es —dijo el Kommandant—. Le tendré vigilado, a pesar de todo. No es precisamente el tipo de individuo que querría ver merodeando por el lugar.

—Es curioso que diga eso —dijo la señora Heathcote-Kilkoon otra vez—. Una vez me dijo que había sido verdugo antes de dedicarse a la delincuencia.

—¿Antes? —preguntó el Kommandant asombrado, pero la señora Heathcote-Kilkoon estaba demasiado ocupada maniobrando a la entrada ya del recinto del balneario de Weezen para poder oírle.

—¿Vendrá mañana de cacería con nosotros? —preguntó cuando el Kommandant bajó del coche—. Sé que es un abuso que se lo pida después de lo que ha tenido ya que soportar, pero me gustaría mucho que viniera.

El Kommandant la miró fijamente sin saber qué contestar. Había disfrutado del paseo y no deseaba ofenderla.

—¿Qué le gustaría que llevara puesto? —preguntó con cautela.

—Oh, claro —dijo la señora Heathcote-Kilkoon—. Oiga, ¿por qué no se viene ahora conmigo y miramos a ver si le vale algún avío de Henry?

—¿Avío? —dijo el Kommandant, preguntándose qué extraño atuendo femenino iría a ofrecerle.

—Ropa de montar —dijo la señora Heathcote-Kilkoon.

—¿Y qué tipo de ropa usa Henry para montar?

—Calzones normales, calzones de montar.

—¿Normales?

—Pues claro. ¿Pero qué diablos cree que va a ponerse si no? Ya sé que es bastante raro, pero no se dedica a galopar por ahí en pelota, ni nada por el estilo.

—¿Está segura? —preguntó el Kommandant.

La señora Heathcote-Kilkoon le miró con dureza.

—Claro que lo estoy —dijo—. ¿Pero qué demonios es lo que le hace pensar lo contrario?

—Nada —contestó él, diciéndose que debía tener unas palabras con el mayor Bloxham en la primera oportunidad. Volvió a subir al coche y la señora

Heathcote-Kilkoon enfiló hacia Damas Blancas.

—Perfecto, fíjese —dijo al cabo de una media hora. Ambos estaban en el cuarto de vestir del coronel—. Le sienta a la perfección.

El Kommandant se contempló en el espejo y tuvo que admitir que los pantalones le sentaban de maravilla.

—Incluso se viste del mismo lado —siguió diciendo la señora Heathcote-Kilkoon, con ojo de experta.

El Kommandant miró por la habitación con curiosidad.

—¿En qué lado se viste usted? —preguntó, y le sorprendió la carcajada que provocó su pregunta.

—Qué piropo —dijo al fin la señora Heathcote-Kilkoon y, para gran sorpresa del Kommandant, le besó levemente en la mejilla.

El problema de los picaros era algo que estaba empezando a preocupar al Luitenant Verkramp en Piemburgo. La desaparición de sus once agentes secretos no había puesto fin a sus problemas. Cuando llegó a su despacho a la mañana siguiente de haber despedido a sus agentes, encontró al sargento Breitenbach agitadísimo.

—En buen follón nos ha metido usted ahora —le dijo cuando Verkramp le preguntó qué pasaba.

—¿Se refiere a lo de los avestruces? —inquirió Verkramp.

—No, no me refiero a eso —dijo el sargento—. Hablo de los policías que ha tenido usted sometidos a tratamiento de electrochoque. Ahora son maricas.

—Ya me pareció a mí que esos avestruces eran bastante raros —dijo Verkramp, que aún no había olvidado la imagen de uno explotando prácticamente bajo sus narices.

—Todavía no ha visto usted a los policías —dijo el sargento Breitenbach y se acercó a la puerta—. Agente Botha —gritó.

El agente Botha entró en el despacho.

—Ahí lo tiene —dijo el sargento Breitenbach sombríamente—. Eso es lo que ha conseguido su maldita terapia de aversión. Antes jugaba rugby en el equipo de Zululandia.

Sentado ante su mesa, el teniente Verkramp se dio cuenta de que se estaba volviendo loco. Lo que había sentido al ver explotar el avestruz no era nada comparado con lo que sentía al ver al famoso jugador. El Konstabel Botha, lanzador del equipo de rugby de Zululandia, casi dos metros y noventa kilos, entró en el despacho caminando con aire remilgado, con peluca rubia y con los

labios horriblemente pintarrajeados.

—Hola, precioso —le dijo a Verkramp, sonriéndole bobaliconamente y paseándose por la oficina como un elefante cursi.

—No me pongas las manos encima, so cabrón —gruñó el sargento, pero el Luitenant Verkramp no prestaba atención. Las voces internas volvían a hablarle, y esta vez no callaban. Empezó a gritar y se derrumbó en la silla, lívido, con los ojos fijos. Seguía gritando y farfullando que era Dios, cuando llegó la ambulancia de Fort Rapier; y mientras le bajaban por las escaleras, se debatía furioso.

El sargento Breitenbach fue sentado a su lado en la ambulancia; cuando llegaron al hospital, los estaba esperando la doctora von Blimenstein, radiante con su bata blanca.

—Vamos, vamos, no hay problema. Conmigo está seguro —dijo y sujetó a Verkramp el brazo entre los omoplatos con un movimiento rápido y le cogió por las cuatro extremidades, cargándole así hacia el recinto.

«Pobre desgraciado —pensó el sargento Breitenbach, observando alarmado los anchos hombros y las grandes nalgas de la doctora— te lo has estado buscando».

Regresó a la comisaría e intentó pensar en lo que tenía que hacer. No sabía cómo podría arreglárselas con todo lo que tenía entre manos: una oleada de atentados, treinta y seis ciudadanos furiosos encarcelados y doscientos diez policías maricas de un total de quinientos. Al cabo de media hora, se cursaron mensajes a todas las comisarías de la zona pidiendo que localizaran al Kommandant van Heerden. Entretanto, como método para mantener aislados a los policías desleales, dio orden al sargento Kok de que les convocara en el patio y les tuviera haciendo instrucción. Pero descubrió que no había sido una idea feliz cuando bajó a ver cómo iban las cosas. Se encontró a los doscientos policías cabrioleando y haciendo alarmantes piruetas en el patio.

—Si no puede impedirles hacer eso, será mejor que los quite de en medio —le dijo al sargento Kok—. Las cosas de este tipo dan una mala reputación a la policía sudafricana.

—¿Qué has hecho qué? —gritó el coronel Heathcote-Kilkoon a su esposa cuando ésta le dijo que había invitado al Kommandant a la cacería—. ¿A un hombre que dispara a los zorros? ¿Con mis pantalones? Válgame Dios, pues vas a ver.

—Vamos, Henry —dijo la señora Heathcote-Kilkoon; pero el coronel ya

había salido de la habitación y se dirigía apresurado hacia los establos, donde Harbinger limpiaba una yegua zaina.

—¿Cómo está Chaka? —le preguntó. Como en respuesta, un caballo de una de las casillas del establo dio una estruendosa patada a la puerta.

El coronel atisbo con cuidado hacia el interior oscuro y vio a un enorme caballo negro que se agitaba inquieto.

—Ensíllelo —dijo el coronel vengativamente y se fue, mientras Harbinger se preguntaba cómo diablos haría para ensillar a aquel animal.

—No puedes pedirle al Kommandant que monte a Chaka —dijo la señora Heathcote-Kilkoon al coronel cuando éste explicó lo que acababa de hacer.

—No voy a pedirle a ningún tipo que mata zorros que monte ninguno de mis malditos caballos —dijo el coronel—. Pero si decide hacerlo, que pruebe con Chaka y mucha suerte.

Un gran estruendo y un rumor de maldiciones que llegó de los establos indicaron que a Harbinger no le estaba resultando fácil la tarea de ensillar a Chaka.

—Si se mata, tuya será la culpa —dijo la señora Heathcote-Kilkoon, pero al coronel esto no le impresionó.

—Cualquiera que dispare a los zorros merece la muerte —fue su respuesta.

Cuando el Kommandant van Heerden llegó, se encontró en la escalinata al mayor Bloxham, esplendoroso con su chaqueta escarlata de cazador.

—Creí que me había dicho que siempre vestía de rosa —dijo el Kommandant en tono disgustado.

—Así es, amigo, así es. ¿Acaso no lo ve?

Se volvió y entró en la casa; el Kommandant le siguió preguntándose si estaría daltónico. En el salón, la gente charlaba y bebía, y el Kommandant se alegró al comprobar que todos vestían conforme a su sexo. La señora Heathcote-Kilkoon vestía una falda negra larga y, aunque un poco pálida, estaba encantadora, mientras que la tez del coronel hacía juego con su chaqueta.

—Supongo que le apetecerá otro chartreuse verde —le dijo—. ¿O prefiere uno amarillo hoy?

Contestó el Kommandant que el verde era perfecto y la señora Heathcote-Kilkoon se apresuró a llevarle a un rincón.

—A Henry se le ha metido en la cabeza que se dedica usted a matar zorros a tiros —dijo— y está hecho una furia. Creo que debo advertirle que le ha asignado un caballo espantoso.

—No he visto un zorro en mi vida —dijo con franqueza el Kommandant—.

No sé de dónde puede haber sacado semejante idea.

—En fin, eso ahora no importa. El caso es que lo cree y que le ha asignado a Chaka. Puede montar, ¿no es cierto? Quiero decir que sabe usted montar realmente bien, ¿no?

El Kommandant se irguió con orgullo y dijo:

—Oh, sí, claro, claro, creo que puedo montar.

—Espero que sea cierto. Chaka es un animal espantoso. Por lo que más quiera, no le permita deshacerse de usted.

El Kommandant le aseguró que no lo haría y a los pocos minutos salieron todos al patio, donde aguardaban ya los perros. También Chaka aguardaba. Negro y macizo, permanecía un poco apartado de los otros caballos; junto a él vio el Kommandant la figura de un hombre de ojos pequeños y mentón prácticamente inexistente.

Al Kommandant van Heerden, que con el nerviosismo de la cacería había olvidado por completo al Konstabel Els, le resultó difícil decidir cuál de los dos animales le desalentaba más. Desde luego, la perspectiva de montar un caballo tan monstruoso como Chaka no era muy agradable, pero al menos era un modo de evitar, si no del todo, al menos un poquito al otro. Con una rapidez y un vigor que pilló bastante por sorpresa al coronel, el Kommandant se acercó al caballo y lo montó, observando desde aquella altura impresionante a la gente. Allá abajo se arremolinaban sabuesos y caballos mientras los otros jinetes iban montando y luego Els montó en un jamelgo e hizo sonar vigorosamente un cuerno de caza; partieron todos. Tras ellos, el Kommandant apremió vacilante a Chaka. «Voy a cazar zorros como un inglés auténtico», se dijo, al tiempo que clavaba los talones por segunda vez. Éste fue el último pensamiento coherente que tuvo en un buen rato. Con una sacudida demoníaca, el inmenso caballo negro salió disparado del patio hacia el jardín. Era evidente que el Kommandant, que se aferraba a la montura desesperadamente, fuera a donde fuera, no iba desde luego a cazar. Los sabuesos habían partido en dirección completamente distinta. Mientras una rocalla desaparecía, surgía un arbusto ornamental y se desintegraba y los rosales del coronel esparcían etiquetas y pétalos a su paso, el Kommandant sólo era consciente de que avanzaba a gran altura y a una velocidad absolutamente increíble. Ante él aparecieron los arbustos de azalea que tanto enorgullecían al coronel Heathcote-Kilkoon y, tras ellos, la estepa, el campo abierto. El Kommandant van Heerden cerró los ojos. No había tiempo para rezar. Al instante siguiente estaba volando.

La sorprendente galopada del Kommandant produjo reacciones diversas entre los cazadores. La señora Heathcote-Kilkoon que montaba

impecablemente a sentadillas, con el sombrero de copa sobre sus lindos rizos azules, le vio desaparecer sobre las azaleas con una mezcla de aversión hacia su marido y admiración por él. Podría ser lo que fuera, pero desde luego el Kommandant no era un hombre que se parara ante los obstáculos.

—Mira lo que has hecho —le gritó al coronel, que contemplaba atónito la destrucción que el invitado en retirada dejaba a su paso. Para reafirmar su disgusto, la señora Heathcote-Kilkoon hizo girar a su bayo y galopó tras el Kommandant, destrozando aún más el césped a su paso.

—Líbrate de ese tipejo —le gritó el mayor alegremente.

—Maldito boer —dijo el coronel—. Mata zorros a tiros y me destroza mis mejores rosales.

Harbinger sopló otra vez el cuerno muy contento. Siempre había deseado comprobar lo que sucedería si le embutía al caballo aquel una mascada de tabaco en su gran culo negro; ya lo sabía.

También lo sabía el Kommandant van Heerden, aunque ignoraba la causa específica de la premura de Chaka. Todavía sobre la silla tras el primer salto grandioso, intentaba recordar lo que había dicho la señora Heathcote-Kilkoon de que no debía permitir a aquel caballo deshacerse de él. Parecía un consejo impropio. Si pudiera dar con un modo de que aquel caballo se deshiciera de él sin desnucarse en el proceso, se sentiría encantado. Pero su única esperanza de sobrevivir parecía ser seguir unido al animal hasta que éste perdiera el fuelle. Con toda la fortaleza del hombre que no tenía otra alternativa, se encorvó en la silla y vio abalanzarse hacia él un muro de piedra. Aquel muro debían haberlo construido pensando en las jirafas. Era evidente que ningún caballo podía saltarlo. Cuando aterrizó al otro lado, el Kommandant van Heerden tenía la clara impresión de que el animal que montaba no era en absoluto un caballo sino cierta criatura mítica que había visto representada muy elocuentemente en las gasolineras. Ante él se abría la estepa y, a lo lejos, los contornos oscuros de un bosque. Desde luego, si a algo estaba resuelto el Kommandant, era a que ningún caballo, mítico o no, iba a correr con él a la grupa entre los árboles del bosque. Más valía desnucarse en campo abierto que salir del otro lado del bosque sin piernas. Decidido a poner fin a su viaje como fuera, asió con fuerza las riendas y frenó.

La señora Heathcote-Kilkoon, que galopaba desesperadamente tras él, le veía con nuevos ojos. Ya no era el prototipo del hombre auténtico groseramente atractivo que encajaba con su imagen anterior, sino el héroe de sus sueños. La figura del Kommandant remontando aquel muro que nadie había intentado saltar jamás le evocó un cuadro que había visto una vez de Napoleón cruzando los Alpes en un brioso corcel. Con una cautela totalmente justificada por su

anhelo del nuevo ídolo, la señora Heathcote-Kilkoon eligió una salida y salió al otro lado, donde, para su asombro, descubrió que el caballo y el Kommandant habían desaparecido. Galopó entonces hacia el bosque y quedó horrorizada al descubrir a Chaka y al Kommandant inmóviles en el suelo. Se acercó a ellos y desmontó.

Cuando el Kommandant van Heerden volvió en sí, descubrió que su cabeza reposaba en el regazo oscuro de la señora Heathcote-Kilkoon, que se inclinaba sobre él con expresión de admiración materna.

—No se mueva —le dijo.

El Kommandant movió los dedos de los pies para comprobar si tenía la espalda rota. Los dedos respondieron positivamente. Alzó una rodilla y la rodilla respondió. También tenía perfectamente bien los brazos. Al parecer no se había roto nada. Abrió otra vez los ojos y sonrió. Sobre él, bajo un halo de rizos teñidos, la señora Heathcote-Kilkoon sonrió a su vez y el Kommandant van Heerden creyó advertir en aquella sonrisa un conocimiento nuevo de algún vínculo profundo que les unía, el encuentro de dos mentes y dos corazones solos en campo abierto. La señora Heathcote-Kilkoon leyó sus pensamientos.

—El agujero de un oso hormiguero —le dijo con emoción contenida.

—¿El agujero de un oso hormiguero? —preguntó él.

—El agujero de un oso hormiguero —repitió amablemente la señora Heathcote-Kilkoon.

El Kommandant intentó pensar qué tendrían que ver los agujeros de osos hormigueros con sus sentimientos hacia ella y, aparte de la extraña idea de que debían entrar en uno juntos, no se le ocurría absolutamente nada. Se conformó con murmurar «hormiguero» con la mayor emoción posible y volvió a cerrar los ojos. Los muslos rotundos de la mujer formaban una deliciosa almohada bajo su cabeza. El Kommandant suspiró y acurrucó la cabeza contra el vientre de ella. Un sentimiento de dicha suprema le embargó, perturbado sólo por la idea de que tendría que volver a montar aquel horrible animal. Era algo que no le apetecía en absoluto acelerar. La señora Heathcote-Kilkoon frustró sus esperanzas.

—No podemos quedarnos aquí. Hace demasiado calor —dijo.

El Kommandant, que había empezado a sospechar que algún insecto grande estaba subiéndole por el interior de los pantalones, tuvo que darle la razón. Alzó lentamente la cabeza de su regazo y se levantó.

—Vayamos al bosque —dijo la señora Heathcote-Kilkoon—. Usted necesita descansar y yo quiero asegurarme de que no se ha roto nada.

Ya de pie, el Kommandant comprendió a qué se refería ella con lo de hormiguero. El gran caballo negro yacía de costado, el cuello roto y una pata

hundida en un agujero. Suspirando aliviado al comprender que no tendría que volver a montar al animal y de que, pese a todo, su pericia como jinete había quedado demostrada, el Kommandant permitió que le ayudara a llegar al bosque, aunque era absolutamente innecesario. Y en una cañada sombreada por los árboles, la señora Heathcote-Kilkoon insistió en que se echara para comprobar si se había roto algún hueso.

—Debe tener conmoción —le dijo, mientras le desabotonaba la chaqueta con manos expertas.

En los minutos siguientes, el Kommandant van Heerden empezó a creer que la mujer tenía razón: lo que la gran dama inglesa le estaba haciendo tenía que ser consecuencia de una lesión cerebral. Cuando se irguió a su lado y se soltó la falda, ya no dudó de que tenía visiones. Más vale que me esté quieto hasta que se me pase, y cerró los ojos.

A un kilómetro y medio de distancia, los sabuesos habían captado el olor de Fox y, con el grupo de cazadores en plena búsqueda y Harbinger tocando el cuerno de vez en cuando, se lanzaron a campo través.

—¿Qué le habrá pasado al maldito boer? —gritó el mayor Bloxham.

—Seguro que está bien —gritó a su vez el coronel—. Daphne se ocupará de él.

En seguida los sabuesos viraron a la izquierda, tomando la dirección del bosque y al cabo de diez minutos, totalmente absortos en la búsqueda, habían dejado ya el campo abierto y penetrado en el monte bajo. El olor era ya más fuerte y los perros aceleraron el ritmo. Otro tanto hacía el Kommandant, a cuatrocientos metros de distancia.

Él no estaba tan silencioso, aunque sí tan absorto como la jauría. Sobre él, ataviada únicamente con botas, espuelas y el sombrero de copa adherido flexiblemente sobre su cabello teñido, la señora Heathcote-Kilkoon gritaba animando a su nueva cabalgadura, golpeándole de vez en cuando con la fusta. Estaban tan absolutamente enfrascados el uno en el otro que no advirtieron el crujir de la maleza que indicaba que se acercaba la jauría.

—Jill, Jenny, Daphne, cariño —gimoteaba el Kommandant, todavía incapaz de librarse de la idea de que estaba interviniendo en una novela de Dornford Yates. La imaginación de la señora Heathcote-Kilkoon, agudizada por años de frustración, era más ecuestre.

—Vengan, muchachitos, vengan galopando, verán la linda dama en su caballo blanco —gritaba, y le asombró descubrir que habían aceptado su invitación.

La jauría surgió del bosque y el Kommandant, que estaba a punto de llegar al orgasmo por segunda vez, cayó de pronto en la cuenta de que la

textura y el tamaño de la lengua que le lamía la cara eran bastante insólitos para pertenecer a una dama refinada como la señora Heathcote-Kilkoon. Abrió los ojos y se vio cara a cara con un gran perro raposero que babeaba y jadeaba repugnantemente. El Kommandant miró a su alrededor fuera de sí. La cañada estaba llena de perros. Un mar de rabos se movía sobre él y sobre todos ellos se erguía la señora Heathcote-Kilkoon clavada a él y dando latigazos a diestra y siniestra.

—Túmbate, Jason. Túmbate, Al Snarler. Túmbate, Graven. Túmbate, van Heerden —gritaba y el sombrero de copa se movía tan vigorosamente como sus senos.

El Kommandant van Heerden contempló enloquecido la parte inferior de Snarler e intentó sacarse la pata del perro de la boca. Nunca se hubiese imaginado que pudiera oler tan mal un perro caliente. Obediente como siempre a las órdenes de su ama, Snarler se tumbó… levantándose de inmediato cuando el Kommandant, temiendo morir asfixiado, le mordió. Libre por un momento de la amenaza de asfixia, el Kommandant alzó la cabeza; pero volvió a bajarla de inmediato. El panorama del mundo circundante que acababa de ver era tan espantoso que prefería la hedionda oscuridad bajo los perros raposeros. El coronel Heathcote-Kilkoon y todos los demás cazadores habían salido del bosque y contemplaban con asombro la escena.

—Santo cielo, Daphne, ¿se puede saber qué estás haciendo? —gritó furioso el coronel.

La señora Heathcote-Kilkoon se puso a la altura de las circunstancias.

—¿Qué diablos crees tú que estoy haciendo? —gritó, con un despliegue de justa indignación que el Kommandant juzgó extraordinariamente impresionante, aunque parecía calculada para hacer surgir en la mente de su esposo una pregunta que el Kommandant habría preferido que quedara sin respuesta.

—No tengo la menor idea —gritó el coronel, que no podía imaginarse qué podía hacer su mujer desnuda en medio del bosque.

—Estoy cagando —gritó ella, con una ordinariez que el Kommandant van Heerden consideró personalmente humillante, aunque muy oportuna.

El coronel tosió, abochornado.

—Santo Dios, lo siento, lo siento muchísimo —susurró, pero la señora Heathcote-Kilkoon estaba dispuesta a aprovechar la ventaja conseguida.

—Y si fuerais verdaderos caballeros, os daríais ahora mismo la vuelta y os iríais de aquí —gritó. Sus palabras surtieron un efecto inmediato. Los cazadores hicieron dar la vuelta a sus caballos y se volvieron por donde habían llegado.

Cuando la marea de sabuesos fue menguando, el Kommandant se encontró, desnudo y cubierto de pisadas de perro, contemplando a su dama preferida (y la del coronel Heathcote-Kilkoon). Con una desgana que le llenó de orgullo, la dama se separó de él y se levantó. Muerto de miedo y sintiendo por ella una nueva admiración, el Kommandant se puso a buscar sus pantalones a gatas. Ya sabía lo que significaba lo de la flema inglesa.

—Y se me ha quedado un labio tieso —dijo, percibiendo el efecto del pisotón de Snarler.

—Casi lo único que se te ha quedado tieso —dijo la señora Heathcote-Kilkoon con franqueza.

En los arbustos de la linde de la cañada, Harbinger reía entre dientes. Él nunca había pretendido ser un caballero y siempre había querido ver a la esposa del coronel al desnudo.

12

Mientras la señora Heathcote-Kilkoon y el Kommandant van Heerden se vestían, les embargaba la depresión que sigue al coito.

—Ha sido muy agradable conocer a un auténtico hombre, para variar —murmuró ella—. No tiene idea de lo molesto que puede llegar a ser Henry.

—Creo que sí —dijo el Kommandant, que no olvidaría fácilmente su reciente galopada de pesadilla. Y además no le apetecía especialmente volver a ver al coronel al poco de haber tenido, según lo expresaba él con delicadeza, conocimiento carnal de su esposa—. Creo que regresaré directamente desde aquí al balneario.

Pero la señora Heathcote-Kilkoon no quiso ni oír hablar de ello.

—Mandaré a Boy a recogerle con el Land-Rover —dijo—. No está en condiciones de ir caminando a ningún sitio. Y menos después de la caída y con todo este calor.

Antes de que el Kommandant pudiera impedírselo, había salido del bosque, había montado en su caballo y se alejaba.

El Kommandant van Heerden se sentó en un tronco y se puso a considerar la experiencia romántica por la que acababa de pasar.

«Experiencia es la palabra para el caso», murmuró en voz alta y se asustó al oír moverse detrás los arbustos y una voz que decía:

—Delicioso pastelillo, ¿eh?

El Kommandant conocía aquella voz. Se volvió y vio a Els, que sonreía entre dientes.

—¿Qué diablos hace usted aquí? —le preguntó—. Creí que estaba muerto.

—¿Yo? ¿Muerto? Nunca. —El Kommandant empezaba a creer que Els tenía razón. Había en él algo eterno, como el pecado original—. Haciéndolo con la vieja del coronel, ¿eh? —continuó Els con una familiaridad que repugnaba bastante al Kommandant.

—Lo que haga con mi tiempo libre no es asunto suyo —le dijo

enérgicamente.

—Tal vez sea asunto del coronel —dijo alegremente Els—. Quiero decir, que tal vez le guste saber…

—No me interesa lo que pueda gustarle saber al coronel —se apresuró a interrumpirle el Kommandant—. Lo que a mí me gustaría saber es cómo no murió usted en la prisión de Piemburgo con el alcaide y el capellán.

—Fue un error. Me confundí entre los presos.

—Comprensible —dijo el Kommandant.

Els cambió de tema.

—Ando pensando volver a la policía —dijo—. Ya estoy harto de ser Harbinger.

—¿Anda pensando qué? —preguntó el Kommandant. Probó a soltar una carcajada, pero no sonó muy convincente.

—Me gustaría volver a ser policía.

—Debe estar usted de broma —dijo el Kommandant.

—En absoluto. Tengo que pensar en mi pensión y está el dinero de la recompensa que gané por capturar a la señorita Hazelstone.

El Kommandant consideró lo del dinero de la recompensa y procuró dar con una respuesta.

—Murió usted intestado —dijo al fin.

—No es cierto. Usted lo sabe. Yo fallecí en Piemburgo —dijo Els.

El Kommandant suspiró. Había olvidado lo difícil que era conseguir que Els entendiera las cosas más elementales de la ley.

—Intestado significa que murió usted sin hacer testamento —explicó, y la única reacción de Els fue quedársele mirando con interés.

—¿Ha hecho usted testamento? —le preguntó, manoseando amenazadoramente el cuerno de caza. Parecía que se iba a poner a tocarlo.

—No veo qué relación tiene eso con lo que estamos hablando —dijo.

—El coronel tiene derecho legal a matarle por haberse tirado a su mujer —le dijo Els—. Y es lo que hará si toco este cuerno para que vuelva.

El Kommandant van Heerden tuvo que admitir que, por una vez, Els tenía razón. La ley sudafricana no castigaba a los maridos que mataban a los amantes de sus esposas. Durante su carrera como oficial de policía, el Kommandant había tenido ocasión de animar a muchos hombres preocupados a este respecto. Para aumentar su propia preocupación, Els se acercó el cuerno a los labios.

—Muy bien, conforme —dijo el Kommandant—. ¿Qué es lo que quiere?

—Ya se lo he dicho. Volver a mi antiguo trabajo.

El Kommandant empezaba ya a prevaricar cuando el sonido del Land-Rover acercándose resolvió la cuestión.

—Muy bien —dijo—. Ya veré lo que puedo hacer —dijo—, aunque sabe Dios cómo voy a explicar que un preso de color es en realidad un policía blanco.

—No tiene sentido preocuparse tanto por media pinta de alquitrán —dijo Els, utilizando una expresión que había aprendido del mayor Bloxham.

—Creo que ha tenido un leve contratiempo, amigo —dijo el mayor cuando el Land-Rover se detuvo junto al cadáver de Chaka—. Siempre dije que ese negro cabrón era una amenaza.

El Kommandant saltó a su lado y murmuró que estaba de acuerdo, aunque no era el caballo muerto el negro cabrón en quien él pensaba. En la parte de atrás, el Konstabel Els sonreía dichoso. Esperaba matar cafres y ahora de modo absolutamente legal otra vez.

Cuando se acercaban a la casa, el Kommandant vio al coronel y a la señora Heathcote-Kilkoon en lo alto de las escaleras esperándoles. Su actitud le sorprendió totalmente de nuevo. La mujer con la que hacía sólo una hora había disfrutado lo que sin exageración podría llamarse una intimidad conmovedora, se erguía ahora fría y distante en la puerta principal mientras su esposo daba muestras evidentes de embarazo, en completo desacuerdo con su papel.

—Lo siento extraordinariamente —murmuró, abriéndole la puerta del Land-Rover al Kommandant para que saliera—, nunca debí asignarle aquel caballo.

El Kommandant intentó dar con la respuesta adecuada a esta disculpa.

—Un agujero de oso hormiguero —dijo, recurriendo a una expresión que parecía servir para multitud de situaciones.

—Justamente —dijo el coronel—. Esos malditos chismes son peligrosos. Habría que taparlos.

Le precedió escaleras arriba y la señora Heathcote-Kilkoon dio un paso al frente para recibirle.

—Muy amable por venir —le dijo.

—Muy gentil de su parte recibirme —murmuró el Kommandant, enrojeciendo.

—Ha de procurar hacerlo más a menudo —dijo la señora Heathcote-Kilkoon.

Entraron en la casa, donde La Marquise recibió al Kommandant con un comentario sobre el Flying Dutchman, que no le agradó especialmente.

—No haga caso —dijo la señora Heathcote-Kilkoon—. Yo creo que estuvo maravilloso. Es que tienen envidia.

En los minutos siguientes, el Kommandant van Heerden se convirtió en centro de atención. El hecho de haber sido el primer hombre en saltar, aunque involuntariamente, el muro alto, provocaba murmullos de admiración de todos. Hasta el coronel dijo que tenía que quitarse el sombrero ante él; teniendo en

cuenta la pérdida de Chaka y el estado de su jardín, sin mencionar el de su esposa, el Kommandant hubo de admitir que esto era sumamente generoso por su parte. Justo cuando acabó de explicar cómo había aprendido a montar en la granja de su abuela en Magaliesburg y que había montado para la policía de Pretoria, cayó la bomba.

—He de confesar que me asombra su calma, Kommandant —dijo el hombre gordo que sabía cómo conseguir descuento en los frigoríficos—; me asombra que venga aquí y vaya de caza mientras hay todos esos problemas en Piemburgo.

—¿Problemas? ¿Qué problemas? —preguntó el Kommandant.

—¿Cómo? ¿Quiere decir que no lo sabe? —preguntó a su vez el gordo—. Ha habido una oleada de sabotajes. Explosiones por toda la ciudad. Volaron la antena de radio. No hay electricidad. Un caos absoluto.

El Kommandant van Heerden soltó una maldición mientras vaciaba en el recipiente más próximo el vaso de Cointreau que estaba bebiendo.

—Lamento que no tengamos teléfono —dijo la señora Heathcote-Kilkoon al verle buscar con la mirada por el salón—. Henry no lo quiere, por razones de seguridad. Siempre está llamando a su agente de Bolsa.

El Kommandant tenía demasiada prisa para seguir escuchando las historias del agente de Bolsa de Henry… Bajó corriendo las escaleras hacia su coche, donde, como podría haber esperado, ya estaba Els al volante. Con la impresión de que la insolencia de Els era equiparable a las noticias que acababa de recibir, el Kommandant subió a la parte de atrás. El desastre se veía por doquier; se veía claramente en la franja herbosa donde Els reculó antes de dar la vuelta en el camino con un chorro de grava que parecía sugerir que estuviera sacudiéndose de los pies el polvo de Damas Blancas.

La señora Heathcote-Kilkoon les vio partir desde la galería con tristeza. «Despedirse es morir un poco», murmuró y se acercó al coronel que miraba disgustado el interior de la pecera del pez tropical, donde la bebida del Kommandant empezaba ya a producir extraños efectos.

—Eso fue lo que le pasó al pobre Willy —dijo el coronel.

Cuando entraban en Weezen, el Kommandant se maldecía por su propia estupidez.

«Tenía que haber sabido que Verkramp lo liaría todo», pensaba; ordenó a Els detenerse en la comisaría de policía del pueblo. La información que allí le dieron no hizo nada por restaurar su confianza.

—¿Qué hacen qué? —preguntó asombrado cuando el sargento al mando le explicó que Piemburgo había sido invadido por hordas de avestruces autodetonantes.

—Vuelan por la noche en grandes bandadas —dijo el sargento.

—Eso es una cochina mentira, para empezar —gritó el Kommandant—. Los avestruces no vuelan. No pueden hacerlo.

Volvió al coche y ordenó a Els arrancar. Fuera lo que fuera lo que podían o no podían hacer los avestruces, había una cosa segura: en Piemburgo había ocurrido algo que había dejado la ciudad aislada del mundo exterior. Las líneas telefónicas no funcionaban desde hacía días.

Mientras el coche avanzaba con estruendo por la polvorienta carretera hacia el puerto de Rooi Nek, el Kommandant van Heerden tenía la impresión de que se iba de un mundo idílico de paz y cordura y regresaba a un infierno de violencia en cuyo centro estaba la diabólica figura del Luitenant Verkramp. Iba tan inmerso en sus propios pensamientos, que sólo una o dos veces se le ocurrió decirle a Els que no condujera de forma tan peligrosa.

La sensación de catástrofe inminente se acrecentó en Sjambok con la noticia de que habían volado los puentes de la carretera de salida de Piemburgo. En Voetsak se enteró de que la estación depuradora de aguas residuales había sido destruida. El Kommandant decidió seguir directamente sin parar hasta Piemburgo.

Al cabo de una hora, cuando bajaban la colina del Imperial View, hallaron la primera prueba palpable de sabotaje.

Se había instalado un control de carretera en el puente provisional que sustituía al que habían destruido los agentes secretos de Verkramp. El Kommandant bajó a inspeccionar los daños, mientras un policía registraba el coche.

—Tengo que hacer un registro personal también —dijo el policía, y antes de que el Kommandant pudiera identificarse, palpó los pantalones de éste con sorprendente minuciosidad—. Sólo obedezco órdenes, señor —dijo el policía cuando el Kommandant gruñó alegando lo improbable que era que guardara allí explosivos. El Kommandant van Heerden volvió rápidamente al coche y desde allí gritó al agente:

—Y cámbiese de loción de afeitar. Apesta a cien leguas.

Siguieron hacia la ciudad y el Kommandant se quedó pasmado al fijarse en dos agentes de policía que paseaban por la acera cogidos de la mano.

—Deténgase —le dijo a Els. Y salió del coche—. ¿Puede saberse qué diablos hacen? —les gritó.

—La ronda, señor —repusieron los hombres al unísono.

—¿Cómo? ¿Cogiditos de la mano? —gritó el Kommandant—. ¿Acaso quieren que los ciudadanos piensen que son ustedes unos maricas de mierda?

Los policías se soltaron y el Kommandant volvió al coche.

—¿Pero qué diablos habrá pasado? —murmuró.

En el asiento delantero, Els sonreía para sí. En su ausencia se habían

producido algunos cambios en Piemburgo. Estaba empezando a pensar que iba a disfrutar muchísimo volviendo a la Policía sudafricana.

Cuando llegaron al fin a la comisaría, el Kommandant estaba de pésimo humor.

—Que se presente el Kommandant en funciones —gritó al entrar al policía de guardia y subió las escaleras, preguntándose si le engañaría su imaginación o de verdad le habría mirado lascivamente. Su primera impresión de que se había producido un derrumbe de la disciplina quedó confirmada por el estado de su despacho. Las ventanas no tenían cristales y las cenizas de la chimenea llenaban toda la estancia. Contemplaba anonadado todo el desbarajuste cuando se oyó una llamada a la puerta y entró el sargento Breitenbach.

—¿Dígame, en nombre de Dios, qué es lo que ha pasado aquí? —gritó al sargento, aliviado al no advertir en él signo alguno de afeminamiento.

—Verá, señor… —empezó a decir el sargento, pero el Kommandant le interrumpió.

—¿Qué es lo que me encuentro al volver? —gritó, en un tono de voz que hizo dar un brinco al policía de guardia abajo y pararse en la calle a algunos transeúntes—. Maricas. Bombas. Avestruces explosivos. ¿Le sugiere algo todo esto? —El sargento Breitenbach asentía—. Yo diría que sí. Me voy unos días de vacaciones y la noticia siguiente es que hay una oleada de terrorismo. Puentes de carretera volados. No funcionan los teléfonos. Policías paseando cogidos de la mano y ahora esto. Mi propio despacho patas arriba.

—Esto fueron los avestruces, señor —farfulló el sargento.

El Kommandant van Heerden se derrumbó en una butaca y apoyó la cabeza en las manos.

—Dios mío, esto bastaría para volver loco a un hombre.

—Así ha sido, señor —dijo con tristeza el sargento.

—¿Qué?

—Que ha vuelto loco a un hombre, señor. Al Luitenant Verkramp, señor.

El nombre de Verkramp sacó al Kommandant de su ensueño.

—¡Verkramp! —gritó—. Espere a que le ponga las manos encima a ese puerco. Voy a crucificarle al muy cabrón. ¿Dónde está?

—En Fort Rapier, señor. Se ha vuelto loco.

El Kommandant van Heerden asimiló esta información poco a poco.

—¿Quiere decir…?

—Le ha dado manía religiosa, señor. Se cree que es Dios.

El Kommandant miró incrédulo al sargento. La idea de que un hombre pudiera creerse Dios cuando la suya era una creación tan caótica como la de Verkramp, evidentemente resultaba inconcebible.

—¿Se cree que es Dios? —susurró—. ¿Verkramp?

El sargento Breitenbach había pensado bastante en el asunto.

—Creo que fue así como empezó todo el problema —explicó—. Quería demostrar lo que podía hacer.

—Pues lo ha conseguido, desde luego —dijo cansinamente el Kommandant contemplando el despacho.

—Tiene esa obsesión con el pecado, señor, y quería conseguir que los policías dejaran de acostarse con mujeres negras y…

—Todo eso ya lo sé.

—Empezó sometiéndoles a tratamiento de electrochoque y mostrándoles fotografías de mujeres negras desnudas y…

El Kommandant le interrumpió.

—No siga —dijo—. Creo que no podré soportarlo.

Se levantó y se acercó a su mesa. Abrió un cajón y sacó una botella de coñac que guardaba para las emergencias y se sirvió un vaso. Cuando terminó alzó la vista.

—Ahora empiece por el principio y cuénteme lo que ha hecho Verkramp.

El sargento Breitenbach se lo contó. Cuando terminó, el Kommandant movió la cabeza con tristeza.

—¿Así que no funcionó? ¿El tratamiento? —preguntó.

—Yo no diría eso, señor. Lo que pasa es que no funcionó tal como se esperaba. Quiero decir que le resultará difícil encontrar a uno de los policías sometidos a tratamiento en la cama con una negra. Lo intentamos y se ponían malísimos, no hubo forma.

—¿Intentaron que un policía se acostara con una negra? —preguntó el Kommandant, imaginándose ante el tribunal de investigación que inevitablemente se constituiría, teniendo que admitir que se había ordenado a los policías bajo su mando tener relaciones sexuales con negras como parte de sus obligaciones.

El sargento Breitenbach asintió.

—Pero fue imposible —dijo—. Puedo garantizarle que ni uno solo de esos doscientos diez hombres volverá a acostarse con una negra en la vida.

—¿Doscientos diez? —preguntó el Kommandant, pasmado ante la escala de las actividades de Verkramp.

—Así es, señor. La mitad de los agentes de la fuerza policial son maricas —dijo el sargento—. Y ni uno aceptaría acostarse con una negra.

—Supongo que eso ya es una novedad —dijo el Kommandant, buscando algo positivo en toda la serie de desastres.

—El problema es que tampoco lo harán con blancas. Al parecer, el tratamiento actuó en ambas direcciones. Tendría que ver usted las cartas de las

esposas de los agentes que hemos recibido.

El Kommandant dijo que prefería no verlas.

—¿Y qué me dice de los avestruces explosivos? —preguntó—. ¿También eso tiene que ver con la manía religiosa de Verkramp?

—No, que yo sepa. Eso es obra de los saboteadores comunistas.

—Ellos otra vez —dijo cansinamente—. Supongo que no habrá encontrado usted alguna pista, ¿eh?

—Bueno, verá, algo hemos conseguido, señor. Tenemos la descripción de los hombres que estaban dándoles condones a los avestruces… —el sargento se interrumpió.

El Kommandant van Heerden le contemplaba atónito.

—¿Dándoles condones? —preguntó—. ¿Para qué demonios lo hacían, si puede saberse?

—El explosivo iba en el interior de los preservativos, señor. Fetherlites.

—¿Cómo dice? —preguntó el Kommandant, intentando imaginar de qué tipo de basura ornitológica se trataría.

—El nombre de la marca, señor. Tenemos también una descripción perfecta del individuo que compró las doce docenas. Se han presentado doce mujeres que dicen que le recuerdan.

—¿Doce docenas para doce mujeres? —dijo el Kommandant—. Maldita sea, claro que le recordarán. Yo diría que ese tipo es inolvidable.

—Las mujeres estaban en la tienda en la que él intentó comprar esos chismes —explicó el sargento—. También cinco barberos han dado una descripción que concuerda con la de las mujeres.

El Kommandant se debatía desesperado intentando imaginarse a un hombre de gustos tan indiscriminados.

—No puede llegar muy lejos —dijo al fin—. No, después de semejante cantidad.

—No, señor —dijo el sargento—. No llegó muy lejos. Un individuo que responde a su descripción y cuyas huellas dactilares corresponden a las halladas en los condones, apareció muerto en los lavabos del Majestic Cinema.

—No me sorprende —dijo el Kommandant.

—Desgraciadamente, no podemos identificarle.

—Demasiado extenuado, supongo —sugirió el Kommandant.

—Murió a causa de la explosión que se produjo en el lugar —explicó el sargento.

—¿Así que no han detenido a nadie?

El sargento asintió.

—El Luitenant ordenó el arresto de treinta y seis sospechosos nada más

producirse las primeras explosiones.

—Bueno, eso ya es algo —dijo el Kommandant más animado—. ¿Alguno ha confesado algo?

El sargento Breitenbach vacilaba.

—Verá, el alcalde dice… —empezó a explicar.

—¿Qué tiene que ver el alcalde con todo esto? —preguntó el Kommandant con un terrible presentimiento.

—Es uno de los sospechosos, señor —admitió a regañadientes el sargento—. El Luitenant Verkramp dijo…

Pero el Kommandant van Heerden se había levantado ya, pálido de furia.

—No me cuente lo que dice ese cretino de mierda —gritó—. Estoy diez días fuera y media ciudad salta en pedazos, la mitad de los hombres del cuerpo se vuelven maricones rematados, un maníaco sexual compra la mitad de las existencias de preservativos, Verkramp detiene a ese maldito alcalde. ¿Qué cuernos puede importarme lo que diga Verkramp? ¡Lo que me preocupa es lo que hace el muy cretino!

El Kommandant guardó silencio un instante. Luego concluyó:

—¿Hay algo más que deba saber?

El sargento Breitenbach movía los pies nervioso.

—Hay otros treinta y cinco sospechosos en la cárcel, señor. El deán de Piemburgo. El concejal Cecil, el director del banco Barclays.

—¡Válgame Dios! Y supongo que les han interrogado a todos, ¿no? —graznó el Kommandant.

—Sí, señor —dijo el sargento Breitenbach que sabía muy bien a qué se refería el Kommandant con lo de interrogado—. Llevan ocho días sin sentarse. El alcalde ha admitido que no le agrada el gobierno, pero insiste en que él no voló la central telefónica. La única confesión un poco útil que hemos conseguido es la del director del banco Barclays.

—¿El director del banco Barclays? —preguntó el Kommandant—. ¿Qué hizo?

—Meó en el embalse de Hluwe, señor. Significa pena de muerte.

—¿Mear en el embalse de Hluwe significa pena de muerte? No lo sabía.

—Según la ley antiterrorista de 1962. Contaminar abastecimientos de agua, señor —dijo el sargento.

—Sí, claro —dijo vacilante el Kommandant—. Supongo que es así; pero todo lo que puedo decirle es que si Verkramp cree que puede colgar al director del banco Barclays por mear en un embalse tiene que estar loco. Me acercaré a Fort Rapier a ver a ese hijoputa.

En el Hospital Mental Fort Rapier, el Luitenant Verkramp sufría ansiedad

aguda como consecuencia de los resultados absolutamente imprevistos de sus experimentos de terapia de aversión y antiterrorismo. Su convicción temporal de que era el Todopoderoso, había dado paso a una fobia a las aves. La doctora von Blimenstein sacaba sus propias conclusiones.

—Un caso simple de culpabilidad sexual junto con un complejo de castración —explicó a la enfermera, cuando Verkramp devolvió la cena arguyendo que era pollo relleno y lechuga francesa.

—Lléveselo —gritó—. No puedo tomar más.

Era igualmente inflexible respecto a los cojines de plumas y, de hecho, respecto a todo lo que recordara vagamente lo que la doctora von Blimenstein insistía en llamar nuestros amigos emplumados.

—Amigos míos, no —decía Verkramp, observando asustado a un pichón que había en un árbol junto a la ventana.

—Hemos de conseguir llegar al fondo de este asunto —dijo la doctora von Blimenstein. El teniente Verkramp la miró frenético.

—No diga eso —le gritó. La doctora tomó nota de este nuevo síntoma. «Complejo anal», pensó, y sacó de quicio a Verkramp preguntándole si había tenido alguna vez experiencias homosexuales.

—Sí —dijo Verkramp en un tono desesperado cuando la doctora insistió en saberlo.

—¿Quiere contármelo?

—No —dijo Verkramp, que no podía olvidar la imagen del lanzador Botha con peluca rubia—. No, no quiero.

La doctora von Blimenstein insistió.

—No conseguiremos nada si no se pone usted a bien con su inconsciente —le dijo—. Tiene que ser usted absolutamente sincero conmigo.

—Sí —dijo Verkramp, que estaba en Fort Rapier por no ser sincero con nadie.

Si en el transcurso del día la doctora von Blimenstein había llegado a la conclusión de que la raíz del derrumbe de Verkramp era sexual, su conducta durante la noche sugería otra explicación. Mientras tomaba nota de sus divagaciones sentada junto a su cama, la doctora advirtió que surgía una pauta nueva. Verkramp pasaba gran parte de las noches gritando cosas sobre bombas y agentes secretos y era evidente que el número doce le obsesionaba. La doctora recordó que había contado con frecuencia doce explosiones durante la oleada de terrorismo y no le sorprendió mucho el que el jefe de Seguridad de Piemburgo estuviera obsesionado con aquel número. Por otro lado, de los delirios nocturnos de Verkramp podía deducirse que había tenido trabajando para él doce agentes secretos. Decidió interrogarle por la mañana sobre este nuevo síntoma.

—¿Qué significa para usted el número doce? —le preguntó cuando le visitó al día siguiente.

Verkramp se puso pálido y empezó a temblar.

—Tengo que saberlo —afirmó la doctora—. Es por su propio bien.

—No se lo diré —dijo Verkramp que, si sabía algo, era que hablar del número doce no contribuiría en absoluto a su propio bien.

—No olvide que yo actúo como su médico —dijo la doctora—. Y que todo cuanto me diga será un secreto entre los dos.

El teniente Verkramp no estaba muy convencido.

—Para mí no significa absolutamente nada —dijo—. No sé absolutamente nada del número doce.

—Entiendo —dijo la doctora, tomando nota de la alarma de Verkramp—. Entonces, tal vez quiera hablarme de su viaje a Durban.

Ya no cabía la menor duda de que estaba muy cerca del quid de la neurosis de Verkramp. Su reacción lo indicaba sin lugar a dudas. Cuando llevaron de nuevo a la cama al farfullante Luitenant y le administraron sedantes, la doctora von Blimenstein estaba convencida de que podría curarle. Y estaba empezando a pensar que podría obtener otros beneficios del desvelamiento de sus problemas; y empezó a resurgir la idea del matrimonio, que nunca había olvidado del todo.

—Dígame —preguntó, cuando volvió a acostar a Verkramp—, ¿es cierto que no puede obligarse a una esposa a declarar contra su esposo?

Verkramp dijo que así era; con una sonrisa que sugería que haría bien en considerar el asunto, la doctora von Blimenstein salió de la habitación.

Cuando regresó al cabo de una hora, el paciente tenía lista la explicación de su obsesión por el número doce.

—Había doce saboteadores y eran…

—Absurdo —dijo la doctora—. Completamente absurdo. Había doce agentes secretos que estaban trabajando para usted y usted les llevó a Durban en su coche. ¿No es cierto?

—Sí. No, no lo es —sollozó Verkramp.

—Escúcheme bien, Balthazar Verkramp, si sigue usted mintiéndome, le inyectaré droga de la verdad y antes de que se dé cuenta de lo que pasa tendré su confesión completa.

Desde la cama, Verkramp la contemplaba paralizado de terror.

—No lo hará —vociferó—. No puede hacerlo.

La doctora von Blimenstein recorrió significativamente la habitación con la mirada. Más parecía una celda que una habitación particular.

—Aquí —le contestó— yo puedo hacer lo que quiera. Usted es mi paciente, yo soy su médico y si causa usted problemas, puedo ponerle una camisa de fuerza

sin que usted pueda hacer nada al respecto. Así que dispóngase a contarme sus problemas y recuerde que conmigo sus secretos están a salvo. Como su asesora médica, nadie puede obligarme a explicar lo que haya ocurrido entre nosotros; a menos, claro está, que me citen al estrado de los testigos. En tal caso, evidentemente, me hallaría bajo juramento —la doctora hizo una pausa antes de proseguir—. ¿Dijo usted que no se puede obligar a una mujer a declarar contra su esposo, verdad?

Las alternativas que se le ofrecían ahora a Verkramp eran peores que avestruces explosivos y policías maricas. Tendido en la cama, se preguntaba qué hacer. Si se negaba a admitir que era responsable de todas las explosiones y de la violencia de la ciudad, la doctora usaría el suero de la verdad para que confesara y además la tendría en su contra. Si lo admitía sin más, sólo acudiendo al altar eludiría las consecuencias legales de su celo. Al parecer, no tenía muchas posibilidades. Tragó saliva nervioso, miró en torno suyo por última vez antes de decidirse y pidió un vaso de agua.

—¿Querrá casarse conmigo? —preguntó al fin.

La doctora von Blimenstein sonrió con dulzura.

—Claro que sí, cariño. Claro que querré. Y acto seguido Verkramp estaba en sus brazos y la boca de la doctora apretaba sus labios con fuerza. Verkramp cerró los ojos y pensó en toda una vida con la doctora von Blimenstein. Le parecía preferible la horca.

Cuando el Kommandant van Heerden llegó a Fort Rapier a ver al teniente, no le sorprendió hallar el camino lleno de obstáculos. En primer lugar, el empleado de recepción era claramente un inútil. El hecho de tratarse de un esquizofrénico catatónico que la doctora von Blimenstein había elegido por su absoluta inmovilidad para utilizarlo en una época de grave carestía de personal, provocó una subida instantánea de la presión sanguínea al Kommandant.

—Deseo ver al Luitenant Verkramp —gritó al inmóvil catatónico; y a punto estaba de recurrir a la violencia cuando intervino un tipo alto de rostro excesivamente pálido.

—Creo que está en la Sala C —le dijo éste.

El Kommandant le dio las gracias y se dirigió a la Sala C, que pudo comprobar que estaba llena de mujeres maníaco-depresivas. Volvió entonces a recepción y, tras otro altercado unilateral con el empleado catatónico, volvió a pasar por allí casualmente el tipo alto. Le dijo que Verkramp estaba sin duda alguna en la Sala H. El Kommandant fue entonces a la Sala H, y, aunque le resultó imposible determinar lo que padecían realmente los pacientes que había en ella, le alegró comprobar que Verkramp no se encontraba entre ellos… Volvió hecho una furia a recepción y se encontró en el pasillo al hombre alto.

—¿Tampoco está allí? —le preguntó el tipo—. Entonces tiene que estar en la Sala E.

—A ver si se aclara su mente —gritó furioso Kommandant—. Primero me dijo que en la Sala C; luego que en la Sala H; y ahora que en la E.

—Un punto interesante el que acaba usted de plantear —le dijo el tipo.

—¿Qué punto? —preguntó el Kommandant.

—Lo de aclarar la mente —le dijo—. En primer lugar, presupone una distinción entre mente y cerebro. Si hubiera dicho usted «a ver si aclara el cerebro», las implicaciones serían muy distintas.

—Oiga, amigo —le dijo el Kommandant—, he venido a ver al Luitenant Verkramp, no a hablar de lógica con usted.

Y de nuevo se fue corredor adelante en busca de la Sala E. Averiguó entonces que aquella sección era para bantúes, por lo que era muy improbable, fuera cual fuera la dolencia de Verkramp, que estuviera entre ellos. Volvió entonces a recepción jurándose que asesinaría al tipo alto si le encontraba. Se encontró, en su lugar, ante la doctora von Blimenstein, que le indicó con acritud que estaba en un hospital, no en una comisaría de policía, y que debía actuar en consecuencia. Aplacado por esta prueba de autoridad, el Kommandant la siguió a su despacho.

—Veamos, ¿qué es lo que desea usted? —preguntó la doctora, sentándose tras su escritorio y mirándole con frialdad.

—Deseo visitar al Luitenant Verkramp —dijo él.

—¿Es usted su padre, pariente o tutor? —preguntó la doctora.

—Soy oficial de policía e investigo un delito —dijo el Kommandant.

—En tal caso, tendrá usted una orden. Me gustaría verla.

—Soy el jefe de policía de Piemburgo y Verkramp trabaja a mis órdenes. Esté donde esté, no necesito ninguna orden para poder visitarle.

La doctora von Blimenstein sonrió con aire condescendiente.

—Es evidente que no entiende usted las normas del hospital —dijo—. Hemos de ser extremadamente cuidadosos con las visitas de nuestros pacientes. No podemos permitir cualquier tipo de visita, ni que les molesten haciéndoles preguntas sobre su trabajo. Después de todo, los problemas de Balthazar se deben en gran medida al exceso de trabajo y me temo que tendré que hacerle responsable a usted.

Tanto asombró al Kommandant oírla referirse a Verkramp como Balthazar, que no pudo dar con la respuesta adecuada.

—Claro que si me indica usted el tipo de preguntas que desea plantearle, tal vez pueda ayudarle —prosiguió la doctora, consciente de la ventaja que había conseguido.

Al Kommandant se le ocurrían muchísimas preguntas que plantear a Verkramp, pero consideró más prudente no mencionarlo de momento. Explicó que sólo quería saber si podría aclararle en alguna medida la serie de explosiones que se habían producido recientemente.

—Entiendo —dijo la doctora von Blimenstein—. Veamos, si he entendido bien, está usted satisfecho de cómo el Luitenant manejó la situación durante su ausencia, ¿no es así?

El Kommandant van Heerden decidió que una política de apaciguamiento era la única posible para conseguir que la doctora le permitiera ver a Verkramp.

—Sí —le dijo—. El Luitenant Verkramp hizo todo cuanto pudo para solucionar los problemas.

—Bien —dijo la doctora animosamente—. Me complace oírselo decir. Comprenda usted que es importante que no hagamos sentirse culpable al paciente. En gran medida, los problemas de Balthazar son resultado de un sentimiento de culpabilidad e inadaptación. Y no deseamos en modo alguno intensificar esa sensación, ¿no es cierto?

—Desde luego —dijo el Kommandant, que estaba muy dispuesto a creer que los problemas de Verkramp tenían que ver con la culpa.

—Así que he de entender que está usted absolutamente satisfecho con su trabajo y cree que él manejó la situación hábilmente y con un grado excepcional responsabilidad. ¿Estoy en lo cierto?

—Absolutamente —dijo el Kommandant—. No podría haberlo hecho mejor aunque lo hubiera intentado.

—En tal caso, creo que podrá verle —dijo la doctora von Blimenstein, y desconectó la grabadora del escritorio. Se levantó y avanzó por el corredor, seguida del Kommandant que ya empezaba a creer que le había ganado por la mano de alguna forma sutilísima. Tras subir varios tramos de escaleras, llegaron a otro corredor—. Espere aquí, por favor —le dijo la doctora—. Voy a decirle que ha venido a verle.

Dejó al Kommandant en una salita de espera y fue a la habitación del teniente Verkramp.

—Tenemos visita —anunció alegremente; el Luitenant se encogió en la cama.

—¿Quién es? —preguntó débilmente.

—Un viejo amigo. Sólo quiere hacerte unas preguntas. Es el Kommandant van Heerden.

Verkramp se sumió en una palidez nueva y aterradora.

—Vamos, no tienes de qué preocuparte —dijo la doctora von Blimenstein sentándose al borde de la cama y tomándole una mano—. No tienes que contestar a ninguna pregunta si no quieres hacerlo.

—Bueno, pues no quiero —dijo Verkramp con firmeza.

—Entonces no lo harás —le dijo la doctora, sacando del bolsillo un frasquito y un terrón de azúcar.

—¿Qué es eso? —preguntó Verkramp, nervioso.

—Algo que te ayudará a no contestar ninguna pregunta, querido mío —dijo la doctora y le metió en la boca el terrón de azúcar. Verkramp lo masticó y se echó.

Al cabo de diez minutos, el Kommandant van Heerden, que intentaba mantener la calma en su larga espera leyendo revistas de coches, se sobresaltó al oír unos gritos horribles procedentes del corredor. Parecía que algún paciente estuviera soportando los tormentos del infierno.

Apareció la doctora von Blimenstein.

—Ya está listo para recibirle —le dijo—. Pero he de advertirle que hay que tratarle con amabilidad. Hoy tiene un buen día y no queremos que se disguste. ¿De acuerdo?

—Claro —dijo el Kommandant, procurando hacerse oír por encima de los demenciales alaridos. La doctora abrió con llave una puerta y el Kommandant atisbo muy nervioso el interior. Lo que vio le hizo volverse disparado al corredor.

—No hay de qué asustarse —le dijo la doctora y le empujó al interior de la habitación—. Limítese a hacerle las preguntas con amabilidad y a no ponerle nervioso.

Cerró otra vez con llave la puerta y el Kommandant se encontró solo en una habitación pequeña con una criatura escurridiza y vociferante; cuando pudo tener un atisbo de su rostro, comprobó que tenía algunos de los rasgos del Luitenant Verkramp: la nariz fina, los ojos crueles y las facciones angulosas eran los rasgos de su segundo, pero ahí terminaba todo parecido con el mismo. Verkramp no se escabullía de aquel modo y, desde luego, Verkramp no se colgaba de los barrotes de la ventana así.

Cuando el Kommandant se replegó aterrado en un rincón junto a la puerta, comprendió que había hecho el viaje en balde. Aparte de todo lo demás que había aprendido aquel día, había algo seguro: la locura del Luitenant Verkramp era incuestionable.

—Oh, oh, muñeco de nieve globo llena babuino —vociferaba Verkramp. Se soltó de los barrotes de la ventana y desapareció bajo la cama para aparecer súbitamente a gatas entre las piernas del Kommandant. Éste le pateó para que se apartara y Verkramp saltó y corrió de nuevo a los barrotes de la ventana.

—Déjeme salir —gritó el Kommandant y empezó a golpear la puerta con demencia parecida a la de Verkramp. Un ojo le observaba fríamente por la

mirilla.

—¿Seguro que ya le ha hecho todas las preguntas que deseaba hacerle? —le preguntó la doctora von Blimenstein.

—Sí, sí —gritó desesperado el Kommandant.

—¿Y no es posible que hagan responsable a Verkramp de lo que ha ocurrido?

—¿Responsable? —gritó el Kommandant—. Claro que no es responsable. —Semejante pregunta parecía completamente fuera de lugar.

La doctora von Blimenstein abrió con llave la puerta y el Kommandant salió corriendo al corredor. Verkramp seguía farfullando en la ventana. Los ojos le brillaban con una intensidad que el Kommandant no dudó en identificar como síntoma evidente de locura incurable.

—Hoy tiene un buen día —dijo la doctora volviendo a cerrar la puerta con llave y dirigiéndose a su despacho.

—¿Qué fue lo que me dijo usted que le pasaba? —preguntó el Kommandant, tratando de imaginarse cómo serían los días malos de Verkramp.

—Depresión suave, causada por exceso de trabajo.

—Santo cielo —dijo el Kommandant—. Yo nunca lo habría considerado suave.

—Claro. Usted no tiene experiencia con enfermedades mentales —dijo la doctora—. Usted juzga estas cosas desde el punto de vista del profano.

—No lo crea —dijo el Kommandant—. ¿Cree usted que se recuperará?

—Desde luego —dijo la doctora—. En pocos días estará bien.

El Kommandant van Heerden aceptó la opinión profesional de la doctora y con una cortesía producto de su convicción de que tenía entre manos un caso incurable, le dio las gracias por la ayuda que le había prestado.

—Si en cualquier momento puedo hacer algo —le dijo ella—, no dude en venir a verme.

Pidiendo, en una oración muda, no tener que hacerlo nunca, el Kommandant salió del hospital. En su habitación, el Luitenant Verkramp seguía viajando. Era la primera vez que tomaba LSD.

13

Si la visita del Kommandant van Heerden al Hospital Mental Fort Rapier le había permitido comprender de forma nueva y terrible los abismos irracionales de la psique humana, su visita siguiente no le ayudó lo más mínimo a librarse de la impresión de que en Piemburgo todos habían cambiado para peor durante su ausencia. Los treinta y seis hombres que salieron tambaleantes de sus celdas a recibir sus firmes excusas y expresiones de pesar ya no eran, ciertamente, las figuras destacadas y distinguidas de la vida pública de quince días antes. El alcalde, a quien había decidido visitar el primero, no podría invertir el proceso. Tenía los ojos amoratados e hinchados debido, según explicó al Kommandant el sargento de Seguridad, a los golpes que él mismo se había dado contra el tirador de la puerta de la celda. La explicación resultaba bastante inverosímil, ya que las puertas de las celdas no tenían tiradores. El resto de la persona del alcalde no se hallaba en mucho mejor estado. Llevaba los últimos ocho días de pie con una bolsa en la cabeza y no se le había permitido realizar sus funciones privadas mejor que las públicas, en la forma en que su cargo le autorizaba a hacerlo. Como resultado de esto, estaba completamente manchado; y sufría la ilusión de estar presidiendo un banquete de la alcaldía.

—Éste ha sido un incidente sumamente desdichado —empezó a decir el Kommandant, tapándose la nariz con un pañuelo.

—Es para mí un privilegio asistir a esta venerable reunión —farfulló el alcalde.

—Me agradaría ofrecerle mis… —dijo el Kommandant.

—Mi más sincera enhorabuena a… —le interrumpió el alcalde.

—Por este hecho injustificado —dijo el Kommandant.

—No todos tenemos el honor de…

—De tenerle encerrado bajo llave.

—Servir al público lo mejor posible…

—No volverá a ocurrir.

—Espero con interés…

—Oh, ¡maldita sea! —dijo el Kommandant, que había perdido el hilo de la conversación.

Por último, tres carceleros le ayudaron a firmar una declaración que ni siquiera pudo ver, mucho menos leer, que decía que no tenía ninguna queja del trato recibido y que agradecía a la policía su protección; y tras esto, le condujeron hasta la ambulancia que estaba esperando y se le permitió irse a casa.

Algunos de los otros detenidos se mostraron mucho menos razonables y alguno creyó que el Kommandant era simplemente otro interrogador aún más siniestro.

—Ya sé lo que quiere que confiese —dijo el director del banco Barclays al verle—. Muy bien, lo admitiré. Pertenezco a la Iglesia Anglicana y soy comunista.

El Kommandant le miró un tanto confuso. Tenía la cara horriblemente magullada y los tobillos hinchadísimos de permanecer tanto tiempo de pie.

—¿De veras? —preguntó inseguro el Kommandant.

—No —dijo el director, animado por su tono inseguro—. No lo soy. Apenas voy a la iglesia. Sólo cuando mi mujer insiste en que lo haga y ella es evangelista.

—Entiendo —dijo el Kommandant—. Pero es comunista.

—Oh, Dios mío —gimió el director—, ¿cree que sería director de banco si fuera comunista?

El Kommandant le acercó sobre la mesa la declaración que quería que firmara el director y le dijo irritado:

—Me tiene sin cuidado lo que sea usted mientras firme esto. Si se niega a hacerlo, le acusaré de terrorismo.

—¿Terrorismo? —graznó aterrado el director de banco—. Pero si no soy terrorista.

—Según su propia declaración, meó en el embalse de Hluwe, lo cual, según la Ley de reforma de las leyes generales de 1962, es un acto de terrorismo.

—¿Mear en un embalse?

—Contaminar aguas de consumo público. Se castiga con la pena de muerte.

El director firmó la declaración y quedó en libertad.

Cuando el Kommandant concluyó a plena satisfacción sus entrevistas con los detenidos, era ya bastante entrada la noche y aún tenía que afrontar el difícil problema de las explosiones. Cierto que no había habido nuevos atentados desde que los avestruces se autodestruyeron y destruyeron una serie de edificios públicos, pero la seguridad ciudadana no quedaría restaurada hasta que no detuvieran a los saboteadores. El Kommandant salió de la cárcel y pidió a Els que le llevara de nuevo a la comisaría.

Después de subir las escaleras y pasar junto al policía de guardia que

atendía a un hombre que había ido a denunciar el robo de su coche, cayó en la cuenta de la enormidad de la tarea que tenía ante sí. Con una fuerza policial desmoralizada tenía que defender la ciudad de unos terroristas tan perfectamente organizados que habían utilizado los explosivos de la propia policía para sus bombas y que, aparte de un hombre muerto en los servicios del Majestic Cinema, eran absolutamente inidentificables. Semejante tarea desanimaría a un hombre inferior y el Kommandant van Heerden no se hacía ilusiones. Él era un hombre inferior.

Pidió una cena rápida a un café griego y mandó llamar al sargento Breitenbach.

—Los agentes secretos esos de los que andaba siempre hablando Verkramp —le dijo—, ¿sabe usted algo de ellos?

—Creo que descubrirá usted que Verkramp perdió el contacto con ellos —dijo el sargento.

—Le aseguro que no es el único contacto que ha perdido Verkramp —dijo con pesar el Kommandant. Seguía viva en su memoria la imagen de Verkramp—. ¿Alguien sabe quiénes son?

—No, señor.

—Ha de haber informes —dijo el Kommandant.

—Quemados, señor.

—¿Quemados? ¿Quién los quemó?

—Verkramp, cuando se volvió loco, señor.

—¿Todos?

El sargento Breitenbach asintió.

—Tenía una carpeta que llamaba Operación Complot Rojo. Nunca vi lo que había dentro, pero sé que la quemó la noche que explotaron los avestruces. Le impresionaron terriblemente, señor, los avestruces. Era un hombre distinto después de ver explotar uno en la calle ahí mismo.

—Sí, en fin, eso no nos sirve de mucho —dijo el Kommandant, que terminó de cenar y se limpió la boca—. Sabe, hay algo —prosiguió retrepándose en su asiento— que hace mucho que me preocupa y es por qué querrían los comunistas poner escuchas en mi casa. Según parece, Verkramp creía que querían descubrir algo sobre mí. Lo cual no resulta verosímil. Yo no hago nada.

—No, señor —dijo el sargento. Recorrió la habitación con la vista bastante nervioso—. ¿Cree usted que el Luitenant Verkramp se recuperará alguna vez? —preguntó.

El Kommandant van Heerden no tenía dudas al respecto.

—No tiene más posibilidades que una rata de plástico en el infierno —dijo, satisfecho. El sargento pareció aliviado.

—En tal caso, creo que debe saber usted que no fueron los comunistas quienes colocaron los micrófonos, señor.

Hizo una pausa para permitir al Kommandant captar las implicaciones de lo que le acababa de decir.

—¿Quiere decir…? —dijo el Kommandant, adquiriendo un color alarmante.

—Verkramp, señor —se apresuró a decir el sargento.

—¿Quiere usted decir que ese cabrón puso escuchas en mi casa? —gritó el Kommandant. El sargento Breitenbach asintió en silencio y esperó a que el Kommandant se calmara.

—Según dijo, cumplía órdenes del DSE, señor —dijo cuando el Kommandant se calmó un poco.

—¿DSE? —preguntó el Kommandant—. ¿Órdenes del DSE? —Se percibía en su tono un nuevo matiz de preocupación.

—Eso dijo, señor. Pero yo no lo creo —le dijo el sargento Breitenbach.

—Entiendo —dijo el Kommandant, intentando pensar por qué estaría interesado en su vida privada el Departamento de Seguridad del Estado. La idea no era tranquilizadora. Las personas por las que se interesaba el DSE solían caerse por la ventana del décimo piso de la sede de Seguridad en Johanesburgo.

—Creo que también eso formaba parte de su demencia, señor —siguió diciendo el sargento—, parte de su campaña de limpieza.

El Kommandant le miró indeciso.

—¡Santo cielo! —exclamó—, ¿trata usted de decirme que toda la cháchara de Verkramp sobre agentes comunistas era sólo una excusa para averiguar si yo tenía un lío?

—Sí, señor —dijo el sargento Breitenbach, resuelto a no decir con quién creía que lo tenía.

—Pues todo lo que puedo decir es que Verkramp tiene suerte de estar en el manicomio. Si no estuviera, le juro que degradaría a ese pedazo de cabrón.

—Sí, señor —dijo el sargento—. Esta noche no ha habido explosiones.

Estaba deseando pasar a un tema de conversación que no fuera la vida privada del Kommandant. Éste miró por las ventanas sin cristales de su despacho y suspiró.

—Ni la noche pasada. Ni anteanoche. No ha vuelto a haber explosiones desde que Verkramp está en el manicomio. Extraño, ¿verdad?

—Muy extraño, señor.

—Todos los atentados se produjeron mientras Verkramp estuvo al mando —continuó el Kommandant—. Y todos los explosivos procedían del arsenal de la policía. Desde luego, es extrañísimo.

—¿Está usted pensando lo mismo que yo? —preguntó el sargento.

El Kommandant van Heerden le miró atentamente.

—No estoy pensando en lo que estoy pensando, y le aconsejo que haga lo mismo —dijo—. No tiene ningún sentido.

Se sumió en el silencio y consideró la horrible probabilidad que sugería la información del sargento Breitenbach. Si no había habido agentes comunistas implicados en la vigilancia de su casa… Se negó a seguir esta vía de razonamiento. ¿Y qué interés podía tener el DSE en todo el asunto? También esta línea de razonamiento parecía peligrosa.

—En fin, todo lo que sé es que tenemos que presentar en juicio a esos terroristas y declararles culpables si quiero seguir en mi puesto. Habrá un gran alboroto público por este asunto y tiene que subir alguien al patíbulo. —Se levantó cansinamente—. Me voy a la cama —dijo—. Por hoy ya he tenido bastante.

—Sólo otra cosa que creo que debe considerar usted, señor —dijo el sargento—. He estado haciendo una serie de cálculos sobre las explosiones. —Le puso delante una hoja de papel—. Si mira usted esto, comprobará que todas las noches en cuestión se produjeron doce explosiones. ¿Correcto? —El Kommandant van Heerden asintió—. La víspera de irse usted de vacaciones, el Luitenant Verkramp encargó doce copias de la llave del arsenal de la policía —se interrumpió y el Kommandant volvió a sentarse y apoyó la cabeza en las manos.

—Siga —dijo al fin—. Cuéntemelo todo.

—Verá, señor —continuó el sargento—. He estado verificando a los hombres que recogían los mensajes de los agentes secretos y todo parece indicar que también había doce agentes secretos.

—¿Intenta usted decirme que el propio Verkramp organizó las explosiones? —preguntó el Kommandant; sabía que la pregunta era innecesaria. Era evidente lo que pensaba el sargento Breitenbach.

—Eso es lo que parece, señor.

—¿Pero por qué diablos iba a hacerlo? No tiene el menor sentido —gritó frenético el Kommandant.

—Creo que ya estaba loco, señor.

—¿Loco? —gritó el Kommandant—. ¡Loco! No sólo estaba loco, era un jodido demente.

Cuando el Kommandant van Heerden se acostó al fin aquella noche, también él estaba al borde de la demencia. Los sucesos de todo el día se habían cobrado su tributo. Pasó una noche inquieta, agitándose y dando vueltas en la cama, mientras imágenes de avestruces explotando y policías homosexuales se mezclaban perturbadoramente con las de la señora Heathcote-Kilkoon ataviada únicamente con sombrero de copa y botas montando un inmenso caballo negro en

un terreno salpicado de cráteres de bombas, mientras, en segundo plano, Els sonreía diabólicamente.

También el autor de casi todas las desdichas del Kommandant pasaba una noche bastante mala en el Hospital Mental Fort Rapier. Cierto que no tan mala como el viaje que había tenido durante el día, pero sí lo suficiente para convencer a la doctora von Blimenstein de que podía haberse equivocado en cuanto a la potencia de la dosis que le había dado.

Sólo el Konstabel Els durmió bien. Acomodado en el piso de Verkramp, que aparentemente estaba vigilando, había dado con las revistas de mujeres desnudas del Luitenant y las estuvo mirando hasta que se quedó dormido, soñando con el Konstabel Botha, cuya peluca rubia le parecía de lo más atractivo. Una o dos veces se retorció en el sueño, como un perro soñando con una cacería. Por la mañana, se levantó y fue en coche a casa del Kommandant; allí, las maldiciones susurradas procedentes de la cocina le indicaron que el Kommandant no encontraba muy agradable el editorial del Zuluíand Chronicle.

—Lo sabía, lo sabía —gritaba blandiendo el ultrajante artículo que acusaba a la policía de incompetencia, de torturar a personas inocentes y de ineptitud general para mantener la ley y el orden—. Dentro de nada estarán pidiendo un tribunal de investigación. ¿Adónde diablos llegará este país? ¿Cómo diablos esperan que mantenga la ley y el orden si la mitad de mis hombres son maricas?

—Ese lenguaje —dijo con aspereza—. Las paredes oyen.

—Ésa es otra —gruñó el Kommandant—, ¿se da usted cuenta de que durante el último mes he vivido prácticamente en un auditorio? En este lugar hay cachivaches por todas partes…

Pero la señora Roussouw ya había oído suficiente.

—No le toleraré eso —dijo. Fuera, junto a la ventana, Els sonreía oyendo con gran placer la discusión que siguió. Cuando al fin el Kommandant van Heerden salió de casa, la señora Roussouw había aceptado seguir como ama de llaves sólo después de que él se disculpara por sus críticas al trabajo de ella.

Un grupo de mujeres también airadas esperaba al Kommandant en la comisaría cuando llegó.

—Una delegación de esposas de policías, señor —le dijo el sargento Breitenbach cuando el Kommandant consiguió atravesar las escaleras en que ellas estaban reunidas.

—¿Qué cono quieren? —exigió saber él.

—Es en relación con sus maridos —explicó el sargento—. Vienen a exigir una rectificación.

—¿Rectificación? —graznó el Kommandant—. ¿Rectificación? ¿Qué diablos puedo hacer yo?

—Creo que no me ha entendido usted, señor —dijo el sargento—. Ellas lo que quieren es que haga usted algo con sus maridos.

—Ah, bueno. Hágalas pasar —dijo cansinamente el Kommandant. El sargento salió del despacho y el Kommandant tuvo que habérselas con doce mujeres grandes y claramente frustradas.

—Venimos a presentar oficialmente una queja —dijo la mayor de ellas, sin duda el portavoz del grupo.

—Bien —dijo el Kommandant—. Entiendo perfectamente.

—No lo creo —dijo la mujer. El Kommandant la miró y pensó que sí entendía.

—Deduzco que están aquí por sus maridos —dijo.

—Exactamente —continuó la mujer grande—. Nuestros maridos han sido sometidos a experimentos que les han privado de su virilidad.

El Kommandant tomó nota de la queja en una hoja de papel.

—Entiendo —dijo—. ¿Y qué esperan ustedes que haga yo al respecto?

La mujer corpulenta le dedicó una mirada desagradable.

—Queremos que todo el asunto se rectifique sin demora —dijo. El Kommandant se retrepó en su asiento y la miró con fijeza.

—¿Qué se rectifique?

—Sí —repuso la mujer con energía.

El Kommandant no sabía qué hacer. Decidió probar con la lisonja.

—Creo que la solución está en sus manos —dijo, con una sonrisa insinuante. Evidentemente, aquél no era el camino.

—Qué desagradable —gritó la mujer—, qué absolutamente repugnante.

El Kommandant van Heerden se puso coloradísimo.

—Por favor, no, señoras, por favor… —dijo. Pero no contuvo a las mujeres.

—Luego nos dirá que usemos velas y zanahorias.

—Señoras, por favor, no tergiversen mis palabras —dijo el Kommandant, intentando desesperadamente calmarlas—. Yo lo único que quería decir es que si ustedes se juntaran…

En el alboroto que siguió, el Kommandant van Heerden se oyó decir que estaba seguro de que si adoptaban una postura adecuada y hacían un esfuerzo conjunto…

—Contrólense, por amor de Dios —gritaba mientras las mujeres rodeaban su escritorio gritando. Entró en el despacho el sargento Breitenbach y consiguió restaurar el orden con ayuda de dos policías heterosexuales.

Por último, un Kommandant bastante desaliñado dijo a las mujeres que haría cuanto pudiera.

—Pueden estar ustedes seguras de que haré lo imposible para que sus

maridos vuelvan a cumplir con sus deberes conyugales —dijo. Las mujeres salieron de una en una del despacho. En las escaleras, el Konstabel Els preguntó a algunas de ellas si podía ayudarlas en algo y quedó citado con tres para la noche. Después de marcharse todas, el Kommandant pidió al sargento Breitenbach que consiguiera fotografías de hombres desnudos.

—Tenemos que hacer lo mismo a la inversa —dijo.

—¿Negros o blancos, señor?

—Negros y blancos —dijo el Kommandant—. Más vale no cometer nuevos errores.

—¿No le parece que debiéramos pedir consejo a un buen psiquiatra? —inquirió el sargento.

El Kommandant van Heerden consideró el asunto.

—¿De dónde cree que sacó Verkramp la idea? —preguntó.

—Estuvo leyendo un libro de un profesor, de un tal Ice Ink[9].

—Un nombre bastante extraño para un profesor —dijo el Kommandant.

—Un profesor bastante extraño —dijo el sargento—. Creo que deberíamos pedir ayuda a un buen psiquiatra.

—Tal vez —aceptó el Kommandant, indeciso. El único psiquiatra que conocía era la doctora von Blimenstein y tenía sus reservas en cuanto a pedirle ayuda.

A última hora de la mañana, había cambiado de idea. Le había visitado una delegación de hombres de negocios de Piemburgo con la idea de formar un grupo de vigilancia que ayudara a la policía en su hasta el momento infructuoso intento de proteger la vida y las propiedades contra los terroristas y había recibido una serie de requerimientos de abogados que alegaban que sus clientes, es decir, el alcalde y otros treinta y cinco ciudadanos notables, habían sido detenidos ilegalmente y torturados. Y para rematarlo todo, le había llamado por teléfono el jefe de policía de Zululandia exigiendo la detención inmediata de los responsables de los ataques terroristas.

—Le hago a usted personalmente responsable, van Heerden —gritó el jefe de policía, que llevaba años buscando una excusa para degradar al Kommandant—. Entiéndalo. Personalmente responsable de lo ocurrido. O se produce una acción inmediata o pediré su dimisión. ¿Entendido?

El Kommandant entendía. Colgó el receptor con la expresión de una rata enorme acorralada en un rincón minúsculo.

Las consecuencias de la amenaza del jefe de policía se hicieron sentir en la media hora siguiente.

—Me tiene sin cuidado quiénes sean —gritó el Kommandant al sargento Breitenbach—. Quiero que arresten a todos los grupos de once individuos.

—Vaya, ¿incluso al alcalde y a los concejales? —preguntó el sargento.

—¡No! —gritó el Kommandant—. Al alcalde y a los concejales no, pero sí a todos los demás grupos de once sospechosos.

Como siempre, el sargento Breitenbach dudaba.

—Creo que eso nos crearía problemas, señor —indicó.

—¿Problemas? —chilló el Kommandant—. ¿Qué cree que es lo que tenemos? Es mi cuello el que está en juego y si cree usted que voy a darle al maldito comisario la oportunidad de cortármelo, será mejor que cambie de idea.

—Yo pensaba en el DSE, señor —dijo el sargento.

—¿El DSE?

—Supuestamente, los agentes del Luitenant Verkramp eran hombres del Departamento de Seguridad del Estado de Pretoria, señor. No creo que el DSE tomara a bien que los arrestáramos.

El Kommandant le miró furioso.

—¿Y qué diablos quiere usted que haga yo? —preguntó, con una creciente sensación de histeria—. El comisario me dice que arreste a los responsables de los atentados. Usted me dice que si lo hago pondré al DSE en contra mía. ¿Qué diablos puedo hacer?

El sargento Breitenbach no tenía idea. Por último, el Kommandant retiró la orden de detener a todos los grupos de once individuos, mandó retirarse al sargento y se quedó en su despacho considerando aquel problema que parecía insoluble.

Al cabo de diez minutos, había dado con la solución y a punto estaba de mandar a Els bajar a las celdas a por once prisioneros negros que se estrellarían en un coche robado lleno de gelignita del arsenal de la policía (como prueba de que la policía sudafricana en general y el Kommandant van Heerden en particular podían actuar con rapidez y eficacia contra los saboteadores comunistas), cuando se le ocurrió que todo el plan tenía un fallo. Todos los hombres que habían sido vistos alimentando a los avestruces eran blancos. Soltó una maldición y volvió a considerar el problema.

—Verkramp tiene que estar demente —murmuró por enésima vez y precisamente estaba considerando la naturaleza de la demencia del teniente cuando dio con una brillante solución.

Descolgó el teléfono, llamó a la doctora von Blimenstein y concertó una cita con ella para después del almuerzo.

—¿Qué quiere que haga el qué? —preguntó la doctora von Blimenstein cuando el Kommandant le expuso su plan. Intentó poner en marcha la grabadora, pero el Kommandant se inclinó hacia adelante y la desconectó.

—Creo que no me entiende usted —dijo el Kommandant, resuelto a hacer

entrar en razón a la doctora—. Debe usted cooperar conmigo o sacaré a Verkramp del hospital y le acusaré de la destrucción premeditada de propiedad pública y sabotaje y le llevaré a juicio.

—Pero usted no esperará que yo… —dijo la doctora avanzando hacia la puerta. La abrió con súbita rapidez y se encontró frente a frente con el Konstabel Els. Se apresuró a cerrarla de nuevo y volvió a su sitio—. Esto es demasiado —protestó.

El Kommandant van Heerden le dedicó una sonrisa espantosa.

—No puede detener a mi Balthazar —prosiguió la doctora, intentando mantener una cierta fortaleza frente a aquella sonrisa—. Todavía ayer me dijo usted que había manejado todo el asunto habilísimamente y con un excepcional grado de responsabilidad.

—¿Habilísimamente? —gritó el Kommandant—. Voy a explicarle lo habilísimo que ha sido el muy cabrón. Su maldito Balthazar es el responsable de la mayor oleada de terrorismo que haya visto jamás este país. Comparados con él, los guerrilleros del Zambesi están jugando a los soldados. Es responsable de la destrucción de cuatro puentes de carretera, dos líneas férreas, un transformador, la central de teléfonos, cuatro depósitos de gasolina, un gasómetro, cinco mil acres de caña de azúcar y una emisora de radio, y tiene usted el valor de decirme que ha sido hábil.

La doctora von Blimenstein se desplomó en su butaca y miró fijamente al Kommandant.

—No tiene usted pruebas —gimoteó al fin—. Y además, él no se encuentra bien.

El Kommandant se inclinó sobre el escritorio y la miró fijamente a la cara mientras decía:

—¿Bien? ¿Bien? Cuando el verdugo acabe con él, se encontrará bastante peor, créame usted.

La doctora von Blimenstein le creía. Cerró los ojos y sacudió la cabeza como para librarse de la mirada del Kommandant y de la horrible visión de su novio en la horca. Seguro de haberla convencido, el Kommandant se relajó.

—Después de todo, sólo se trata de hacer lo que los pobres tipos quisieron hacer y fallaron —explicó—. No es igual que si les pidiéramos que fueran contra sus tendencias naturales.

La doctora von Blimenstein abrió los ojos y le miró con expresión suplicante.

—Pero Balthazar y yo nos hemos prometido en matrimonio —dijo.

Ahora le tocaba sorprenderse al Kommandant. La idea de aquella doctora pechugona casada con la criatura simiesca que había visto el día antes

cabrioleando por su celda le dejó sin habla. Empezaba a comprender la expresión de abyecto terror que había visto en los ojos de Verkramp.

—Enhorabuena —susurró—. En tal caso, aún hay más motivos para que haga usted lo que le estoy proponiendo.

La doctora asintió apesadumbrada y dijo:

—Supongo que sí.

—Veamos, entonces, analicemos los detalles —dijo el Kommandant—. Se las arreglará usted para colocar a once pacientes con varios intentos de suicidio incomunicados en una sala. Y utilizará usted su terapia de aversión para adoctrinarles en las ideas marxistas-leninistas…

—Pero eso es imposible —dijo la doctora—, la terapia de aversión no puede usarse para inculcar ideas a la gente. Sólo puede curarse a la gente de hábitos que ya tenga.

—Eso es lo que se cree usted —le dijo el Kommandant—. Puede venir y comprobar las ideas que su Balthazar ha inculcado en mis policías. Le aseguro que no les ha curado de ningún hábito.

La doctora von Blimenstein lo intentó de otro modo.

—Además yo no tengo ni idea del marxismo-leninismo —dijo.

—Es una lástima —dijo el Kommandant, e intentó recordar alguien que fuera entendido en el tema. La única persona que conocía que lo fuera estaba cumpliendo una condena de veinticinco años en la cárcel de Piemburgo—. No se preocupe por eso —dijo al fin—. Conseguiré traer a alguien que sí sabe.

—¿Y qué hará después? —preguntó la doctora.

El Kommandant van Heerden sonrió.

—Creo que puede dejarme usted tranquilamente el resto a mí —dijo, y se levantó. Cuando salía del despacho, se volvió y agradeció a la doctora su colaboración—. Recuerde que todo es por el bien de Balthazar —dijo, y se fue camino del coche, seguido por el Konstabel Els.

En su despacho, la doctora von Blimenstein consideraba la terrible tarea que le había encomendado el Kommandant. «Supongo que no es más que otra forma de eutanasia», pensó, y empezó a elaborar una lista de pacientes adecuadamente suicidas. La doctora von Blimenstein siempre había estado de acuerdo con la forma de tratamiento mental entronizada en el Tercer Reich.

No podría decirse en absoluto lo mismo del hombre de la prisión de Piemburgo a quien el Kommandant visitó a continuación. Condenado a veinticinco años de cárcel por su participación en la conspiración de Rovonia, de la cual en realidad no sabía nada, Aaron Geisenheimer llevaba seis años en confinamiento solitario consolándose con la idea de que estaba a punto de producirse una revolución que le llevaría a él si no a la propia, al menos sí a la revolución de

algún otro. Con esta idea, y con la Biblia, que, gracias a la política religiosa de las autoridades de la penitenciaría, era el único libro que se permitía leer a aquel judío extraviado. Dado que Aaron Geisenheimer había pasado su juventud dedicado al estudio obsesivo de las obras de Marx, Engels y Lenin, y dado también que procedía de una familia de eruditos rabínicos, no era en absoluto sorprendente que tras seis años de contacto más o menos forzado con las Sagradas Escrituras, se hubiera convertido en una mina de información escritural. Y no era nada tonto además, como sabía muy bien el capellán de la prisión. El capellán solía salir de la celda de confinamiento solitario número dos, tras una hora de adoctrinamiento a Geisenheimer en el cristianismo, con ciertas dudas sobre la divinidad de Cristo y con cierta propensión a considerar Das Kapital un intermedio entre Reyes I y el Cantar de los Cantares. Para colmo de males, Aaron Geisenheimer complementaba su sesión diaria de treinta minutos en el patio de ejercicios, asistiendo a todos los servicios de la capilla de la cárcel, donde su presencia crítica obligó al capellán a elevar el nivel intelectual de sus sermones hasta el punto de que resultaban absolutamente ininteligibles para el resto de la congregación, aunque seguían permitiendo al marxista formular considerables críticas. Debido precisamente a las quejas del capellán, fue una alegría para el alcaide que el Kommandant van Heerden le dijese que estaba pensando en trasladar a Geisenheimer a Fort Rapier.

—Haga usted lo que quiera con ese cabrón —le dijo—. Será una satisfacción para mí, no verle más. Ha conseguido que algunos de los guardianes se pongan insignias maoístas.

El Kommandant le dio las gracias y bajó a la celda de confinamiento solitario número dos, donde el prisionero estaba concentrado en Amos.

—Aquí dice: «Por eso el prudente guardará silencio en tal momento; pues son malos tiempos» —dijo Geisenheimer cuando el Kommandant le preguntó si tenía quejas.

El Kommandant van Heerden echó una ojeada a la celda.

—Bastante reducido esto, eh —dijo—. No hay sitio ni para ahorcar a un gato.

—Sí, desde luego, tiene razón.

—¿Le gustaría trasladarse a un lugar más amplio? —inquirió el Kommandant.

—*Timeo Danaos et dona ferentis* —contestó Geisenheimer.

—No me venga con cháchara cafre a mí —gritó el Kommandant—. Le he preguntado si le gustaría un lugar más amplio.

—No —dijo Geisenheimer.

—¿Por qué diablos no? —preguntó el Kommandant.

—Dice aquí: «Es como quien huyendo del león diera con el oso; como quien al entrar en casa y apoyar la mano en la pared fuera mordido de serpiente». Parece un punto de vista razonable.

El Kommandant van Heerden no quería llevar la contraria a Amos, pero seguía perplejo.

—A veces debe sentirse bastante solo aquí —dijo.

Geisenheimer se encogió de hombros.

—Creo que eso es propio de las celdas de confinamiento solitario —dijo filosóficamente.

El Kommandant volvió al despacho del alcaide Schnapps y le comunicó que no tenía la menor duda respecto a la locura de Geisenheimer. Por la tarde, trasladaron al marxista al Hospital Mental Fort Rapier, donde se encontró con otras once camas y con las obras completas de Marx y Lenin, amablemente proporcionadas por el departamento de libros confiscados de la comisaría de Piemburgo. Cuando el Kommandant se los dio a la doctora von Blimenstein, recordó la terapia de aversión de los policías homosexuales.

—Ah, otra cosa —le dijo, cuando la doctora explicó que ya tenía una lista de once suicidas—. Me gustaría que pasara usted esta tarde a primera hora por el cuartel. Quiero su consejo para conseguir volver normales a unos cuantos maricas.

14

Cuando el Kommandant volvía al cuartel, donde el sargento Breitenbach había reunido a los doscientos diez indignados policías, se sentía satisfecho de cómo iban saliendo las cosas, Claro que aún había problemas que resolver, pero al menos se había dado un primer paso para la restauración de la normalidad. Los suicidas tardarían uno o dos días en estar listos para la detención y el Kommandant aún no había decidido cómo realizarla. Estudiando la nuca del Konstabel Els, halló consuelo una vez más en su forma y color. Lo que la intriga y el ingenio humano no podían lograr en cuanto a la destrucción de pruebas inoportunas, lo podía conseguir el Konstabel Els con su suerte y su malicia espontánea; y el jefe de policía había acariciado muchas veces la esperanza de poder involucrar a Els en el asunto. Sin embargo no parecía factible. Al parecer, la suerte favorecía a Els. Desde luego no favorecía a aquellos con los que él se relacionaba y el Kommandant no dudaba de que Els embrollaría la detención de los once pacientes hasta el punto de desbaratar todo intento posterior de probar la inocencia de los mismos.

Cuando llegaron, el Kommandant van Heerden estaba bastante más animado. No podía decirse lo mismo de los doscientos diez policías, que se resistían a que les sometieran por segunda vez a la terapia de aversión.

—Pero, chato mío, no ves que nadie tiene ni idea de cómo saldremos esta vez —dijo uno de ellos al sargento Breitenbach—. No lo sabe nadie, ¿a que no?

En vista de lo ocurrido anteriormente, el sargento Breitenbach hubo de admitir que el agente tenía razón.

—No podéis quedar peor de lo que estáis —dijo Breitenbach compasivo.

—¿Y eso quién lo sabe? —dijo el agente con una sonrisa tonta—, podríamos convertirnos en animales completos.

—Es un riesgo que estoy dispuesto a correr —dijo el sargento.

—¿Pero y nosotros qué, cariño? ¿Qué me dices de nosotros? Como comprenderás no es nada divertido no saber ahora lo que vas a ser dentro de un

momento, ¿verdad? Es inquietante, eso es lo que es.

—¿Y el equipo que nos compramos, qué? Sostenes y bragas y todo —dijo otro sargento—. Una pequeña fortuna. Y ya sabes que eso no te lo cambian.

El sargento Breitenbach se estremeció; y cuando se preguntaba cómo conseguiría hacerles entrar en el salón, llegó el Kommandant y le liberó de esa responsabilidad.

—Apelaré a su patriotismo —dijo, mirando con evidente disgusto la peluca rubia del agente Botha.

Cogió un micrófono y arengó a los maricas.

—Hombres de la policía sudafricana —gritó; la duda resonaba en su voz, que retumbó en el patio y en la ciudad—. Agentes de la policía sudafricana, comprendo que no queráis repetir la experiencia por la que pasasteis hace poco. Sólo puedo deciros que he ordenado este nuevo tratamiento, que os volverá a convertir en los buenos policías que erais antes, por el bien de todo el país. Esta vez supervisará el tratamiento un psiquiatra experimentado y no habrá errores.

Interrumpió al Kommandant en este punto una carcajada y un policía especialmente simplón, que parecía llevar pestañas postizas, le hizo un guiño insinuante. Agotado ya por la rápida sucesión de los acontecimientos, el Kommandant van Heerden perdió el control.

—Escuchadme bien, hatajo de pendejos —gritó, exponiendo su sincera opinión con una amplificación que permitía que le oyeran en cuatro kilómetros a la redonda—, he visto muchos cretinos tarados en mi vida, pero nada comparado con vosotros. Jamás había tenido la desgracia de conocer a un montón tan repugnante de invertidos tarados. Pero cuando haya terminado con vosotros, habré conseguido que seáis seres normales —se dirigió al agente de las pestañas postizas para reprenderle personalmente, y precisamente cuando le estaba diciendo que no volvería a ver otro esfínter delante sin ponerse a morir llegó la doctora von Blimenstein y se restauró el orden. Los policías se quedaron mirando la corpulenta figura de la doctora en silencio, respetuosamente, mientras ella avanzaba hacia ellos insinuante y lentamente.

—Si me lo permite, Kommandant —dijo la doctora mientras la presión sanguínea de éste bajaba hasta un nivel próximo a la normalidad—, creo que lo enfocaré de otro modo.

El Kommandant van Heerden entregó el micrófono a la doctora y al momento los ecos de sus tonos melodiosos resonaban en el patio de desfiles.

—Chicos —dijo la doctora, utilizando un término más apropiado—, quiero que todos penséis en mí —hizo una pausa seductora— como en una amiga, no como en alguien a quien se teme.

Un estremecimiento de excitación nerviosa recorrió las filas. Era evidente

que a aquellos policías la idea de ser amigos de alguien tan impregnado de sexualidad frustrada, fuera cual fuera su sexo, los encantaba. La doctora von Blimenstein siguió hablando y el Kommandant se fue, convencido de que todo estaba ya controlado, al ejercer su influencia sobre los maricas el hermafroditismo magnético de la doctora. El sargento Breitenbach estaba en la sala inspeccionando el transformador y pensó: «¡Qué mujer tan horrible!».

La doctora von Blimenstein estaba explicándoles a los policías los placeres que debían esperar de las relaciones heterosexuales.

—La futura señora Verkramp —dijo lúgubremente el Kommandant—. Se lo ha pedido él.

El Kommandant fue a atender otro asunto, dejando al sargento reflexionando sobre esta nueva prueba de la demencia de Verkramp. Una delegación de ministros de la iglesia reformada holandesa habían acudido a sumar sus objeciones a las de los policías.

El Kommandant les pasó a un despacho de la parte de atrás del edificio y esperó a que la doctora tuviera sentados a todos sus pacientes para empezar su conversación con los clérigos.

—No tiene usted derecho a alterar la naturaleza del hombre —dijo el reverendo Schlachbals—. Dios nos ha hecho lo que somos y usted está interfiriendo en la obra divina.

—Dios no hizo maricones a esos hombres —dijo la doctora; su lenguaje confirmó la opinión del ministro de que aquella mujer era un instrumento del diablo—. Fue obra del hombre y el hombre debe rectificarla.

El Kommandant van Heerden asintió para indicar que estaba de acuerdo. Creía que ella había expuesto el caso a la perfección. Pero era evidente que el reverendo Schlachbals no lo creía así.

—Si el hombre puede convertir a honrados jóvenes cristianos en homosexuales mediante procedimientos científicos —insistió—, el paso siguiente será convertir a los negros en blancos; y ¿dónde iremos a parar entonces? Estarán en peligro la civilización occidental y el cristianismo en Sudá-frica.

El Kommandant van Heerden asintió de nuevo. Era evidente que el ministro tenía su razón. No lo creía así, en cambio, la doctora.

—Está claro que tergiversa usted la naturaleza de la psicología conductista —explicó—. Nosotros lo único que hacemos es rectificar los errores que se han cometido. No vamos a alterar características esenciales.

—¿No irá a decirme usted que estos jóvenes son, ejem… esencialmente homosexuales? —dijo el clérigo—. Impugna usted los fundamentos morales de toda nuestra comunidad.

La doctora von Blimenstein se negaba a admitir tal cosa.

—¡Qué absurdo! —dijo—. Yo lo único que digo es que la terapia de aversión puede ejercer un grado de presión moral que no puede lograrse con ningún otro tratamiento.

El Kommandant van Heerden, que había estado pensando en lo de volver blancos a los negros mediante electrochoque, intervino ahora para decir que si eso fuera posible, miles de negros se habrían vuelto ya blancos.

—Siempre les aplicamos electrochoques —dijo—. Forma parte de nuestro método normal de interrogatorio.

El reverendo Schlachbals no se impresionó lo más mínimo.

—Eso es muy distinto —dijo—. El castigo es bueno para el alma. Pero la doctora interfiere en la obra divina.

—¿Intenta decirme usted que Dios ha ordenado que estos policías sigan siendo maricones? —preguntó el Kommandant.

—Por supuesto que no —dijo el clérigo—. Lo que digo es que ella no tiene derecho a emplear métodos científicos para cambiarles. Eso sólo puede conseguirse con un esfuerzo moral nuestro. Lo que hace falta es oración. Entraré en esa sala y me arrodillaré…

—Hágalo —dijo el Kommandant— y no me responsabilizo de lo que ocurra.

—… y pediré por el perdón de los pecados —concluyó el ministro.

Al final se decidió utilizar conjuntamente ambos métodos. La doctora von Blimenstein inició la terapia de aversión mientras el reverendo Schlachbals celebraba un servicio religioso con la esperanza de conseguir la conversión espiritual. El esfuerzo conjunto fue un éxito completo, aunque el reverendo Schlachbals tardó un tiempo en hacerse a la idea de tener que dirigir a la congregación en «Roca de los siglos, ábrete» con el acompañamiento de diapositivas de hombres desnudos de ambas razas proyectadas a tamaño doble del natural sobre su cabeza. El canto de la congregación era, al principio, bastante irregular también, pero la doctora von Blimenstein cogió pronto el compás y pulsaba el botón del electrochoque con más firmeza cada vez que era necesaria una nota especialmente alta. Atados a sus sillas, los doscientos diez policías daban rienda suelta a sus sentimientos con un fervor que el ministro consideraba sumamente gratificante.

—Hacía mucho que no veía una congregación tan entusiasta —le dijo al reverendo Diederichs, que le sustituyó al cabo de tres horas.

—Los caminos de Dios son misteriosos —dijo el reverendo Diederichs.

En Fort Rapier, Aaron Geisenheimer pensaba de forma muy parecida, aunque en su caso no eran los caminos de Dios los que le parecían misteriosos sino los del proceso de la historia. La llegada de once pacientes, cuya inteligencia quedaba demostrada por el hecho de que la situación política de Sudáfrica les

hubiera impulsado al suicidio sin que fueran además lo bastante tontos como para llevarlo a cabo, proporcionó al eminente marxista materia de meditación. También le dio que pensar la actitud de las autoridades del hospital, que no pusieron objeción alguna a que les instruyese en las complejidades del materialismo dialéctico, sino que parecían muy deseosos de que lo hiciera. Meditando sobre este cambio extraordinario, llegó a la conclusión de que la policía andaba buscando pruebas para un nuevo juicio, aunque se le escapaba la razón de que desearan aumentar su condena que ya era de cadena perpetua. Fueran cuales fueran los motivos, decidió no darles lo que querían y evitó cuidadosamente hablar de comunismo a sus nuevos compañeros. A cambio, y para dar rienda suelta a su necesidad de conversar, ya compulsiva antes de su detención y que no habían aplacado los siete años de confinamiento, instruyó a los once hombres en historia bíblica con una eficacia tal que al cabo de una semana estaban curados de sus tendencias suicidas y los once eran cristianos convencidos.

—¡Maldita sea! —gruñó el Kommandant cuando la doctora von Blimenstein le comunicó que Geisenheimer no estaba cooperando—. Lo lógico es que ese cabrón estuviese encantado de poder envenenarles la mente con ideas marxistas. No podemos sentar en el banquillo a doce cristianos fervorosos.

—Bueno, no sé —dijo la doctora—. Después de todo sentó usted en el banquillo al deán de Johannesburgo.

—Aquello era distinto —dijo el Kommandant—. Él era comunista.

Intentó idear un modo de atajar el problema.

—¿No podría coger a esos puercos e hipnotizarles o algo por el estilo?

La doctora von Blimenstein no entendía qué podía sacarse en limpio con eso.

—Los hipnotiza y les dice que cuando despierten sean comunistas —dijo el Kommandant—. Con el hipnotismo se puede conseguir cualquier cosa. Yo una vez vi a un hipnotizador convertir a un hombre en una tabla y sentarse encima.

La doctora dijo que con las ideas era distinto.

—No se puede hacer que la gente haga cosas que en la vida normal se negaría a hacer. No se puede conseguir que actúen contra su propio sentido moral.

—Yo imagino que aquel tipo no querría ser una tabla —dijo el Kommandant—, ni en su vida normal ni nunca. Y en cuanto al sentido moral, yo diría que esos suicidas tienen mucho en común con los comunistas. Todos los comunistas que he conocido querían que se concediera el voto a los negros y si eso no es suicida, dígame qué lo es.

Luego advirtió a la doctora que tenía que hacer algo rápidamente y se fue.

—Pretoria va a enviar muy pronto un equipo de investigadores y entonces sí que estaremos todos con la mierda al cuello —le dijo.

Aquel mismo día, más tarde, tuvo el mismo problema, esta vez con el reverendo Schlachbals, por la utilización de mujeres desnudas en el tratamiento aplicado a los homosexuales.

—Esa doctora quiere traer aquí mujeres desnudas de los clubs de Durban y hacerlas desfilar delante de los chicos —se lamentó el reverendo—. Dice que quiere comprobar su reacción. Yo no lo toleraré.

—A mí me parece una buena idea —dijo el Kommandant.

El reverendo Schlachbals le miró con aire reprobatorio.

—Tal vez lo sea, pero para mí es demasiado. Lo de los hombres puedo aceptarlo, pero las mujeres desnudas ya es otro asunto.

—Eso es asunto suyo —dijo el Kommandant. El reverendo enrojeció.

—No me refiero a eso —dijo, y se fue.

El Kommandant autorizó a la doctora a seguir adelante con la prueba y aquel mismo día, más tarde, unas cuantas chicas pechugonas de varios clubs de Durban hicieron su número delante de los policías, mientras el sargento Breitenbach recorría las filas con una fusta, comprobando si todos reaccionaban correctamente. Cuando terminó, informó:

—Todos presentes y erectos, señor.

El Kommandant agradeció a la doctora su ayuda y la acompañó hasta el coche.

—No ha sido ninguna molestia —dijo la doctora—. La experiencia ha sido en conjunto muy valiosa para mí. No todas las mujeres pueden decir que logran producir un efecto tan estimulante en doscientos diez hombres a la vez.

—Doscientos once, doctora —dijo el Kommandant, con una galantería extraordinaria, dándole a la doctora la impresión de que había hecho una conquista. El Kommandant había visto de reojo a Els a punto de violar a una de las coristas.

—Una mujer asombrosa —confesó el sargento Breitenbach—. No envidio las oportunidades de Verkramp con ella.

—Ese matrimonio no lo veo bien —dijo el Kommandant.

En Damas Blancas, la señora Heathcote-Kilkoon había llegado a la misma conclusión respecto a su propio matrimonio con el coronel. Desde la primera y breve prueba de dicha en la cañada, no había dejado de pensar en el Kommandant. Tampoco el coronel.

—Maldito tipejo. Viene aquí, destroza mis mejores rosales, me mata de agotamiento a un caballo valiosísimo, contamina una pecera de peces tropicales,

envenena al pobre Willy y por último se larga con un batidor extraordinario —dijo, furioso.

—Yo cogí cierto afecto a Harbinger —dijo con ternura La Marquise.

No obstante, la visita del Kommandant se olvidó en general y la breve visión de alarmante realidad que había proporcionado su presencia a los miembros del club Dornford Yates añadió un nuevo y frenético gozo a sus esfuerzos por evocar el pasado. Fueron a Swaziland para jugar en el casino de Piggs Peak en memoria del gran golpe de suerte de Berry en San Sebastián, en Jonah & Co. y cuando había ganado cuatro mil novecientas noventa y cinco libras. El coronel Heathcote-Kilkoon perdió cuarenta antes de renunciar y volvió a casa en medio de una tormenta intentando mostrar una despreocupación que no sentía. Fueron luego a las carreras, pero de nuevo sin suerte. El coronel insistió en apostar sólo a caballos negros en memoria de Chaka.

—Babuino miserable —dijo, con una voz que hizo flotar su mezcla única del Inner Circle County por encima de las cabezas de la multitud—. Ese maldito jockey iba frenando.

—Debiéramos organizar nuestras propias carreras, Berry —dijo el hombre gordo—. Había una carrera de coches en Jonah & Co.

—Por Júpiter que creo que tiene razón —dijo La Marquise, que interpretaba a Piers, duque de Padua.

—Los coches se llamaban Ping y Pong —dijo el mayor Bloxham—. Y la carrera era de Angouléme a Pau. Eran trescientos cincuenta kilómetros.

Al día siguiente, las polvorientas carreteras de Zululandia presenciaron la gran carrera de Weezen a Dagga, ida y vuelta, y a la caída de la noche el coronel, como Berry, había compensado sus pérdidas del día anterior. Aunque Weezen no era Angouléme y el parecido de Dagga con Pau se limitaba a la vista con fondo de montañas, el club salvó estas deficiencias a base de imaginación y conduciendo con un desprecio absoluto por los demás usuarios de la carretera. Ni siquiera Berry & Co. habrían puesto objeciones; y entre otros trofeos, el coronel cobró dos cabras y una gallina de guinea. En el asiento trasero del Rolls, la señora Heathcote-Kilkoon representaba lo mejor posible a Daphne, aunque sin entusiasmo. Otro tanto podría decirse del duque de Padua, que insistió en que el hombre gordo hiciera un alto en Sjambok mientras ella se compraba un aro hinchable. Aquella noche, la señora Heathcote-Kilkoon le dijo al coronel que a la mañana siguiente bajaría a Piemburgo.

—¿Otra permanente, eh? —dijo el coronel—. Bien, no hay que extremar las cosas. Mañana por la noche es «Berry prescinde de su virilidad».

—Sí, querido —dijo la señora Heathcote-Kilkoon.

Al día siguiente a primera hora ya estaba camino de Piemburgo. Mientras el

gran coche se deslizaba Rooi Nek abajo, la señora Heathcote-Kilkoon se sentía libre y extrañamente juvenil. La barbilla alzada, enarcadas las cejas, bajos los párpados, una levísima sonrisa aleteando en la boca chiquita, se recostaba con un aire indescriptible de eficacia natural extraordinariamente atractiva. Sólo sus labios completamente abiertos revelaban su ansiedad…

Aún estaba de buen humor cuando el sargento Breitenbach la hizo pasar al despacho del jefe de policía.

—¡Querido mío! —exclamó en cuanto la puerta se cerró; y llenó la estancia de una elegante visión de seda malva.

—Por amor de Dios —farfulló el Kommandant, retirando los brazos de aquella mujer de su cuello.

—Tenía que venir, no podía esperar —dijo la señora Heathcote-Kilkoon.

El Kommandant van Heerden miró frenético por la habitación. Tenía en la punta de la lengua algo sobre cagarse en la propia puerta, pero consiguió contenerse y no decirlo. En vez de eso, preguntó por el coronel.

La señora Heathcote-Kilkoon se reclinó en una butaca.

—Está furiosísimo contigo —le dijo. El Kommandant van Heerden palideció —. No puedes culparle, ¿verdad? —continuó ella—. Quiero decir, imagina cómo estarías tú en su lugar.

El Kommandant no tenía que imaginárselo. Lo sabía.

—¿Qué va a hacer? —preguntó, nervioso. La imagen del coronel cornudo disparando contra él, se agigantó en su mente—. ¿Se ha comprado un fusil?

La señora Heathcote-Kilkoon se retrepó en el asiento y se echó a reír.

—¿Qué si se ha comprado un fusil? Pero, cariño, tiene todo un arsenal —dijo—. ¿No viste su armería?

El Kommandant se apresuró a tomar asiento, pero se levantó al instante. Para rematar la terrible situación a la que le había llevado Verkramp, esta nueva amenaza no sólo a su posición sino también a su vida era ya la última gota. La señora Heathcote-Kilkoon percibió su preocupación.

—No debía haber venido —dijo, quitándole las palabras de la boca—. Pero, claro, tenía que decirte…

—Como si no tuviera ya bastantes problemas entre manos para añadir éste —gruñó el Kommandant; su instinto de supervivencia eliminó las escasas apariencias que hubiera podido mantener anteriormente en presencia de ella. La señora Heathcote-Kilkoon adaptó su lenguaje al estado de ánimo de él.

—¿Es que mi dodó ya no quiere a su mamaíta? —dijo, en un arrullo.

El Kommandant se estremeció con una extraña satisfacción.

—Claro que sí la quiere —dijo, irritado, refugiándose en la tercera persona de la idea de extinción que le evocó el dodó. Estaba a punto de decir que ya tenía

bastante a sus espaldas sin necesidad de maridos celosos, cuando se oyó una llamada a la puerta y entró el sargento Breitenbach.

—Un telegrama urgente para Verkramp, señor —dijo—. Del DSE. Supuse que querría usted verlo.

El Kommandant le arrancó de la mano el telegrama y lo miró. «Inmediata explic sub terr Piemburgo stop Urg arr interr com libs stop detalle medidas stop Enviamos equipo sub terr», leyó y miró perplejo al sargento.

—¿Qué diablos significa? —preguntó.

El sargento Breitenbach miró significativamente a la señora Heathcote-Kilkoon.

—No se preocupe por ella —gritó el Kommandant—. Dígame lo que significa esto.

El sargento examinó el telegrama.

—Inmediata explicación subversión terrorista Piemburgo stop Urgente arresto interrogatorio comunistas y liberales stop Detalle medidas tomadas stop Enviamos equipo subversión terrorista DSE.

—¡Dios mío! —gimió el Kommandant, para quien la noticia de que estaba en camino un equipo de investigadores del DSE era el golpe definitivo—. ¿Y qué hacemos ahora?

La señora Heathcote-Kilkoon escuchaba sentada, con la impresión de hallarse en el centro de la acción, donde se tomaban las decisiones importantes, donde hombres auténticos tomaban decisiones auténticas para hacer cosas auténticas. Era una experiencia extrañamente estimulante. El vacío entre fantasía y realidad que tras años de lectura de Dornford Yates y de interpretar a Daphne para el Berry del coronel por el continente negro, se había creado en su mente, se cerró súbitamente. Fuera lo que fuera, era esto y la señora Heathcote-Kilkoon, excluida durante tanto tiempo de Ello, quería participar en Ello.

—Si al menos pudiera ayudar —dijo, melodramáticamente, cuando la puerta se cerró tras el sargento Breitenbach, que acababa de admitir que él no podía.

—¿Cómo? —dijo el Kommandant, que lo que quería era que le dejaran solo para poder pensar en alguien a quien detener antes de que llegaran los hombres del DSE.

—Podría ser tu encantadora espía —dijo ella.

—No necesitamos espías encantadoras —dijo secamente el Kommandant—. Lo que necesitamos son sospechosos.

—¿Qué tipo de sospechosos?

—Once malditos lunáticos que sepan utilizar explosivos de gran potencia y odien la africanidad lo bastante para querer retrasar el reloj mil años —dijo de mala gana el Kommandant y se sorprendió al ver que la señora Heathcote-Kilkoon

echaba hacia atrás su encantadora cabeza y empezaba a reírse.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó, sintiéndose ya histérico del todo.

—Oh, pero qué divertido —chilló la señora Heathcote-Kilkoon—. Qué extraordinariamente divertido. ¿Pero es que no te das cuenta de lo que acabas de decir?

—No —dijo el Kommandant, mientras los rizos teñidos de ella se bamboleaban deliciosamente.

—¿Pero es que no caes en la cuenta? El Club. Once lunáticos. Boy, Berry, Jonah… oh, es extraordinario.

El Kommandant van Heerden se sentó ante el escritorio; la luz de la comprensión iluminaba sus ojos enrojecidos. Mientras la risa de la señora Heathcote-Kilkoon sorprendía al sargento Breitenbach, que estaba en la habitación de al lado y despertaba en el agente Els recuerdos de otros tiempos y otros lugares, el Kommandant van Heerden comprendió que sus problemas habían terminado.

—Dos pájaros de un tiro —susurró y pulsó el timbre del sargento Breitenbach.

Al cabo de diez minutos, la señora Heathcote-Kilkoon, un tanto asombrada por la rapidez con que la habían despedido del despacho del Kommandant, aunque riéndose aún de su broma, estaba en la peluquería.

—Creo que, para variar, hoy me teñiréis de negro —le dijo a la auxiliar con un sentido intuitivo de la oportunidad.

15

En el cuartel, hacía tan poco escenario de conversión sexual, el Kommandant van Heerden daba instrucciones a sus hombres.

—Los saboteadores están instalados en una casa llamada Damas Blancas, cerca de Weezen —informó a sus oficiales—. El jefe es un excoronel del servicio secreto británico, uno de sus hombres más importantes que sirvió en el círculo interno de la clandestinidad durante la guerra. Su segundo es un tal Mayor Bloxham y el grupo de sabotaje ha utilizado como pantalla un club creado, en apariencia, con fines literarios. Se hallan en posesión de una considerable cantidad de armas y municiones y preveo una resistencia feroz cuando rodeemos la casa.

—¿Cómo sabemos que son los hombres que andamos buscando? —preguntó el sargento Scheepers, del departamento de Seguridad.

—Comprendo que para usted esto sea un tanto sorprendente, sargento —contestó el Kommandant con una sonrisa—. Pero los de la policía uniformada también tenemos nuestros agentes investigadores. Ustedes, los del Departamento de Seguridad, no son los únicos que trabajan en secreto —hizo una pausa para permitir que esta información fuera bien asimilada—. Durante el último año, el Konstabel Els ha estado trabajando en la zona de Weezen, corriendo un riesgo considerable y haciéndose pasar por un presidiario. —De pie a un lado del Kommandant, Els se ruborizó modestamente—. Gracias a sus esfuerzos, pudimos infiltrarnos en la organización comunista. Además —añadió, antes de que alguien pudiera aducir que Els no era testigo fidedigno—, durante las dos últimas semanas, yo mismo he investigado el asunto personalmente y sobre el terreno. He confirmado los descubrimientos del agente Els y puedo atestiguar el hecho de que todas estas personas son enemigos declarados de la República, que mantienen una lealtad incuestionable a Inglaterra y que son absolutamente despiadados. A mí mismo intentaron matarme mientras cabalgaba.

—¿Hay alguna otra prueba de que esos hombres sean los responsables de los

ataques terroristas de Piemburgo? —preguntó el sargento Breitenbach.

El Kommandant asintió.

—Excelente pregunta, sargento —dijo—. En primer lugar, el Konstabel Els prestará declaración como testigo y dará pruebas de que oyó hablar varias veces al coronel y a sus socios de que era necesario un cambio de gobierno en Sudáfrica. En segundo lugar, Els confirmará que las noches que tuvieron lugar los ataques, el grupo salió pronto de la casa y no volvieron a acostarse hasta la madrugada. Y en tercer lugar, y es muy importante, uno de los miembros del grupo se presentará como testigo del fiscal y confirmará que todos estos cargos son correctos. ¿Satisfecho, sargento?

—Todo parece bastante circunstancial, señor —dijo el sargento Breitenbach, vacilante—. Quiero decir que si no hay ninguna prueba firme…

—Sí —dijo el Kommandant con firmeza y, buscando en su bolsillo, sacó un objeto pequeño—. ¿Han visto ustedes un chisme de éstos alguna vez? —preguntó. Era evidente que todos habían visto un detonador de la policía—. Bien —prosiguió el Kommandant—. Pues éste se halló en los establos de Damas Blancas.

—¿Lo encontró el Konstabel Els? —inquirió el sargento Breitenbach.

—Lo encontré yo —dijo el Kommandant; y tomó mentalmente nota de que debía enviar a Els por delante con un furgón de la policía lleno hasta los topes de gelignita, mechas, detonadores y preservativos para asegurar que hubiera suficientes pruebas concluyentes para satisfacer al sargento Breitenbach cuando el resto de la fuerza llegara. Entretanto, explicó la distribución de la casa y el jardín y ordenó que desplegaran una fuerza completa de carros blindados, doscientos policías armados con ametralladoras Sterling, perros policía alemanes y dóberman pinschers—. Y recuerden que nos enfrentamos a asesinos profesionales —dijo, para terminar—. Estos tipos no son unos aficionados.

Cuando la señora Heathcote-Kilkoon salió perfectamente lavada, con su permanente y su marcado de la peluquería, pudo ver el convoy encabezado por los cinco carros blindados arrastrándose con estruendo por la calle mayor. Se quedó un momento mirando a los policías que atiborraban los camiones y se le hinchó el pecho de admiración por la evidente eficacia del Kommandant. Cuando el último camión, lleno de perros policía alemanes, dobló la esquina y desapareció, se volvió y se dirigió a la comisaría a decirle una vez más cuánto le echaba de menos, opinión confirmada por el sargento de guardia.

—¿Pero adónde ha ido? —preguntó ella quejumbrosamente.

—Lo siento, señora —dijo el sargento—. No estoy autorizado a decírselo.

—¿Pero no hay forma de que pueda averiguarlo?

—Verá, si sigue usted ese convoy, le aseguro que le encontrará —dijo el

sargento, y la señora Heathcote-Kilkoon salió a la calle disgustada y bastante hambrienta. Para consolarse, se fue a Lorna’s Causerie en Dirk’s Arcade a tomarse un té con unos pastelillos.

«Probaré más tarde —pensó—. No puede haber ido lejos». Pero cuando una hora después volvió a la comisaría, se enteró de que el Kommandant no regresaría hasta el día siguiente.

—¡Qué extraño que no me lo dijera! —dijo, desplegando un aura de encanto clase media que habría subyugado a hombres aún más fuertes que el sargento que estaba de servicio.

—No debe saberse —le dijo confidencialmente—, pero han ido a Weezen.

—¿De maniobras? —preguntó la señora Heathcote-Kilkoon esperanzada.

—A detener a los saboteadores —dijo el sargento.

—¿En Weezen?

—Eso mismo —dijo el sargento—, pero no le diga a nadie que se lo he dicho.

La señora Heathcote-Kilkoon le aseguró que no lo haría y salió a la calle asombrada ante el nuevo giro de los acontecimientos. Estaba a medio camino ya del coche, cuando cayó de pronto en la cuenta de lo que había hecho.

—¡Oh, Dios mío! —sollozó, e hizo el resto del camino hasta el Rolls corriendo, sólo para descubrir al llegar que se había dejado las llaves en alguna parte. Buscó en el bolso, pero no estaban. En un estado de absoluto aturdimiento, volvió corriendo a la peluquería y salió a los cinco minutos con las manos vacías. Cuando estaba parada en la calle sin saber qué hacer, desesperada, se acercó un taxi.

Se apresuró a tomarlo.

—A Weezen, deprisa —dijo. El conductor se volvió y movió la cabeza.

—Son más de cien kilómetros —dijo—. No puede ser.

—Le pagaré tarifa doble —dijo desesperada la señora Heathcote-Kilkoon y abrió el bolso—. Así le pago también el viaje de retorno.

—De acuerdo —dijo el conductor.

—De prisa, por amor de Dios —le dijo ella—. Es un asunto de vida o muerte.

El taxi arrancó y pronto saltaba por las ondulaciones de la carretera en dirección a las montañas. A lo lejos, un relámpago ahorquillado en el horizonte anunció que se avecinaba una tormenta.

Cuando el relámpago flameó a su alrededor y el granizo repiqueteó en el techo

del furgón, el Konstabel Els puso en marcha los limpiaparabrisas y atisbo la oscuridad. Conduciendo con su habitual desprecio por los demás usuarios de la carretera, su propia vida y la de cualquier ser vivo en un kilómetro a la redonda de aquel furgón, que podía explotar, Els pensaba emocionado en la diversión de aquella noche. Sería una compensación por el tono que el coronel Heathcote-Kilkoon había empleado para dirigirse a él en el pasado. «Ya le daré yo a él Harbinger», pensaba con fruición. Cuando llegó a Weezen ya era de noche. Pasó de largo y torció en el camino de Damas Blancas. Con un despliegue de jactancia basado en su conocimiento de los hábitos alcohólicos de la casa, entró con el furgón hasta el patio de atrás y paró allí el motor. Un rostro negro atisbo el interior del vehículo. Era Fox.

—Harbinger —dijo—. Has vuelto.

Els saltó del furgón, fue a la parte trasera y abrió las puertas. Se volvió entonces y llamó:

—Fox, cafre, ven aquí.

Pero no hubo respuesta. Reaccionando al mismo instinto de conservación que caracterizaba a su homónimo el zorro, Fox había cruzado el jardín, y corría entre los árboles para poner la mayor distancia posible entre él y el hombre vestido con uniforme de la policía sudafricana al que conocía por el nombre de Harbinger. Fox identificaba la muerte cuando la veía.

En el interior de la casa estaban entretanto el coronel Heathcote-Kilkoon y sus invitados. No eran tan perspicaces.

«Qué le habrá ocurrido a Daphnee —se preguntaba el coronel mientras se vestía para la fiesta—, es propio de ella llegar tarde esta noche». Se miró en el espejo y se calmó. La túnica de crespón rosa claro, con manguitos largos acampanados y una banda de terciopelo negro atada a un lado le sentaba, era evidente, como un guante. El gran sombrero de paja toscana, con las cintas de terciopelo negro atadas bajo la barbilla, adornado con una rosa muy abierta que le caía sobre un ojo, amenazaba con ocultar su cabellera rebelde. Medias de seda blanca y unas zapatillas normales completaban su atuendo. Un diminuto mandil de muselina que llevaba estarcida la leyenda «rosa inglesa», proclamaba claramente su identidad.

—Berry del natural —murmuró y consultó el capítulo XI de Jonah & Co., para ver si faltaba algún detalle. Tomó luego su bolso de abalorios y fue a reunirse abajo con los demás, que estaban esperando que empezara la fiesta.

—Yo voy de Incroyable —le dijo el mayor Bloxham a La Marquise, que representaba a Sycamore Tight.

—Absolutamente, querido —chilló ella con voz aguda.

La entrada del coronel Heathcote-Kilkoon como Berry de Rosa inglesa fue

recibida con admiración extasiada. El coronel esperó que se apagaran las risas para dirigirse a sus invitados.

—Como sabéis —dijo—, todos los años celebramos nuestra reunión anual con la representación final de uno de los grandes episodios de la vida de Berry & Co. Esta noche es el capítulo XI de Jonah & Co., «Berry prescinde de su virilidad». Me complace ver la excelente concurrencia de este año.

Tras unas palabras más sobre la necesidad de mantener ondeando la bandera en lugares del extranjero, que La Marquise tomó como un cumplido, el coronel le dijo al mayor Bloxham que pusiera en marcha el tocadiscos y luego se puso a bailar un tango con él.

—Esta ropa interior de Daphne es estrechísima —comentó cuando daban una contravuelta.

—También la de La Marquise —dijo el mayor.

Fuera, en la oscuridad, junto a la ventana, Els observaba la escena con interés. «Siempre me pregunté por qué le gustarían tanto las rosas», se dijo, contemplando al coronel con un nuevo aprecio.

Volvió al furgón y empezó a transportar las pruebas de la conspiración del coronel para derrocar el gobierno de Sudáfrica al cuarto de los arreos de las caballerías. Después de colocar varios cientos de kilos de gelignita en los estantes, que antes no contenían más elementos acusatorios que el jabón para limpiar las monturas, empezó a lamentar haber dejado escaparse a Fox. Cuando por fin colocó la última caja de condones Durex Fetherlites sin contratiempo, encendió un cigarrillo y se sentó tranquilamente en la oscuridad a considerar qué otras medidas debía tomar.

—Parece que la fiesta va a ser un éxito explosivo —oyó que decía el hombre gordo al mayor Bloxham en la terraza, donde ambos orinaban intermitentemente sobre un parterre de begonias. Els se dio por aludido y apagó el cigarrillo, pero el comentario le dio también una idea. Salió a gatas del cuarto de arreos y al momento estaba transportando cubos de queroseno del almacén de combustible por el patio y vaciándolos en la bodega del coronel, donde se esparcían inadvertidos sobre el borgoña australiano. Para sumar más elementos a la mezcla incendiaria, transportó también varios paquetes de gelignita y los echó en la bodega. Y, por último, para evitar que alguien saliera de la casa sin dejar rastro, echó una solución de semillas de anís en las esterillas antes de subir al furgón y llevarlo hasta el portón principal para esperar allí la llegada del convoy de la policía. Pasaron diez minutos y el convoy no aparecía, así que decidió volver a ver cómo iba la fiesta.

«Tengo que matar el tiempo», murmuró mientras cruzaba el huerto. Frente a él, Damas Blancas, brillantemente iluminada para la ocasión, rezumaba una

atmósfera de discreto abandono. Ahora el Black Botton había sustituido al tango y el coronel descansaba sentado con La Marquise mientras el mayor Bloxham y el individuo gordo discutían los ingredientes de un combinado llamado «glándula de mono». Els rodeó a tientas la casa sin la más mínima consideración por las plantas del coronel y encontró al fin una ventana desde la que tenía una excelente vista de la fiesta; estaba observando valorativamente a la Rosa inglesa cuando La Marquise alzó la vista y le vio.

El Kommandant van Heerden, que iba en el segundo carro blindado, estaba empezando a lamentar haberle entregado a Els más de cien kilos de gelignita. Desde luego era la única persona que conocía la distribución de la casa y además, si hubiera explotado, ya lo habría oído, se decía. Se consoló además pensando que no estaría mal, en realidad, que Els destrozara el papel que le había tocado en el reparto. Ni arrestos, ni problemas con las confesiones, ni Els… y volvió a preguntarse si habría sido sensato hacerle caso a la señora Heathcote-Kilkoon. De todas formas, decidió, ya poco podía hacer al respecto. Si ella era tan estúpida como para permitir que su marido se enterara de que le había puesto los cuernos y el coronel amenazaba con matar a un miembro de la policía de Sudáfrica y además a un veterano de la misma, sólo a sí mismo podía echarse la culpa de las consecuencias. El Kommandant no podía recordar con exactitud si la señora Heathcote-Kilkoon había dicho realmente que su marido había amenazado con matarle; pero, de todas formas, bastaba la simple sospecha de que podría hacerlo. Y después había que considerar el interés que sentirían por el coronel los del DSE. Si había algún tipo de sospechoso que les agradara realmente a los del DSE, aparte de los millonarios judíos cuyos padres hubieran emigrado de Petrogrado, eran los ingleses de la vieja escuela vinculados a la Iglesia anglicana. El franco desprecio del coronel hacia los afrikaners apagaría cualquier sospecha de que pudiera ser absolutamente inocente, mientras que su experiencia durante la guerra en el movimiento clandestino y su adiestramiento en explosivos le convertían justamente en el tipo de individuo que el DSE llevaba años buscando. El Kommandant recordó la Union Jack que ondeaba delante de Damas Blancas. A ojos del DSE, bastaría con eso para condenar al coronel y a su club como traidores.

Finalmente, para apagar todo resto de duda que pudiera quedar aún en su conciencia, el Kommandant recordó que su abuelo había muerto a manos de los británicos después de la batalla de Paardeburg.

«Lo uno por lo otro», pensó, y ordenó al conductor que parase en la

comisaría de Weezen, donde insistió en ver al sargento que estaba al mando.

—¿El coronel Heathcote-Kilkoon comunista? —preguntó el sargento, que apareció al fin en pijama—. Tiene que haber algún error.

—Según nuestra información es un terrorista entrenado por el servicio secreto británico —dijo el Kommandant—. ¿Ha comprobado usted sus actividades durante la guerra en los informes de seguridad?

—¿Qué inf…? —se le escapó al sargento, antes de comprender su error—. No.

—Yo siempre guardo una copia de archivo por si los de la central de seguridad pierden el informe que les envío —dijo el Kommandant—. Es asombroso las veces que han extraviado las cosas que les he mandado. —Echó una ojeada aprobatoria a la comisaría—. Hacen ustedes bien las cosas aquí, sargento. Va siendo hora de que obtenga un ascenso. Guardar siempre copias de los informes de seguridad es una cosa básica.

Salió y el sargento quedó asombrado al ver las fuerzas que eran necesarias para arrestar al coronel Heathcote-Kilkoon. Como para probar definitivamente que el coronel era en realidad un saboteador comunista entrenado por el servicio secreto británico, se oyó una súbita serie de disparos procedentes de Damas Blancas. El Kommandant van Heerden se apresuró a subir al vehículo blindado y el sargento volvió a su despacho y se sentó ante la máquina de escribir a redactar el informe sobre el coronel. Le resultó mucho más fácil de lo que había supuesto, gracias a un olvido del Kommandant, que se había dejado una copia de su propio informe sobre el escritorio.

Cuando el convoy se puso de nuevo en movimiento, el sargento formulaba por escrito sus sospechas. Fechó el informe seis meses antes.

«Más vale tarde que nunca», pensaba mientras escribía.

Punto de vista éste compartido por el conductor del taxi en que viajaba la señora Heathcote-Kilkoon.

—Hay hielo en la carretera —dijo cuando la señora Heathcote-Kilkoon le pidió que acelerara.

—Qué absurdo. Si hace una noche muy cálida.

—Pero ha caído una tormenta, señora, y si no es propiamente hielo, hay una capa fina de barro y está más resbaladizo que el demonio…

Y para confirmar sus palabras, en la curva siguiente hizo que el coche patinara un poco.

—No querrá usted acabar cayendo por un despeñadero —siguió diciendo,

enderezando el coche—, no adelantaríamos nada con eso.

Sentada en el asiento de atrás, a la señora Heathcote-Kilkoon no se le ocurría nada que significase adelantar mucho. Lo que había empezado con menos esfuerzo emocional que el que le exigía su elección mensual de peinado, se había convertido en un paroxismo de incertidumbre. Una cosa eran las confesiones irónicas melodramáticas. Daban cierto aliciente al aburrimiento de la vida. Pero vehículos blindados y convoys de policías armados con rifles y acompañados por perros furibundos era ya otra cuestión.

«A veces tiene una exceso de algo bueno», pensó, comprendiendo la logística del interés de su amante. Indicaba una devoción completamente desproporcionada y una falta de sentido del humor aterradora.

«Era sólo una broma», susurró, y no la consoló el comentario siguiente del taxista.

—Parece como si hubiera pasado por aquí un ejército entero —dijo cuando el coche giró por el barro que el convoy había removido—. No me extrañaría que hubieran sido tanques.

—Es lo más probable —dijo la señora Heathcote-Kilkoon con más conocimiento y atisbo la oscuridad llena de temores.

En el salón de Damas Blancas, su marido estaba haciendo lo mismo y hasta con más temores. El súbito grito de La Marquise al ver la cara en la ventana dio a la Rosa inglesa ocasión para un despliegue de caballerosidad que tenía el propósito de devolver la confianza del coronel en su propio sexo, confianza que el interés de La Marquise en cierto modo había socavado.

—Yo me ocuparé de ese puerco —gritó y corrió al estudio con toda la rapidez que la ropa interior de su esposa le permitía, saliendo al cabo de un minuto con una escopeta—. Sólo hay una forma de tratar a los intrusos —dijo, y disparó hacia el jardín.

Al Konstabel Els, que corría por el pradillo, la precisión del disparo le sorprendió bastante. Dirigido a un arbusto perfectamente recortado a unos veinte metros a su derecha, que a los ojos del coronel tenía el aspecto de un intruso, la bala rebotó en la rocalla y pasó zumbando de un modo muy desagradable junto a la cabeza de Els. Éste se refugió en un desnivel del jardín y se aflojó la pistolera. Podía ver la figura del coronel mirando hacia fuera recortada contra la luz en una ventana. Apuntó cuidadosamente por encima del hombro del coronel y disparó; la consternación producida en la casa por aquel deliberado fallo por muy poco, le complació muchísimo. Mientras las luces se apagaban y el coronel daba órdenes

de agacharse, se alejó a rastras y pronto estuvo bien oculto entre unas matas de azaleas desde donde podía vigilar la puerta de atrás. La Batalla de Damas Blancas había empezado.

—Dios Todopoderoso —gritó la Rosa inglesa cuando una tercera bala, procedente esta vez de otra parte del jardín, cortó el aire nocturno e hizo añicos un jarrón de la repisa de la chimenea—, es una insurrección. Se han sublevado los nativos.

Con una ansia de venganza que tenía su origen en la certeza de que los cafres estaban utilizando armas más precisas que azagayas y palos, se dispuso a defender su parcela de Civilización Occidental de la marea de barbarie que siempre había esperado. Detrás de él los miembros del Club Dornford Yates, serenos ante la perspectiva de una matanza, corrieron a trompicones al estudio, donde el mayor Bloxham repartía rifles y municiones. Con una autoridad militar que era para él una primera experiencia, el coronel desplegó sus fuerzas.

—Boy, a la habitación de delante. Toby, a la cocina —ordenó—. Todos los demás repartíos entre la biblioteca y el comedor y mantened el fuego.

—¿Qué hago yo? —preguntó La Marquise.

—Repartir las municiones y estar alerta —gritó el coronel con acritud.

La Marquise se arrastró hasta el estudio y empezó a desvestirse. Si iban a llegar las hordas negras, no tenía ningún sentido mantener la ficción de que era un hombre.

—No hay peor destino que la muerte —susurró en la oscuridad.

—¿Qué? —susurró el mayor Bloxham.

—Decía que de noche todos los gatos son pardos —dijo La Marquise.

—Y que lo digas —dijo el mayor, que intentaba desembarazarse de su traje de Incroyable.

En los arbustos de azaleas, el Konstabel Els escuchaba la lluvia de balas procedente de la casa. Iba a ser una buena noche. No tenía ya duda alguna al respecto.

En el segundo carro blindado, el Kommandant van Heerden se sentía menos optimista. El saber que avanzaban hacia una zona en la que Els estaba librando una guerra privada le recordaba antiguos holocaustos iniciados por Els.

«Ese imbécil cabrón seguramente disparará contra su propio bando», pensaba cuando el sargento Breitenbach llegó a pedir órdenes.

—Abran fuego a discreción —le dijo—. No quiero que nadie se acerque demasiado.

Al momento, doscientos policías habían bajado de los furgones y se habían ocultado entre los arbustos que delimitaban el término de Damas Blancas y sumaban su fuego concentrado al de Els y el Club Dornford Yates.

—¿Por qué no ordena que avancen los carros blindados? —preguntó el sargento Breitenbach.

—De ningún modo —dijo el Kommandant, consternado ante la idea de acercarse a Els y a más de cien kilos de gelignita, sin mencionar al furioso coronel y las armas que pudiera tener en su arsenal—. Primero tenemos que conseguir que se rindan, ya avanzaremos luego.

—Hacerles rendirse es buena idea —dijo el sargento mientras el fuego de la policía abría un claro en los setos ornamentales del jardín del coronel. Al fondo, los perros de la jauría de Dornford Yates habían empezado a ladrar, dando un nuevo tono de urgencia a los gruñidos de los perros policía de los furgones de retaguardia.

En el interior de la casa, la idea de estar rodeados y de que las hordas negras estaban armadas con lo último en cuanto a armas automáticas había ido apoderándose de la mayoría de los defensores de la misma. La Marquise había perdido todo interés. Abandonó su puesto y subió gateando al piso de arriba para ponerse ropa interior limpia con vistas a la prueba que se avecinaba, cuando la alcanzó el fuego de ametralladora. Fue la primera baja que hubo en la batalla.

El mayordomo zulú, que estaba en la cocina, haciendo acopio de gran presencia de ánimo, salió de la casa y consiguió llegar a la cabina de teléfonos de las afueras de Weezen y marcó el número de la centralita.

—Póngame con la policía —dijo. La operadora no admitía órdenes.

—Oye, cafre, no me hables en ese tono —le gritó—. Pide las cosas como es debido.

—Sí, señora —dijo el mayordomo adoptando el tono de servilismo requerido—. Ambulancia por favor, señora.

—¿Ambulancia para negros o para blancos? —preguntó la operadora.

El mayordomo consideró el asunto.

—Para blancos, señora —dijo al fin.

—¿No será para ti, verdad? —inquirió la chica—. Los cafres no pueden usar una ambulancia de los blancos. Luego hay que fumigarla toda.

—No, no es para mí, señora —le dijo el mayordomo—. Es para el jefe blanco.

—¿Dirección?

—Damas Blancas —dijo el mayordomo.

—¿La casa de qué damas blancas?

—Casa de Damas Blancas —dijo el mayordomo al tiempo que una nueva andanada de disparos confirmaba la urgencia de su petición.

—Eso ya lo sé, cafre —gritó la operadora—. Ya sé que las damas blancas viven en casas. Sé que no viven en chozas mugrientas como tú. Lo que quiero saber es de qué damas blancas es la casa.

—De la señora Heathcote-Kilkoon —dijo el mayordomo.

—¿Por qué no empezaste por ahí? —gritó la operadora. El mayordomo colgó el aparato y salió a la inhóspita noche en la que sus amos blancos se mataban unos a otros con una furia que le resultaba incomprensible.

«No tiene ningún sentido que me cojan en medio», pensó y se dirigió cautelosamente hacia Weezen. De vez en cuando silbaba una bala perdida sobre su cabeza. El mayordomo procuraba ir con ella agachada. En la calle principal, le paró un policía y le pidió el pase.

—Quedas detenido —le dijo cuando el mayordomo confesó que no tenía pase—. No podemos permitir a los salvajes andar por ahí sin pase en plena noche.

—Sí, baas[10] —dijo el mayordomo y subió al coche patrulla.

Para Els la llegada del convoy de la policía fue una bendición dudosa. El hecho de hallarse en una especie de tierra de nadie entre dos fuerzas contrarias, que defendían ambas la Civilización Occidental, constituía un peligro considerable. Cuando el fuego del coronel atravesó unas hojas sobre su cabeza y le siguió como respuesta fuego de ametralladora a su espalda, Els empezó a pensar que había llegado el momento de hacer sentir su presencia. Gateó entre las azaleas hasta llegar a la esquina de la casa, avanzó luego rápidamente hacia el patio y estaba a punto de encender una mecha para prender el queroseno que había derramado en la bodega cuando cayó en la cuenta que al hacerlo desaparecerían las pruebas que tan cuidadosamente había colocado en el cuarto de los arreos y ponía en peligro su propia vida. Agarró una manguera y la llevó al cuarto de arreos y roció bien la gelignita. Estaba tan abstraído en esta tarea, que no se fijó en la figura que cruzaba torpemente el patio y se perdía en la oscuridad junto a las perreras. Seguro ya de haber tomado todas las precauciones razonables, cerró la puerta del cuarto de los arreos y volvió a escabullirse cruzando el patio.

«Esto les hará salir», pensaba, mientras encendía una cerilla y la lanzaba hacia el queroseno antes de correr a cubrirse. Un segundo después, una cortina de

fuego iluminaba el cielo nocturno y explotaba el sótano de Damas Blancas.

Els atisbaba con bastante satisfacción entre las azaleas contemplando su obra de artesanía. La policía dejó de disparar a su espalda. Realmente, no hacía falta que continuaran haciéndolo. Aparte del estallido fortuito de una botella explosiva de borgoña australiano enterrada bajo toneladas de escombros, los ocupantes de Damas Blancas habían puesto fin a su resistencia. La noche de «Berry prescinde de su virilidad» había concluido. El coronel Heathcote-Kilkoon no se detuvo a ver arder su casa. Estaba demasiado ocupado corriendo a trompicones a campo través en busca de refugio. Mientras corría, maldecía a su esposa por su ausencia. «No habría ocurrido si ella hubiera estado aquí», jadeaba; tributo no tanto a su personalidad como a la constricción de su faja-pantalón que estaba haciendo estragos en sus partes. Espoleado por los gritos que acogieron la explosión de su hogar y por la necesidad de dar parte a los vecinos que aún no se hubieran despertado con el estruendo de la batalla de que los nativos se habían sublevado, la Rosa inglesa se adentró dando tumbos en el bosque.

—Será mejor que me saque la faja antes de que estalle —murmuró, para decidir al cabo de diez minutos que no había problema de estallido, pese a sus vanos intentos de quitársela. Por último decidió que si dormía podría deshinchar un poco y se metió debajo de un arbusto.

Desde la torreta de su carro blindado, el Kommandant van Heerden inspeccionaba lo que quedaba de Damas Blancas con una mezcla de pesar y satisfacción.

—¿Ninguna duda ya de que son los terroristas, sargento? —preguntó al sargento Breitenbach.

—Ni la más mínima. Hay en los establos gelignita suficiente para volar medio Piemburgo.

El Kommandant van Heerden desapareció a toda prisa en el carro blindado. Se oyó su voz destemplada ordenando al conductor salir de allí pitando. El sargento Breitenbach dio la vuelta hacia la puerta posterior.

—Todo está en orden —le dijo—. No estallará. Alguien la ha regado.

—¿Está seguro? —preguntó el Kommandant. El sargento contestó que de lo contrario no estaría él allí y al fin el Kommandant se asomó y contempló el edificio en llamas—. Será mejor que venga la brigada de incendios —dijo—. No queremos más explosiones y quiero un informe sobre el número de cadáveres lo antes posible.

—¿Cuántos sospechosos espera que haya? —preguntó el sargento.

—Serán once —dijo el Kommandant, y volvió al interior del vehículo para dormir un poco.

A la entrada de lo que había sido su hogar, un sargento y varios policías armados con ametralladoras detuvieron el taxi en que viajaba la señora Heathcote-Kilkoon.

—Lo lamento, señora —dijo el sargento—, pero órdenes son órdenes; no puede pasar nadie.

—Pero yo vivo aquí, oficial —dijo la señora Heathcote-Kilkoon, consiguiendo sacar a flote una sonrisa seductora de las profundidades de su desesperación.

—Pues ya no lo hará más —dijo el sargento—. Ésta es una casa en la que no volverá a vivir usted.

Se envolvió bien en el abrigo y empezó a temblar, allí en el asiento de atrás del taxi. Para aumentar aún más sus problemas, el taxista insistió en que le pagara antes de seguir.

—¿Pero cómo voy a pagarle? —le dijo en tono suplicante—. Todo cuanto poseía está ahí —y señaló el borrón de humo que oscurecía el cielo nocturno sobre las azaleas.

—Me dijo que me pagaría tarifa doble cuando llegáramos —insistió el taxista—. Y no he hecho todo este recorrido en balde.

—Pero no tengo nada que darle —dijo cansinamente la señora Heathcote-Kilkoon.

—Eso ya lo veremos —dijo el conductor y dio la vuelta hacia la carretera. A menos de un kilómetro de allí, detuvo el coche a un lado y saltó al asiento de atrás.

—Supongo que es tarifa única —murmuró la señora Heathcote-Kilkoon mientras el taxista le quitaba las bragas con unas manos ásperas y torpes.

16

Era propio del Konstabel Els el que sus sentimientos al contemplar el final de Damas Blancas no fueran tan ambiguos como los del Kommandant. Si algo le pesaba, era el perfecto resultado de sus esfuerzos. Había albergado la esperanza de que las llamas hubieran hecho salir al aire libre a alguno al menos de los miembros del Club Dornford Yates para poder liquidarlos tranquilamente como a hombres o, más correctamente, como a hombres vestidos de mujeres. Lamentaba en especial que no hubiera hecho acto de presencia su antiguo amo. Le habría gustado mucho despachar a la Rosa inglesa con el grado de prolongada descortesía que creía que se merecía el coronel.

Mucho antes de que se hubieran enfriado las cenizas, Els estaba ya contando los cadáveres, asegurándose de no pasar a ninguno por alto. Cuando terminó, había conseguido recuperar los restos fundidos de las joyas de la señora Heathcote-Kilkoon y empezaba a pensar que faltaba algo.

—Sólo hay once —le dijo al sargento Breitenbach, que le miraba con cierta repugnancia.

—¿Y a quién le importa eso? —preguntó retóricamente el sargento.

—A mí —dijo Els—. Tendría que haber trece. —Hizo ciertos cálculos aritméticos—. Sigue estando mal —dijo al fin—. Todavía falta uno.

—¿Cuántos sirvientes? —preguntó el sargento.

—Yo no cuento a los cafres —dijo Els—. Sólo a las personas.

—¿Quién es el que falta?

—Creo que el coronel —dijo Els con amargura—. Un cabrón muy astuto. Muy propio de él largarse.

El sargento Breitenbach dijo que le parecía muy razonable; se encaminó luego al carro blindado y llamó a la puerta.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó soñoliento el Kommandant.

—Dice Els que el coronel se ha escapado —dijo el sargento y se asombró ante la rapidez con que reaccionó el Kommandant van Heerden.

—Preparen los perros —gritó furioso—. Preparen los perros. Hay que agarrar a ese puerco.

Mientras el sargento Breitenbach daba orden de que soltaran a los perros policía, Els se fue a las perreras y pronto llenaban el patio los gruñidores perros policía y los babeantes raposeros, disputando cada una de las jaurías a la otra su derecho a estar allí. Entre ellos, el Kommandant van Heerden intentaba evitar que le mordieran, consternado al pensar que el furioso marido de la señora Heathcote-Kilkoon estaba aún libre y lleno sin duda de nuevo resentimiento.

—Quieto, Jason; quieto, Snarler —gritaba en vano, probando a repetir la fórmula mágica que tan bien había resultado en la cañada. No era tan eficaz allí. Centrados en sus propios problemas, los perros se ladraban y gruñían unos a otros en una vorágine creciente de confusión, y cuando ya el jefe de policía estaba empezando a pensar que le matarían a mordiscos, apareció Els en su jamelgo tirando del bayo de la señora Heathcote-Kilkoon. El Kommandant saltó agradecido a la silla y miró alrededor.

—Creo que podría decir que era un MFHDP[11] —dijo orgullosamente. Els hizo sonar el cuerno y la jauría cruzó el portón y salió a campo abierto.

—¿Qué significa DP? —preguntó Els, mientras seguían a los perros.

—Perros policía, naturalmente —dijo su jefe tras mirarle con irritación, y lanzó al bayo al galope detrás de los perros, que habían dado con el rastro de la Rosa inglesa; compuesto de Chanel N.° 5 y semillas de anís, era inconfundible. Hasta los perros policía que corrían amenazadores tras los raposeros podían seguirlo. A las primeras luces del alba apretaron el paso.

También lo hizo el coronel, cuyo sueño no le había deshinchado lo suficiente para permitirle escapar del abrazo de los corsés de su esposa. Cuando se tambaleaba entre la espesura intentando librarse de las abominables prendas, oyó el cuerno de Els e interpretó correctamente su mensaje. Cuando los primeros raposeros se recortaron en el horizonte a kilómetro y medio de distancia, el coronel salió a campo abierto y se dirigió al río. Sin dejar de correr, fue dejando tras sí las prendas menos obstinadas de la Rosa inglesa. La túnica de crespón rosa claro, los manguitos, el sombrero y el minidelantal quedaron tras él en el veldt cual patéticos restos de un sueño imperial. Ya en la orilla del río, vaciló antes de zambullirse. «Tengo que borrar el rastro», pensó cuando emergió del agua, y dejó que la corriente le arrastrara.

—Ha conseguido burlarnos —gritó Els mientras los perros se arremolinaban en torno a las prendas que el coronel había dejado atrás.

—Ya lo veo —dijo el Kommandant, observando con notable desagrado las piezas sueltas color rosa—. ¿Seguro que no es el mayor Bloxham? —preguntó—. Me dijo que vestía siempre de rosa.

Pero Els estaba ya a la orilla del río con los raposeros olisqueando el aire.

—Ha huido en esa dirección —dijo al fin, señalando río abajo, y se alejó por la orilla haciendo sonar el cuerno. El Kommandant van Heerden le siguió despacio.

Salió el sol y con él embargó al Kommandant una súbita sensación de pesar. Ya no hacía falta apresurarse. Els seguía el rastro del coronel, había olido sangre y el Kommandant sabía por larga experiencia que Els jamás renunciaba. Además era ya evidente que él estaba libre de las sospechas del DSE. Los errores de Verkramp habían quedado enterrados entre las ruinas de Damas Blancas y nadie discutiría la eficacia con que había manejado todo el asunto, ahora que había doce cadáveres y ciento y pico kilos de gelignita para demostrarlo. Por fin se sentía a salvo. Y con la sensación de seguridad renació el deseo de hacer las cosas caballerosamente. Y cazar a ancianos coroneles vestidos de mujer por la campiña no era sin duda una ocupación muy caballeresca. Había en ello algo vagamente sórdido. Con una última ojeada a los cuartos traseros de los dóberman que se deslizaban amenazantes entre los sauces, hizo girar al bayo y regresó lentamente hacia la casa. En el camino se encontró con el sargento Breitenbach en un carro blindado; con su renovado sentido de la caballerosidad le indicó una dirección equivocada.

—Se fueron por allá —gritó y vio al sargento desaparecer por la ladera. A lo lejos, río abajo, Els volvió a tocar el cuerno y el Kommandant creyó oírle gritar «A por él». Y luego oyó los aullidos de los perros.

La señora Heathcote-Kilkoon había pasado la noche en la parte de atrás del taxi viendo el cielo nocturno enrojecerse por encima del hombro del taxista; había reaccionado con una agitación que acrecentó la convicción de éste de que ella estaba disfrutando activamente de lo que hacía. Cuando el reflejo del resplandor fue apagándose y desapareciendo del cielo, se fueron apagando también las contorsiones de la señora Heathcote-Kilkoon y el taxista se quedó dormido. Se separó de él; al salir del coche se le ocurrió de pronto registrarle los bolsillos para ver si tenía dinero, pero desechó tal idea. Podía conseguir mucho más en la casa. Cuando los carros blindados salían del patio en busca de su marido, la señora Heathcote-Kilkoon se arregló el vestido, atravesó a gatas el seto y se dirigió a la casa: era un montón de escombros ennegrecidos que le recordaban

muy poco el pasado. De todas formas, a la señora Heathcote-Kilkoon le interesaba más el futuro. No había cambiado South London por los peligros e incomodidades de la vida en África para nada. Subió las escaleras que habían sido escenario de tantos cálidos recibimientos y que aún conservaban parte de su antigua calidez e inspeccionó las ruinas. Pasando diestramente por encima de sus viejos amigos, llegó a su dormitorio y empezó a buscar entre las cenizas.

Cuando oyó el cuerno, el coronel Heathcote-Kilkoon salió a gatas del río y se escabulló entre los árboles. Caminó tambaleante entre la maleza y a los cinco minutos estaba al borde de un risco. No podía seguir. A su espalda, del otro lado del río, los ladridos de los perros se hacían más insistentes. Escuchó un momento, jadeante, y luego se volvió y buscó un sitio en que ocultarse. Lo halló en el saliente de una roca. Se arrastró por el saliente y se halló en una especie de cueva oscura y profunda, de entrada angosta. «Si al menos pudiera tapar la entrada», pensó; y al instante, con una presencia de ánimo que le llegaba tarde en la vida, se debatía a la luz del sol con un arbusto espinoso que resistía con firmeza sus esfuerzos por arrancarlo de raíz. Bajo él, el estruendo de la jauría parecía más próximo y, azuzado por esta señal de peligro, el coronel arrancó el arbusto, proeza ésta que a no ser por los corsés de su esposa habría tenido como consecuencia indudable una hernia. Volvió a rastras al agujero, tirando del arbusto. Aquello les mantendría alejados, se dijo lúgubremente, agachándose en la oscuridad, ajeno a las pinturas de otras cacerías que centelleaban en las paredes de la cueva.

Los perros y el Konstabel Els olisqueaban el aire en la orilla del río. Nada les indicaba qué camino había seguido su presa. Els se preguntó qué habría hecho él de hallarse en el pellejo del coronel y llegó a la conclusión de que se habría metido en la espesura del otro lado del río. Arreó al jamelgo y cruzó el río; los perros se arremolinaban a su alrededor. A los pocos minutos, los raposeros que iban en cabeza habían vuelto a encontrar el rastro y corrían en fila. Els les siguió y llegó a un claro donde la jauría aullaba y ladraba a un arbusto espinoso que parecía crecer, de un modo absolutamente inverosímil, desde el interior de una cueva. Els desmontó y consideró la situación, mientras los perros policía gruñían y los raposeros recibían a su antiguo maestro con una cordialidad no correspondida. Con imprudente desdén por su vida y sus miembros, se abrió paso

entre la jauría y atisbo el interior del arbusto. Al minuto siguiente, el eco de «A por él» resonaba en el frente del risco.

En su madriguera, el coronel Heathcote-Kilkoon reconoció el grito y creyó advertir algo familiar en la voz. La esperanza renació en su pecho. Si Harbinger estaba allí, no corría peligro. Empezó a empujar la zarza para salir a rastras, pero tres dóberman que se lanzaron hacia el agujero enseñando los dientes le disuadieron de sus intenciones al instante. Volvió a tapar el agujero con el zarzal y probó a gritar, pero el alboroto de la jauría apagó sus palabras.

Fuera, el Konstabel Els se sentó en una roca y encendió un cigarrillo. Ya no tenía prisa. No podía dispararle, se decía, recordando la prohibición inquebrantable del MFH en cuanto a disparar a los zorros; lo que necesitaba era un terrier. Empezó a buscar un sustituto adecuado. Al poco, estaba gateando entre las rocas a un lado del risco. Era una tarea peligrosa, el sol estaba alto y Els tardó media hora en encontrar lo que buscaba. Al fin encontró una culebra grande que tomaba el sol en un saliente, la agarró por la cola y volvió a terreno seguro. Los perros recularon y Els echó la culebra al zarzal con una risilla y se quedó viéndola desaparecer en la oscuridad. Al momento, un estremecimiento convulsivo sacudió el arbusto, seguido del grito del encorsetado coronel que salió de la madriguera y se abalanzó por la ladera pedregosa hacia los árboles. «A él», gritó Els y se quedó mirando con una sonrisa a los raposeros que corrían tras él. «Pobre imbécil —pensó—, debería saber que las culebras de hierba son inofensivas». Los gritos y los aullidos procedentes de la espesura indicaron el fin de la cacería. Els se abrió paso entre los perros y sacó el cuchillo.

El Kommandant volvió al trote a Damas Blancas. Jamás olvidaría la conmovedora escena que contempló al llegar. Le trajo a la memoria las heroínas de los libros del autor cuyo retrato había adornado en tiempos la pared del comedor. Cierto que la señora Heathcote-Kilkoon no era una niña esbelta y que la magia ligada a ella era absolutamente negra, pero tales diferencias nada significaban en cuanto a la imagen de pesadumbre trágica que ofrecía. El Kommandant dejó el caballo en el portón. Sólo cuando estaba ya a su lado, alzó la señora Heathcote-Kilkoon la cabeza teñida.

—Está enterrado… —empezó a decir; las lágrimas bañaban su rostro encantador. El Kommandant van Heerden bajó la vista hacia el cadáver que había a los pies de la mujer y movió la cabeza.

—No es Berry, Daphne, Boy —murmuró él. Pero ella estaba demasiado absorta en su dolor para atender.

—Mi preciado tesoro —gritó, y se arrojó al suelo y empezó a escarbar entre las cenizas. El Kommandant se arrodilló a su lado y volvió a mover la cabeza con tristeza.

—Se han ido para siempre, querida —susurró él y le asombró el nuevo paroxismo de dolor que atormentó el cuerpo de la mujer. Maldiciéndose por la falta de tacto que le había hecho utilizar una expresión cariñosa en un momento como aquél, tomó la mano de ella en la suya.

—Se han ido a un mundo mejor —dijo, mirándola a los ojos gris oscuro. La señora Heathcote-Kilkoon se soltó de él con firmeza.

—Mientes —gritó—. No puede ser. Son todo lo que tengo. —Y, sin preocuparse por sus delicadas manos, las hundió en los escombros. El Kommandant seguía de rodillas a su lado contemplándola sobrecogido.

En la misma actitud y postura seguía cuando apareció Els en su jamelgo blandiendo algo en la mano.

—Lo he conseguido. Lo he conseguido —gritó triunfalmente y desmontó. El Kommandant le miró con tristeza, los ojos empañados por las lágrimas, y le indicó que se fuera. Pero Els carecía del sentido de la oportunidad del Kommandant. Subió afanosamente las escaleras hasta las ruinas y agitó algo ante los ojos del Kommandant.

—Mírelo, mírelo, ¿verdad que es excelente? —gritó. El Kommandant cerró los ojos aterrado.

—¡Por amor de Dios, Els! Hay un tiempo y un lugar… —gritó fuera de sí, pero Els estaba ya embadurnándole mejillas y frente.

—¡Está manchado de sangre! ¡Está manchado de sangre! —gritó.

El Kommandant se puso de pie furioso.

—So puerco —gritó—. Puerco inmundo.

—Creí que le gustaría el rabo —dijo Els, en un tono de voz que reflejaba su perplejidad. Parecía herido en lo más hondo por el rechazo. También parecía estarlo la señora Heathcote-Kilkoon. Cuando el Kommandant se volvió hacia ella para disculparse por la asombrosa grosería del policía, la viuda del coronel intentaba ponerse en pie.

—Es mío, ladrón —gritó, y arremetió furiosa contra Els—. No tiene ningún derecho a quedárselo. Devuélvamelo ahora mismo.

El Kommandant tenía que admitir que su exigencia era muy justa, aunque deplorara que la señora Heathcote-Kilkoon deseara hacerla.

—Déselo —gritó a Els—, le pertenece por derecho.

Pero antes de que Els pudiera ofrecer su horrendo souvenir, la señora Heathcote-Kilkoon, evidentemente empeñada en obtener una reparación más práctica por la pérdida de sus derechos conyugales, se había lanzado contra el

agente Els y le estaba rasgando los pantalones.

—Santo cielo —gritó el Kommandant, cuando Els cayó de espaldas en las cenizas.

—Socorro —gritó Els, que albergaba las mismas sospechas que su superior en cuanto a las intenciones de la viuda.

—Es mío —gritaba la señora Heathcote-Kilkoon, rasgando los pantalones a Els.

El Kommandant cerró los ojos y procuró cerrar también los oídos a los gritos de Els.

«Que haya tenido que llegar a este punto», pensaba; y cuando intentaba conciliar esta nueva prueba de furia femenina con la delicada imagen de la señora Heathcote-Kilkoon que había acariciado en el pasado, la viuda del coronel se puso en pie con un grito triunfal. El Kommandant abrió los ojos y contempló el extraño objeto que tenía la mujer en la mano. Le alegró advertir que no era lo que esperaba. La señora Heathcote-Kilkoon asía un bulto metálico oscuro, cuya deforme superficie estaba salpicada de grandes piedras resplandecientes. Pese a estar fundidas, el Kommandant reconoció los vestigios de las joyas de la señora Heathcote-Kilkoon. Apretando contra el pecho el gran lingote, parecía volver a ser la mujer que él había conocido.

—¡Queridas mías! —gritaba, su voz radiante de alegría frenética—, mis preciosas joyas queridas.

El Kommandant se volvió a Els, que seguía postrado y conmovido por la reciente experiencia.

—¿Cuántas veces tengo que decirle que no robe? —inquirió con firmeza el Kommandant. Els sonrió débilmente y se levantó.

—Sólo los cuidaba —le contestó, a modo de explicación.

El Kommandant se volvió y bajó las escaleras detrás de la señora Heathcote-Kilkoon.

—¿Tienes coche? —le preguntó, solícito. La señora Heathcote-Kilkoon movió la cabeza—. Entonces pediré un taxi —dijo el Kommandant.

Una nueva palidez cubrió el rostro de la señora Heathcote-Kilkoon.

—Debes estar bromeando —susurró, antes de caer desmayada en brazos del Kommandant.

«Pobrecita —pensó él—, todo esto ha sido demasiado para ella». La cogió en brazos y la llevó gentilmente al carro blindado. Cuando la depositaba en él, se fijó en que sujetaba aún el trozo de metal en la mano inerte.

«Tenacidad inglesa», pensó, y cerró la puerta.

Cuando el convoy de la policía partió al fin de Damas Blancas, la señora Heathcote-Kilkoon se había recuperado lo suficiente para sentarse. Era evidente que seguía conmocionada por su cambio de suerte, y el Kommandant procuró con mucho tacto no hablar de ello. Se ocupó del papeleo burocrático y en repasar mentalmente lo que aún tenía que hacer.

Había dejado al sargento Breitenbach y a unos cuantos hombres de guardia en el escenario de los hechos y había tomado las medidas necesarias para que hicieran fotografías del alijo de explosivos y detonadores del cuarto de los arreos para la prensa. Redactaría un informe completo de todo el asunto para el jefe superior de policía, enviaría una copia al DSE y comunicaría a la prensa que había sido abortada de raíz una nueva conspiración revolucionaria contra la República. Podría incluso celebrar una conferencia de prensa. Decidió al final no hacerlo, basándose en que los periodistas eran una ralea de individuos que no facilitaban en absoluto el trabajo de la policía, y no veía razón alguna por la que debieran contar con él para conseguir su información. Y, además, tenía cosas más importantes de que preocuparse que la opinión pública.

Estaba, por ejemplo, el problema de la viuda del coronel; aunque merecía toda su compasión en la delicada situación en que se hallaba, el Kommandant comprendía que era probable que la lamentable acción que se había visto obligado a llevar a cabo hubiera puesto fin a los sentimientos que ella le había profesado. Cuando el convoy se acercaba ya a Piemburgo, le preguntó por sus planes.

—¿Planes? —preguntó a su vez ella, saliendo de su ensimismamiento—. No tengo planes.

—Tienes amigos en Umtali —dijo esperanzado él—. Seguro que te darían alojamiento.

La señora Heathcote-Kilkoon asintió.

—Supongo que sí.

—Mejor que una celda de la comisaría —dijo él y le explicó que tendría que retenerla como testigo—. Claro que si me das palabra de no salir del país… —añadió.

Aquella noche, el Rolls se detuvo en el puesto de aduana de Beit Bridge.

—¿Algo que declarar? —preguntó el funcionario rhodesiano.

—Sí —dijo con sentimiento la señora Heathcote-Kilkoon—. Que es bueno volver a estar entre deudos y amigos.

—Pues claro, señora —dijo el funcionario Van der Merwe, y le indicó que pasara.

Mientras seguía en la noche, la señora Heathcote-Kilkoon se puso a cantar, para no dormirse, el himno nacional inglés muy feliz y aún seguía cantándolo

cuando embistió con el coche a un ciclista africano lanzándole a la cuneta. La señora Heathcote-Kilkoon estaba demasiado cansada para parar. «Que aprendan a ir sin luces», pensó, y pisó el acelerador. En la guantera del Rolls se bamboleaba una fortuna en oro y diamantes.

Durante toda la semana siguiente, el Kommandant van Heerden estuvo demasiado ocupado para preocuparse por la desaparición de la señora Heathcote-Kilkoon. El equipo de hombres de Seguridad llegados de Pretoria para informar de todo el asunto fueron a investigar a Weezen.

—Hablen con el tendero —les sugirió el Kommandant.

Los hombres de Seguridad lo intentaron y les enfureció la negativa del tendero a hablar afrikaans.

—Ya he visto suficientes policías —les dijo— para el resto de mi vida. Tuve que mandar a uno que se largara de mi local y les ordeno a ustedes que hagan otro tanto. Aquí estamos en Pequeña Inglaterra, así que ya pueden largarse.

Volvieron a Pretoria sin haber encontrado nada criticable en la conducta del Kommandant en todo aquel asunto. El descubrimiento de que las víctimas de la acción policial llevaban ropa de mujer en el caso de los hombres y un suspensorio de hombre en el de La Marquise, confirmaba la versión del Kommandant de que la seguridad de la República había corrido peligro. Toda la operación mereció elogios, incluso en el Consejo de Ministros.

—Nada como una amenaza de terrorismo para tener al electorado de nuestra parte —comentó el ministro de Justicia—. Ojalá contáramos siempre con un asunto como éste antes de las elecciones.

En Fort Rapier, el Luitenant Verkramp consideraba los resultados del incidente desde otro ángulo. Ahora que la causa inmediata de su locura había desaparecido, Verkramp había recuperado sensatez suficiente para considerar su proposición de matrimonio a la doctora von Blimenstein como una prueba más de su demencia anterior.

—Debía estar loco realmente, —le dijo a la doctora cuando ésta le recordó su compromiso.

La doctora von Blimenstein le miró reprobatoriamente.

—Después de todo lo que he hecho por ti —le dijo al fin.

—¿Estás segura? —dijo Verkramp.

—Y la maravillosa luna de miel que he planeado —se quejó la doctora.

—Pues yo no iré —dijo Verkramp—. Ya he viajado suficiente para toda la vida.

—¿Es tu última palabra? —preguntó la doctora.

—Sí —dijo Verkramp.

La doctora von Blimenstein salió entonces de la habitación y pidió a la enfermera que pusiera a Verkramp bajo control. A los diez minutos, Verkramp estaba con una camisa de fuerza y la doctora von Blimenstein celebraba una consulta a puerta cerrada con el capellán del hospital.

A primera hora de la tarde, el Kommandant van Heerden, que había ido a Fort Rapier a interesarse por Aaron Geisenheimer, se encontró a la doctora von Blimenstein vestida un tanto ostentosamente, según su opinión, con pamela y traje rayón.

—¿Va a algún sitio? —preguntó. Con tantos sucesos se había olvidado de la inminente boda de Verkramp.

—Vamos de luna de miel a Muizenberg —dijo la doctora.

El Kommandant van Heerden se dejó caer en una silla.

—¿Pero está bien Verkramp? —preguntó.

Por consideración a la galantería del Kommandant la última vez que se habían visto, la doctora pasó la insinuación por alto.

—Los típicos nervios de última hora —dijo—. Pero creo que desaparecerán sin problema. —La doctora vaciló antes de seguir—: Sé que es demasiado pedir, pero me gustaría que aceptase usted ser el padrino.

El Kommandant van Heerden no sabía qué decir. La idea de ser, de algún modo, el instrumento de la unión del autor de tantas de sus desdichas con una mujer tan absolutamente desagradable como la doctora von Blimenstein tenía su lado agradable. Pero la perspectiva de la doctora como señora Verkramp no se lo aconsejaba en absoluto.

—Supongo que Verkramp habrá renunciado a toda idea de volver a la policía —preguntó, esperanzado. La doctora parecía encantada de poderle tranquilizar.

—No tiene que preocuparse usted —le dijo—. En cuanto regresemos de nuestra luna de miel, Balthazar volverá a ocupar su puesto.

—Entiendo —dijo el Kommandant, poniéndose en pie—. En tal caso, creo que será mejor que le vea ahora.

—Está en Hipnoterapia —dijo la doctora cuando el Kommandant salió al corredor—. Dígale que no tardaré.

El Kommandant preguntó a una enfermera dónde estaba Hipnoterapia. Le abrió la puerta otra enfermera.

—Ha llegado su padrino —dijo ésta y empujó al Kommandant a una sala donde estaba Verkramp sentado en una cama rodeado de un infierno de crisantemos.

—¿También usted? —gritó Verkramp al ver entrar al Kommandant. Éste se sentó en una silla junto a la cama.

—Sólo he venido a ver si necesita algo —le dijo—. No tenía idea de que iba a casarse.

—No voy a casarme —dijo Verkramp—. Van a casarme.

—Ya veo que le han regalado una camisa de fuerza limpia para la ocasión —dijo el Kommandant, deseoso de no tocar temas problemáticos.

—Dentro de un momento ya no la necesitará —dijo la enfermera—. ¿Verdad?

Y sacó una jeringuilla, retiró la ropa de la cama y colocó a Verkramp boca abajo.

—No quiero —gritó Verkramp. Pero la enfermera ya le había clavado la aguja en el trasero. Cuando se la sacó, el Kommandant se sentía visiblemente agitado, mientras que Verkramp se hallaba sumido en un extraño adormecimiento.

—Ya está —dijo la enfermera, irguiéndole y soltándole la camisa de fuerza —. Ya no necesitamos este chisme horrible para nada, ¿verdad?

—Sí —dijo Verkramp.

La enfermera sonrió al Kommandant y se fue.

—Escúcheme —dijo el Kommandant, asombrado por lo que acababa de presenciar—. ¿De veras no quiere casarse con esa mujer?

—Sí —dijo Verkramp.

El Kommandant, que estaba a punto de decirle que si no quería hacerlo no tenía por qué casarse, quedó anonadado.

—Pero creía que me había dicho usted que no —dijo.

—Sí —dijo Verkramp.

—¡Maldita sea! —susurró el Kommandant—. Cambia usted de idea con gran rapidez.

—Sí —dijo Verkramp. En este punto volvió a entrar la enfermera, que traía el anillo.

—¿Le da a menudo la manía ésta del sí sí sí? —Quiso saber el Kommandant, mientras se guardaba el anillo.

—Es un nuevo tratamiento que ha ideado la doctora von Blimenstein —dijo la enfermera—. Se llama SRQI.

—Debía habérmelo imaginado —dijo el Kommandant.

—Síndrome de repetición químicamente inducido —explicó la enfermera.

—Sí —dijo Verkramp.

—¡Santo cielo! —exclamó el Kommandant al comprender de pronto el alcance de semejante tratamiento. Si la doctora von Blimenstein podía arrastrar a Verkramp al altar contra su voluntad mediante hipnosis químicamente inducida y hacerle repetir «sí», podría conseguir cualquier cosa. El Kommandant van Heerden imaginó los resultados: cientos de ciudadanos inocentes y respetables podrían ser inducidos a confesarse terroristas, miembros del partido comunista, guerrilleros y culpables de cualquier delito imaginable. Peor aún, la doctora von Blimenstein no era el tipo de mujer que dudara si tenía que favorecer a su marido en su carrera por tan dudosos métodos. Precisamente cuando el Kommandant estaba considerando esta nueva amenaza a su posición como jefe de policía, apareció la novia con el capellán del hospital y un grupo de pacientes que habían sido elegidas damas de honor. Un magnetófono empezó a emitir las notas de la marcha nupcial y el Kommandant deslizó el anillo en la mano de Verkramp y salió de la estancia. No tenía ninguna intención de ser padrino en una boda que marcaría el final de su propia carrera. Salió al patio y paseó triste entre los internos, maldiciendo la ironía del destino que le había librado de las consecuencias de los intentos de suplantarle de Verkramp, sólo para destruirle ahora. Habría sido mejor dejar que Verkramp pagara las consecuencias de las actividades de sus agentes secretos que permitirle casarse con la doctora von Blimenstein. Se preguntaba si no se podría hacer aún algo, cuando advirtió un alboroto en Hipnoterapia. La doctora salía escoltada y llorando de la capilla provisional.

El Kommandant se acercó a toda prisa.

—¿Qué pasa? —preguntó, ávidamente.

—Dijo «sí» —dijo la enfermera. La doctora von Blimenstein lloraba desconsolada.

—¿Pero eso era lo que tenía que hacer, no? —dijo el Kommandant.

—No cuando el capellán preguntó si algunos de los presentes conocía algún motivo para que no pudiéramos unirnos en santo matrimonio —explicó la enfermera. Una sonrisa amplísima alivió el rostro del Kommandant.

—Oh, vaya —dijo jubiloso—. Después de todo, parecía que Verkramp sabía lo que quería —y, dando una palmada a la desconsolada doctora con un «No siempre se puede ganar», entró en la sala para felicitar al exnovio.

Con el Konstabel Els sus problemas fueron bastante distintos. La llamada telefónica del taxidermista del Museo de Piemburgo bordeaba el histerismo:

—Quería que se lo disecara —explicó el taxidermista al sargento de

guardia.

—¿Y qué tiene de malo disecar un rabo de raposo? —preguntó el sargento, que no entendía el porqué de tanto alboroto.

—Pero le estoy diciendo que no era un rabo de zorro. Le digo que era un falo —gritó el taxidermista.

—¿Un falso qué? —preguntó el sargento.

—Un falso nada. Un falo auténtico.

—Oiga, creo que todo lo que me dice no tiene mucho sentido —dijo el sargento.

El taxidermista respiró hondo y volvió a intentarlo. Al final, el sargento le pasó con el Kommandant, que sabía perfectamente de qué hablaba el individuo.

—No se preocupe —le dijo, en tono conciliador—. Tomaré de inmediato el asunto en mis manos.

El taxidermista contempló el auricular con repugnancia.

—Hágalo, sí —dijo, y colgó aliviado. El Kommandant van Heerden mandó llamar a Els.

—Creía que ya no tendríamos que volver a ver esa cosa abominable —le dijo. Els parecía abatido.

—Quería conservarlo como recuerdo —explicó—. Había pensado montarlo.

—¿Montarlo? —gritó el Kommandant—. Como le vuelva a ver con ese chisme en la mano le mando arrestar.

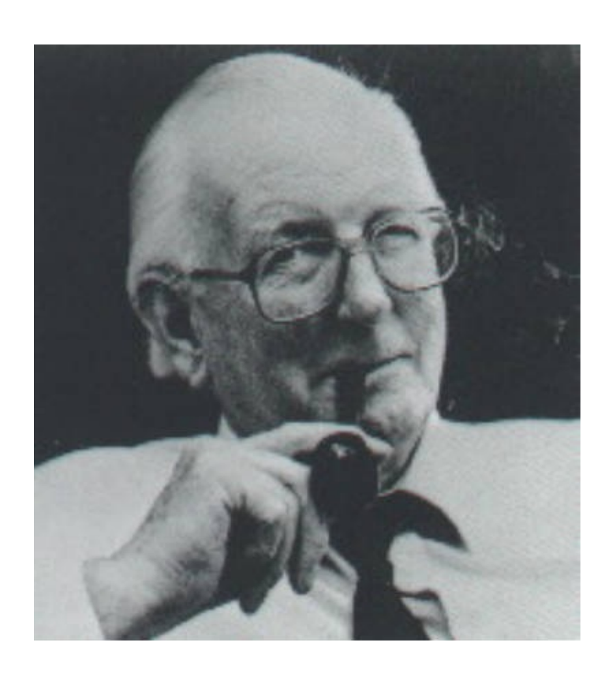
—¿Por qué? —dijo Els.

—Exhibición impúdica —gruñó el Kommandant. Els se fue y se deshizo del trofeo.

A medida que transcurrían las semanas y Piemburgo volvía poco a poco a su lenta rutina, el recuerdo de avestruces detonantes y atentados terroristas pasó a las manos seguras de la leyenda local. El Kommandant van Heerden estaba muy contento de que así fuera. Volviendo a repasar los acontecimientos de aquellos días, le sorprendía la inmensa diferencia existente entre la vida y la literatura. «No hay que leer demasiado», pensó, recordando la suerte que sus afanes literarios habían reservado al coronel Heathcote-Kilkoon y a los miembros del Club Dornford Yates. Así pues, decidió llevar a la práctica las tradiciones de los caballeros ingleses. Añadió los raposeros de la jauría del coronel a las perreras de la policía, donde pronto trabaron amistad con los perros policía; y puso al agente Els a su cuidado. Els parecía tener muy buena mano con los perros. Él se compró un caballo y se encargó una chaqueta de caza carmesí y dos veces por

semana podía vérsele de caza en Chaste Valley con Els en un jamelgo y un preso corriendo delante como para salvar la vida, con una bolsa de semillas de anís atada a la cintura. A veces, invitaba a la doctora von Blimenstein, bastante aficionada a montar. Era lo menos que podía hacer por la pobre mujer, ahora que Verkramp la había plantado, y además, consideraba aconsejable tenerla de su lado.

En conjunto, estaba bastante satisfecho. A pesar de todos los pesares, Los Valores de la Civilización Occidental seguían estando a salvo en Piemburgo, y como MFHDP, el Kommandant van Heerden conservaba las tradiciones que acompañaban al corazón de un caballero inglés.



TOM SHARPE. Novelista británico especializado en narrativa humorística.

Nacido en Londres el 30 de Marzo de 1928, como Thomas Ridley Sharpe, su infancia y juventud estuvieron marcadas por una rabia crónica. Su madre, enferma, no se podía ocupar de él. Su padre, párroco británico de la iglesia anglicana, pasó del socialismo al nacionalsocialismo. Tras estudiar Historia en la Universidad de Cambridge, y realizar el servicio militar, se trasladó a Sudáfrica en 1951, donde se dedicó a la enseñanza y a realizar trabajos sociales en Natal. En 1961 escribió y representó una obra, *Natal*, en contra del régimen del Apartheid. Debido a esto fue encarcelado en la prisión de Pietermaritzburg acusado de político subversivo y comunista peligroso y más tarde fue deportado por actividades antigubernamentales. De su experiencia en África obtendría la inspiración para escribir *Reunión tumultuosa* y *Exhibición impúdica*. Desde 1963 hasta 1972 trabajó como profesor de historia en el Colegio de Cambridge de las artes y la tecnología. Recibió el Gran Premio del Humor Negro en 1986. Desde 1995 vive en el pueblo gerundense de Llafranc, en la Costa Brava.

En sus novelas se encuentra un humor corrosivo, incluso a veces cruel, que divide a sus lectores entre los que lo consideran muy ofensivo y los que piensan que es un maestro del humor. Su temática es variada, desde los ya mencionados libros inspirados en el Apartheid, hasta los que critican el sistema educativo (*Wilt* y secuelas), el snobbismo de la clase inglesa (*Vicios ancestrales* y *Zafarrancho en Cambridge*), el mundillo literario (*La gran pesquisa*), extremismos políticos de todo tipo, la burocracia y la estupidez en general. Sus personajes usan muchas

veces un lenguaje vulgar y explícito y practican toda clase de actos sexuales. Otras veces ridiculiza la forma de hablar o de comportarse de determinados grupos sociales.

Sus obras han sido traducidas a numerosos idiomas e incluso de alguna de ellas (*Zafarrancho en Cambridge* y *El temible Blott*) se han realizado series para la televisión. *Wilt* fue llevada al cine en 1989 por Michael Tuchner. Ha vendido más de 10 millones de ejemplares en 22 idiomas.

Notas

[1] Berry & Co., novela de Dornford Yates, que el camarero convierte en Bury & Co. y supone una empresa. (N. de los Ts.) <<

[2] Juego de palabras entre *Berry* (baya), personaje de Yates, y *bury* (sepultar), que se pronuncian igual. (N. de los Ts.) <<

[3] Asociación de Jóvenes Cristianos. (N. de los Ts.) <<

[4] Éxodo de los boers (1837) hacia el Norte, huyendo del dominio británico. (N. de los Ts.) <<

[5] Rey de los Zulúes (1828-1840), sucesor de Chaca. (N. de los Ts.) <<

[6] Drag-hunt: cacería con perros adiestrados que siguen un rastro. Durante toda la conversación, escenas siguientes, y hasta el final del libro, existe un equívoco entre los personajes: el mayor habla de la inminente caza de rastreo (en la que utilizan a Fox [Zorro], el sirviente, como zorro y que es para ellos una especie de ritual de juego y representación), y el Kommandant parece entender que cazarán «vestidos de mujer, travestidos» (*in drags*); el equívoco da lugar a esta especie de «monólogos paralelos» (más que diálogos) que el autor maneja en toda la obra. (N. de los Ts.) <<

[7] Pink (rosa), designa también el atuendo escarlata típico de la caza del zorro. (N. de los Ts.) <<

[8] Se inicia aquí un juego basado en underground (subterráneo, ferrocarril subterráneo, metro, y también movimiento clandestino, resistencia) que se mantiene a lo largo del libro; y en Inner circle (ramal del metro londinense y también, en general, la cúpula o élite de una organización). La señora Heathcote-Kilkoon se refiere en ambos casos a los primeros significados; el Kommandant entiende, también en ambos casos, los segundos. (N. de los Ts.) <<

[9] Descomposición de Eysenck. (N. de los Ts.) <<

[10] Amo, señor; tratamiento que dan los negros al hombre blanco en Sudáfrica. (N. de los Ts.) <<

[11] MFH (Master of Foxhounds), encargado de la jauría en la caza del zorro; añade aquí las iniciales de «perro policía». (N. de los Ts.) <<

Table of Contents